

Y UNA CARTA de amor

Marta Lobo



Marta Lobo

Y una carta
de amor

#BiologíaMisedastresII

Primera edición: Vitoria, 01 de julio de 2019
Primera edición papel: Madrid, 01 de julio de 2019
© 2019, Marta Lobo
All rights reserved
Diseño de portada, contraportada y maquetación: Marta Lobo
Corrección: Marta Diego

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por *e-mail* o préstamos públicos.

Impreso en España – Printed in Spain

MARTA LOBO
autora de romántica

Para todas esas personas que siguen luchando
por sus vidas, por su familia, por sus sueños y
por el amor.

Para Eva, María, Pat y Say.
El destino es algo cabrón cuando
te pone a tus imprescindibles tan lejos.

#ojalásiemprenosotras

«Enamórate de ti, de la vida
y luego de quien tú quieras».

Frida Kahlo

[Ponle sonido a la novela](#)



Esta es una en la que la música acompaña a los personajes por las calles de Madrid en la búsqueda del amor y de sí mismos.

También es una novela interactiva.

Cada canción nombrada tiene un hipervínculo que os llevará a vivir cada escena, con la banda sonora que suena en cada momento. Opción solo válida en dispositivos que dispongan de audio.

Dejaos llevar, poneos cómodas y disfrutad de esta nueva experiencia.

¿Te atreves a vivir la novela como si estuvieses dentro de ella?

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Raquel & Juanjo

Zoe & Bosco

Aura & Leo

No es un adiós

Gracias

1

No le abras

Si el pasado llama a tu puerta, no le abras y menos si estás en un estado como el mío. Mario y yo seguimos en medio de la carretera en plena tormenta. Se ha desatado viento, rayos y truenos justo encima de nosotros.

Mario, al que tanto quise.

Mario, al que dejé volar muy lejos.

Mario, al que tengo delante de mí en silencio.

—¿Qué... —No soy capaz de decir nada más.

—Estás tan guapa como siempre, niña. —Pasa sus dedos por mi cara y aparta el pelo que tengo pegado.

Abro la boca, niego con la cabeza y me desmorono por completo. Comienzo a llorar y mis lágrimas se mezclan con la lluvia, pero Mario me estrecha entre sus brazos sabiendo que algo me pasa. Que esto no es un llanto de alegría por verle.

—Será mejor que subamos a casa y me cuentes el motivo por el que la chica más bonita del mundo está llorando.

Me seco el pelo con una toalla mientras me miro en el espejo del baño. No sé cómo no le he dicho que no, que no suba a mi casa, que no puede aparecer en mi vida cuando Leo está volando hacia alguna base militar europea.

Cierro los ojos durante un par de segundos, respiro hasta que se me llenan por completo los pulmones y vuelvo a mirarme en el espejo.

—Aura, no te pongas en modo autodestrucción total, por favor.

Se lo advierto al reflejo que me devuelve el espejo. Es una chica que solo quiere meterse en la cama y dormir hasta que cese la tormenta que tiene encima.

En el salón encuentro a Mario mirando por la ventana mientras habla por teléfono.

—Muchas gracias. —Deja el móvil en la mesa del salón y se da la vuelta.

—Te he dejado unas toallas en el armario del baño.

—He pedido comida asiática, espero que tus gustos no hayan cambiado en estos diez años. —Se sitúa delante de mí.

—Me sigue gustando. —Menos palabras no soy capaz de escupir.

—¿Te importa si me pego una ducha? He salido del aeropuerto después de tres escalas y he venido directo a verte.

—¿Por qué no me has avisado?

¿De verdad querías que tu exnovio te avisase de que volvía a Madrid después de diez años? ¿De verdad, Aura?

—Fuiste la última persona a la que vi en Madrid y quería que fueses la primera. Vuelvo a casa, niña.

Siempre me llamaba así. Incluso ahora lo hace, seguramente por costumbre, aunque tras diez años sin vernos, debería haberla perdido.

—Me ducho y hablamos. Tenemos que ponernos al día con nuestras vidas. —Me besa en la frente y se aleja.

Pongo mi móvil a cargar porque la pantalla está apagada y me siento en el sofá derrotada. No quiero ser desagradable con Mario, pero no me apetece tener que contarle que mi vida estos diez años ha sido un jodido desastre. Pero como ya me conoce, puedo pegarle una patada en el culo o darle una manta para dormir en el salón.

Cierro los ojos, apoyo mi cabeza en el respaldo del sofá y escucho la lluvia golpeando los cristales.

Me relajo tanto que ni siquiera escucho el timbre veinte minutos después, hasta que Mario deja delante de mí una bolsa con comida.

—Me voy a la cama, Mario. Puedes quedarte en el sofá. Como si estuvieses en tu casa. —Me levanto, pero Mario no me deja pasar.

—¿Vas a dejarme solo en mi primera cena en Madrid? No seas tan mamona. —Entrecierra los ojos, frunce los labios y levanta una ceja—. Ya sé que estoy mucho más feo, con menos pelo y con algún kilo de más, pero no te puedo dar tanto asco como para alejarte de mí.

Saca barriga y se la frota como si fuese la lámpara del genio.

—No soy buena compañía, Mario.

—No, no estás nada bien si no te ríes de mis chistes malos. No has podido perder ese sentido del humor del que me enamoré.

—Poco queda de aquella chica, Mario.

—Aquella chica me gustaba mucho. —Me dedica una sonrisa ladeada—. Dame cinco minutos.

Camino hasta la cocina para coger un par de platos y una botella de agua. Vuelvo al salón y me siento mientras Mario abre las cajas de la comida.

Parece que vamos a cenar cincuenta.

—No me juzgues, desde Bruselas no he comido nada. Y eso eran las dos de la tarde.

Hago que como algo, me recuesto en el sofá y escucho a Mario contarme su periplo en aviones por parte de Estados Unidos y media Europa. No me dice el motivo por el que está en Madrid, pero me alegro de tenerle de nuevo en la ciudad. Creo.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido la vida desde que me rompiste el corazón?

—Tú te fuiste a Canadá. —Reacciono justo a tiempo.

—Tú no me pediste que me quedase.

Los dos nos miramos como si aún fuésemos los de hace diez años. Él tiene alguna arruga más alrededor de los ojos, yo he cambiado de color de pelo, los dos estamos lejos de ser aquellos enamorados.

—¿Casado y padre de familia numerosa? —Le doy un trago al vaso de agua que me acabo de servir.

—Me casé.

—Bien. —No soy capaz de decir enhorabuena. Su forma de decirlo no denota demasiada alegría.

—Y acabo de firmar los papeles de divorcio hace exactamente —lo dice resignado mientras mira su reloj—... veintitrés horas, de las cuáles casi diecinueve las he pasado en aviones y aeropuertos haciendo escala.

—Lo siento, Mario. —Mi mano termina encima de la suya sobre el sofá.

Ninguno de los dos decimos nada. Volver a sentir su tacto hace que mi cuerpo reaccione. Pero no de la misma manera que hace diez años, ni siquiera como si le reconociese. Reacciona diciéndome que no es Leo. Me remuevo en el sofá y cambio de posición alejándome de Mario.

—Cuéntame qué es lo que te atormenta, Aura. Han pasado diez años, pero sigues sin poder esconderme nada.

Él se acerca y yo de nuevo me alejo inconscientemente. Mario ladea un poco la cabeza y me sonrío a medias, con pena, con ganas de ayudarme y yo no se lo permito, no quiero permitirselo.

Le conozco.

Me conozco.

—Se llama Leo y se ha ido a Siria.

Este podría ser el inicio de un programa para algún canal nacional donde una chica cuenta la historia de su marido, al que destinaron a una guerra a la que no debió ir y que se muere de miedo por que no pueda regresar.

«Nada va según lo planeado, todo se romperá. La gente dice adiós (...) Todo en lo que confías (...) te abandonará por la mañana^[1]...»

Y la chica le cuenta al chico del que se despidió hace diez años que se ha enamorado en tiempo record y que ha perdido más rápido si cabe. Que necesita asumirlo, comprender por qué ha sucedido, quitarse de encima la culpa que siente y omite decir que va a investigar todo lo que pueda de aquella base a la que su marido ha ido.

—Y esta soy yo, alguien que no comprende cómo puede cambiar la vida de una manera tan rápida. Nos confiamos y perdimos de vista la realidad.

—Lo siento mucho, Aura.

Creo que se da cuenta de que a cada paso que da para abrazarme, mi cuerpo le rechaza. No lo hago con ninguna intención, ni siquiera me doy cuenta, pero él sí.

—Vale. Voy a coger un hotel y...

—No. —Le sujeto de la mano cuando se levanta—. Solo necesito dormir. No te prometo que mañana vaya a ser mejor compañía, pero puedo llevarte a desayunar a San Ginés y comernos unos churros en silencio.

La música sigue sonando de fondo y siento cómo las lágrimas ruedan por mis mejillas sin quererlo. Trato de retenerlas, de mantenerlas a raya hasta que llegue a la habitación, pero fallo en mi misión.

Busco sábanas, almohada y manta para que Mario duerma en el sofá. Al dejarlo todo en el salón recojo el móvil y miro si tengo alguna llamada de Leo, pero no hay nada.

—Descansa, Mario. Mañana nos vemos. —Le doy un beso y no espero a que me diga nada para irme a mi habitación.

—Aura, me alegro mucho de volver a verte, aunque no sea el mejor momento para ninguno de los dos.

Me guiña un ojo y comienza a preparar el sofá. Yo me meto en el baño, me lavo la cara, los dientes, me ato una coleta y evito mirarme al espejo. Mario tiene razón, para nada es mi mejor momento.

Al caminar hacia la habitación miro de reojo al salón. Mario se está poniendo el pantalón del pijama y ha apagado la luz. Le observo entre sombras y me quedo unos segundos recordando que ese hombre que ahora mira su móvil, hace muchos años me quería y me hacía sonreír. Tal vez sea un poco la medicina que me... *No, Aura, sácate eso de la cabeza, pero ya.*

—Buenas noches, Mario.

—Buenas noches, niña.

No te enamores

No he dormido en toda la noche. No sé qué es lo que realmente esperaba, si entre las botellas de vino, el picante, las cinco horas que me he pasado mirando el techo preguntándome cómo estará Leo y la visita de Mario... ¿Qué demonios hacía Mario en la puerta de casa? Sí, que se ha separado y tal, pero no ha tardado ni un día en volar hasta aquí al firmar los papeles del divorcio. Hace más de un año que no teníamos contacto, lo último que recibí fue un mensaje de voz en mi último cumpleaños, que creo que ni contesté. Me pilló en Cádiz con Raquel y Zoe en un after disfrazadas de Natalie, Dylan y Alex, *Los Ángeles de Charlie* versión del 2.000. Me parece que tenemos un fetiche con los disfraces.

Me miro al espejo mientras me lavo los dientes. Son las seis de la mañana y no creo que Mario esté despierto. Al salir al salón lo compruebo, sigue durmiendo a pierna suelta. Le observo durante unos minutos después de ponerme un café. Sigue sin despertarse con los ruidos de la cafetera. Me siento en la mesa de la cocina y pierdo la vista en la madera bajo mis manos. Acaricio la marca que hizo mi sobrino hace unos años y sonrío: tengo que hablar con él y comprobar cómo está.

Brrrrr, brrrrr, brrrrr...

Brrrrr, brrrrr, brrrrr...

Brrrrr, brrrrr, brrrrr...

Salgo corriendo de la cocina a por el móvil. Ese sonido es la vibración contra la mesilla. Patino en la puerta al entrar y me golpeo contra la manilla, me lanzo sobre la cama y trato de alcanzar el teléfono, arrancándolo del enchufe de la pared.

—¿Sí? —Solo escucho ruido entrecortado al otro lado—. ¿Leo? —Trato de afinar el oído, me levanto de la cama y busco cobertura, cosa que nunca me ha faltado en el piso.

—Au... No... en... —Es la voz de Leo a miles de kilómetros—. ¿Co... tás?

—Leo, no te oigo bien.

Camino por la base tratando de buscar algo de cobertura, pero entre el ruido de los aviones y que ni siquiera sé si la cobertura es buena en esta zona, intento hablar con Aura. Solo puedo escuchar su voz entrecortada, pero eso ya me hace sonreír. Camino unos metros y me alejo de todo el ruido de los motores.

—¿Aura?

Pi, pi, pi, pi...

—Mierda.

Me apoyo en la pared y me dejo caer hasta el suelo. Son las siete y media de la madrugada y ya estamos en la base de Al-Tanf en Siria. Han sido más de seis horas de vuelos, cinco de reuniones y no he dormido nada. Van a ser los meses más duros de mi vida. Ya no solo por estar aquí ni por la compañía que me han encasquetado a última hora: mi primo, al igual que yo, ha sido enviado a esta misión en forma de... ¿castigo para él o para mí? Si no tengo suficiente con cubrir mis espaldas en un puto país en guerra, ahora debo cuidar la del imbécil de mi primo. Y espero no tener que poner mi vida en sus manos, porque la tengo demasiado aprecio como para hacerlo.

El móvil comienza a vibrar en mi mano.

—¿Aura?

—Lo siento, no soy Aura.

—Hola, papá. ¿Cómo sabes que... Vale, pregunta estúpida.

—Te preguntaría por cómo ha ido el vuelo y demás, pero solo quiero decirte que no dejes tu vida en manos de Estévez. Me da igual lo que tengas que hacer: que él no decida si vuelves a casa o no. —Mi padre suena muy enfadado.

—Tengo que aprender a controlar mi ira. —Repito la frase de la psicóloga de forma muy irónica.

—No, no la reprimas allí. Si tienes que hacerlo, mata antes de que te maten. Por favor.

Hablo durante unos minutos con mi padre. Escuchar su voz hace que me tranquilice un poco. Al colgarle intento de nuevo hablar con Aura. Dos pitidos y al tercero escucho una voz de hombre que no reconozco.

—Hola. —Miro la pantalla para comprobar que la he llamado a ella—. ¿Puedo hablar con Aura?

—Ahora mismo está en la ducha. Si quieres le digo que te llame cuando salga.

—Tengo que hablar con ella ahora. —Respiro profundamente y escucho los nudillos en una puerta.

—Aura, una llamada.

Se escucha un grifo cerrándose, la mampara, un bufido de frío y cómo el móvil pasa de manos.

—Gracias, Mario. ¿Sí?

—Hola, Aura. —Intento no sonar extraño.

—Leo.

No dice más, solo oigo su respiración y a los segundos una puerta cerrándose.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Largo y tedioso. Te he llamado antes, pero la cobertura aquí no es demasiado buena si no son con los satélites.

Me imagino a Aura apoyada en el marco de la ventana observando la calle, comprobando cómo comienza a amanecer y mirando la cama donde deberíamos estar besándonos bajo las sábanas.

—¿Ese era Mario?

No he podido callarme la pregunta. Prefiero saber la verdad a darle vueltas aquí a las mil millones de posibilidades, todas las peores que me puedo imaginar.

—Sí, ayer apareció en el portal cuando bajé a por la cena. No quiero hablar de él ahora mismo, Leo. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No más de cinco minutos. ¿De qué quieres que hablemos?

—De nuestro viaje a Almería, de las estrellas que cubrirán el cielo, de la Aurora Boreal de Escocia, que me prometas que celebraremos juntos tu cumpleaños y que para el mío haremos una fiesta en la terraza de Bosco de Lobos. —Un suspiro algo triste se escucha al otro lado del teléfono—. De que volverás pronto a casa y...

No se escucha nada más, creo que la llamada se ha vuelto a cortar. Miro la pantalla, los segundos siguen corriendo, Aura parece tragarse lo que le duele para no demostrármelo tan pronto.

—Van a ser solamente un par de meses. Mi cumpleaños no creo que lo podamos celebrar juntos, pero prometo llegar vivo al tuyo.

—No tiene gracia, Leo. Ninguna.

—Lo siento, me has contagiado esa forma de paliar el dolor con

bromas, de mal gusto al parecer. —Escucho cómo nos llaman para entrar a otra reunión en uno de los edificios—. Espero que descubras pronto para qué ha vuelto tu ex.

—No hagas eso, Leo.

—Hacer ¿qué? —Sí, sé perfectamente lo que insinúa.

—Echar por tierra estas semanas para que estar distanciados no duela tanto. Si me das de lado, si me obligas a odiarte por comentarios que me pueden hacer daño, lo pasaré mucho peor.

—No era mi intención, cariño. Pero comprende que estoy a cinco mil kilómetros de ti y él, el chico al que mirabas como si fuese tu mundo, está ahí a tu lado. —Se me entrecorta la respiración—. Entiende que él ahora es sí y yo soy no.

—Tú siempre eres sí. Que te quede claro y que no te quepa ninguna duda: te quiero, Leo. Me da igual que estés en Madrid, en Siria o en Taiwan. —Escucho cómo trata de controlar su respiración—. Te quiero y me da igual si tratas de alejarme de ti. Te jodes, no haber conseguido que me enamorase de ti.

—¿Qué me joda? —Provoca que sonría.

—Sí. Así que más vale que traigas de vuelta tu culo a mi cama entero o sabrás cómo me las gasto cuando me convierto en un demonio.

—Gracias, Aura. Por recordarme que soy el hombre más afortunado. Pequeña, tengo que dejarte. Nos vamos a inspeccionar la zona. —Me levanto del suelo y camino hacia el edificio desde el que me llaman.

—No quiero que te preocupes más, pero creo que es importante que lo sepas. Estévez está en esta misión. Parece que esto es una especie de broma del destino.

—Prefiero no pensar en eso ni en que él tenga que salvarte de un ataque. —Escucho su respiración y cómo trata de controlarla—. Te quiero, Leo. No voy a decir nada más porque sé que harás lo correcto.

—Te quiero, pequeña. Esta noche hablamos.

Nos quedamos unos segundos en silencio y ninguno de los dos queremos dejar esta conversación por miedo a no volver a oírnos.

—Te quiero, Aura.

Me quedo unos segundos con el teléfono pegado a la oreja mientras escucho el pitido de la llamada finalizada. Cierro los ojos y me lo imagino en una base oscura en algún lugar perdido en un país que me aterra, un país en el

que han muerto más de mil setecientas personas en mayo, civiles, mujeres y niños... Tengo que evitar buscar información en internet. *Google* es mi peor enemigo ahora mismo entre Siria y el carcinoma de Raquel.

—¿Ese es el chico por el que ayer te bebiste dos botellas de vino? — Mario entra en la habitación preocupado.

—Una estaba casi terminada cuando la cogí. —No me doy la vuelta y observo las pequeñas gotas que comienzan a caer. Madrid llora lo que yo no quiero llorar.

—Es un tío con suerte. Que tú le quieras es lo mejor que le puede pasar en la vida. Espero que no sea tan idiota como yo y no ponga un océano de por medio.

—Hemos cambiado océano por el Mediterráneo. —Niego con la cabeza y miro a Mario—. ¿Qué haces aquí?

—Buscaba un...

—La verdad, Mario, ni tengo tiempo ni quiero que me digas verdades a medias. —Vuelvo al baño y entrecierro la puerta para ponerme un pijama que había dejado dentro.

—Genevieve, mi exmujer, es la hija del que era mi socio. Con el divorcio me han echado, digámoslo así, de la firma en la que trabajaba.

Al salir del baño me lo encuentro apoyado en la puerta de mi habitación.

—Me han pagado una jugosa indemnización para que ni diga ni venda información. Quiero montar un bufete aquí en Madrid y te quiero conmigo.

—No, lo siento, Mario. —No dudo ni un segundo.

—No pretendo...

—No sé si lo haces o no, pero ahora mismo no puedo pensar en nada más que no sea todo lo que tengo en mi vida. Tengo frentes abiertos, una cliente muy importante y no pienso dejar mi vida en pausa por un pasado que dejó de ser hace muchos años. —*Bien, Aura, ¿puedes ser un poco más gilipollas?*

—No pretendo volver contigo, Aura, sigo enamorado de mi exmujer, pero decidí que yo ya no era suficiente para ella y me engañó con mi mejor amigo. —Se pasa la mano por la nuca—. Así que no eres la mujer de la que todos nos enamoramos y no podemos olvidar. No he vuelto por ti, lo he hecho por mí, pero me queda claro que estás muy enamorada y no tienes ni tiempo ni ganas de ayudar a un amigo. Entendido.

Mario se da la vuelta y yo me siento como una imbécil elevada al cubo. ¿Cómo puedo cagarla tanto tan rápido y soltar mierda por la boca sin control? Joder. Escucho cómo Mario dice algo que no entiendo mientras recoge sus

cosas del salón. Sus padres viven en Barcelona, su hermana se mudó hace muchos años a Alemania con su marido y los niños, sus tíos viven en Canarias y no tiene a nadie más en Madrid. Supongo que los que eran sus amigos, nuestros amigos, le dejaron de hablar de la misma forma que hicieron conmigo. Como pareja les gustábamos, por individual no éramos tan aceptados socialmente al parecer.

—Mario, lo siento.

—No, Aura, no necesito tu compasión ahora mismo. Solo quería ver a una amiga, a una buena amiga y pedirle perdón por haber desaparecido este último año, por ser tan imbécil de dejar que Genevieve me obligase a alejarme de ti porque tenía celos. —Continúa metiendo cosas en su bolsa enfadado—. Y yo, como soy así de imbécil cuando me enamoro, lo hice.

—¿Por eso dejaste de hablar conmigo? —Me pongo delante de él y le quito las cosas de las manos—. Te llamaba y nunca podías contestar o estabas reunido o tu mujer no te pasaba la llamada.

—Mi mundo era ella y el trabajo, nuestra casa de tres plantas en las afueras de Toronto, las vacaciones de este año en Bermudas con nuestro mejor amigo y su mujer... Bueno, esta parte al final sí que la conseguirá.

—¿Y estabas tan enamorado como para dejar de hablar conmigo? Que no voy robando maridos por el mundo.

—Pero eres tú, Aura. La chica de la eterna sonrisa, la que quiere más allá de lo que se ve y por la que debí luchar en su momento. —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. Con esto no quiero decir que haya vuelto por ti, lo he hecho porque necesitaba pedirte perdón y porque Madrid siempre fue el lugar que me hizo feliz. Quería volver a ser aquel chaval sin miedo a la vida, sin preocupaciones y el que podía sonreír a pesar de la mierda que nos rodeaba.

Nos quedamos en silencio.

Busco sus manos de nuevo, las sujeto firmemente y me las llevo a los labios. Tiro de ellas para acercarle a mí y le abrazo. Él necesitaba esto y yo, aunque quiera hacerme la dura, necesito un amigo fuera de la burbuja Leo, con el que soltar mis miedos.

—Cuando estés preparado, vas a follar como nunca con esa pinta de cantautor atormentado que tienes ahora mismo.

—Joder, Aura.

Lo siguiente que escucho es su risa, esa que después de tantos años consigue hacerme cosquillas en el alma. Me recuerda los viejos momentos, los viajes, los besos y la felicidad que nunca se ha ido con su recuerdo. Los ex

pueden ser amigos, y si alguien no se lo cree, nosotros podemos demostrarlo.

—Te invito a desayunar a una terraza que, a estas horas y un lunes, estará tranquila.

Subir las escaleras que dan a la terraza del Sky44 de Gran Vía es una mezcla de películas de Alex de la Iglesia. No sé si espero encontrarme a Julia de *La comunidad* con una maleta o al cura Berriatúa de *El día de la bestia*. Pero al llegar arriba, Hugo me recibe con una gran sonrisa. No, este no es un desastre, fue una cita realmente buena, pero lo nuestro no fue más allá de mes y medio de sexo bestial.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —Hugo sale de la barra y me abraza fuertemente—. ¿Cómo es posible que cada vez estés más guapa?

—Un pacto con el diablo. Ya lo sabes. —Le acarició la cara y me fijó en sus ojos verdes—. ¿Podemos desayunar en la terraza?

—Por supuesto. Os pongo una de las estufas ahora mismo para que no paséis mucho frío.

—Gracias, Hugo.

Sonríe al salir y cojo dos cartas. Mario me mira negando con la cabeza.

—Sigues teniendo contactos que me sorprenden.

Salimos a la terraza y observo cómo Mario se acerca a la barandilla, se sujeta a ella con fuerza y mira el horizonte que Madrid le regala.

«Voy a salir. Aquí no puedo respirar. (...) Nadie pudo volar. Nunca nadie pudo escapar de aquí. Saltaré al vacío total y voy a sobrevivir».

Cierro los ojos al escuchar la voz de Guille Milkyway diciéndonos que seamos libres, independientemente de lo que nos rodea, de la mierda que nos llueva, que volemos, aunque *Nunca nadie pudo volar*.

—No hagas caso de lo que dicen, Aura, no te enamores.

—Pues estoy jodida, Mario. —Me pongo a su lado y paso mi mano por su cintura pegando mi cabeza a su hombro.

—Bueno, al menos que uno de los dos consiga ser feliz en esta vida, pero de verdad.

—Solo espera, Mario, lo malo siempre acaba pasando y sé que te está esperando algo divertido, incoherente, abismal y posiblemente muy loco, pero que hará que tú también te enamores.

3

La llamada

El desayuno es en completo silencio, solo lo rompe el ruido de los coches que comienzan a circular por Gran Vía y mi teléfono que comienza a sonar a las diez y media de la mañana. Veo el nombre de Raquel en la pantalla y respiro hondo antes de contestar. Supongo que ya sabe que Leo se ha ido y me quiere realizar un psicoanálisis.

—Buenos días, Raquel.

—Aura, creo que me pasa algo. No puedo respirar bien, me duele el pecho y siento un dolor punzante en el lateral al mover el brazo. —Escucho su respiración nerviosa—. Aura, tengo miedo.

Salgo corriendo de la terraza dejando a Mario sin saber qué hacer. Vuelvo y le lanzo las llaves del piso.

—Tengo que marcharme, Mario. —Niego con la cabeza sin dar más explicaciones—. Hugo, luego te pago.

Bajo corriendo las escaleras hasta el noveno y aprieto el botón del ascensor para que llegue rápido, pero no lo hace. Decido lanzarme por las escaleras y las desciendo de tres en tres, sin pensar en nada más que *teletransportarme* y estar con Raquel lo antes posible. Llego al bajo con la lengua fuera y cruzo Gran Vía entre coches que esperan al semáforo en rojo.

Veo un taxi.

Me meto en él.

Creo que me he colado.

Pido perdón alegando una emergencia.

Le doy la dirección.

Quince minutos después estoy pidiéndole al portero que me acompañe a casa de Raquel y que me abra la puerta.

Trato de recuperar la respiración que he dejado junto con mis llaves en la azotea, mientras el portero abre la puerta y encuentro a Raquel sentada en el suelo temblando.

—Bajamos ahora mismo. ¿Puedes conseguirnos un coche?

—Por supuesto. —El portero se va casi corriendo.

—¿Cómo tienes el pulso?

—Acelerado por el miedo. ¿Y si han llegado tarde?

—Raquel, mírame —le sujeto de las mejillas mientras hablo—, esto es un ataque de pánico. Voy a meter dos cosas en tu bolso y nos vamos. — Escuchamos el timbre del portero—. ¿Sí?

—El coche llega en dos minutos.

—De acuerdo. Bajamos ya.

Las siguientes horas desde que llegamos a *MD Anderson* son un caos. Se llevan a Raquel a hacer más pruebas y me dejan en una solitaria sala blanca en la que no se escucha nada más que un hilo musical demasiado espeluznante. Tengo el móvil en la mano y pienso en llamar a la madre de Raquel, pero no sé si ella quiere o si ya lo ha hecho.

Saco los cascos del bolso y me enchufo a una lista de *Spotify* sin mirar. El destino es demasiado sarcástico la gran mayoría del tiempo y Beret suena desgarrador con su *Vuelve*.

Cierro los ojos.

Me hago la fuerte.

Debo serlo.

Pero ahora estoy sola.

Date una tregua, pequeña.

Puede que esas palabras son las que me dijese Leo en un momento así.

Llorar no es de débiles, es una forma de encauzar los miles de sentimientos que ahora mismo te ahogan.

Aprieto los ojos.

Las lágrimas caen sin remedio.

No les pongo barreras.

Respiro hondo.

Siento una mano en mi hombro.

Levanto la vista.

Él está aquí.

Pero no es él.

—¿Qué haces aquí, Aura? ¿No se supone que deberías estar en una cala de Almería?

—Leo se ha ido a Siria.

—¿Cómo? —Juanjo se arrodilla entre mis piernas.

—Ayer a las 1900. Hoy me ha llamado a las 0630. Está en Al-Tanf, la

base militar de Estados Unidos, a veinticuatro kilómetros de la frontera de Irak. —Suelto datos que no se van de mi cabeza desde ayer—. Uno de los tres cruces fronterizos oficiales entre Siria e Irak.

—Sé dónde está. Me preocupa que tú tengas tantos datos.

—Bueno, esos son los mejores. Me guardo para mí los preocupantes. — Levanto los hombros—. ¿Tú qué haces aquí?

—Soy el contacto de emergencia de Raquel cuando tú no estás. Lo decidimos el otro día en el spa.

—¿En el spa? Claro. Ahora es cuando me das vuestra invitación de la inauguración de la casa o de la boda, ¿no?

—No ibas a estar esta semana y Zoe está ocupada con Nico. Raquel no quería cargaros con más preocupaciones. Yo estoy libre, en todos los sentidos. He cogido un par de semanas de vacaciones para ayudarla en todo.

Los dos nos miramos y sonreímos. Somos dos perfectos desconocidos que se han convertido en amigos en tiempo record.

—Esta semana creo que vamos a estar muy juntos, Aura.

—Sí, eso me temo.

—¡Eh! Podrías tener a alguien mucho peor a tu lado.

—No, Estévez está con Leo en Siria.

JJ se separa de mí y veo el miedo en sus ojos.

—Tengo que hacer una llamada.

—No avises a Bosco, él se lo contará a Zoe y comienza el círculo de preocupación. Ahora mismo Raquel es la única que importa. —Cojo su teléfono tras un breve pero intenso forcejeo—. Por favor.

—¿Familiares de Raquel Aráoz?

Una médica nos avisa de que podemos ir a la cafetería y nos avisarán de los resultados de las pruebas que le están haciendo.

—¿Es el tumor?

—No es seguro, pero creo que uno de los medicamentos de las pruebas ha reaccionado de una manera inesperada y le ha producido una inflamación de los ganglios linfáticos. —Nos sonrío amable—. La doctora Laura García está con ella, es la jefa de sección de tumores de mama. Estamos realizando más pruebas y es muy posible que cuando los ganglios se desinflan, operaremos a Raquel. No deja de preguntar si estás bien, Aura.

—¿Yo?

—Sí, es bastante cabezota. Dice que si estás aquí es que no te estás metiendo a Leo de desayuno. —Parece que no comprende lo que repite—. No

sé si es por los calmantes que le hemos administrado, pero está preocupada por eso.

—Vale, dígame que todo está bien, que hemos pospuesto el viaje para dentro de unas semanas por problemas de agenda.

—De acuerdo. Os avisaré cuando sepamos algo más, no os preocupéis. Es fuerte.

—Lo es. —JJ me sujeta con fuerza de la mano y me pega a él.

La médica nos acompaña con una gran sonrisa hasta la cafetería. Su tono de voz, calmado y dulce, me pide que me quede un momento con ella.

—Ahora voy, JJ. —Le pongo la mano en la espalda a sabiendas de que no le gusta que me quede a solas con la médica—. Dime.

—Tengo un mensaje de Raquel. Me ha dicho que ya ha llamado a su madre y que le colgó el teléfono. Que no la necesita, que os tiene a vosotros.

—Vale. —Agacho la cabeza y jugueteo nerviosa con mis dedos—. ¿Va a salir todo bien?

—Está en las mejores manos y el equipo que ha formado la doctora es el mejor. Te lo prometo. Da miedo, lo sé, pero ella es fuerte y os tiene a vosotros. Os va a necesitar una vez salga de la operación y en la espera de los resultados. —Pone su mano en mi hombro y me transmite una paz increíble—. No todas las historias de cáncer tienen el mismo final. Sé que no vale de nada que te cuente esto ahora, pero tengo mucha fe en que esto solo será una marca en vuestra vida.

Las horas de espera en la cafetería se hacen eternas. A las dos de la tarde nos dejan pasar a una habitación de la segunda planta. Al entrar nos encontramos a Raquel sentada en una butaca mirando por la ventana. Gira la cabeza cuando abrimos la puerta y sonrío.

—Lo siento, chicos. Siento haberos dado este susto. Parece que los medicamentos y el miedo me han jugado una mala pasada.

—Hola, cariño. —Me acerco a ella y me pongo de rodillas a su lado—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—¿Qué es esa mierda de que habéis cambiado el viaje por temas de agenda?

—Han surgido unos temas ineludibles.

—Aura, no me vengas con mierdas varias. Sé cuando mientes. —Me agarra de la barbilla.

—¿Cómo estás?

—Bien, iba a esperar, pero no es necesario. Quieren adelantar la operación a mañana, para comprobar que el tumor no es el que me produce el dolor en el brazo. Que lo más seguro es que haya sido un ataque de pánico, pero no se la quieren jugar. La doctora está casi segura de que el carcinoma está ejerciendo presión contra el pulmón. —Se queda en silencio—. También quieren descartar que se haya expandido más allá de lo que se ha visto. Cuando abran se encontrarán al bicho, lo extirparán y tras analizarlo el patólogo, sabremos sus apellidos.

Sujeto la mano de Raquel entre las mías y las beso. Cierro los ojos durante unos segundos y siento su otra mano acariciándome la cabeza.

—Esto quedará en una mierda de día, semana o mes. Pronto estaremos celebrando lejos los resultados. Tú eliges destino.

Sonrío y beso a mi amiga que sigue teniendo un pequeño gesto de preocupación en sus preciosos ojos. Las dos observamos que Juanjo no se ha movido de la puerta, ni siquiera ha soltado el pomo.

—JJ, no es contagioso. No creo que mi cáncer salte de mi cuerpo.

—Raquel. —Reprendo este comentario.

—El humor de nuestro nuevo amigo es mucho más negro de lo que hace ver. El otro día hizo un comentario muy ácido sobre...

—No. —JJ se acerca a nosotras con rapidez—. Eso queda entre nosotros.

—De acuerdo.

Juanjo da pie a una conversación en la que hablamos de banalidades, de miedos, de todo y de nada. En un momento de la tarde salgo de la habitación y les observo por la cristalera que da al pequeño pasillo antes de salir del cuarto por completo.

Si no los conociese.

Si jugase a imaginarme su vida.

Serían una pareja que lleva desde siempre juntos, que se ríen de los mismos chistes malos, que han superado pérdidas y son más fuertes uno junto al otro.

Si jugase a imaginarme otra vida, les querría tener a los dos en ella.

No te confíes

*T*ras el periplo de vuelos, las reuniones casi infinitas y presentarnos ante los compañeros de la base, por fin puedo acostarme en un camastro dentro de un barracón. Escucho la voz de Estévez hablando en inglés con unos militares americanos, mientras pregunta a ver cómo va el tema aquí de mujeres.

—Esa tía que estaba en la charla, ¿de qué palo va? ¿Es más de rabos o de hacer la tijera? —Hasta su tono de voz es despectivo.

—Yo no jugaría con la General de Brigada Atwater. Al último que vacilé con ella lo envió de misión de reconocimiento a una zona del desierto con los de Fuerzas Especiales. Y esos están como una cabra. —Un tipo grande y con barba muy poblada se acerca a mí—. Soy Cameron Dirk, Comandante de Inteligencia.

—Leo Ramírez, Teniente de la UEL.

—¿Tu primera misión? —Me hace un gesto con la cabeza para que le siga.

—No, han sido varias ya. —Caminamos por la base y me la enseña avisándome de quién puedo fiarme y de quien algo menos—. Los del escuadrón suicida, Fuerzas Especiales, son bastante peligrosos en combate, así que es bueno tenerles siempre cerca. Además, todos los días hay póker en su puesto.

—Es bueno saberlo. Del bocazas no os fieis. En más de una misión hemos tenido problemas, así que espero que le dejen en la base pelando patatas.

—¿Y qué coño hace aquí? No necesitamos niñatos a los que cuidar.

—Un expediente que han querido encubrir mandándonos lejos.

—Pues este sitio no da cabida a rencores ni errores. Debemos estar alerta las veinticuatro horas o tú o un compañero podéis acabar muertos. Esta zona es un avispero, si agitas el lugar inadecuado, explota. —Aprieta sus puños para después encenderse un puro—. No sabemos con exactitud qué es lo que va a ocurrir en unas horas. Puede que nos ataquen y que

tengamos que salir a Tudmur, Homs o Al-Mayadin a socorrer a heridos, niños, mujeres y ancianos, de una bomba que destroza lo poco que quede. Esto es duro, muy duro, y si no confías en quien te protege, acabarás muerto en una puta emboscada.

—No, le he prometido a mi chica volver.

—¿Casado?

—Ayer a las 1600.

—¿Y qué cojones haces aquí? —Me ofrece un puro.

—Una mala jugada del destino.

Sí, el destino y el cabrón de mi tío han jugado mis cartas en esta partida. Hablo durante un par de horas con Dirk. Está casado, tiene tres hijos y una cuarta en camino, lleva seis meses movilizado aquí y le quedan dos semanas para volver a San Antonio, Texas, con su familia.

Yo le cuento que mis sobrinas no me perdonarán esta misión en meses, que mi sobrino hablará antes de que vuelva, que Raquel saldrá de una operación complicada, que mis hermanos no me perdonarán haberme marchado sin avisarles ni dejarles venir conmigo y que mi chica, que Aura... Con ella me quedo sin palabras.

—Volverás a su lado, te lo promete un compañero y esas promesas aquí las cumplimos. —Me estrecha la mano y tira de mí para que nuestros hombros choquen—. Si estás aquí, estás lo suficientemente loco como para luchar con nosotros. Bienvenido a tu nueva casa.

—Come on, Dirk. —Se lo gritan desde una de las puertas del final de la base.

—Voy a la reunión con los superiores de la tarde. Si necesitas algo, búscame.

Vuelve a chocar mi mano y sale corriendo.

En la base los diferentes militares americanos se ejercitan, reparan los jeep, reponen botellas de agua en lo que supongo que será el comedor y juegan a baloncesto en una de las zonas habilitadas para ello.

Busco un lugar tranquilo para llamar a Aura, pero una alarma salta en la base y en diez minutos estamos montados en coches dirigiéndonos a una zona en la que acaba de explotar una bomba al paso de unos compañeros italianos.

Lo que nos encontramos al llegar... Nunca estás preparado para enfrentarte a una situación así. El cielo se sigue tiñendo de naranja con las bombas

que, tras pasar por encima de nosotros, acaban explotando a unos kilómetros. Sí, parece una puta película de guerra, pero es la realidad, mi realidad ahora mismo y lo único por lo que rezo es por poder salir de aquí lo antes posible. Suenan los silbidos de los disparos contra los insurgentes que nos comienzan a rodear, trato de sacar a un compañero del amasijo de hierros en el que se ha convertido el furgón en el que transportaban comida. El olor a metal quemado inunda mis pulmones, la sangre de este chico de menos de treinta años mancha mis manos y parte de mi uniforme. Sus gritos de dolor de clavan en mis oídos. Reza, reza por salir vivo, por no morir en brazos de un completo desconocido.

Le arrastro fuera de los hierros.

Huele a gasolina.

Miro a mi derecha.

A la izquierda.

Un reguero de gasolina empieza a quemarse.

Tiro de su cuerpo.

Sus gritos desesperados se oyen desde lejos.

Tiene una barra atravesándole las costillas y por la posición, la sangre que emana de su cuerpo y el color de esta, parece que ha desgarrado un órgano importante.

—Estévez, trae aquí ahora mismo ese puto camión y sácanos de aquí a todos. —Hablo por el intercomunicador, pero no oigo nada al otro lado—. Joder.

—No siento la pierna. —El soldado me mira con la respiración descontrolada.

Al mirar para abajo compruebo que tiene una herida abierta en el tobillo, el hueso ha rasgado la piel y está fuera.

Pierde mucha sangre.

Busco algo con lo que hacer un torniquete. Ato el pañuelo que llevo al cuello en la herida.

—Ramírez, dos minutos y salimos de aquí. —Dirk me deja al lado a otro de los compañeros italianos—. Pon tu mano en su cuello y no dejes de apretar. Está en camino un camión medicalizado para sacarnos de aquí. Carter, aquí. —Pega un grito y da un par de señales—. Menuda bienvenida, colega.

Me da un par de golpes en el pecho y afirma con la cabeza, asegurándose que salimos de aquí en pocos minutos.

Me he quedado dormida en el sillón de la habitación de Raquel. Son las siete de la tarde y se la han llevado a hacerse un escáner, mientras JJ ha ido a su piso a por algunas cosas. Me he despertado sobresaltada por un sueño que ni siquiera recuerdo y me va el corazón a mil. Busco el móvil entre mis piernas y el sillón. No tiene ninguna llamada. Trato de recuperar un ritmo normal, pero me cuesta conseguirlo. Salgo a buscar agua en la fuente de la entrada del pasillo y veo que Bosco junto con Zoe, salen del ascensor. Buscan el cartel que indica los números de las habitaciones y se encuentran conmigo. Por el gesto de su cara no parece que tenga demasiada buena pinta.

—Aura.

Mi hermana acelera el paso y me abraza casi ahogándome. Escucho sus sollozos y empujo con mis manos en sus hombros.

—Raquel está bien, adelantan la operación y acabamos con esta pesadilla ya. Es lo mejor que podía haber pasado.

—Hemos venido en cuanto nos ha avisado Juanjo. ¿Tú cómo estás?

—Bien. —Les sonrío a ambos, pero me devuelven una mirada de total incredulidad—. Estoy bien, de verdad.

—Bosco, ¿puedes ir a por algo de comer para mi hermana? Me apuesto lo que sea a que ni siquiera ha desayunado y ayer no cenó en condiciones.

—Sí, Mario encargó comida y...

Me mando callar para no acabar de cagarla más aún. Mi hermana y Bosco me miran de forma más extraña si es posible.

—¿Mario, Mario? —Mi hermana adelanta la cabeza unos centímetros sin creerse lo que escucha.

—Sí, Mario, mi ex, el de Canadá. Al que he dejado tirado en una terraza esta mañana y al que he lanzado las llaves del piso. —Busco el móvil para llamarle y se apaga—. No tengo batería.

—Ni cerebro al parecer. ¿Tu chico se va a la guerra y tú alojas en casa a tu ex? —Zoe me da un pellizco en el brazo.

—Joder, sueñas como papá.

—¿Qué es esto? —Mi hermana tira de la cadena que llevo en el cuello, de donde cuelgan las dos alianzas que me entregó Isaac.

—Unos anillos.

—Ese es el anillo de Isaac.

—Gracias, Bosco. —Si las miradas pudiesen matar, la mía le fulminaría.

—¿A qué te refieres? —Zoe mira a Bosco—. ¿A qué se refiere? —Ahora

a mí.

—Son unos anillos que me entregó Isaac el domingo cuando supo que su hijo tenía que movilizarse a Siria.

Zoe entrecierra los ojos, revisa los anillos y ve algo en mi brazo que le llama la atención. Sube la manga de mi camiseta y me gira el brazo. Descubre el tatuaje de los elementos y las golondrinas.

—Anillos, tatuajes... Tú solo te grabas algo en la piel cuando es importante y... —Abre la boca y gira la cabeza para susurrar, o lo que ella cree que es susurrar—. ¿Os habéis casado?

Giro sobre mis pies, les doy la espalda y acelero el paso para llegar a la habitación de Raquel. Rebusco en su bolso, siempre lleva una batería encima. Escucho la puerta y los pasos de mi hermana, que se acerca corriendo y me agarra de la muñeca.

—¿Te has casado?

—No... No oficialmente en un juzgado.

—¿Tú estás loca? —Parece que mi hermana no comprende lo que he hecho.

—Sí, sabes que lo estoy, que cometo errores, que me tropiezo con mis propias piedras, pero Leo es una piedra en la que tropezaría cada día, si así lo quieres ver. —Sé que estoy sonriendo.

—Te has casado —hace un gesto de comillas al decirlo— con un tío que se ha ido a la guerra sin mirar atrás. ¿Cómo se te ocurre?

—Uno: no me gusta ese tono, Zoe. Sé que no compartes muchas veces la forma en que llevo mi vida, pero no creo que sea para que me trates con indulgencia o como si fuese tontita. Asumo la responsabilidad de haberlo hecho así, solo para nosotros. —Sujeto entre mis dedos los anillos—. El padre de Leo me hizo comprender que nunca es demasiado pronto para amar ni para pedirle que vuelva vivo. Tal vez no lo entiendas, tu chico está ahí fuera hablando con Juanjo, no se ha ido. ¿Tú qué harías si Bosco mañana se fuese?

—No me casaría.

—¿Y si eso es lo que crees que le hará volver a casa? Una promesa de seguir amando, de volar, de sentir y de descubrir que la vida por fin es como debería ser. —Respiro hondo y suelto el aire lentamente por la boca.

—Pues pensaría que me he vuelto loca por un tío al que acabo de conocer —respira antes de seguir hablando—. Que separarme de él ahora mismo me haría cometer la locura de casarme con él por un rito extraño, seguramente en alguna tienda de tatuajes. —Zoe me sujeta de la mano—. Lo siento. Sabes que

siempre he envidiado tu forma de decidir rápidamente las cosas, a veces sin pensarlo, pero siempre con el corazón. Me hubiese gustado haber estado en esa no boda, solo por ver ese amor tan puro.

—¿No boda?

Raquel entra en la habitación en una silla de ruedas que empuja un enfermero.

—Puedes dejarme aquí, Arturo. —Raquel le guiña un ojo—. Nuestra próxima cita creo que es mañana, pero nos merecemos una que no tenga olor a hospital.

—Te prometo una buena cita con olor a chocolate negro.

—Te lo compro.

Todos estamos atentos a esta conversación, incluso Juanjo que deja una pequeña maleta en el armario y niega con la cabeza con una sonrisa de resignación.

—Mañana nos vemos, que ahora tengo que saber qué es eso de una no boda. Gracias, Arturo. —Le guiña un ojo amablemente y después me mira con cara de pocos amigos. Espera a que la puerta se cierre—. ¿Qué coño es eso de que te has casado? Como me digas que es de verdad y no un juramento de críos bajo un árbol, te juro que en cuanto me quiten este bicho, te arranco los pelos.

—Vamos a ver, tranquilicémonos. El sábado fue un día duro y complicado. Era el aniversario de la muerte de la madre de Leo, luego le llamaron y acabamos en una cabaña con una extraña petición de boda, a la que me opuse. —Me tiemblan las manos al recordarlo—. Fue una noche de confesiones, de miedos y de promesas. Sé a lo que se enfrenta y a lo que deberé enfrentarme yo. Conozco bien el miedo, lo he vivido con papá. —Miro a Zoe y, por su cara, creo que lo comprende—. Claro que no me quería casar por miedo, pero si eso le obliga a sobrevivir, lo volvería a hacer mil veces más. Me da igual si lo entendéis o no, pero no pensaba que me tendría que justificar ante vosotras.

Siento que me estoy enfadando y no es por ellas, es por esta sensación que tengo que me recorre todo el cuerpo y termina en unas punzadas en el corazón. Sé que es el miedo a esta situación con Raquel, al susto de esta mañana, a la pequeña pelea con Mario y a lo desconocido con Leo.

Todos nos quedamos en silencio. Unos por no saber que Leo se había ido y enterarse por mí; Zoe supongo que recordando cada vez que nuestro padre se iba de casa; y Raquel está buscando algo en el móvil mientras se mete en el

baño sonriendo.

—Tu ex me pregunta si vas a volver a casa. —Lo dice antes de cerrar la puerta y la vuelve a abrir—. Ya le he dicho que como se acerque a ti con intenciones ocultas, pienso rajarle como a un marrano.

Una gran sonrisa es lo último que vemos. Ahora sí que no decimos nada, pero siento la mirada de Bosco y JJ fija en mí queriendo saber más de ese ex al que Raquel hará la matanza.

Salgo de la enfermería tras dejar a los dos compañeros en manos de los médicos de la base. Abro y cierro las manos observando la sangre en ellas. Compruebo que tengo un corte leve a la altura de la muñeca que no requiere puntos, pero que debo desinfectar.

—Teniente. —Una voz femenina suena tras de mí—. Buen trabajo. Ha conseguido traer a esos dos soldados vivos. ¿Sabe que lanzarse desde el camión es algo peligroso?

—Sí, pero en momentos así o saltas o alguien muere. —Sonrío y levanto un hombro.

—Vas a encajar muy bien con el equipo. Soy Peyton Atwater. Tengo que redactar unos informes, pero si te apetece un buen whiskey, última tienda a la derecha.

Me cuadro al escuchar su nombre.

Por protocolo ella es mi superior, por su sonrisa al despedirse comprendo que tal vez ella busque alguien nuevo con el que hablar o... No eres tan irresistible, Leo. Es como si mi Pepito Grillo me quisiera avisar de que no me monte películas.

Aunque suena más como la voz de Aura cuando nos conocimos. Sonrío al recordarla. Voy a buscar el teléfono, pero comprendo que no es hora de llamar.

Tengo un par de mensajes en el grupo con Bosco y JJ. Miedo me da abrirlo y comprobar los insultos que escucho ya.

Juanjo

¿En qué momento pensabas contarnos que te movilizaban a Siria, capullo? Anda que no podías haber mandado un puto mensaje avisándonos en vez de irte sin decir nada. Si ni siquiera tenías los informes médicos. ¿De qué va esto?

Bosco

Tú, imbécil, ¿cuándo pretendías avisarnos de que te has no casado con A? yo que quería montarte una despedida de soltero en una cala de Ibiza, con muchas birras y buena música, decides pirarte a Siria a ¿qué?

Bosco

A ya nos ha dicho que el anormal de tu primo está ahí. Si se mete en problemas, deja que todo le estalle en las manos. Ni le intentes salvar ni te fíes de él. Que no sea ese incompetente el que tenga que cuidar de tu espalda, por favor.

Juanjo

Si puedes, contesta a alguno de nuestros mensajes antes que los de A. R ha tenido una crisis esta mañana y estamos en el hospital. Van a adelantar la operación y no se va a querer mover de aquí hasta que salgamos. R está bien, con su humor y diciendo que va a rajarse como un marrano a M. Que, por cierto, ya le estamos investigando. Los hermanos se protegen hasta en la distancia. Cuídate mucho, por favor.

Primero pienso en Raquel, en el susto, en la operación, en los riesgos y en la recuperación. Es lo primero que se me viene a la mente, pero todo se disipa y aparece la imagen de Aura apoyada en una pared blanca, deslizándose por ella hasta terminar en el suelo. Juguetea con nuestros anillos en los dedos y niega con la cabeza. Tal vez piensa en lo rápido que ha sucedido todo, la forma en que nos conocimos y la manera en que el destino nos ha separado hace unas horas. Parece que han pasado meses desde la noche del sábado, desde que tuve su cuerpo por última vez entre mis manos, desde que mis dedos recorrieron cada curva de su piel y que mis labios saborearon todos sus huecos.

Saco del bolsillo de mi petate la fotografía que me regaló. Acaricio su sonrisa, cierro los ojos y me la imagino. Recuerdo su mirada, la forma en que se cruzó con la mía aquella noche en La Latina; cómo nuestros dedos se buscaban por encima de la mesa de aquella cafetería antes de que el sol nos obligase a despedirnos. Así no me había imaginado conocer a la mujer de mi vida. Aura me ha sorprendido cada día, con su dulzura, la manera tan libre y de verdad de querer, de afrontar todo lo que la vida ha tratado de imponerle o quitarle. Es una de esas personas que al conocerla no comprendes cómo has sobrevivido sin tenerla cerca tanto tiempo.

Si nos hubiésemos conocido hace más años, nos habríamos querido

durante más tiempo.

Si nos hubiésemos encontrado hace más años, tal vez no hubiese sido nuestro momento.

Tal vez yo no estaría aquí, pero tampoco con ella.

Nos conocimos en el momento justo de nuestra vida para querernos eternamente.

A veces la vida acierta.

Me pongo los cascos, enciendo una de las listas de reproducción y él, la banda sonora de nuestra relación comienza a sonar.

«Lo fácil sería desquererse, pero ¿quién rebobina este cuento? (...) Tú eres un beso sin rumbo y yo un corazón sin respuesta. Los dos nos quedamos sin pulso al rompernos la boca con tanta obediencia^[2]».

Reconozco que, si no fuese por ella y por Luna, yo no escucharía a este tío con tanta atención.

Cojo el teléfono, la busco en mis contactos y le mando un mensaje. Sé que me quedaré dormido con el recuerdo de Aura en la cabeza, nuestra foto en las manos y ganas de volver a casa revoloteando encima de este camastro de Siria.

Estoy dormitando en el sofá cama de la habitación con Zoe.

Bosco ha ido a comprarnos unas cuantas cosas para que pasemos bien la noche. Decir unas es decir poco. Nos ha traído cepillos de dientes, pasta, colutorio, un peine, gomas de pelo, desodorante, toallitas desmaquillantes, chocolatinas, gominolas, cargador para el *iPhone*, pañuelos de papel, bizcochos de naranja y revistas, muchas revistas con muchas páginas. Cómo se nota que es padre.

Me muevo en el sofá, no consigo dormirme. Mi hermana emite pequeños ronquidos y escucho la respiración tranquila de Raquel. Intento hacer esos ejercicios de respiración de mi madre, pero no hay inspiraciones u ovejas que me hagan dormir a mí. Se enciende la pantalla de mi móvil. Compruebo que tengo dos mensajes nuevos. Al ver que son de Leo... *se me enamora el alma.*

Sí, soy muy estúpida cuando estoy enamorada, ya os habréis dado cuenta, ¿no?

Leo

Buenas noches, pequeña.
J y B me han puesto al día.
No sabes lo que lamento no poder estar ahora mismo a tu lado, ayudándote a sobrellevar esta mierda: la mía y la del puto bicho. No te haces a la idea la falta que me haces, lo mucho que necesito uno de tus abrazos, que me acaricies la espalda con la yema de tus dedos consiguiendo que un día de mierda mejore por completo. Sí, puede que no tenga sentido ahora mismo. El día ha sido duro. espero poder llamarte mañana y escuchar tu voz. Lo necesito. Te necesito tanto, pequeña, que me duele. El amor vencerá después de todo. Ya lo ha hecho. Es más fuerte que todo lo que nos pase. Espérame, pequeña.

Es un mensaje y un audio.

Paso mi pulgar por encima del *play* del audio y me lo llevo a la oreja rápidamente.



—Te quiero, pequeña. Siempre.
Le respondo con otro audio.



—Te quiero, Leo. Siempre será poco tiempo.
Escucho de nuevo su audio.
Una.
Dos.
Tres veces más.

Superpoderes

La noche ha sido tranquila. Tras escuchar en repetidas veces el mensaje de Leo –no pienso reconocer las veces totales, perdí la cuenta en doce o trece–, he podido dormir un par de horas de sueño profundo. Son las seis de la mañana. Salgo al pasillo y bajo a la calle para poder respirar un poco. El día se plantea complicado, no sabemos a ciencia cierta a lo que nos enfrentamos. Me deshago de las zapatillas y me siento en un banco con las piernas en *Padmasana*, el Loto en yoga. Me coloco los cascos, busco una canción, le doy al *play*, pongo mis manos sobre las rodillas y comienzo a respirar.

Uno, dos, tres.

Sin controlar la respiración.

Estiro la espalda.

Alejo el cuello de los hombros, tomo una gran bocanada de aire y la retengo unos segundos en mis pulmones, para empezar a soltar el aire por la boca lentamente.

La canción que suena puede que no la recomienden en ninguna clase de yoga, pero para mí, ahora mismo, es la mejor y la más necesaria. Es una versión de *Survivor*, de Destiny's Child, que escuchamos en la última película de Tomb Raider. Somos muy de ver películas en las que las tías acaban salvando el mundo.

Tengo la canción en bucle, así que cuando alguien me tapa los primeros rayos de sol que me dan en la cara, me doy cuenta de que tal vez sea algo extraño ver a una tía a estas horas con un *ommmm* en la boca delante de una clínica como esta.

Abro un ojo y me encuentro a Juanjo y a Bosco delante, observándome como si fuese un bicho demasiado extraño.

—¿Tú crees que es normal hacer eso a estas horas y no vigilar tus pertenencias?

—Como mucho me van a robar las *Vans*. —Vuelvo a cerrar los ojos y estiro el cuello.

—¿Cómo es posible que siendo hija de policía tengas tanta confianza en

el ser humano?

Vuelvo a abrir los ojos y los miro a los dos negando con la cabeza.

—Sois el mejor remedio para sacar a alguien de quicio a primera hora de la mañana. —Me levanto y recojo las zapatillas—. ¿Qué hacéis aquí tan temprano?

—No vais a estar solas hoy, ya os avisamos ayer.

—¿Habéis hablado con Leo? —Caminamos dentro del edificio y esperamos en la zona de ascensores.

—Le mandamos unos mensajes amenazantes para avisarle de que tenemos vigilado a ese exnovio que has guardado en el armario de tu casa. —Bosco, el que nunca había sacado los pies del tiesto, decide hacerlo ahora—. ¿Cuántos muertos tienes dentro de ese armario?

—Yo es que los escondo debajo de la cama. Me hacen más compañía. —Le miro aparentemente enfadada.

—Que me da igual que me mires así, Aura. —Me señala con el dedo—. Mi hermano está lejos y no pienso dejar que un ex que te dejó escapar hace mil años, aparezca ahora que se ha separado, te ponga ojitos y haga tambalear tu mundo.

—Obviaré que sepas que se ha separado ahora mismo. Investigar a mi ex debe ser defecto de profesión. —Respiro hondo—. Ningún hombre hará tambalear mi mundo, Bosco. Eso tenlo claro. —Nos montamos en el ascensor y doy al botón del segundo piso.

—Leo ya lo ha hecho. —Juanjo une sus manos y forma un corazón al lado de mi cara.

—Aparta esas manos o te las corto. —Le doy un golpe.

—*Love is in the air... Na na na na na na*. —Juanjo sale del ascensor haciendo el *moonwalk* de Michael Jackson (algo mal) y se choca con la pared.

—¿Este tío es así de idiota siempre o es que lleva mucho sin follar?

Juanjo me mira ladeando la cabeza y niega lentamente, abre la boca, una de sus cejas se arquea y sé que me va a caer encima una de sus pullas.

—Perdón. Me vuelvo un poco zorra cuando estoy nerviosa o tengo hambre o no duermo. Mi nivel de estupidez matinal es directamente proporcional al café que me he metido en el cuerpo.

—Pues yo que te he traído esto de *Starbucks*. —Juanjo saca de una bolsa un termo y lo abre para olerlo—. Un *cappuccino* con tres de café, leche de almendras y sin azúcar. Pero creo que me lo voy a beber yo. —Abre la boquilla del termo y le da un trago. Veo la pegatina del precio pegada.

—¿Me has comprado hasta el termo? En el fondo sabes que me quieres.
—Trato de quitárselo.

—¿Cómo puedes beber esto? Si sabe a yogur demasiado caliente. —
Levanta el termo en el aire.

—No quiero hacerte gritar a estas horas aquí. Nos echarían a los dos y no te lo perdonaría. —Me pego a su mejilla y le doy un beso—. Eres como ese hermano capullo que no me hubiese gustado tener. Gracias.

—Vamos a ver si ahora te vas a enamorar de mí y tenemos un problema. Porque, Aura, lo siento en el alma, pero no eres mi tipo. —Pone los ojos en blanco y me mira torciendo el gesto de su boca.

—Capullo. —Le arranco el termo de las manos.

—*I love you.*

El tono en que lo dice, una mezcla de Doctor Maligno y su voz, hace que me ría antes de entrar en la habitación. Respiro profundamente y abro la puerta. Dos enfermeras están con Raquel: una le hace preguntas mientras la otra le toma la temperatura y la tensión.

—En media hora te bajamos a quirófano. Ahora vendrá la psicóloga para...

—Soy psicóloga y sé lo que me va a decir. —No les deja terminar de hablar—. Sé perfectamente a lo que me enfrento. Conozco los riesgos y complicaciones que se puede correr en una operación, también sé que hasta que no se abra, no sabremos con exactitud qué tengo. Puede ser un cáncer terrible o un tumor que no invade el tejido sano.

—Alguien ha hecho sus deberes.

Una de las enfermeras acaricia la mano de Raquel y pienso que esta la va a apartar, pero no lo hace. Todos en esta clínica transmiten mucha paz y tranquilidad.

—En unos minutos vendrán a buscarte, Raquel. Voy a comprobar que todo está listo y te mandaré a Arturo.

—*Grrrrrr.* —Juanjo cree que no se ha oído, pero todos los de esta habitación le miramos—. *Grrrrrr...* Me ahogo con mi propia saliva.

—Cuando salga de aquí te dejaré que seas mi enfermero personal, Jota. Que a lo mejor de aquí sale una historia para una de esas comedias románticas que tanto le gustan a Aura.

Mi respuesta es una peineta bien recta con mi mano derecha, beso incluido.

—¿Podemos hablar un segundo? —Se lo pido a la enfermera cuando sale

de la habitación—. Sé que lo que voy a pedir no es algo muy normal, pero ¿podría hablar con vosotras unos minutos?

Les cuento la idea que he tenido.

Hablan con la doctora y tras varias preguntas, un par de sonrisas, unos avisos que tenemos que seguir y un par de llamadas más, me dan vía libre.

Zoe y yo llevamos una bata blanca como la de Raquel. Estamos de pie en una sala desde donde podemos ver el quirófano en el que Raquel va a entrar en unos minutos. Nuestras manos están apoyadas en las caderas, levantamos la cabeza, posición de superheroínas y comienza a sonar la canción de *Survivor* de nuevo.

Siento cómo el cuerpo comienza a temblarme con la música y estiro mi mano para coger la de Raquel, que está situada entre Zoe y yo. Las dos sujetamos su mano, nos miramos, sonreímos, afirmamos con la cabeza y volvemos a nuestra posición.

La música suena más alta, se escuchan los coros antes del estribillo. Raquel es una superviviente, lo va a ser y nosotras estaremos a su lado para no permitir que caiga en ningún momento.

Cierro los ojos, suelto el aire que tengo a medio retener en mis pulmones justo cuando está terminando la canción y escucho cómo Raquel, antes de terminar de sonar la música, suelta un grito.

—¡Jódete, cáncer! No voy a rendirme y voy a sobrevivirte.

Nos quedamos en silencio y nos damos la vuelta. Todo el equipo médico nos ha observado mientras hacíamos este ritual. Sonríen con mucha amabilidad, sé que me repito, pero hay mucha paz en esas miradas benevolentes.

—Tenemos que entrar, Raquel. —La doctora se acerca a nosotras—. Os la devolveré en un par de horas, chicas.

—Gracias. —Zoe se lanza a sus brazos y está a punto de romper a llorar, pero se reprime a tiempo de que Raquel la vea.

—A vosotras. Llevo muchos años operando y compartiendo momentos con los familiares, pero os aseguro que ninguno ha sido tan especial como este. Suelen despedirse con abrazos que casi duelen, pero lo vuestro da esperanza. Creo que voy a implantar esa pose y la canción a todos mis pacientes. —Sonríe y niega con la cabeza—. Al cáncer se le vence con un bisturí, pero también con actitud. Y de eso, a Raquel, le sobra.

Me despido de ella con un «*Te quiero más que a nada*» y una promesa de

un viaje que nos haga volver a ser nosotras.

Zoe se despide entre lágrimas, ya no puede aguantar más y Raquel se encarga de darle ánimos. Hasta en un momento así, en el que se enfrenta a un quirófano *solitario*, saca esa garra que le caracteriza y da ánimos a mi hermana.

—Zoe, no te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Estás empezando a florecer de nuevo y quiero ver el día que pequeños Boscos correeteen por mi casa. Te quiero.

Nos besa a las dos y entra en otra de las salas que da al quirófano y levanta un puño en el aire: *Fuck you*. Se oye alto y claro a través de las puertas que se cierran delante de nosotras. Vemos a Juanjo al otro lado junto a Raquel. Hablan, se miran, nos miran, sonríen, Raquel parece que tiembla y Juanjo la toma entre sus brazos, la protege, acaricia su pelo y recoge las lágrimas que cree que no vemos que derrama. Y la besa. No un beso de pasión desorbitada que hace que tiemblen hasta las bisagras, no, es mucho más que eso. Es un beso de los que hacen que tiemble hasta el alma. Sin carga sexual ni deseo de un cuerpo. Es una petición de que la promesa que se acaban de hacer se cumpla.

Agarro la mano de mi hermana y salimos para dejar que ese momento de Juanjo y Raquel sea para los dos.

—¿Va a salir todo bien? —Mi hermana no me suelta la mano mientras trato de quitarme la bata que llevamos puesta.

—Es Raquel. En unos meses esto se quedará en una pesadilla de la que no nos acordaremos.

Dejamos las batas en unas sillas y salimos a la sala en la que nos han dicho que podemos esperar. Dejo a mi hermana con Bosco y voy al baño. Necesito lavarme la cara, despejarme unos segundos y seguir manteniendo la cabeza alta. Cojo el teléfono y busco a Leo en mis contactos, pulso el botón de llamada y... *¿Qué haces, Aura?*

A quien más necesito ahora mismo está demasiado lejos de aquí.

Respiro hondo.

Ladeo la cabeza.

Me miro al espejo.

Sonrío.

Ese reflejo es el que necesito ser ahora mismo.

Ya me desmoronaré un poco más tarde.

En la sala me encuentro a Zoe cobijada entre el pecho y el cuello de

Bosco, mientras se sientan en un sofá. Me apoyo en el marco de la puerta y les observo. Él pone algo de música en su móvil, es casi inaudible, pero a ella le hace sonreír. Sus dedos juegan a entrelazarse lentamente encima de sus piernas. Susurran algo que solo ellos dos comprenden, sonríen por lo que ambos sienten y suspiran deseando estar a solas, dejándose llevar y celebrar que la vida les ha dado la oportunidad de conocerse y encontrarse en el mejor momento de sus vidas.

—No pueden ser más perfectos juntos.

JJ aparece a mi lado frotándose las manos con lo que supongo que son restos de gel antiséptico.

—Si tú lo dices. —Lo hago aposta. Quiero que JJ me venda a su amigo.

—¿Crees que tu hermana podría encontrar a un tío mejor que Bosco? — Me mira de reojo negando con la cabeza—. Ni en tus mejores sueños.

—Todos somos perfectos las primeras semanas o meses de noviazgo. — Seguimos fuera de la sala observándoles.

—Vale, los defectos no salen hasta pasados unos meses, pero es que ese tío de ahí no tiene ni un puñetero defecto. A mí porque me vuelven loco las mujeres... —Se queda en silencio y sonrío, cierra los ojos, ladea un poco la cabeza y respira.

—Que sea bueno para ti no significa que sea bueno para los demás.

—Mira, Bosco es el tío que si tiene que parar una bala con su pecho por ti, lo hará sin dudar un segundo. Te lanzará fuera de un edificio si una bomba está a punto de explotar. Es el mejor compañero que puedes tener en un momento de peligro. —Se queda unos segundos en silencio. Sabe lo que estoy pensando, pero no quiere darme pie a decirlo.

—Mejor que Estévez.

—No quería decir...

—Ya, que Leo está jodido sin Bosco o sin ti cubriéndole la espalda. — Cierro los ojos.

—¿Cómo estás con todo eso?

—Pues jodida, pero no es momento de dramas ni de lloriqueos.

—Aura, no puedes ser siempre fuerte. Es normal derrumbarse, joder, que Leo se ha ido a Siria. Lo lógico sería que... —Niega con la cabeza.

—Lo normal sería que en dos meses no me hubiese enamorado, que él tampoco lo hubiese hecho, pero los dos, kamikazes sin sentido, lo hemos hecho. —Apoyo la cabeza en el marco de la puerta al darme la vuelta—. Lo lógico sería que la boda se hubiese celebrado en Valverde en un año, no en un

pequeño estudio de tatuajes. —Observo mi muñeca—. Lo que una pareja típica hubiese hecho no es lo que nosotros hemos hecho.

—Aura, ni tú ni Leo sois normales. Sois una de esas parejas que comprendes que va a ir contracorriente, que no van a hacer lo esperado o lo que se supone que deberían hacer. No. —JJ se pone delante de mí y me sujeta de la barbilla obligándome a mirarle—. Nunca seréis normales, sois especiales, raros y únicos. Así que no dejes que estas semanas separados hagan que te vengas abajo. Que eres Aura, la tía que me ha dado caña, que me ha llamado imbécil y ha conseguido que la adore. Es lógico que te duela, que sientas que es injusto, pero no te *autoboicotees*, Aura, que sé que lo vas a hacer. Yo también lo haría.

—No lo hago.

—Dime que no te has planteado que Mario ha vuelto por un motivo.

—No. Son coincidencias.

—Vamos a ver, Aura, que tú eres más lista que esto. Y creo que más sincera. —Levanta un dedo en el aire.

—No quiero a Mario. No de esa manera, Juanjo. Con Leo me he vuelto loca, joder, que jamás pensé cometer esta locura. ¿Crees que la jodería por un amor que murió hace años?

—¿Seguro que está muerto? Porque él acaba de firmar papeles de divorcio y apareció en tu casa como un perro abandonado en una tormenta.

Según Juanjo va hablando comprendo que le han investigado, que es más que probable que me hayan investigado a mí y me voy encendiendo. Mi mecha se va acortando mucho a cada palabra.

—Mira, Juanjo —lo digo con calma, no quiero explotar aquí—, espero que se quede ahí tu investigación. Puede que nuestra relación de amor se acabase hace años, pero somos buenos amigos. Mario es buena gente, muy buena. Así que como se te ocurra, se os ocurra hacer algo más, os encontraréis con una de mis caras que te aseguro que no os gustará.

—Aura, sé que me vas a mandar a la mierda, pero somos una familia. Rara y excepcional, pero Bosco y Leo son mis hermanos, los que no me han despreciado en la vida. Aunque haya sido imbécil y gilipollas. Ellos son los únicos que siempre han estado a mi lado y te cuidaré hasta que Leo vuelva.

—No necesito que me cuides, joder, Juanjo. —Le pego un pequeño empujón.

—Pues te vas a joder porque no pienso dejarte a solas. Voy a ser tu sombra. —Pone ambos brazos a los lados de mi cuerpo, impidiéndome

alejarme.

—¿Ahora vas a ser mi puto guardaespaldas?

—Como si tengo que acompañarte a cagar si hace falta.

—Vete a la mierda. —Le empujo.

—Empieza, que yo te sigo. —Aparta uno de los brazos mostrándome el camino.

—Eres imbécil.

—Desde el domingo, soy tu imbécil. —Pasa su brazo por mi hombro y me pega a él—. Sé que Raquel irá a vivir contigo, así que espero que me hagas hueco en tu sofá.

—Ni de coña. —Intento zafarme de sus brazos.

Las maniobras que hemos realizado cerca de la base a las cinco de la mañana han sido un castigo por culpa de Estévez. Este imbécil va a conseguir que nos maten. Ayer decidió que perseguir a unos rebeldes con el camión era mejor idea que venir a rescatar a los compañeros heridos.

—Que me da igual lo que pienses. —Le sujeto del brazo con firmeza—. No lo hagas, joder. —Me enfrento a él cuando nos dejan a solas.

—Vete a la mierda, Ramírez. —Se zafa de mí y me empuja hasta la pared, poniendo su brazo contra mi cuello, en un intento vano de ahogarme—. Por tu culpa, por tu puta culpa estoy aquí metido. Yo jamás he querido estar en una puta misión en la que nos pueden matar. Pero tú, el salvador del mundo, has tenido que joderme la vida. —Me embiste con su cabeza contra mi frente.

—Ojalá no estuvieses aquí, Estévez. No eres la compañía que quiero tener.

—Habértelo pensado antes de que me mandasen a esta puta misión. —Aprieta su puño contra mi estómago.

—Estás muy equivocado. Tal vez no lo sepas, pero tu querido padre es el que nos ha metido a los dos aquí. A mí por darme un merecido castigo, a su parecer, por su puta guerra contra mi familia, la que un día fue la suya. —Le empujo alejándole de mí y comenzando a dominar la situación—. A ti supongo que no te querrá tener cerca. Eres el hazmerreír de la Academia. Te hemos tenido que sacar tantas veces de peleas, hemos tenido que ocultar que en las redadas siempre había droga que desaparecía; tus putas salidas nocturnas casi matan a un compañero y tus borracheras le costaron bastante a Jiménez. —Le pego un empujón y le saco de la sala en la que

estamos—. Aquel accidente —hago hincapié en esta palabra— le costó la pierna a Jiménez. Tuvo que abandonar la UEI y sigue en tratamiento para no perder la otra. Le has jodido la vida, como nos la vas a joder a los que estamos aquí si no empiezas a utilizar las pocas neuronas que te quedan.

Me doy cuenta de que a nuestro alrededor han aparecido compañeros alertados por los gritos, pero me da igual. Ahora mismo lo único que quiero es ponerle a mi primo las cosas claras: no somos amigos, ni siquiera somos ya familia, pero aquí es quien me cubre la espalda y yo se la cubro a él.

—Tú me odias, aún no sé el motivo, pero lo asumo. A mí me parece que no mereces tener el uniforme que tanto te gusta mostrar en redes. —Niego con la cabeza—. Aquí somos compañeros y respondes ante mí. Si te ordeno que auxilies a unos militares heridos, vas a perder el culo por buscar un camión para sacarles de donde estén metidos. —Alzo la voz, tal vez demasiado, pero no pienso dejar que nos maten por su culpa—. Si te pido que cierres la boca y no cometas ninguna estupidez, lo harás sin rechistar. Aquí soy tu superior y si no te gusta, busca a quien lamerle el culo para volver a casa.

—¿Quién te crees que eres, Leo? ¿El puto Capitán América? —Intenta enfrentarse a mí.

—No, solo soy alguien que quiere volver vivo al lado de su mujer.

—¿Te has casado con esa zorra? Si mi padre tenía razón: cometes las mismas estupideces que tu madre.

Casi no le doy tiempo a terminar la frase. Le golpeo con mi puño en la cara con todas mis fuerzas. Se tambalea al pillarle desprevenido y cae al suelo. Me mira con odio desde abajo, como si yo fuese el mayor enemigo de su vida.

—Eres un hijo de puta, Ramírez. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer. —Veo que coge tierra entre sus dedos y cierra el puño.

—Atrévete y acabarás en un lugar que no te gustará. —Dirk le impide que me lance la tierra pisando su mano.

—Qué suerte tienes, Ramírez. Siempre hay alguien que te salva el culo. —Se levanta y escupe sangre al suelo—. Esa zorra tendrá más suerte si mueres aquí. Será la viuda de un héroe de guerra, que es lo que siempre has querido ser. Al final, con un poco de suerte, lo conseguirás.

Dirk me sujeta fuertemente mientras niega con la cabeza.

—No merece la pena. En estos sitios no hay cabida para ira o rencores. Todos somos un equipo. Si uno de nosotros está podrido, puede conseguir

que nos maten a todos. Atwater sabrá lo que hacer con él. —Me empuja alejándome de Estévez.

—Que te sigan protegiendo, Ramírez. Solo no tienes ni puta idea de hacer nada.

—Me das pena, Estévez. Ten cuidado o acabarás muerto.

—¿Me estás amenazando? —Se lanza sobre Dirk para pegarme, pero este le aparta de un empujón.

—No es una amenaza, hijo. —Dirk toma las riendas de la situación que se ha descontrolado—. Te está avisando. Si cometes los mismos errores que ayer por la noche, en cualquier emboscada acabarás con un tiro en la cabeza. No eres el único que está aquí, joder. Si tú la cagas, moriremos todos. ¿Eres capaz de cargar con esa culpa el resto de tu vida si sobrevives?

—Si vosotros morís a mí me la suda. Yo no pienso salir de aquí. Ya puede la chupapollas de Atwater meterme en el calabozo. No pienso mover un puto dedo por nadie.

Niego con la cabeza y veo cómo Atwater se queda detrás de Estévez en silencio.

—¿Desde cuándo una mujer puede mandar sobre nosotros? No me puedo creer que el ejército permita que una mujer, débil y pusilánime, llegue a un puesto que solo un hombre se merece. La cantidad de rabos que se ha tenido que comer hasta llegar aquí. —Se ríe de forma muy exagerada—. Mira, si tienes suerte, te la comerá a ti, primo.

—Soy más de comerme a imbéciles como tú y escupirlos bien lejos. A mi despacho.

—No.

Realmente no comprendo cómo Estévez está siendo tan descarado y está desobedeciendo órdenes directas de un superior. Supongo que es la forma que tiene de salir de aquí. Pero me temo que la General Atwater no se lo va a poner tan fácil.

—Estévez, le doy una oportunidad más: vaya a mi despacho cagando leches o me encargará de que coma tanta arena que no tenga suficiente culo para cagarla.

Él ni siquiera se da la vuelta, se dibuja una sonrisa cínica en su rostro y sé perfectamente lo que está buscando: una expulsión directa de la misión y volver a casa a seguir con su vida. Me alejo de todo, no soy capaz de ver cómo Estévez, mi primo, con el que jugaba cuando teníamos cinco años en casa de mis padres, se ha convertido en este personaje distorsionado que

lleva años tratando de joderme la vida. Sigo sin saber sus motivos para ser así, para tener tanto odio dentro. Tal vez algún día sea capaz de contármelo y yo pueda perdonar todo lo que ha hecho. Bosco me diría que no se lo merece y JJ gritaría que soy un auténtico gilipollas si pienso que va a cambiar en algún momento. Antes de girar una esquina para ir a otra parte, observo lo que sucede. Un par de militares se llevan a Estévez, mientras él grita incoherencias tratando de sacar de quicio a Atwater. Ella niega con la cabeza, la levanta, señala sus galones situados en el hombro, señala un edificio en la otra parte de la base y grita que no tiene tiempo de cuidar a un niño como él.

Al coger mi móvil compruebo que tengo un par de mensajes y una llamada de Aura de hace unas horas.

Aura

Decirte que no te echo de menos para que no te preocupes, sería mentirte.

Decirte que no me gustaría estar en esa cala de Almería que tan bien me vendiste, sería mentirte.

No hemos hecho votos en nuestra boda. No es un mal momento. Total, dormir hoy no es una opción. Leo, yo te prometo que cuidaré de que este amor no se rompa, que, aunque nos separen miles de kilómetros, sientas que te quiero. Yo te elijo a ti, volvería a hacerlo una y mil veces. Aquella noche fue el inicio de la aventura más grande jamás escrita.

Ni los poemas de Marwan estaban preparados para lo que aquella noche sucedió.

Aura

Ahora que estás lejos lo confieso: no pensé que tú te fijarías en una chica como yo. Pensé que seríamos un desastre más que anotar en el cabecero de una cama de cualquier hotel. Pero fuiste lo que no esperaba.

Te llevo en mi piel y te aseguro que solo tiene cabida para lo más especial de mi vida.

Gracias por ponerme a prueba aquella madrugada, por seguirme el juego cuando te puse a ti en jaque en el concierto de Marwan y por seguirme el rollo aquella noche con lo de la lluvia y mis locuras.

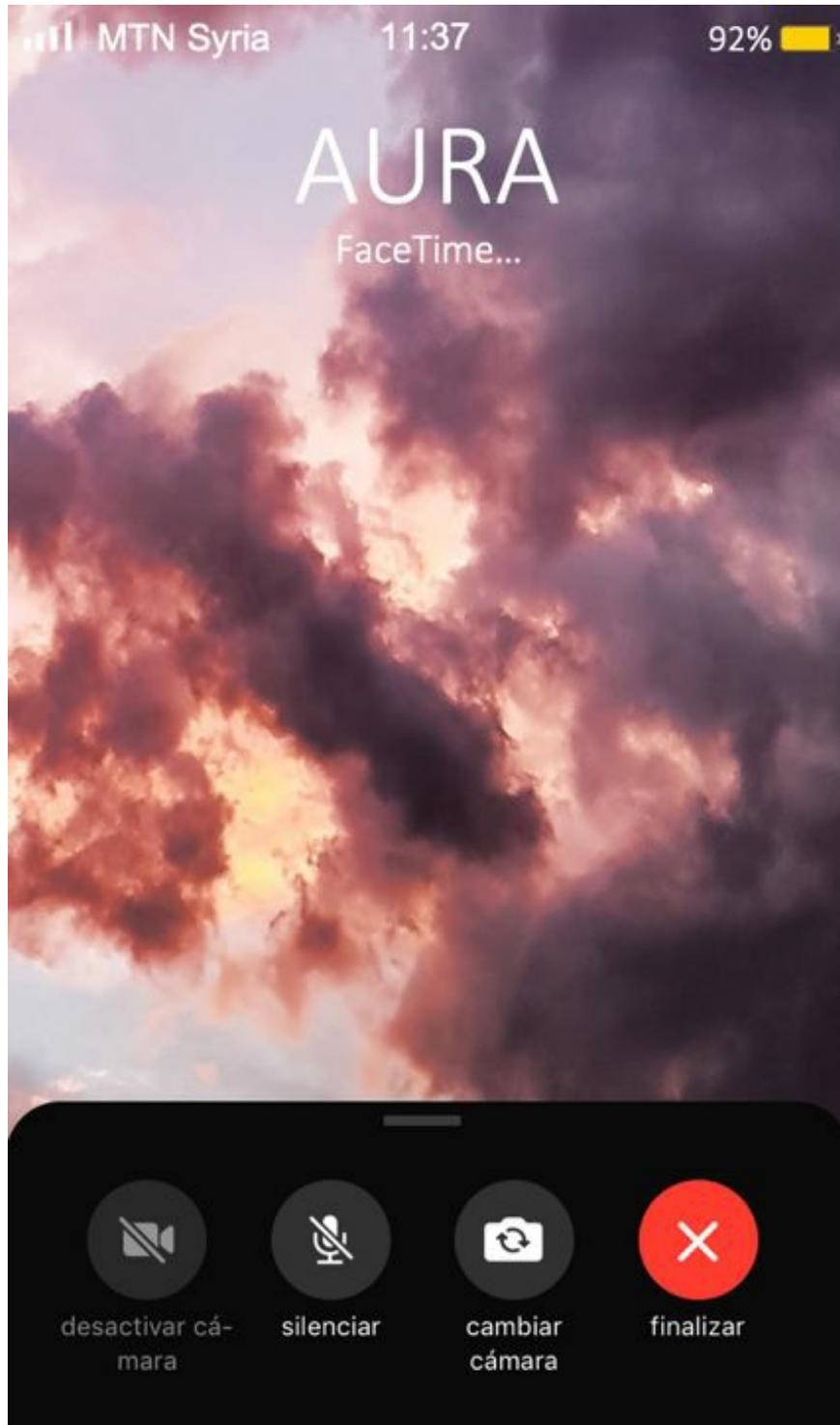
Te esperaré siempre, pero no me hagas hacerlo durante demasiadas noches.

Necesito volver a sentirte cerca.

Te quiero, Leo.

Se dibuja una sonrisa en mi cara. Es lo que siempre me causa Aura con sus mensajes. Es capaz de concentrar en unas líneas lo que me hace sentir y me explica perfectamente que lo nuestro es un para siempre eterno y que cuando nos volvamos a encontrar, recuperaremos los días y años perdidos. Salgo del edificio y busco la mejor cobertura para hacer una videollamada. Necesito ver su cara. Con la voz puede engañarme, pero si veo sus ojos, no lo podrá hacer. Un tono. Dos. Tres. Me siento en el suelo. Me temo que Aura no me puede coger ahora mismo. Con el cambio horario, allí ahora son las diez y media pasadas. No sé si habrá entrado ya Raquel en el quirófano. Nadie me ha dicho que sí en ninguno de los grupos. Me mata estar tan lejos de ellas ahora mismo. Puede que nuestra relación de amistad sea la más corta de las relaciones de todo el mundo de las amistades, no sé si se me

entiende, pero quiero a esas chicas, se han ganado un hueco muy grande en mi corazón. Apoyo la mano con el móvil en la rodilla. Escucho ese sonido que me avisa que Aura no escucha el móvil.



—Hola, Leo. —La cara de JJ aparece en la pantalla.

—No te veo demasiado bien, Aura. Pasas demasiado tiempo con ese patán.

—Muy gracioso, imbécil.

Los dos nos quedamos en silencio durante un par de segundos, hasta que JJ niega con la cabeza.

—¿Por qué no nos avisaste de que te ibas? —Se levanta de unos asientos y sale de la sala en la que supongo que esperan a que Raquel salga del quirófano.

—Todo esto ha venido por una orden de Estévez padre. Lo siento, pero preferí aprovechar esa última noche con Aura. En algún momento me lo perdonaréis.

—Cuando vuelvas tendrás que invitarnos a una buena cena. —JJ se hace el ofendido para que le diga que sí a todo lo que me pida.

—Ojalá fueseis vosotros los que estuviereis aquí conmigo. Ayer hubo un atentado y casi nos matan por culpa del imbécil de Estévez.

—Vale, voy a hablar con quien sea necesario para que nos manden allí contigo y...

—No. —No permito que termine—. Ahora mismo tú debes estar al lado de Raquel y cuidando de Aura. Eres mis ojos y mis manos, pero no te pases o te mandará a la mierda. —Tomo un poco de aire—. ¿Cómo está Raquel?

—Me he despedido de ella hace una hora. —Se pasa una mano por la boca y compruebo que le tiembla—. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que te estabas enamorando y no sabías cómo había pasado?

—Tú te enamoraste de ella el primer día que te dijo que no eras su tipo, J.

—Enamorarse de un imposible a la que besas antes de despedirte de ella en un quirófano, ¿es una locura?

Se queda la imagen congelada y creo que la cobertura comienza a fallar. Pero a los cinco segundos JJ empieza a parpadear.

—¿Qué haces con mi teléfono?

Escucho la voz de Aura y su cabeza aparece encima de la de mi amigo que se repone de su confesión.

—Esta vez no ha sido tu ex. —A J se le escapa y yo niego con la cabeza.

—Mira, porque te quiero y aún no he descubierto el motivo, pero vuelve a la sala a empacharte del amor de mi hermana y su novio. —Aura mira a J y le empuja entre sonrisas.

—Una de las chicas más guapas de Madrid me ha dicho que me quiere.

—En serio, Leo, ¿no lo quieres por allí un rato? Que se quiere instalar en mi casa estas dos semanas.

—Me quiere, tío. —La cabeza aparece en la pantalla.

—JJ, no juegues, no querrás ver cómo se las gasta mosqueada.

Aura le dice algo al oído, él abre muchos los ojos, levanta una ceja y sonríe.

—Disfruta mucho, Leo. —Me guiña un ojo y Aura observa cómo se aleja.

—¿Qué le has dicho?

—Pues que vamos a tener sexo telefónico del guarro y del que hará que los Santos se tapen los oídos.

De su garganta se escapa ese sonido que hace cuando comienza a reírse. A mí se me entremezclan los sentimientos de anhelo, de ganas de un buen abrazo y de un beso que tardará en llegar. Veo cómo toma una bocanada de aire y su pecho se hincha.

Parece que hace meses que no nos vemos. Él me observa, yo hago lo mismo. Los dos tratamos de quedarnos con la imagen que aparece en el teléfono.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. —Realmente no lo sé, es la verdad.

—No sabes lo que me gustaría poder estar a tu lado y ayudarte a pasar por esto. Sé que ahora mismo no hay palabras que ofrezcan consuelo. —Esboza una sonrisa triste—. Me mata no estar ahí, pero sé que todo saldrá bien. Joder, es Raquel, la tía que ha conseguido que JJ pronuncie las palabras a las que tanto miedo tiene.

—¿Te ha dicho que se han besado? —Sonrío al recordarlo.

—Sí, no he tenido que torturarlo.

Hablamos durante un par de minutos de nuestros amigos, de lo que yo espero de ellos, de lo que él cree que va a pasar y de que en un año es más que seguro que nos vayamos de boda, aunque Raquel lo niegue en cuanto salga del quirófano. Me pregunta por Nico, no le puedo dar ninguna respuesta, no he tenido tiempo de hablar con él o con mi hermana. Le pregunto por las niñas y su padre, pero no ha podido hablar con ellos.

—¿Cómo están las cosas allí? —Intento sonar tranquila.

—Seguro que lo sabes mejor que yo. —Se humedece los labios y se

muerde el inferior—. Intenta no buscar más información o saltarán las alarmas y aparecerán unos compañeros en tu casa o trabajo y te intervendrán el móvil.

—No te preocupes, lo tengo controlado. De vez en cuando grito que solo es documentación para un caso, para que quede claro. Si *Facebook* me lleva escuchando años y mostrándome locales de citas rápidas de Madrid... — Hincho con aire las mejillas y dejo de hablar.

—¿Vas a echar de menos todo eso?

—¿Tú estás loco? Estaba a solo un desastre de meterme en un convento de clausura. No podía aguantar a un tío más que se metiese con mi edad, mi estatura, mis kilos, mis cicatrices emocionales o mis tatuajes. —Niego con la cabeza dando gracias por tener a Leo, aunque sea a cinco mil kilómetros—. Bastante tengo con lidiar conmigo misma los días que no quiero al 100% al reflejo que me encuentro por las mañanas en el espejo, como para hacerlo con algún imbécil que tenga poco rabo y busque menospreciarme.

—Todos esos tíos son gilipollas, pero me alegro.

—¿Te alegras de todos mis desastres?

—Sin ellos yo no te hubiese conocido. Sin ellos no me habría no casado contigo en una ceremonia atípica, como nuestra relación.

—Aura, acaba de salir la doctora. Nos llama.

Mi hermana aparece a mi lado muy sofocada. Miro el móvil y salimos corriendo hacia la sala donde la doctora nos espera. Me olvido de Leo, del mundo y me centro en las palabras que esta mujer está diciendo, que no entiendo, que no sé si son buenas noticias o no. Raquel lleva menos de dos horas en el quirófano y la operación estaba programada para toda la mañana.

—Creo que no me estoy explicando demasiado bien. ¿Vamos un momento a mi despacho y os lo explico más tranquilamente?

—No, si lo que nos vas a contar es que todo ha salido mal, es mejor que nos lo digas aquí. No necesito que cree un entorno agradable. —Zoe se enfada y veo cómo se acerca a la doctora.

—No, no me he explicado demasiado bien. —Nos señala otra sala en la que pone «*Acceso exclusivo personal de la clínica*»—. Vamos a esa sala, por favor.

Los cuatro entramos y nos miramos. Lo del entorno agradable es algo que Raquel siempre nos ha explicado cuando una enfermedad toca una familia. Se trata de crear un... Bueno, creo que ya sabéis a lo que me refiero.

—El carcinoma medular de la mama —la doctora mientras habla coge un cuaderno, un bolígrafo de su bata y empieza a dibujar— tenía un límite muy

claro y bien definido entre el tejido del tumor y el tejido normal de la mama. El carcinoma estaba ejerciendo presión contra el tejido sano, pero no lo estaba invadiendo.

—Me estoy perdiendo. —JJ no comprende nada.

—Creo que nos está diciendo que el bicho no es tan malo como lo diagnosticaron. ¿No? —Le miro a la doctora con una necesidad terrible de que me diga que yo sí estoy comprendiéndolo.

—El patólogo que analizó la muestra no debía tener experiencia en el diagnóstico de este tipo de cáncer. Hemos hecho una lumpectomía: se ha extirpado únicamente la parte de la mama que presentaba el tumor y parte del tejido normal que lo rodeaba y lo enviaremos para estudiarlo a dos laboratorios diferentes.

—¿Nos estás diciendo que no es lo que esperábamos, pero para bien?

—El sistema inmunitario de Raquel ha hecho todo el trabajo duro. Sus células han combatido contra las sustancias que han amenazado su cuerpo y han mantenido el carcinoma bajo control.

No decimos nada, estoy segura de que ninguno de los cuatro nos creemos lo que estamos escuchando. Zoe aprieta fuertemente la mano de Bosco, Juanjo sujeta la mía con firmeza y escucho cómo suelta un suspiro de alivio.

—Después de la operación ¿qué viene? ¿Quimio? ¿Radiación? —JJ también ha hecho los deberes.

—Entre cinco y siete semanas de radiación, exploraciones físicas cada cuatro o seis meses durante cinco años; y mamografía de ambas mamas cada seis meses tras la radiación final cada cuatro meses.

6

Vida

Me despierto cansada, con una sensación de flotar y como si hubiese estado durmiendo durante tres días después de un macro festival en el desierto. Me pesan mucho los ojos y siento un sabor a metal en la boca: primer efecto de la anestesia. Recuerdo dónde estoy. Me llevo las manos al pecho, pero no siento nada: segundo efecto de la anestesia. Levanto la sábana, pero tengo una venda que rodea mi pecho, mucha venda por lo que parece.

Escucho la voz dulce y suave de una mujer, no muy mayor, con tono muy tranquilo.

—Hola, Raquel. Bienvenida. ¿Cómo te encuentras?

—Pues la boca me sabe a after y la cabeza la tengo un poco aturdida.

—Es normal. La anestesia es lo que tiene. Ahora te llevaremos a la habitación y veremos cómo reacciona tu cuerpo.

Cierro los ojos y espero que al volver a abrirlos delante de mí aparezca una playa tranquila, desértica y en la que un morenazo me traiga una copa, sin alcohol al parecer.

Escucho las olas rompiendo en la orilla.

El tintineo de unas copas lejanas.

Mis pensamientos vuelan lejos.

Unas voces suenan cada vez más cercanas. Puedo reconocerlas, pero no entiendo lo que dicen. Unos nudillos golpean la puerta y alguien dice «*Adelante*».

—No creo que tarde mucho en despertar. La anestesia ha sido un poco más de lo que necesitaba, pero al menos así descansará. ¿Con quién se va a quedar?

—En mi piso.

Esa es Aura. No quería ser una carga para ella y... ¿Qué demonios hace aquí? Tendría que estar con Leo en Almería. ¿Qué es lo que ha pasado para que esté aquí?

—Estos son los medicamentos que tendrá que tomar y aquí están las próximas citas. Cuando se despierte hablaré con ella.

—Podéis dejar de hablar como si no estuviese aquí. Que siga con los ojos cerrados es porque la maldita anestesia me provoca mini sueños. Y no me quiero enfrentar a la pérdida de mi preciosa teta.

Siento una mano que sujeta la mía y se la lleva a los labios. Por un momento pienso que es Juanjo, pero no creo que haya tenido el valor de hacerlo delante de todos. Se lo he puesto muy complicado y encima, cuando nos besamos, es el momento en que le muestro a mi verdadero pero con una grave enfermedad. No es justo ni necesario.

—Bienvenida, Raquel. —La voz de Zoe suena más dulce que nunca.

—Ni que viniese de entre los muertos. Mira que os ponéis dramáticas.

—Idiota. —Zoe me suelta y me provoca una sonrisa.

—Raquel, tenemos que hablar. ¿Podéis dejarnos a solas un momento? —La doctora está pidiéndoles que salgan.

Abro los ojos. Bosco y Juanjo acompañan a Zoe y Aura. Parece que no se han apartado de su lado desde ayer. Les observo uno a uno, pero cuando llego a Juanjo, tengo que volver a cerrar los ojos. Siento que le estoy metiendo en una mierda demasiado grande y no se lo merece. Este chico se merece a una mujer que sí quiera estar con él, que le haga la vida más fácil, no que le ponga una losa en la espalda.

—¿Ellos lo saben?

—Sí, he hablado hace una hora con ellos.

—Entonces no tiene sentido que salgan. Somos familia y ni tenemos secretos ni nos ocultamos nada. —Miro a mis chicas. Se han sujetado de la mano y me miran con una sonrisa que me tranquiliza.

La doctora comienza a explicarme lo que mis amigos ya saben. Podía esperar otro resultado, peor, mucho peor, pero lo que ella me está diciendo es que el puñetero patólogo se equivocó. Sí, tengo que esperar a los resultados de dos laboratorios diferentes, pero no es un cáncer tan agresivo y no he perdido mi teta.

—¿Es seguro?

—En unas semanas tendremos los resultados.

Me llevo la mano a la boca, me cuesta respirar y siento que todo me da vueltas. Lloro sin consuelo... bueno, con consuelo de que la pesadilla está a un resultado de terminar. Siempre he sido positiva, voy por la vida pensando en que las cosas siempre tienen una solución, pero si soy sincera, no pensé que esto fuera a ser así. No creo que haya un Dios o al menos no el Dios al que tanta gente venera. Sé que hay algo más, algún lugar al que vamos a disfrutar una vez muertos. Todo esto no lo dice la Raquel psicóloga, no, ella no cree en un más allá ni que Dios nos va a salvar a todos. La Raquel soñadora cree que hay un Valhalla donde vamos a disfrutar de una vida eterna junto a las personas que queremos, donde siempre somos jóvenes, nos reencontramos con nuestros familiares y amigos que perdemos a lo largo de la vida; un sitio en el que no hay guerras ni niños muriendo, donde no hay hipocresía ni rabia; un sitio en el que ser feliz es nuestra máxima obligación. Todo muy bucólico, sí, pero soñar con un más allá bueno y bonito, ¿qué daño puede hacer?

Un final y un comienzo

La mayor recompensa es ver el brillo que tiene Raquel en los ojos ahora mismo. Respira profundamente y se lleva la mano muy despacio al pecho, susurra unas palabras que ninguno escuchamos y da las gracias a la doctora.

—Ahora descansa y en un rato pasarán las enfermeras a mirar cómo va el vendaje y podrás irte a casa.

—¿Hoy? —Juanjo y Raquel lo dicen a la vez.

—Sí. Habíamos programado un ingreso más largo, pero no es necesario que estés aquí. Cuando te tomen la tensión, temperatura y constantes, y comprobemos que todo está bien, podrás irte a casa.

Juanjo sujeta fuertemente la mano de Raquel y ella no la aparta. Es más, la aprieta con fuerza contra su costado. Bosco besa a mi hermana en la cabeza y me acuerdo de Leo. En el momento en que Zoe me ha avisado de que la doctora había salido del quirófano, me he olvidado de él. Miro el móvil y, como es de esperar, la pantalla está apagada.

La doctora nos deja a solas y mientras nos alegramos porque todo este susto ha terminado, por ahora, mi cuerpo comienza a experimentar la falta de sueño, comida, el exceso de preocupaciones y salgo corriendo al baño. Vomito el café de hace un par de horas. No, no estoy embarazada, lo tengo claro. Tengo las defensas por los suelos y los nervios siempre me hacen terminar vomitando.

Al abrir la puerta no hay rastro de Mario en el piso. Son las siete de la tarde y el sol entra por las ventanas. Comienza a hacer calor. Dejo la bolsa de Raquel en mi habitación y busco la nota que Mario me habrá dejado en la cocina. Pegada en la nevera sigue la de Leo: «*Camina descalza. Esta noche cocino yo*». Cierro los ojos y siento los besos de aquella noche, sus dedos recorriendo el interior de mis piernas...

—De cenar me imagino que no tiene ni un triste huevo. —Zoe me aparta de la nevera y la abre—. Me lo imaginaba.

—Lo siento. —Niego con la cabeza y vuelvo a dejar la nota bajo en imán

de Nueva York—. Yo...

—Soy imbécil. Tú deberías estar en Almería, no aquí. ¿Cómo estás?

—Pues he dejado a Leo colgado esta mañana. Voy a ver si puedo hablar con él esta noche. —Respiro hondo y sonrío—. Voy a llamar a Mario. No sé dónde estará.

—¿Qué hace él aquí?

—Se acaba de divorciar —al decirlo me doy cuenta de que ella ya lo sabe—. Dato que tú ya conocías.

—¿No esperará recuperar el tiempo perdido?

—No, solo necesita una amiga, un lugar donde quedarse unos días y empezar de cero lejos de lo que hasta ayer era su vida. —Escucho cómo comienza a sonar música y la risa de Raquel inunda el piso.

«Llevas años enredada en mis manos (...) Y no puedo más. Debería estar cansado (...) de tus rarezas, pero quiero más».

Raquel se acerca a la cocina y comienza a recitar la letra de Coque Malla, mientras nos sujeta a las dos de las manos.

—«*No puedo vivir sin ti, no hay manera*». —Besa a Zoe—. «*No puedo estar sin ti, no hay manera*».

Observo cómo sus ojos brillan mientras tira de nosotras para ir a bailar en medio del salón, ante las atentas miradas de Bosco y Juanjo, pero a ella le da igual.

Y como si formásemos parte de un videoclip de los ochenta grabado en 8mm, con la luz que entra por las ventanas que alguien acaba de abrir, bailamos y susurramos esta letra que tanto tiene que decir ahora mismo. Es la reina, siempre reinará y ahora con mucha más fuerza. Hasta este momento no era consciente realmente de que, si hubiésemos llegado tarde, si el puto bicho hubiese ganado esta partida, no hubiese sobrevivido a no tener a Raquel en mi vida. Es mi puta media naranja.

En casa no tengo espacio para que todos duerman, pero parece que ninguno va a salir de este piso por unas horas. Raquel se tumba con Juanjo, Bosco y Zoe en el sofá mientras deciden qué quieren cenar. Se pelean por pedir japonés o chino, por sushi o rollito de primavera. Tengo el estómago como para meterme ahora mismo algo de picante, me pondría en plan *Santa Clarita Diet* y lo de convertirme en *no muerta* no me iba a sentar demasiado bien.

—Ha ganado *TukTuk* y *La casa de papel*. —Raquel levanta el mando de la tele en el aire como si fuera ganadora única de la pelea.

—¿Vais a ver el atraco a la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, con ellos? Me los imagino como mi padre cuando ve una del FBI: que si esos no tienen ni idea, que eso no es real, que yo con mi minga detendría a toda la cédula... —lo digo con voz grave que hace sonreír a mi hermana.

—¿Minga? —Bosco me mira extrañado.

—Minga, rabo, polla. Mi padre a veces es muy correcto y otras muchas el más incorrecto de la familia.

—Cuántas fantasías he tenido con vuestro padre. —Raquel, a la que parece que le han extirpado algo más que un carcinoma, suspira al terminar la frase.

—Yo prefiero no saberlo, Raquel, cariño mío. —Zoe pone una cara de asco que me hace reír. A mi hermana no le gusta saber las pasiones que levanta mi padre. Y aseguro que ha levantado siempre muchas. Aún me acuerdo de aquella camarera que trabajó en la Finca hace dos años.

—Calla, que aquello fue acoso y derribo. Es más, creo que se folló a mi ex. —Mi hermana es la primera vez que habla de su exmarido sin dolor y con una sonrisa—. Ojalá les hubiese pillado antes y les hubiese mandado a la mierda a los dos. —Se pasa la mano por la boca—. Meterle la cabeza en el cuenco de nata que estaba montando no fue suficiente.

—¿Dónde está la dulce Zoe? —Raquel ladea la cabeza y me busca sonriendo—. ¿Por qué te pareces más a Aura que nunca?

—He decidido que mi vida empezó de verdad hace unos meses. Hasta ahora estaba encerrada entre cuatro paredes que yo misma me había construido. —Se levanta y camina por el piso hasta llegar a una de las ventanas—. Él terminó anulándome, pero después del juicio yo fui quien se encerró y tiró la llave. Estaba viviendo en una jaula de cristal y no intentaba escapar. Mi día a día se basaba en llevar a mis hijos al colegio y volver a encerrarme en casa. Siempre decía que en mi cuarto meditaba, escribía o buscaba medios en internet para que la Finca volviese a ser lo que era, pero siempre mentía. —Suspira y se da la vuelta—. Aquella noche, al cagarla de nuevo, estuve a punto de desechar la idea de conocer a alguien. Pero llegaste tú, Bosco, con tu aparente rudeza, pero escondiendo esa dulzura que parece que no quieres que la gente conozca.

Camino hasta el salón y me apoyo en la pared observando a mi hermana, bueno, a esta versión de Zoe que resplandece, que tiene un brillo en los ojos tan especial, que parece que nunca ha tenido un solo problema en la vida. Me hace tan feliz verla así, que siento un poco de envidia, pero de la buena. Sí,

hay envidia buena.

Mientras Zoe sigue hablando, miro a Bosco. Lo hago entre el pelo para que no sienta que estoy tratando de diseccionar sus miradas o sus gestos. Aunque sé que se da cuenta. Lo sé porque en un momento sus ojos se topan con los míos y me guiña uno.

—Sé que la vida es jodida, todos hemos visto su peor cara en diferentes ocasiones, pero hemos tenido suerte y nos hemos encontrado para que, a partir de ahora, todo sea mucho mejor y más bonito. —Zoe se acerca a nosotros—. Solo quiero que nos prometamos algo todos los que estamos aquí. Si la vida vuelve a ponerse jodida, seremos los primeros en los que nos apoyaremos, nos buscaremos, estemos donde estemos. Da igual si nos separan dos kilómetros o dos mil. Leo no está aquí, pero entra dentro del lote. Somos nosotros y siempre lo seremos. Yo lo prometo. —Levanta una mano en el aire y sonríe.

Juanjo no se lo piensa, se levanta de un salto, se sitúa al lado de mi hermana y alza su mano, mientras la otra la pone sobre su pecho.

—Yo me apunto a todo lo que dice esta pequeñaja.

—Tú es que tienes las patas demasiado largas. —Zoe le da un suave empujón—. Además, los mejores perfumes vienen en bote pequeño.

—Y los venenos más poderosos. —Bosco camina hasta mi hermana y le sujeta de la mano—. Contigo al fin del mundo. —Su otra mano se eleva también en el aire.

—¿En qué momento hemos pasado a ser un capítulo de serie americana? —Raquel se está casi descojonando en el sofá. Sé que intenta no reírse de un momento así, pero su parte racional le sigue pesando—. ¿Qué cojones? —Se levanta despacio y se pone junto a Juanjo—. Supongo que un poco de locura juvenil no nos vendrá mal a ninguno —pone los ojos en blanco al decirlo—. Además, a mí me deben una casa en un árbol. —Con su mano en el aire me pide que me acerque.

—Yo ya lo siento, pero necesito alejarme un poco de los desastres, de los problemas psicológicos y locuras de algunos —mientras lo digo me alejo por el pasillo—. Necesito desconexión urgente.

—No te lo crees ni tú, morena.

Juanjo me sujeta por la cintura y, con una habilidad y fuerza que no me espero, me lleva en volandas al salón.

—Vamos a hacernos una foto y llamamos a Leo para que sea parte de toda esta promesa. —Juanjo me sube en su hombro y, aunque trato de deshacerme de sus brazos, desisto cuando los escucho a todos decir «*Patata*».

—¿Puedes bajarme, Juanjo? —Se me empieza a bajar la sangre a la cabeza y temo que a Juanjo se le estalle una hernia.

—¿Solo Leo? Hermanita, pensaba que le tendrías como Agente Empotrador o Leo el león. —Emite una especie de rugido.

—Se llama Leovigildo, bastante que solo le tengo puesto como Leo.

—Sí, esto es exactamente lo que necesitaba. El culo de Aura a pantalla completa. —La voz de Leo suena en el salón y fantaseo con que sea en persona, pero solo está al otro lado del *iPad* en una videollamada.

—¿Te pillamos bien o tienes que salvar el mundo? —Esta versión de mi hermana me gusta, vuelve a ser esa pequeña macarra que no tenía pelos en la lengua.

—En cinco horas tenemos una incursión, pero estoy disponible para lo que sea que estéis haciendo.

Al ver en la pantalla a los chicos con Zoe y Raquel en lo que parece el piso de Aura, una sensación de nostalgia recorre mi cuerpo. Juanjo sigue reteniendo a Aura sobre su hombro y esta deja de patalear, pero escucho perfectamente una amenaza que obliga a mi amigo a dejarla en el suelo de nuevo.

—Raquel, cómo me alegro de verte. Pero ¿no deberías estar en el hospital? No me digas que te han secuestrado. Parpadea dos veces si es así y te mando unos compañeros muy interesantes.

—¿De los que asaltan paredes y entran por las ventanas, ruedan por el suelo, mientras suena música épica?

—De esos. A nosotros no nos toca lo de la música. Se lo quedó el otro equipo, pero hacemos rappel vertical en pared que es mucho más espectacular.

Sé que Raquel está sonriendo cuando se pasa la mano por los labios. Me alegra mucho verla en pie, agarrada a Zoe y feliz.

—Por mucho que me gustaría conocer a más compañeros, no, no me han secuestrado. Ha sido mucho menos de lo que la doctora se esperaba y solo me han extirpado un pequeño bulto. —Raquel coge el dispositivo y se sienta en el sofá—. Más vale que te cuides por allí, Leo. Que yo de buen rollo soy genial, pero a zorra no me gana nadie.

—Espero estar de vuelta pronto. He hablado con la General Atwater y no creo que tardemos en volver.

—¿Cenas con nosotros?

—¿Cómo?

Tres bolsas de comida de TukTuk, dos bandejas repletas de pan Bao al que Zoe y Aura atacan al abrirlos, sopa picante para Bosco y noodles para JJ; cervezas, agua para Raquel y secretos contados a gritos de estas tres chicas que han puesto patas arriba el mundo controlado de estos tres chicos.

—*Voy a darme una ducha. Ahora hablamos, guapo.*

Raquel coge el iPad de la mesa y me enseña cómo Aura camina por el pasillo hacia el baño y veo cómo se ata una coleta, masajeándose la nuca.

Todos esperamos en silencio a que se escuche la ducha y es entonces cuando Bosco me habla.

—*Mario ha desaparecido y juro que no hemos sido nosotros. Que esto no parezca un ajuste de cuentas.*

—*Yo supongo que se habrá ido a un hotel. Sé que mi hermana discutió con él o le dejó claro que no comprendía su vuelta. —Zoe abre otra cerveza—. Que sí, que comprendía que se había separado, pero que volver justo así... Vamos, que le dejó claro que está loquita por tus huesos, pero lo que no le dije, ni a él ni a nadie, es lo de vuestra no boda. Yo siento joderos esa fantasía, pero ya estáis organizando algo mucho mejor para que yo me vista de hermana de la novia.*

—*¿Tú tienes claro lo que habéis hecho? —Bosco sonríe y mira a Zoe de reojo.*

—*¿Estás diciendo que mi hermana no es lo suficientemente buena para tu amigo? —Zoe salta del sofá.*

—*Solo pregunto que durante qué fracción de segundo pensó que podía ser una buena idea justo partiendo a Siria.*

—*En todos. En todos los segundos, en cada momento, en cualquier plano astral al que tú quieras viajar, en las vidas en las que me pueda reencarnar; en todos esos sitios siempre es y será buena idea casarme con ella. —Me fijo en el sol que ya comienza a desaparecer por completo y cómo las estrellas brillan a pesar del conflicto armado del país—. ¿Recordáis el baile de las luciérnagas? Aquella noche todos estábamos donde debíamos. Da igual que nos hayamos divorciado, hayamos estado a punto de pasar por el altar, seamos unos inconscientes del amor o no quisiéramos por nada del mundo enamorarnos de la persona que estaba a nuestro lado, nos dimos cuenta de que por fin éramos nosotros los que teníamos la vida disponible para empezar a disfrutarla de verdad.*

—¿En serio te has tenido que ir allí para convertirte en un tío sabio? —
Bosco me sonrío y veo la felicidad en sus ojos.

—Vale, las coñas para más tarde. ¿Y vosotros?

Señalo a Raquel y Juanjo que están sentados juntos en el sofá. Ella se ha recostado sobre el pecho de mi amigo y tratan de separarse, pero ella pone una mueca de dolor por los puntos.

—A nosotros nos dejáis tranquilos, que somos amigos.

—Yo no beso a mis amigos de esa manera, Raquel. —Intento ocultar una sonrisa porque me hace mucha gracia cómo se remueven los dos en el sofá.

—Aura —lo grita para que se le escuche bien—, enjabónate bien porque me acabo de cagar en ti.

—Somos amigos, nada más.

Parece que esta confesión de Juanjo no le gusta demasiado a Raquel. Intenta esbozar una sonrisa, pero la tuerce a los segundos. Se escuda en que los puntos le tiran, pero sé que no es eso.

—Ya sabes que no soy su tipo, Leo. —Juanjo respira hondo y suelta todo el aire retenido por la nariz—. Tal vez en alguna de las próximas vidas sí lo sea. Porque ella en todas las mías lo será.

Se hace un silencio en el salón, tan solo se escucha una canción lejos, supongo que de Aura en el baño. Juanjo no dice nada más, Raquel juguetea con unos palillos en sus manos y la pareja feliz entrelaza sus manos y se susurran algo que ninguno escuchamos.

No oigo ni una sola palabra cuando salgo del baño. Mis amigas están sentadas en el sofá mientras los chicos recogen las cosas de la cena.

—Tu marido te espera en la cama. —Mi hermana niega con la cabeza—. Que menos mal que está a tomar por saco, porque si no creo que Raquel y Juanjo le habrían matado.

Al entrar en mi habitación escucho un piano de fondo. Mi hermana parece que ha puesto algo de música, reconozco ese piano. Siempre me ha recordado a *Amelie*, a la película. No me preguntéis el motivo. El *iPad* está apoyado sobre la almohada donde Leo estuvo durmiendo la semana pasada y hasta huele a él. Veo un bote de su colonia en la mesilla. Me suelto el moño, me adecento un poco el pelo, me paso la mano por la cara y siento cómo las mariposas revolotean nerviosas en la boca de mi estómago. Me miro en el espejo y tomo aire, una gran bocanada. Lo suelto todo lentamente. Cierro la puerta y escucho un carraspeo de Leo. Tiene que estar cansado de esperar.

—¿Aura? Dime que no me has vuelto a dejar colgado como esta mañana. «Deja el equipaje en la ribera, para verte como quieres que te vea. (...) Sabes que todo está bien, no hay error^[3]».

Me tomo unos segundos para controlar mis lágrimas y me tumbo en la cama. En la pantalla Leo está mirando al cielo, parece que no se ha dado cuenta de que ya estoy aquí. Está guapo, está jodidamente guapo. Lleva un pañuelo negro y blanco al cuello.

—Hola, guapo.

—Hola, pequeña.

Y me sonrío y a mí se me cae la baba. Esa puta sonrisa es capaz de hacerme olvidar que está lejos, que tan solo cuarenta y ocho horas después de despedirnos sigo sintiendo sus labios sobre los míos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, contenta por la operación. No quiero celebrarlo por todo lo alto hasta no tener los resultados, pero después del susto de ayer, ya podemos respirar.

—No sabes lo que me alegro, pequeña. He estado todo el día con vosotras en la cabeza. Son muy largas las horas aquí cuando esto está tranquilo. Es como si estuviésemos esperando el impacto inminente de problemas. —Se pasa la mano por la cara y parece que está cansado.

—¿Cuánto llevas sin dormir?

—Desde la última noche que pasamos juntos.

Intenta sonreír, pero en su cara se ven todas y cada una de sus preocupaciones, las que le están causando esas sombras oscuras que se han empezado a dibujar bajo sus ojos.

—Si casi no dormimos, Leo. —Me estremezco de nuevo al recordar aquella noche.

—Aquí las horas de sueño disminuyen drásticamente. Esto funciona así, seguro que lo sabes. —Sus ojos atraviesan la pantalla.

—Te prometo que no he investigado nada más.

—Por hoy. —Lo apostilla con una sonrisa.

—Te prometería no hacerlo, pero cuando mi padre se fue a África, aprendí más del conflicto armado de aquella zona, que de los habitantes de Cubas de la Sagra. Y mira que nos conocíamos todos.

—Trata de no hacerlo. La zona no está bien y no quiero que vivas con miedo hasta que vuelva.

—No lo estás arreglando, Leo. Pero podemos hablar de cualquier otra

cosa y así haces que me olvide de todo.

—Ojalá estuviese en esa cama tumbado para sacarte todos los problemas a besos. Te imagino con una de esas camisetas de baloncesto que tanto te gusta ponerte en casa, descalza y con las ventanas abiertas mientras llueve fuera.

Observo a través de la pantalla que se levanta y camina, entra dentro de una sala y veo camas. A los segundos Leo está aparentemente tumbado en lo que será su catre.

—No llueve, pero ya que esta es una cita algo extraña, te diré que sí, las gotas de lluvia están golpeando en las pequeñas baldosas de la terraza y huele a mojado. A tierra mojada. —Cierro los ojos.

—Madrid tierra no es que tenga mucha.

—Lo sé. —Entrecierro los ojos y niego con la cabeza—. Tú dices que llueve, yo que huele a tierra. Ni tú estás aquí ni tus manos están recorriendo mi cuerpo. Así que permíteme tomarme licencias creativas.

—Entonces está lloviendo, como la primera noche que pasamos en tu casa. Mis dedos recorren el interior de tus muslos, mientras mis labios juegan con los tuyos. Estamos tumbados en el suelo, tu cuerpo me pide que no pare de acariciarte y yo... —Su sonrisa se hace más grande y me estremece—. Joder, peque, soy capaz de recordar cómo sabe cada hueco de tu cuerpo, cómo se eriza tu piel bajo mi lengua y ese sonido tan jodidamente perfecto que sale de tu garganta cuando te excitas. Tendré que racionar estos recuerdos para que me lleguen hasta el día que vuelva a besarte.

—Y yo tendré que conformarme con una onza de chocolate o media tableta —carraspeo negando con la cabeza— para paliar esta quemazón que me crean tus palabras.

—¿Chocolate?

—Sí, Leo. Tú con dos palabritas has conseguido que me excite y ahora me queda mi vibrador y el chocolate.

—¿Me sustituyes por un cacharro con pilas?

—Perdona. —Me siento en la cama—. Ni se te ocurra meterte con él: es muy moderno. Va con micro USB, tiene un tacto espectacular y ocho posiciones. Que, por cierto, tengo que bajar a por el nuevo.

—¿Plan *renove*? —Leo se apoya sobre su brazo.

—No, nene, uno nuevo. Bueno... —Sé que se me está levantando la ceja derecha y me muerdo el labio—. Creo que pedí dos: *Ina Wave* y *Sona*^[4].

—¿Dos?

—No se te ocurra juzgarme.

—Jamás. —Leo oculta una sonrisa pícaro.

—Bajé a preguntar algo y es que Lluvia, la chica que siempre me atiende, me vende todo. Tú no sabes lo que es que te explique que las mujeres también tenemos próstata y cómo estimularla y... Coño, le hubiese firmado hasta una ampliación de hipoteca del piso.

Me quedo unos segundos observando la sonrisa de Leo mientras cierra los ojos y me permito, en el tiempo que los mantiene así, negar con la cabeza y tragarme las penas. Tenemos poco tiempo, en cualquier momento pueden llamarle para salir. Leo abre los ojos y gira la cabeza mirando a la pantalla.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, canija?

—Lo sé. —Me acaricio el tatuaje de la muñeca—. Duele, pero lo sé.

—No quiero que duela.

—Pero es inevitable, Leo. Quererte y tenerte tan lejos... Es una putada, coño. —Se me atraganta un suspiro en la garganta.

—Una noche menos, piénsalo así.

Una noche menos es lo que queda cada madrugada que hablamos. Y esto se convierte en una cita diaria sobre las doce de la noche. Él me oculta lo que ocurre allí y yo trato de esconder que cada día le echo más de menos. No quiero hacerlo, pero me parece egoísta y una verdadera mierda que nuestra conversación, a veces demasiado corta, se centre en las ganas que tenemos de vernos y el tiempo que queda aún para hacerlo realidad.

Hoy no ha habido respuesta al otro lado de la pantalla. Es sábado, doce y media de la noche y estoy sentada en el suelo con la ventana abierta escuchando el barullo de la calle. En el salón Raquel y Juanjo ven una película, mientras yo jugueteo con el largo de mis uñas. Escucho un poco de la conversación que mantienen y me hacen poner los ojos en blanco.

Juanjo se ha adueñado del sofá y no se ha movido de casa desde que salimos del hospital. Lleva cinco días atrincherado en mi piso y no tiene ningún planteamiento de marcharse.

—Venga, ya, Raquel.

—Que no, que no me creo todas estas películas de chico se enamora perdidamente al conocer a una chica.

Vuelvo a poner los ojos en blanco. Raquel está mintiendo como una maldita bellaca. Si se tragó todas las películas lacrimógenas hace un par de semanas en ese mismo sofá.

—¿No crees en el amor a primera vista? —Juanjo se está metiendo en un *fregao* que ni se imagina—. ¿O directamente ya no crees en el amor?

—No es que no crea que no hay amor en el mundo. Si dejo que mi parte del cerebro que gestiona mis sentimientos hablase, sería muy dura y radical: el amor no es nada más que una estúpida idea de encontrar a alguien que te ate los cordones cuando tú ya no puedas. El amor es egoísta.

—No lo es, Raquel, por supuesto que no. El amor no es egoísta, no al menos el que yo conozco.

Dejo de escucharlos, parece que los dos no saben qué más decir o... ¿se estarán besando?

Me levanto del suelo y camino por el pasillo, deseando que se estén comiendo a besos y se dejen de gilipolleces de una vez. Pero no es así. Están mirándose a los ojos, separados por muy pocos centímetros y con las manos buscándose sobre el sofá. No me ven, parece que solo están ellos dos. Me quedo en la cocina comiéndome un yogur en absoluto silencio, deseosa de ser espectadora del inicio —por fin— de esta historia de amor que tanto se está haciendo de rogar.

—Juanjo, si tan bonito es el amor, ¿por qué estás cuidando de una convaleciente con más drogas encima que en *Proyecto Hombre* y no con tu novia retozando en casa?

—Si te digo que en esto consiste el amor, te reirás de mí y dirás orgullosa que tienes razón, que el amor es egoísta. —Juanjo suelta una pequeña carcajada—. Pero sabes que me importa muy poco llevarte la contraria, así que, si estoy en esta casa que he ocupado, es porque quiero, me apetece y puedo.

—Me das la razón, aunque no quieras, Juanjo. Tal vez te deje estar a mi lado por eso mismo, porque soy una egoísta.

—Eres como el puñetero perro del hortelano, querida Raquel. —Lo digo en bajo, pero se me escapa en un tono que mi amiga escucha.

Sé que me mira y que, si tuviese el poder de elegir un superpoder ahora mismo, sería fulminarme con un rayo laser que saliese directamente de sus ojos y me dejase chamuscada cual dibujo animado.

—El amor es sentir, vibrar, oler, saborear y no es egoísta.

—¿Te has enamorado de verdad alguna vez, Juanjo? Porque si te han roto el corazón, no comprendo cómo hablas así. —Raquel chasquea la lengua—. Tal vez es que seas tú el que ha dejado rotos demasiados corazones.

—No, no me he enamorado nunca. Puede que por eso siga pensando que

el amor es algo que quiero probar.

Me sorprende la brutal sinceridad de Juanjo. Reconozco que al conocerle pensé que era imbécil y quise matarle un par de veces por esa maldita boca que tiene, pero le he cogido cariño, me gusta, me gusta como amigo, le quiero en mi vida, y si puede ser, me gustaría que estuviese en la vida de Raquel. Le necesita, le necesita tanto, que ni siquiera lo ha llegado a asumir.

—Quiero a mis amigos, mataría por ellos. Adoro a Luna, es mi chica, la que siempre me da caña, pero se acurruca en mi pecho para dormir la siesta. —Suelta el aire y parece que los miedos—. Tengo una familia que no es perfecta, que dista mucho de serlo, pero con la que sé que puedo contar. Quiero amar de la manera que se amaron mis abuelos y mis padres. Tal vez no sea para siempre, pero sí sé que disfrutaré cada segundo, viviré cada momento y te...

Estoy mirando embobada a Juanjo y pego un pequeño salto en la cocina al escuchar ese *te*. Es una declaración, va a tener las narices de declararse y espero que mi amiga no se comporte como una imbécil.

—Y besaré hasta que no me queden fuerzas. Y no, Raquel, yo no quiero por egoísmo.

—Todos somos egoístas y en cierto punto egocéntricos. No queremos morir solos.

—¿Por eso me besaste antes de entrar al quirófano? ¿Por miedo a morir?

Raquel no responde, se separa de Juanjo, me mira enfadada y me señala.

—Tenías que hablar.

Yo, que no he dicho nada, me como el marrón y el rayo fulminador. Raquel gruñe, se levanta del sofá, niega con la cabeza y se va por el pasillo hasta mi habitación, mientras farfulla y creo que nos manda a la mierda.

Juanjo se levanta del sofá y se acerca a mí, me observa mientras me sigo comiendo el yogur sin decir nada. Niego con la cabeza, le miro y levanto los hombros.

—¿Qué coño le pasa a tu amiga?

—¿Qué coño te pasa a ti? Has estado a un *te* de declararte, Juanjo. —Dejo el yogur tratando de controlar mi genio—. ¿En serio le has dicho que si te besó por miedo a morir? Sabes que ese temor sigue siendo una sombra sobre ella, ¿verdad?

—Joder.

Se pasa la mano por la cara agobiado. Este no ha estado enamorado, pero tampoco sabe cómo gestionar sus sentimientos.

—Ve a hablar con ella. Haces que Raquel pierda los nervios, eres bastante experto, pero también pareces ser el único que consigue calmarla. — Pongo mis manos en sus hombros—. Voy a dar una vuelta por Gran Vía.

—¿Estás loca? No vas a salir a estas horas a dar ninguna vuelta. —Juanjo hace un gesto extraño con la boca.

—Vale, pues estaré subiendo y bajando escaleras. Hoy no he hecho el mínimo de pasos diarios y mi culo se resiente de esta semana metidos en casa con Raquel. —Me doy una palmada y camino hacia la puerta.

—Vas descalza.

—Pero llevo el móvil. —Le guiño un ojo sonriendo y agitándolo en el aire—. No os matéis si no es a polvos.

Le mando todo mi ánimo encubierto en una sonrisa socarrona. No sé lo que realmente va a suceder en esa habitación y me encantaría verlo por un pequeño agujerito.

Kamikazes enamorados

Me quedo observando la puerta durante unos segundos y comienzo a escuchar una canción que reconozco. No hacía a Raquel de las que escuchan a Quique González. Camino por el pasillo lentamente cogiendo fuerza y tratando de hacerme el valiente. No soy ningún cobarde, pero me da miedo abrirme a Raquel y recibir la respuesta para la que realmente no estoy preparado: el rechazo de la única mujer por la que sé que sentiré lo más grande de este mundo.

Su voz recita el estribillo justo cuando llego a la puerta que está semiabierta. Raquel está sentada en una silla delante de lo que supongo que será el tocador de Aura. Encima hay un bote de colonia que Raquel toma para olerlo sin dejar de cantar, mientras juguetea con el marco de unas fotos que le hacen sonreír. Se levanta y camina hasta la ventana. Se pasa la mano por el cuello, cierra los ojos y ladea la cabeza, se acaricia los labios.

«Como kamikazes enamorados. Como pistoleros de sangre caliente, juégatela un poco, valiente... Kamikazes enamorados^[5]».

—Tú eres la mujer más valiente que conozco.

Raquel se asusta al escuchar mi voz y se da la vuelta con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas y con la respiración agitada.

—No lo soy. Soy una maldita cobarde que no ha sabido vivir, que se ha perdido las cosas y que ha vivido a medias.

—No es verdad.

—Juanjo, no me conoces.

—Pues permíteme hacerlo, Raquel. —Doy un paso en su dirección, pero no avanzo más.

—¿Y si no te gusta lo que soy?

Por primera vez desde que conozco a Raquel, veo su fragilidad. Sé que a ella no le gusta mostrarla, pero todos tenemos un punto frágil en nuestro carácter o en nuestra vida. Y ella ahora mismo me lo está mostrando.

—¿Y si al conocer mis manías y todos mis problemas, mi falta de fe en la humanidad y lo propensa que soy a beberme más de dos copas cuando tengo un

problema, decides que ya no, que no quieres o no merezco ser más que una chica a la que conociste en un bar? —Cierra los ojos, pasa su mano por las mejillas y niega con la cabeza—. No podría ser una decepción más... Mucho menos contigo, Juanjo.

Me mira con esos enormes ojos marrones que suele esconder bajo su flequillo negro cuando cree que nadie la observa.

—Nena, me has dado tanta caña como para montarme una maldita cabaña y sigo aquí. —Recuerdo las palabras que Aura acaba de decirme—. He estado a punto de declararme ante una mujer que parece creer que soy el tío con el que nunca o con el que tal vez solo una noche.

Espero que ella rebata estas palabras, que me diga que... No sé, que sea la que dé el paso, pero los dos estamos tan aterrados que creo que, por nuestros miedos, lo que pudo ser, jamás será.

—La canción lo dice, es imposible, a veces no es el momento. Cuando es el tuyo, yo estoy enferma y pendiente de meterme tanta mierda en el cuerpo, que no sé si me reconoceré en el espejo. —Se le atragantan las palabras y comienzan a brillarle los ojos—. Cuando sea el mío, tú habrás encontrado a la mujer que te mereces, la que se ría de tus chistes, la que sonría cuando tratas de imitar a Vito Corleone y a la que le haga gracia cuando pones una serie en silencio y te inventas con tu voz en off los diálogos. —Cierra los ojos y sonrío entre lágrimas—. La que solo huela tu colonia y respire profundo justo antes de que te vayas para recordarte hasta la próxima vez que os veáis. La que se acurruque en tu pecho cuando se está muriendo de miedo por dentro y la que te bese sin importarle el cómo ni el dónde, el por qué o el cuándo.

No se da cuenta, pero se ha situado delante de mí y está describiendo cómo han sido estas noches cuando Aura hablaba a solas con Leo, cómo su cabeza se ha apoyado en mi pecho mientras veíamos las temporadas de La casa de papel.

—Te mereces que te quieran de verdad y yo, ahora mismo, me temo que no podría más que quererte a medias. Sé que me queda un camino por recorrer para estar bien y es egoísta que te pida que no te muevas de mi lado. —Intenta sonreír, pero no lo consigue. Veo el dolor en sus ojos—. Yo no soy egoísta cuando quiero, pero...

—Pero ¿qué, Raquel? ¿Cuántas excusas vas a desempolvar para tratar de convencerte de que nosotros somos un jamás?

Mis manos buscan las tuyas, lo hacen muy despacio, no quiero asustarla. Comprendo sus miedos, pero pretendo deshacerme de ellos, lanzarlos lejos y

poder mostrarle que somos mucho más de lo que se imagina.

—Porque no podría perderte, Juanjo. Si debo ser tu amiga el resto de mi vida para poder disfrutar de ese humor y de tu eterna sonrisa, lo acepto.

—A mí no me vale, Raquel. Lo siento. Yo no puedo ser tu eterno amigo, el que te sujete de la mano cuando las cosas se tuerzan, pero el que no te puede besar cuando quiera.

Trato de controlar esa mecha corta que comparto con Aura y no quiero decir nada de lo que me pueda arrepentir. Pero ¿ahora piensas en lo que vas a decir, JJ? Si desde que la conoces no has hecho nada por filtrar tus palabras.

Raquel no dice nada, aparta sus ojos de los míos, agacha la cabeza y susurra algo que no consigo entender.

—No te convengo ahora mismo, Juanjo. Si todo va como sé que va a ir, puedo ser muy dañina.

—¿Más de lo que ya has sido?

Bravo, JJ, bien guardada tu mala baba.

—¿Ves? No podemos ser más de lo que hemos sido. —Da dos pasos y se separa de mí.

—De acuerdo. —Respiro hondo, controlo mi boca y se me dibuja una sonrisa muy amarga en los labios—. Buenas noches, Raquel.

No eres tú

Observo a Juanjo salir de la habitación y el miedo me paraliza. No comprendo qué es lo que acaba de suceder. No sé quién es la que ha tomado la palabra, no sé cuál de las dos de mi bipolaridad ha sido: si la que está cagada de miedo por no disfrutar del tiempo que quiere con Juanjo o la que es tan sumamente imbécil que ha terminado de un plumazo con su única oportunidad.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Raquel?

Se lo digo a la imagen que me devuelve el espejo. Tengo la cara bastante hinchada y no me reconozco demasiado bien en esa chica del reflejo.

Ni reconozco sus ojeras, ni la hinchazón de sus mejillas, pero mucho menos la forma en que la caga por temor. Miro la foto de Aura de la mesilla, solo se ven unas sonrisas y reconozco la de mi amiga y la de Leo. Sus manos, entrelazadas, son una promesa. Ellos sí que han apostado todo por ellos.

Coño, Raquel, vive, joder, vive de una puta vez.

Es como si escuchase esas palabras saliendo de la boca de Aura.

Escucho la puerta de la entrada cerrándose y salgo de la habitación.

—¿Aura? ¿Juanjo?

No hay ninguna respuesta.

En el salón no están y no hay rastro tampoco en la cocina. Abro la puerta y veo a Aura hablando por teléfono mientras sube y baja escaleras.

—Sí, no sé qué coño ha hecho esta zumbada, pero Juanjo acaba de salir de casa.

—¿Dónde se ha ido? —Agarro a Aura de la mano.

—No lo sé. Me ha gruñido y ha bajado corriendo. ¿Qué has hecho?

—El imbécil. —Tiro de su mano y nos asomamos las dos por el hueco de la escalera. Veo a Juanjo dos pisos más abajo—. J, espera.

Él mira hacia arriba y niega con la cabeza. Sé que está tratando de sonreír, pero no lo consigue. Y eso, señores y señoras, es gracias a mí.

Bajo corriendo las escaleras, pero no me doy cuenta de que me llevo a Aura conmigo hasta que tira de mi mano. La suelto y sigo bajando hasta que me encuentro con él en el rellano antes de llegar al portal.

—Juanjo.

De primera mano

No me puedo resistir y me siento en las escaleras a ver qué es lo que sucede entre estos dos idiotas. Qué jodido es el miedo cuando lo mezclamos con amor.

El teléfono me vibra y compruebo que mi hermana me ha colgado —o lo he hecho yo— y veo el nombre de Leo en la pantalla y su sonrisa al contestar.

—Justo a tiempo. —Le doy la vuelta a la pantalla para que él vea lo que sucede.

—Si se van a matar, no quiero ser testigo.

—De esta, a polvos. Esto es mejor que una serie de *Netflix*. Les he dejado hablando, tu amigo casi se declara, mi amiga le habrá sacado a su ejército de dragones y ella ha terminado corriendo por las escaleras como en el final de una comedia romántica.

—Y tú no te vas a perder nada, ¿no?

—Los llevo aguantando toda la semana en el sofá, en la cocina y hasta en mi cama. Me merezco sentir ese beso de película.

Los dos nos quedamos en silencio mientras Juanjo y Raquel no dejan de mirarse.

—Lo siento, Juanjo, de verdad. No sé si es el miedo o soy yo la que se impone estas malditas barreras que no me permito bajar. Pero tú... —Suelta todo el aire entre los dientes—. Joder, tú has estado desde el primer día en mi mente. Has aparecido en el peor momento de mi vida, pero cuando más te necesitaba. No lo sabía, nunca he necesitado a nadie a mi lado. Pero, joder, es que tú te has colado en mi piel y por supuesto que quiero que seamos, estaría loca si no lo quisiese. Pero apostar por un nosotros con esta mierda encima, no sé... No quiero...

—Échale ovarios, nena. —No me lo pienso y se lo suelto. Que sepan que tienen audiencia.

Raquel me fulmina, ahora sí que lo consigue, pero a mí no me mueven de aquí.

—Raquel, crees que si le tuviese miedo a eso o a cualquier otra cosa

¿estaría aquí? Ni siquiera lo hubiese intentado. Te hubiese mandado a la mierda la noche que besaste a aquel tío en las fiestas. —Juanjo toma una gran bocanada de aire y sonrío con tristeza—. ¿Sabes lo que deseaba que aquel beso no se lo dieras a él, Raquel? Joder, cuando os vi tan cómplices en la barra, deseé haberte conocido hace diez años.

—Estaba conociendo entonces a mi exmarido.

—Ahora no sería tu exmarido.

—No me quites eso, es lo mejor que he hecho en mi vida.

Vale, parece que Raquel no comprende por dónde van las palabras de Juanjo. *Venga, nena, baja tus barreras, deshazte de tus miedos y bésale de una vez, que lo estás deseando.*

—Si nos hubiésemos conocido antes, tal vez ni tú ni yo seríamos quienes somos ahora mismo. Me he mentido muchas veces en estos años asegurando que no estoy dispuesta a enamorarme de nuevo. —Raquel da un paso al frente—. Pero llegas tú con tu estúpida sonrisa y esa maldita forma que tienes de hacerme sentir yo, la verdadera Raquel, la que solo soy con mis amigas y me desarmas. —Cierra los ojos y al abrirlos veo un brillo tan especial, que me dan ganas hasta de aplaudir—. Me haces soñar y eso en mí es muy peligroso. Estoy más cerca de los cuarenta que de los treinta y mis ilusiones ya no son las mismas. No pretendo encontrar un maromazo de veinte años que me haga poner los ojos en blanco. —Las manos de Raquel tratan de sujetarse a las de Juanjo—. Yo sé cuáles son mis limitaciones y asumo mis defectos. Que son muchos, muchísimos.

—Deja de ser tan dura contigo misma, Raquel. Nadie en este mundo es perfecto, ni siquiera yo. —Juanjo intenta destensar este momento—. No hemos venido a este mundo a ser perfectos, hemos venido a vivir, a disfrutar, a amar y a que nos amen.

—Madre mía. J va a por todas. —Leo lo susurra y giro un poco el móvil para verle. Observo cómo mueve la cabeza como si quisiese salir de la pantalla—. Que no los veo.

—Vale, vale. —Vuelvo a ponerle en primera fila.

—Juanjo, la vida no es tan sencilla.

—Es tan complicada como tú quieras que sea. Mi padre siempre me ha dicho lo mismo y es algo que llevo a rajatabla. La vida es corta y muy puta cuando se empeña, pero es bonita. ¿Qué harías si te diesen veinticuatro horas de vida y pudieses teletransportarte?

—Es imposible decidir con quién disfrutar de esas horas. ¿Tú lo sabes?

—Yo te elegiría a ti para mis últimas horas. Te llevaría a una cabaña en medio de la nada y te demostraría que eres más de lo que piensas, mucho más de lo que crees. Que te mereces el final feliz que has desechado, nena.

Observo a mi amiga por este apelativo. Se lo ha llamado un par de veces y no hace ningún gesto, no pone cara de asco y ni siquiera se mueve. Está hipnotizada con las palabras de Juanjo.

—Pero...

—No, Raquel. No puedo escuchar más veces esa palabra. Cada vez que me acerco a ti, tú subes barreras, pones pinchos y llenas todo de *peros*. — Juanjo da un paso atrás y se dirige a la puerta—. Si no crees en ti misma, jamás creerás en mí. Soy más imbécil cuanto más años cumplo.

Juanjo se acerca a la puerta, pone su mano en la manilla y yo estoy a punto de levantarme de la escalera para darle a Raquel una colleja.

—No sé cómo me he planteado que una mujer como tú se fije en un imbécil como yo. Nos vemos, Raquel. Cuídate.

Comienza a sonar música, no sé de dónde proviene —seguramente de la pareja del primero que se graba cantando versiones en acústico para *YouTube*—, pero me parece que es uno de esos momentos en los que la magia hace de las suyas. Suena *Grenade* de Bruno Mars y yo me muero.

Raquel se acerca a Juanjo, le sujeta de la mano, tira de ella levemente para que él se de la vuelta. Algo dentro de mí me dice que me vaya, pero algo más me lo impide.

«Lo que fácil viene, fácil se va, esa es solo tu forma de vivir. (...) Lo coges todo, pero nunca das. Debería haber sabido que eras un problema...»

Juanjo tarda unos segundos en darse la vuelta y veo que no lo está pasando bien, que prefiere salir de aquí y no decir nada más. No creo que se haya dado por vencido o tal vez sí, pero darte de bruces contra una barrera que no baja, acaba haciendo daño.

—No eres imbécil. —Tira de su mano y se mete entre el hueco que deja el cuerpo de Juanjo entre la puerta y él—. La única estúpida soy yo.

Me muevo en la escalera, escucho un susurro de Leo pidiéndome que enfoque mejor, saco un poco la cabeza y veo esa magia, ese momento tan especial que precede al beso, al gran beso, al de verdad, al que hará que mi amiga, por fin, se deje de tantas tonterías y confirme que sí, que son y serán.

Las manos de Raquel suben por los brazos de Juanjo y se sitúan en sus mejillas. Abre la boca, se muerde el labio inferior, esconde sus ojos agachándolos, Juanjo toma su barbilla, le obliga a mirarle...

—No me beses y luego me pidas que me aleje de ti. Si lo haces, si me lo vuelves a pedir, me veré en la obligación de no volver a intentarlo.

—¿Y si no te pido que te vayas? —Las palabras de Raquel son casi un susurro, una mezcla de temor y excitación.

—Solo con una condición.

Juanjo se acerca decidido a sus labios, roza su nariz con la de ella, las respiraciones de los cuatro —sí, Leo y yo estamos tan excitados como ellos ahora mismo— se pueden escuchar en el portal, busca su boca, también parece medirla, se acerca más, pero no la besa.

—¿Qué... ¿Qué condición?

—Que no vuelvas a tener miedo.

—Es algo irracional.

—Y el amor también. O eso dicen.

—Eso dicen. —Raquel esboza una sonrisa.

—Entonces seamos salvajemente irracionales.

Juanjo se lanza contra la boca de Raquel y ella le acepta, vamos que si le acepta. Un beso que comienza lento y algo tímido, comienza a subir de intensidad con las manos de mi amiga por el interior de la camiseta de Juanjo y las caderas de él apretando las de Raquel.

—Momento de subir a casa, Leo.

Antes de dejar de ver a esta pareja que se está comiendo a besos en el portal, sin importarles quién los vea, que sus dos amigos estén de espectadores en este beso que tanto tiene, que tanto conlleva, suspiro por ella, por él, por Leo y por mí. Siento envidia de ese beso, de esas mariposas revoloteando en sus estómagos y del comienzo de una historia tan bonita como ellos. Miro a la pantalla y mi chico sonríe mientras habla en inglés con un compañero y creo que va a escuchar el suspiro que no puedo retener en mi garganta.

—Hechos los pasos de hoy y de mañana. —Al llegar al piso veo la puerta abierta—. Gracias, Raquel.

Me siento en el sofá y espero a que Leo deje de hablar con alguien sobre un ataque que han sufrido unos compañeros alemanes a cincuenta kilómetros de la base.

Tiemblo el tiempo justo antes de que Leo vuelva a mirarme.

No lleva ni gota de maquillaje, tiene la vista perdida en el techo y observo su cuello. Ahora mismo lo recorrería con la yema de mis dedos,

enterraría mis labios en el hueco de su oreja, jugaría con mis manos entre sus piernas y...

—¿En qué estás pensando, vicioso?

—En follarte lento hasta que el sol ilumine cada parte de tu cuerpo.

—No le robes líneas a Marwan o nos va a venir a pedir sus royalties. —

Su sonrisa esconde preocupación. Me temo que nos ha escuchado hablar del ataque.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Se tumba en el sofá.

—Por la conversación que has escuchado con Dirk.

—¿Están bien?

—Bueno, cuando vuelvan a la base los compañeros que han ido hasta allí lo sabremos. Se están intensificando estos ataques y...

Aura cierra un microsegundo los ojos y respira profundamente, pensando que no me voy a dar cuenta, pero me mata ver el dolor que le provoco.

—¿Tú cómo estás?

—Cansado. Acabamos de llegar de una zona de refugiados.

La sonrisa de Leo se va haciendo más grande mientras me cuenta la experiencia con los niños. Ha acudido a un campamento de refugiados acompañando y protegiendo a unos médicos de una ONG. Ha terminado jugando con un balón en medio del desierto. Sé que está intentando mostrarme la mejor parte de Siria, pero es difícil no visualizar el cielo teñido de naranja tras la explosión de las bombas.

Nuestra cita diaria es el momento en que podemos meternos en una burbuja y estar solo nosotros dos. A veces me imagino que estamos en esa famosa cala de Almería en la que tantas ganas tengo de despertarme. Si ahora me diesen un superpoder sería poder teletransportarme junto a Leo a esa playa, sin ropa, sin peligro y sin ningún reloj que nos marque cada paso que debemos dar.

—Voy a decirte algo que no te va a gustar, canija.

—Vas a algún sitio del que no me puedes hablar y no sabes cuándo podremos volver a estar así. —Mi pecho se llena de aire.

—Aura, no me gusta que me leas la mente de esta manera.

—¿Sabes que te quiero y que te echo de menos más de lo que necesito? Echo de menos tus labios sobre los míos al despertar, hacer el amor contigo

bajo las estrellas y compartir un café a media mañana desnudos en mi cama.

Esta mañana Atwater me ha comentado algo sobre que esta misión tiene los días contados. Hemos venido para terminar el acompañamiento a los inspectores de la ONU sobre los ataques con armas químicas. Están en su fase final y en unos días o semanas podremos volver a casa. Pero me parece mala idea contárselo a Aura, darle falsas esperanzas y que esto termine alargándose como la última vez.

Nocaut

Cuando cojo el bote en el que meto el café me doy cuenta de que está vacío. No es lo mismo hacer café para una que no está en casa en todo el día, que, para Juanjo que bebe cantidades ingentes de café. Tengo que salir de casa a buscar algo para desayunar urgentemente. Juanjo y Raquel se hicieron fuertes en mi habitación anoche. La razón es que me desmayé en el sofá cuando dejé de hablar con Leo.

Me ato una coleta y bajo a la tienda de alimentación que está al lado. Fuera me encuentro con Xian, el encargado, que está fumándose un cigarro. Siempre he pensado que esto es una tapadera de la mafia china. Esa uña larga en su mano derecha me hace pensar en él como en un probador de coca de película.

—Buenos días, Aura. —Su acento casi madrileño me hace gracia—. ¿A por provisiones de alcohol, tabaco o condones?

—Café, naranjas, tomate, tostadas y jamón.

—Eres de las pocas clientas que no llaman a esos de las bicicletas que te reparten todo. —Me mira fijamente la ropa—. Y que bajan en pijama a comprar. Que estamos en Madrid, Aura. La cumbre de la moda.

—Claro. —Miro para abajo y veo que llevo los pantalones de yoga, un calcetín de cada color y las *Vans* sin atar—. ¿Crees que me preocupa que me vean en esta calle por la que casi no pasa nadie?

—Así va mi negocio, no llego ni a fin de mes.

—Cobrándome el jamón de cebo a precio de bellota, no te creo.

Veinte minutos después estoy preparando la mesa de la cocina con el café recién hecho, el pan tostado, tomate, jamón, pavo, queso, un par de piezas de fruta cortadas, yogur, muesli...

—¿Y este despliegue? —Raquel aparece frotándose los ojos en la cocina.

Rebusco en la bolsa que he subido del chino y saco un tubo de los que salen como medio millón de pequeños papeles de confeti. Lo retuerzo, lo giro, lo agito, pero nada.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Joder, iba a celebrar y mandar un mensaje al señor que impone los festivos en España para que marquen en rojo el día de ayer.

—Eres imbécil. —Entrecierra los ojos y suspira tratando de ocultar una sonrisa.

—Os adoro a los dos y ya era hora de que os dejaseis de estupideces, miedos y frustraciones. Coño, que mira que te has hecho de rogar, amiga. — Dejo el tubo en la mesa.

—Es que el miedo es un cabronazo que se acomoda en tu pecho y se aferra como una maldita garrapata.

—Arráncala entonces. —Me apoyo en la mesa delante de ella.

—Empecé a hacerlo anoche.

—Dime que no os habéis arrancado nada más en mi cama.

—Casi los labios, pero nada más. Te respeto demasiado.

—Y un cojón. Que te lo montaste con aquel Noruego en Holanda y tuve que irme a media noche de la habitación. Aquella noche también dormí en el sofá de aquel apartamento. Al día siguiente me encontré con aquel turco tan guapo ofreciéndome un café y una galleta de dudosa procedencia.

Las dos sonreímos recordando aquel viaje.

—Y te comiste al turco y la galleta, guapa. Que tú también tienes tu agenda multicultural.

—¿Agenda multicultural?

Juanjo aparece en la cocina, se hace el silencio, observo a Raquel, ella me mira, hace un gesto divertido con la boca y el estruendo del maldito tubo esparciendo confeti por la cocina nos hace a los tres saltar. Juanjo nos aparta de la mesa poniéndonos detrás de él y negando con la cabeza.

—Tranquilo, no es un ataque. Solo es un tubo del chino que acaba de poner una cobertura de confeti a las tostadas.

A Raquel le entra un ataque de risa al fijarse en que su recién estrenado chico solamente lleva unos gayumbos rosas fosforitos con corazones, que tiene restos de confeti pegados al pecho y se relame al darse cuenta.

—No se los quites a lametones, por favor.

Me despego de la pared en la que Juanjo nos ha empotrado hace unos segundos –no de la manera que Raquel quiere– y me siento para desayunar. Yo ya tengo hambre y necesito café para sobrellevar las miraditas de estos dos.

No reconozco a la Raquel que tengo delante. Se creen que no lo veo, pero

están haciendo manitas encima de la mesa mientras les sirvo café. Cojo una tostada, le echo aguacate con pimienta y me la llevo a la boca sin dejar de mirarlos. Me obligan a poner los ojos en blanco tres veces en menos de cinco minutos.

La reunión de las seis de la mañana nos ha dejado bastante tocados. Cinco de los seis compañeros que sufrieron ayer el ataque han muerto. El sexto ha sufrido la amputación de ambas piernas.

—Esto es lo que peor llevo de todo. —Un compañero holandés me ofrece un cigarro, que acepto sin pensármelo.

—Gracias. —Lo enciendo y cierro los ojos—. Es una putada para el que ha sobrevivido a su equipo. ¿Le han trasladado ya?

—No, van a esperar a que se estabilice y les escoltaremos hasta el avión.

—Contad conmigo.

—Por supuesto.

Los dos observamos la base. Hay unos compañeros franceses jugando a las damas, otros holandeses pidiendo que entremos en la zona del gimnasio. Parece que los americanos han preparado algo en el ring.

—Esto huele a apuesta.

Entramos en el gimnasio y veo a Estévez dando puñetazos al aire, como si se estuviese preparando para boxear.

—El español dice que Martin no le dura ni dos asaltos. —Lo escuchamos al acercarnos al cuadrilátero.

—Este es imbécil.

Estévez se quiere enfrentar a Martin, de los Cuerpos Especiales americanos. Para que nos hagamos aquí todos una idea rápida de cómo es: metro noventa, ciento diez kilos —arriba abajo— de músculos y una pinta de loco, que no lo quiero de enemigo.

—Me temo que ese español va a acabar en la enfermería.

Al escucharlo me acerco a mi primo. Por mí le pueden sacar los dientes uno a uno y repartir collares entre la base, pero tengo que pedirle que pare. Me conozco muy bien todas sus tácticas y sé que va a tirar de juego muy sucio. Cuando teníamos cinco años me tiró arena a los ojos, porque no le quería dejar la bicicleta que nuestros abuelos me acababan de regalar por mi cumpleaños.

—Estévez, déjalo antes de que te haga daño.

Al darse la vuelta observo la dilatación de sus pupilas.

—¿De verdad? No te entiendo. Estamos en pleno conflicto y tu estás aquí poniéndote hasta las cejas. ¿Crees que es lo más responsable?

—Que te jodan, Teniente Ramírez. ¿Piensas que tengo miedo a morir? Es lo mejor que me podría pasar ahora mismo. —Se pasa la mano por la nariz y se deja un rastro de sangre—. Mi padre se ha deshecho de mí. ¿Qué me queda por perder?

—La vida.

Aunque esté delante del imbécil de mi primo, el que me ha jodido tantas veces que perdí la cuenta y el que ha tratado de hacer daño a Aura, siento aún ese lazo de sangre que me obliga a preocuparme por él.

—Será la tuya la que vale la pena. La mía es una continua pesadilla de la que no me consigo despertar. —Me mira con odio en su mirada—. Estoy metido en esta guerra porque mi padre siempre ha decidido cada paso que debo dar. Si debía ir a la Academia, si tenía que hacer prácticas de tiro un sábado a las doce de la noche o si debía aprender a sobrevivir con doce años en medio del bosque en invierno, ataviado solamente con una brújula rota y un mapa, mientras sobre mí se cernía la oscuridad y una gran tormenta. —Parece que me va a contar, por fin, porque es como es—. Mientras tú, querido primo, estabas con tu perfecta familia en aquella casa de la que tu padre nos echó años después, con una madre que te quería y a la que hiciste sufrir hasta la extenuación. ¿Sabes lo que envidiaba tu vida? Tienes un padre que te apoya en cada paso que das, una hermana que se desvive por ti, un hermano que te tiene en un altar —al decirlo siento toda su rabia contenida en estos años—, unos amigos que darían la vida por ti. Ahora has conocido a una mujer que...

Como diga algo de Aura, el que le arranca los dientes soy yo.

—Una mujer que te mira como si fueras lo más importante de este mundo. —Respira hondo, aprieta una mano contra su puño, asegurándose de que las cintas no se despegan—. Yo no tengo nada. Un padre para el que soy una decepción constante, una familia con la que no me hablo, una habitación en un motel cutre y una prostituta cada noche para que me haga compañía. Las drogas hacen que mi vida no parezca tan patética.

—Estévez, vamos a ver si eres capaz de hacerme ganar mucha pasta. Los que queden, que me entreguen los cincuenta dólares de la apuesta.

—Morir no es un problema para mí. Es la solución a una vida con la que tarde o temprano acabaré. Si no es una sobredosis, será un ataque en

este campamento o una curva en la que se salga mi coche.

Me mira y, por primera vez en más de veinte años, veo a aquel chico con el que solía jugar en el jardín de la casa de mis padres. No comprendo cómo ha podido torcerse tanto su vida para terminar siendo ese fantasma de lo que un día fue.

[Run to the Hills](#) de Iron Maiden da comienzo a las presentaciones de esta pelea en la que Estévez va a acabar muy mal.

Diez minutos, varios ganchos del americano y un par de golpes bajos de mi primo, Martin acaba con un jab^[6] directo al mentón de Estévez que le hace caer al suelo y no reaccionar en varios segundos. Le ha dejado noqueado y veo cómo sangra de la boca y de la nariz. Por instinto, subo al cuadrilátero y paso entre las cuerdas para levantarlo y llevarlo a enfermería.

—No necesito tu ayuda, imbécil.

—Cállate por una puñetera vez. —Tiro de su brazo para apoyarlo sobre mis hombros.

—Que me sueltes, joder. No te voy a permitir ser el puto héroe de todo esto. —Me pega un empujón que me deja contra las cuerdas y recibo un directo en la cara que no me espero.

—¿Estás loco? —Me llevo la mano a la boca y veo sangre en mis dedos.

—No sigas, Estévez. —Martin agarra a mi primo por el pecho y le saca a empujones de la plataforma—. No aceptamos las peleas, ya te lo avisó Atwater.

—Me come la polla, Atwater. No pienso dejar que una mujer me dé órdenes.

—Muy bien, Estévez. Dos días de calabozo por insubordinación. Señores. —Da una orden con la cabeza a dos compañeros judiciales y se llevan a Estévez entre gritos—. ¿Alguno más que quiera pasar una bonita noche en el calabozo? Me comentan que tiene las mejores vistas de la arena de la base.

Todos nos cuadramos. La tía tiene los ovarios perfectamente puestos para hacer que todos nos quedemos en silencio.

—Eso pensaba. Estévez, a mi despacho.

¿Fingimos?

Fingir que estoy bien es algo a lo que me he acostumbrado. No sé si es la práctica que cogí con mis citas desastrosas o que en mi trabajo hay que fingir que se controla todo, que no perdemos los nervios en un juzgado y que todo va a salir bien, pero hay personas delante de las que fingir no es una opción: mi familia los domingos.

Hace un par de horas, mientras Juanjo y Raquel se comían a besos en la entrada del garaje, he sentido un pinchazo en la boca del estómago que casi me hace vomitar. He respirado hondo, me he puesto una mano en el pecho y he hecho unos ejercicios de yoga rápidos para controlar el dolor. Sí, puede que suene a estupidez, pero funciona, os lo aseguro. Lo primero que he hecho ha sido coger el móvil y mirarlo unos segundos esperando una llamada avisándome de que algo ha sucedido en la base, pero nada.

Ahora estoy sentada en el jardín trasero con una cerveza entre las manos y un cigarro que le he robado a mi padre de su paquete oculto tras los libros de su estudio. Escucho las voces de Raquel y Zoe poniéndose al día, a mis sobrinos peleándose por el mando para jugar a *The Last of Us*^[7]. Aún no he podido hablar con mi hermana y me extraña que Nico esté jugando a la *Play*.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Aura?

Mi padre me sorprende con el cigarro en la boca y me siento como una adolescente a la que pillan fumando por primera vez. Siento la tentación —leve, muy leve— de tirarlo para ocultarlo, pero ni lo intento.

—He encontrado tu escondite.

—Al menos no has encontrado el del ron bueno. —Se sienta a mi lado y me mira—. ¿O sí?

—No te preocupes, detrás de esos libros antiguos de la Academia de Ávila nadie más que yo va a buscar. —Le guiño un ojo.

—Ahora explícame el motivo.

—Me apetecía. —Sonrío y me bajo las gafas de sol.

—Permíteme decirte una cosa, cariño. Sabes que siempre te he pillado en

tus mentiras y, aunque te has hecho una experta tratando de ocultarle la verdad a otras personas, la policía no es tonta, hija.

—Permíteme decirte una cosa, papá. No estoy nada de acuerdo con esa última afirmación. Hay policías tontos de remate y uno está con Leo en Siria.

—He estado investigando.

Mi padre capta por completo mi atención. Me cuenta que le debían un par de favores —que si me dice que son de la D.E.A. del F.B.I. o del MI6, me lo creo— y ha movido hilos y sabe que la misión está a punto de terminar. Estévez padre hizo unas llamadas y tiro de sus más que ya conocidas dotes de soborno, para que su hijo y Leo recibiesen una llamada para darles un escarmiento.

—Pues me cago en él, en sus galones, en su forma de escarmentar y en su mentalidad retrograda e *hijoputiva*. —Veo la sonrisa de mi padre ante mi don de inventarme palabros—. Joder, que no los ha mandado al desierto de Almería en plena ola de calor. Que allí los pueden matar.

—Cagarte en sus galones podría salirte muy caro, hija.

—No le tengo miedo a él ni al gilipollas de su hijo. No comprendo cómo puede compartir genes con Leo, de verdad.

—Ya sabes cómo es esto de las familias.

—En todas se cuecen garbanzos. No, habas. En todas se cuecen habas. —Suelo confundir y/o mezclar-inventar los refranes.

—El refranero Miguel sigue creciendo con tu madre y contigo.

—Los genes papá, que son muy puñeteros. —Le doy una calada al cigarro y retengo el humo en mis pulmones unos segundos. Por primera vez no me dan ganas de toser y lo apago inmediatamente en el botellín de cerveza que tengo en la mano.

—¿Qué tienes, *cuca*?

—Esta mañana al salir del garaje me he sentido rara. No me gusta cuando me pasa.

—Todo va a salir bien, cariño.

—Sí. —Lo digo con la boca pequeña y me odio cuando me sale la vena derrotista, pero os aseguro que ese pinchazo en la boca del estómago ha sido como un puñetazo directo.

—Edu, ¿puedes ayudarme con la mesa? —Mi madre me sonrío dejando distancia entre nosotros y ella. Sabe que he fumado y el olor le desagrada.

—Sí, cariño. —Mi padre se levanta con agilidad y me da un beso—. En unos minutos ven a la cocina o te vendrán a buscar. Te quiero.

Observo a mi padre acercándose a mi madre. La mira con devoción, con

pura y verdadera devoción. Mi padre, el que nos salvó de nuestros propios miedos cuando éramos pequeñas. El que tuvo que dejarnos durante demasiado tiempo para irse a misiones en el extranjero. Nuestro héroe, el que jamás necesito una capa ni superpoderes aparentes para hacernos sentir las niñas más afortunadas del mundo. Y ella, la mujer que sin saber cómo hacerlo, sacaba las sonrisas que escondía cada noche cuando se ponía a llorar cuando añoraba a nuestro padre, para regalárnoslas al día siguiente. La que nos enseñó a cocinar junto a la abuela para que supiésemos lo que era ese sentimiento de familia. La mujer en la que Zoe y yo nos hemos mirado siempre.

Ellos son los dos pilares más importantes de nuestras vidas y sin los que no sabríamos lo que hacer.

Mi madre apoya la cabeza en el hombro de mi padre. Él pasa su brazo por la cintura de ella y se besan mientras desaparecen en la cocina.

Si ahora mismo hubiese una lluvia de estrellas en pleno día, pediría a todas y cada una de ellas que ese amor sea el mismo para Raquel, para Zoe y para mí. Las tres lo necesitamos.

Es un domingo extraño, demasiado. Tanto Zoe como Raquel se dan cuenta. Por mucho que tratemos de negárnoslo, el hueco de Su y Eli se nota mucho. Por mi cabeza en un instante se me pasa la idea de que tal vez no soy tan buena amiga como creo y que tal vez podría haber intentado que esto no terminase así. Años de amistad tiradas a la basura por un... Por una deslealtad, por una forma asquerosa de tratar a Raquel. Sigo pensándolo: si me lo llegan a hacer a mí, seguramente hubiese sido tan idiota de poner la otra mejilla. Pero no a Raquel, no de esta manera ni en esta etapa de su vida en la que nos necesita más que nunca. La observo y sonrío mientras los dedos de Juanjo parecen unir los lunares de la espalda de mi amiga, como si fueran una constelación.

Cierro los ojos un instante, recuerdo el tacto de Leo sobre mi piel y me lo guardo solo para mí, tratando de que eso consiga quitarme este nudo del estómago.

—Tía, ¿tú qué dices?

—¿A qué?

Mi sobrina me está mirando con esos ojos tan llenos de vida e ilusión, que sé que me he perdido una conversación demasiado buena.

—¿Ves, mamá? No le apetece. Esa es su cara de prefiero estar en cualquier otro lugar.

—No, cariño, perdona. Estaba en otro mundo. —Agarro la mano de mi sobrina—. ¿Qué quieres pedirme?

—Llegan ya las bodas y no hemos hecho la escapada que prometimos hacer cada año. Sé que tenéis mucho trabajo, pero yo he acabado las clases y el próximo sábado son las hogueras. Hay un concierto de Vestusta Morla en la Caja Mágica y podíamos pasar un día como aquel en el que tú y mamá os tatuasteis.

Nuestros padres nos miran a Zoe y a mí recordando aquel día.

—Miedo me da que os llevéis a la niña. —Mi padre cierra los ojos—. Nada de tatuajes esta vez.

—Hasta los dieciocho nada, papá. Es la ley no escrita de esta familia.

—Que tú te saltaste, Aura. —Mi padre eleva una ceja—. Nico y yo podemos organizar algo con los chicos.

Bosco y Juanjo levantan la vista de sus chicas para mirar a mi padre. Nico le mira también extrañado y a Zoe se le acaba de atragantar el trozo de pastel que se ha llevado a la boca.

Escucho el sonido de un mensaje entrando en mi móvil.

—Salvada por la campana. Toma marrón, chicos. —Lo susurro detrás de Juanjo y Bosco.

El corazón me palpita fuertemente. Lo noto a punto de salir de mi pecho. Acerco la mano a la pantalla para deslizarla y quiero que sea un mensaje de Leo.

Mario

Hola, nena. No he vuelto a desaparecer, pero pensé que lo mejor era darte tu espacio unos días. Nuestra última conversación no fue demasiado amable por parte de ninguno de los dos.

¿Esta noche tienes un hueco para una disculpa de mi parte?

Necesito aclarar lo que paso con él por lo que tuvimos.

Aura

Hola. Tengo inquilinos en casa y de los que no se van ni con agua caliente.

Restaurante Ikigai, Flor Baja 5, a las 21.30. El que pide disculpas paga la cena y una copa.

—No me parece buena idea.

Raquel entra en la cocina y creo que habla del mensaje.

—Solo quiero aclarar las cosas. No se merece el recibimiento... ¿De qué hablas?

—¿De qué hablas tú? —Mira mi móvil—. ¿Con quién has quedado?

—¿Te refieres a lo de mi padre y los chicos? Estos se van a pegar tiros y seguro que pasan un gran día. Entre paella y cervezas mi padre les hace hijos predilectos de la Finca. Y nosotras pasamos un día en Madrid de mimos, comida en una terraza y concierto, quemando en la hoguera todo lo malo de este año. —Me llevo a Raquel a mi terreno.

—Tu sobrina no me incluye en el plan.

—Claro que sí. —Laura abraza a Raquel por la cintura y veo cómo a esta le hacen los ojos chiribitas—. Eres familia, eres mi tía.

—Necesito ese día de chicas con urgencia. Gracias por invitarme, cariño.

—¿El abuelo dice en serio lo de los tatuajes?

Dos semanas. Solamente van a ser dos semanas las que nos quedemos aquí. En el momento en el que liberemos a los dos periodistas americanos secuestrados por una milicia insurgente. Lo que era una misión de apoyo se ha convertido en una de rescate. No teníamos ni idea y Atwater lo tenía en secreto. Nos ha explicado el ataque minuciosamente y en unos días les estaremos sacando de ese asentamiento situado a ciento cincuenta kilómetros de aquí. En dos horas, cuando la noche sea mucho más cerrada, un convoy saldrá inspeccionar la zona. Me he ofrecido voluntario sin planearlo. He dado mi punto de vista para atacar desde un flanco por el que no me ha parecido ver peligros, más allá de francotiradores de los que asegurarnos antes. Así que la cita con Aura de esta noche a las doce tendré

que adelantarla un par de horas.

—Id a descansar, comprobad los equipos, que no haya ningún problema como la última vez. —Camina decidida entre nosotros—. Ramírez, conmigo.

—Sí, Señor.

Camino detrás de ella hasta que se para cerca de su tienda.

—Ramírez, ¿responderías por Estévez en un ataque?

—No. Lo siento, pero no.

—¿Seguro?

—Sí. No me gustaría tener que confiarle ni mi desayuno. No está bien ni física ni psicológicamente. No sé ni cómo está aquí. Se está...

Niego con la cabeza, me paso la mano por la barba y cierro la boca. No voy a crearle más problemas de los que ya tiene. No creo que, si él estuviese en mi posición, actuaría de esta manera.

—Pues lamento escuchar eso, porque le necesitamos esta noche.

—No.

—Ramírez, le necesitamos.

—Prefiero tener que caminar solo por el desierto que poner mi vida o la de cualquiera en sus manos.

Atwater no atiende a mi súplica y le saca del calabozo. No seré yo el que me subleve a un superior, pero espero que no forme parte de mi grupo.

—La unidad de élite de las fuerzas especiales israelíes llegarán a las 1000. Te reunirás con ellos, Ramírez. —Atwater me entrega una carpeta—. Espero que seas tan bueno como espero. Esos periodistas son... —Cierra los ojos un microsegundo, algo aparentemente imperceptible—. Sus vidas están en nuestras manos.

Entonces lo comprendo.

—¿Familia o amigos?

—Mi marido.

—Si Estévez no se queda en la base, que no pueda cagarla. Es la vida de tu marido la que está en juego. Si fuese la de mi mujer, te aseguro que él sería el último que desearía a mi lado.

—¿Estás casado?

—Sí. —No doy más explicaciones.

—¿Hace muchos años? —Caminamos por la base hasta el edificio donde están empezando a servir la cena.

—Una semana.

—¿Una semana y estás aquí? —Pone su mano sobre mi brazo—. Deberías estar en un gran viaje de luna de miel sin separarte de tu mujer. ¿Qué cojones haces aquí?

—Pagar por mis pecados.

Hablar con Atwater me tranquiliza.

Lo hacemos durante la cena y justo antes de ir a comprobar que todo mi material está listo, recojo el móvil de mi mochila y miro la hora: tengo media hora para hablar con Aura.

He intentado deshacerme de Raquel durante toda la tarde. Le he pedido amablemente que se quedase con Juanjo en su casa, pero me ha mirado con un «Y una mierda» en la boca.

—Yo te quiero mucho, pero me encantaría recuperar la cama esta noche. —Me estoy desnudando para meterme en la ducha.

—Si me quieres tanto no me echarías de tu cama. —Me ve poner los ojos en blanco a través del espejo—. Desde que se ha ido Leo tienes un humor de perros.

—Desde que besas a Juanjo tu imbecilidad va en aumento. ¿Os vais a hacer camisetas a juego?

Vale, las dos estamos aumentando el nivel de estupidez y nos vamos a arrepentir en unos minutos si seguimos así.

—¿Tienes una cita? —Raquel no sale del baño cuando me meto en la ducha.

—He quedado con Mario para cenar.

—¿Disculpa? —La cara de Raquel se pega a la mampara—. La operación me ha debido restar capacidad auditiva porque me ha parecido escuchar que salías a cenar con... ¿quién?

—Con Mario.

—¿La cama aún no se ha enfriado desde que tu marido se ha ido y te vas a cenar con tu ex?

La miro fijamente alucinando por su comentario. Me deja tan sumamente descolocada, que lo único que se me ocurre hacer es coger la alcachofa de la ducha y pegarle un chorrozo en la cara.

—Vosotros sois los que habéis calentado mi cama.

—¿Estás loca? —Raquel, que tiene todo el pelo pegado en la cara, se seca con una toalla.

—Es Mario, es inofensivo.

—Ningún ex lo es. Te lo aseguro. ¿Cuántas pacientes habré tenido sentadas enfrente diciéndome que le dieron una segunda oportunidad a su ex aparentemente inofensivo? —Mueve la cabeza enfadada—. Todos quieren algo.

—Así que si todos los ex quieren algo, por consecuencia, todos los hombres guapos son idiotas.

—Eso es.

Me jabono rápidamente la cabeza y el cuerpo, para enjuagarme en menos de un minuto y salgo de la ducha.

—Pues entonces Juanjo es un idiota muy idiota. Porque es un tío muy guapo. Y Bosco también y Leo, Nico, mi padre...

—No. No me hagas el lío, Aura, que nos conocemos.

—Pues no te preocupes por mí ni por Mario. Somos amigos y tenemos que recuperar muchos años. Él necesita pedirme perdón y tengo unos platos de Ikigai que va a pagar.

Raquel se despide de mí negando con la cabeza mientras bajo las escaleras. Juanjo no sabe por qué lo hace y sé perfectamente que ella no le va a decir que me voy a cenar con Mario. O tal vez sí, creo que esta recién estrenada Raquel no piensa guardarse nada dentro.

Camino por la calle mirando la hora en el móvil y escucho un grito.

—No bebas más de dos copas o tres cervezas.

—No, mamá. Prometo ser una chica buena. —Me doy la vuelta y levanto mi mano en el aire a modo de promesa—. Le pediré al chico que me deje en casa antes de las dos.

—No me hagas estar despierta hasta tan tarde. —Raquel se apoya en la barandilla—. ¿Qué voy a hacer yo hasta esa hora?

—Pues tienes a un tío que está muy bueno a tu lado. Mézetelo entre pierna y pierna, Raquelita. Se te pasarán esas horas volando. —Le guiño un ojo y camino de nuevo por la calle—. Tenéis condones en la cesta del baño y gel en la cajita negra. El de frambuesa te dejará buen sabor de boca.

Le lanzo un beso ante la atenta mirada de Xian que se está fumando un cigarro. Yo creo que sobrevive a base de lo que yo le compro de emergencia. Es una portera en toda regla.

No tardo más de quince minutos en llegar al restaurante y descubro que está cerrado y Mario está en la puerta esperando.

—Mierda. Solo abren al mediodía y nunca me acuerdo.

—Aquí al lado hay un restaurante que sigue abierto y que seguro nos dan bien de cenar.

Como en una mala cita, terminamos cenando en un VIPs. Pero ni esto es una cita ni está tan mal cenar un sándwich con nachos un domingo con vistas a Gran Vía, si recupero al chico que conocí hace como un millón de años.

—¿Dónde te has metido? —Le miro a los ojos mientras arranco un nacho pegado a la bandeja.

—Después de la conversación y de cómo te sentí, pensé que lo mejor era irme a un hostel. Jamás haré que te sientas mal a mi lado.

Mario cierra los ojos y al abrirlos, compruebo que le brillan. Joder, tengo delante a aquel chico con chispa en la mirada, que siempre me sonreía y del que me enamoré hace tantos años.

—La vida se me ha escapado entre los dedos, Aura. Lo que pensé que era perfecto... —Deja caer su cabeza hacia atrás y escucho cómo suelta todo el aire.

—Nada es perfecto. —Busco sus manos encima de la mesa y las sujeto—. Bienvenido a la vida real, cariño.

—Me he dado cuenta de que he vivido a la sombra de sus peticiones, de sus deseos y de lo que ella quería. —Aprieta sus dedos.

—Pregunta muy complicada. ¿Eras realmente feliz con ella?

Duda. No sé si son cinco o seis segundos, pero tarda en contestarme.

—Empiezo de nuevo. Aquí conocerás a una chica que beba los vientos por ti y viviréis una gran vida. —Le sonrío intentando que me crea, pero sé cómo se siente y que mi frase ahora mismo le vale una soberana mierda—. No soy la mejor persona para dar consejos porque yo no los sigo nunca. Siempre he preferido caerme por una cagada mía, que por un empujón.

—Fui feliz o creí serlo. Cuando llegué a Canadá y la conocí en aquella fiesta, cuando traté de entablar una conversación en mi francés tan penoso, aquella sonrisa, aquella preciosa sonrisa... me recordó a ti. No es que quisiese que fueses tú, pero sentí que me prometía amabilidad y el hogar que tú siempre me ofrecías.

Sonríe, de una forma diferente a lo que recuerdo. Poco queda de aquella felicidad que siempre desprendía. Esa chica le ha robado demasiado.

—¿Alguna amiga que me haga olvidar?

—No, mis amigas no son pasatiempos. Además, Raquel está pillada y mis otras dos amigas, como que ya no lo son.

—Si sois uña y carne. Seguro que lo solucionaréis pronto.

La cara de Mario pasa por todos los estados cuando le cuento con todo tipo de detalles en qué ha terminado esta relación de tantos años.

Cuando nos queremos dar cuenta es casi la una de la madrugada y encima de la mesa hay unos cuantos botellines de cerveza que el camarero se ha negado a recoger. Creo que espera que se nos acabe el espacio y decidamos marcharnos a casa.

—¿Una copa en Morocco?

Miro el móvil y compruebo que lo tengo en *modo avión*. Luego me quejo de los desastres, pero yo soy el peor de todos. Pago la cuenta sin dejar que Mario acerque el teléfono al datafono.

—Cuando consigas curro me pagas un buen desayuno.

—He tenido un par de entrevistas, pero está jodido el tema. Hay muchísimos aspirantes a puestos de becarios. A mi edad y becario. —Niega con la cabeza y sonrío—. Estoy más cerca de los cuarenta que de los treinta, empezando de cero en una ciudad de la que me fui hace demasiado tiempo, viviendo en un hostel, peleando por un trabajo que no quiero y sin saber muy bien si tirar por el camino soleado o por el oscuro en el que se oyen aullidos de lobo. —Ladea la cabeza y esboza una pequeña sonrisa.

—Sí, vamos a tomar un par de copas y unos chupitos para que dejes de sonar de esa manera.

Salimos a Gran Vía y mi móvil comienza a recibir notificaciones. Un par de mensajes de Raquel, que voy a obviar en este momento porque contienen un par de fotos de ella y Juanjo en mi cama... *¿Cuándo cojones se van a marchar de mi piso y me van a devolver mi soledad?* Otro par de mi hermana citándome mañana en Malasaña a las diez para desayunar y varias llamadas de Leo junto con una videollamada que no he respondido. *Serás idiota, Aura*.

—Dame un momento, Mario.

Paseo por Gran Vía dándole al botón de rellamada y esperando que en la pantalla aparezca la cara de Leo, pero no hay respuesta. El teléfono está apagado o fuera de cobertura.

Siento cómo un escalofrío que me recorre desde los pies hasta el cuello me paraliza.

No soy capaz de respirar con normalidad. Al tratar de hacerlo, un pitido extraño sale de mi garganta y me tengo que agarrar a la pared.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuento mentalmente, obligando a mi cuerpo a respirar.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Parece que poco a poco mi garganta comienza a colaborar.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Cierro los ojos y respiro hondo, llenando por completo mis pulmones.

Diez.

Suelto todo el aire y abro los ojos.

Mario está a varios metros de mí hablando por teléfono en francés. No se ha dado cuenta de este... esto... ¿Qué cojones acaba de pasarme?

—Mierda. —Mario grita y yo trato de recomponerme—. Aura, tengo que irme a mirar unos documentos que me han mandado por *e-mail*. —Al mirarme, entrecierra los ojos y me sujeta de la barbilla—. ¿Qué pasa, nena?

Tengo dos opciones: decir la verdad o...

—Llevo unos días con el estómago un poco raro y cenar esos nachos no ha sido una buena idea.

Mentir.

—¿Te importa si dejamos la copa para otro día?

—No te preocupes.

Mario me besa y me acompaña en silencio hasta el portal de casa. Se despide con una media sonrisa triste y camina cabizbajo por la calle de nuevo hasta su hostel.

En un solo segundo

*M*irar esta foto mientras este Humvee^[8] se acerca en medio de la noche más silenciosa desde que estoy en la base, hace que en parte me tranquilice. Hace mucho que no estoy en una misión de este estilo y, desde que Atwater me puso en aviso de que uno de los secuestrados es su marido, mi sensación de miedo se ha multiplicado por veinte. Estévez ha tenido que venir en este vehículo: prefiero tenerle a la vista y saber lo que hace en cada momento. Al menos, no se ha podido drogar en el calabozo y parece que está bastante lúcido.

—Mira, querido primo, ni tú quieres estar aquí ni yo pretendo dejar mi vida o la de cualquiera en tus manos. Esta noche es importante y te pido encarecidamente que no la cagues, por favor. —Hablo en español—. Si todo sale bien, en dos semanas estaremos en casa y volveremos a nuestras vidas.

—Tú que tienes una vida. Yo volveré al mismo infierno.

—Eres uno de los mejores tiradores que conozco, por favor, sé los ojos del equipo cuando entremos ahí.

—Se supone que hoy solo vamos a vigilar.

Eso es lo mismo que pensaba yo hasta que he oído una llamada a reunión hace dos horas. Nos han avisado de que se mueven, que nos han estado vigilando y que van a atacar la base en un par de días. Esta es la noche en la que o salvamos a los dos rehenes o todos podemos acabar muertos.

—Sé que no me respetas ni me tienes el más mínimo aprecio, pero haz honor a esa bandera que llevas en el brazo y a este cuerpo del que formamos parte. ¿Tu padre cree que eres un inútil? —Levanto los hombros mientras reviso mis armas—. Demuéstrale que no es así. Que puedes ser ese héroe que sé que llevas dentro, el que cuando éramos pequeños intercedía por mi hermana cuando alguien se metía con ella en el pueblo. O no lo hagas por él, hazlo por ti. Demuéstrate que puedes ser todo lo que siempre has querido.

—No seas gilipollas y me vendas ahora que voy a salvar la misión.

Sabes que no lo voy a hacer. ¿Dejarías tu vida en mis manos? Crees que, si tuviese que elegir entre salvarme o salvarte a ti, ¿tendría alguna duda? —Su sonrisa sarcástica ocupa toda su cara—. Eres un iluso, primo.

—Llevamos la misma sangre, algo te tendrá que tirar. Si no es por mí, piensa en alguien a quien ames. Imagínate que está ahí dentro y que morirá si no estás atento a cada sonido, luz o silbido que escuches.

Veo cómo se queda unos segundos observando la foto que siempre llevo en el bolsillo interior de mi chaleco. Bajo la mirada y veo que se ha salido un poco. Mi primo respira profundamente y abandona su pose de cínico, de que la vida le importa entre poco y nada, para dejarme ver a una persona a la que hace años dije adiós. Comprueba su arma mientras niega con la cabeza sin decir una sola palabra. Respira hondo, llena sus pulmones y me mira balanceando el arma entre sus dedos.

—Por lo que un día fuimos, por la sangre que aún nos une, esta noche seré quien te guarde la espalda. Seré como uno de esos hermanos que moriría y matarían por ti. —Extiende su mano frente a mí—. Si estas palabras no te convencen, estas seguro que sí: por Rosa.

Escuchar el nombre de mi madre en un momento así me hace temblar y estrecho la mano de mi primo sin dudarle. Son unos segundos los que las mantenemos unidas, pero confío en él, quiero hacerlo, pero lo más importante: necesito hacerlo.

—Llegamos en dos minutos. Preparaos.

Cierro los ojos, me llevo la mano al pecho, donde se esconde la foto de Aura y recuerdo su sonrisa, la que me tranquiliza y la que consigue que en un momento así mis manos dejen de temblar. La imagino delante de mí mientras sus dedos recorren mi cara y sus ojos no se apartan de los míos. Soy capaz de escuchar su voz, uno de esos recuerdos que me mantienen cuerdo.

«Te quiero, Leo, vuelve a casa pronto».

—Señores, nos ponemos en marcha. Quiero a todos de vuelta esta noche. —Atwater nos habla por la radio—. Somos uno, nos cuidamos, vigilamos y no dudamos. Señores, no dudo de que todos vamos a llevar a cabo un trabajo impecable, pero si os veis en peligro, disparad a matar. Sin dudarle ni un segundo. Ellos no lo van a hacer y no van a perder la oportunidad de meternos un tiro en la cabeza. Los hombres que están ahí dentro van a ser ejecutados delante de una cámara si no les sacamos. —Se queda en silencio un segundo—. Dios está de nuestro lado, nos guiará y

hará que en una semana todos estemos en casa con nuestras familias, novias y mujeres recién estrenadas. —Se escucha su respiración—. «Las batallas se ganan con los puños, y las palabras sirven en el consejo. Conviene, pues, no hablar, sino combatir^[9]». Señores, por nosotros, por los que están dentro y por salvar al mundo de terroristas. Semper Fidelis^[10].

Voy detrás de uno de mis compañeros americanos y siento la mano de Estévez en mi hombro. Todo está completamente oscuro y nos valemos de la visión nocturna. Nos agazapamos tras un edificio aparentemente abandonado y esperamos la señal de otro equipo que se ha situado en la parte trasera. Trato de controlar mi respiración, pero es bastante complicado conseguirlo cuando siento que algo no va bien. Esta zona ha estado vigilada por los americanos durante semanas y ahora está abandonada. Mi instinto no suele fallarme pero espero que esta vez sea una de esas en las que me equivoco por completo.

Veo una luz en uno de los salones de la parte inferior. Se apaga a los segundos.

—Movimiento en planta baja, suroeste. —Lo susurro por la radio.

—No hay nadie. Estamos dentro. —Atwater es la primera que ha entrado en el edificio. No quiere dejar esta misión en manos de ningún compañero.

—Yo también la he visto. Comprobad que estamos solos. Hace unas horas esto era una base de operaciones islámica. Ahora parece un edificio abandonado hace meses. —Uno de los compañeros holandeses susurra al otro lado del edificio.

—Dejadme comprobar una cosa. —Estévez suelta mi hombro y observo que camina agachado.

—Estévez, no te separes.

—Si yo quisiese coger por sorpresa a unos soldados, actuaría de esta misma manera. Están escondidos en alguna parte del edificio, agazapados esperando el momento de detonar una bomba o de disparar a matar. —Se queda quieto y busca con las gafas nocturnas de su casco algo en la parte más alejada del recinto—. Se supone que en aquel lugar deberían estar los rehenes. Es un búnker, muertos ahora mismo no les sirven de nada. Si quieren espectáculo, como siempre, les cortarán la cabeza delante de una cámara y lo difundirán a todo el mundo. No ha habido ninguna noticia así.

—Estévez, córtate un poco. —Se lo digo en castellano—. Uno de los

rehenes es el marido de Atwater.

—Ella tiene el culo más pelado que nosotros en este tipo de misiones. Sabe a lo que nos enfrentamos y que es posible que su marido ya no esté aquí. —Se queda unos segundos mirando un punto fijo—. En la parte norte hay movimiento y no es nuestro. Hay un rehén con la cabeza cubierta con un saco y dos personas a su lado con AK47^[11].

—Movimiento en la entrada sur.

—Norte también.

Nuestras radios emiten un pitido y solo se escucha un mensaje en árabe.

—«Allahu Akbar^[12]».

Una fuerte explosión nos toma desprevenidos.

Nuestros vehículos y los dos compañeros que estaban en ellos han saltado por los aires. Todo comienza a pasar demasiado deprisa. Unas luces que nos pretenden deslumbrar se encienden sobre nosotros.

—¡Disparad a matar, repito. Disparad a matar!

Atwater da órdenes mientras empuña su HK416^[13] y dispara a los insurgentes que comienzan a atacarnos desde diferentes flancos del edificio.

Todos somos uno y nos cuidamos las espaldas mientras disparamos para salir de aquí. No tenemos vehículos, así que debemos buscar uno que nos pueda alejar a todos. Si nos quedamos, podemos acabar muriendo en este fuego cruzado.

—Dirk —sujeto del hombro a Cameron—, conmigo.

Bajamos por un lateral del edificio, corremos mientras nuestros compañeros siguen disparando tratando de cubrirnos. Escuchamos explosiones cada vez más cerca, los cascotes de partes del edificio caen sobre nosotros mientras entramos dentro, cruzamos un salón, disparamos y matamos a dos insurgentes que nos atacan. Dirk es el mejor que podría tener ahora mismo a mi lado. Me hace una señal con la mano: que pare. Un gesto con los dedos: dos personas armadas detrás de la puerta entreabierta y un prisionero en el suelo. Hace una cuenta atrás que me permite tomar una gran bocanada de aire y mover la cabeza. «Allá vamos, Leo. Recuerda que tienes que salir de aquí o Aura te mata».

Dirk abre la puerta y disparo a los individuos armados, que caen al suelo bajo un gran charco de sangre. Levantamos al prisionero que casi no se mantiene en pie. Le descubro la cabeza y me mira pidiéndome que no le mate.

—¿Chris Atwater?

—Sí.

—Está a salvo. Solo tenemos que salir de aquí y se reunirá con la General de Brigada Atwater. ¿Puede caminar?

—A duras penas.

—Nosotros le ayudamos.

Dirk le sujeta por la cintura y le colgamos los brazos entre nosotros. Voight, otro compañero americano nos abre paso eliminando a las personas que se interponen en nuestro camino.

—Tenemos un vehículo. Salida sur, pasando el jardín, pero está rodeado. Vosotros encargaos de él, nosotros nos ocupamos de vosotros.

Los disparos impactan en la pared de nuestro lado y Voight cae abatido al suelo con un disparo en la cabeza, que le atraviesa el casco. Los tres nos quedamos unos segundos sin reaccionar, pero en estos momentos en los que la vida es tan frágil, no nos podemos permitir quedarnos quietos.

—Joder, Voight. —Dirk se arrodilla a su lado y le quita del chaleco una insignia, que sé con toda seguridad que se la va a entregar a su familia, mujer o hijos.

Un disparo impacta en el chaleco de Dirk, que cae al suelo entre gritos. Dejo a Chris apoyado en la pared y me agacho a su lado. Le reviso en busca de sangre donde el impacto ha dejado un agujero, meto mi mano por el interior del chaleco y compruebo que la herida está en un costado, ninguna zona de peligro.

—Hijos de puta. —Dirk hace un gesto de dolor con su boca, pero se levanta como si no le acabasen de disparar—. No pienso morir en esta guerra de mierda.

Escuchamos un cruce de disparos y veo cómo el que ha matado a Voight cae abatido del tejado del edificio y su cuerpo impacta contra el suelo del jardín.

—Vía libre. —Estévez agarra a Chris de la cintura y se lo lleva casi arrastras—. Yo tampoco pienso morir en esta guerra que no he pedido.

Levanto la vista y no reconozco a la persona que tengo delante. Ni en un millón de años hubiese pensado que él nos salvaría la vida.

—Vamos, Ramírez, no estoy dispuesto a morir ni dejarte morir aquí. Esa mujer con la que te has casado me matará si yo vuelvo y tú no. —Pone los ojos en blanco y creo ver una pequeña sonrisa, que me descoloca—. No vamos a morir aquí, primo.

Estira su mano para que me levante del suelo y no dudo en dársela. La

estrecha, la aprieta fuertemente contra la mía y al tirar nuestros hombros chocan, como si nuestra relación jamás hubiese sido tan distante como hasta hace unas horas.

Afirmo con la cabeza, confirmando su frase. Ninguno vamos a morir aquí hoy. Estévez sale el primero vigilando todos los flancos y nos da paso con su mano en el aire. Cruzamos corriendo el jardín vigilando cada esquina, cada habitación, cada cortina que se mueve con el aire que se ha levantado. Escuchamos explosiones al otro lado, gritos de nuestros compañeros, tiroteos y de repente un tenso silencio que nos hace frenar en seco antes de entrar en la otra parte del edificio.

—¿Qué coño es eso?

Un silbido en el cielo nos hace presagiar que un misil va a impactar contra el edificio. Diez segundos y el salón del que acabamos de salir estalla en pedazos. Caemos al suelo y nos levantamos a toda prisa. El humo cubre todo y no nos permite ver demasiado bien ni respirar.

—Son unos metros. Voight ha dicho que el transporte estaba listo.

No sabemos si estamos solos o alguien más nos vigila en este salón cubierto de cuerpos, sangre y papeles, restos de armas y bombas a medio preparar. Me cercioro como puedo al pasar de que ninguna está activada.

Otro impacto a nuestra espalda, el ruido atronador del edificio cayendo y nosotros intentando salir antes de que acabemos siendo parte de las ruinas de lo que un día fue este complejo.

Otro silbido.

Esperamos el impacto lejos de nosotros, pero cada vez se oye más cerca, demasiado.

Salimos a la parte trasera donde veo un camión con un compañero holandés al volante esperándonos y apremiándonos.

Justo me da tiempo a levantar la cabeza y lo veo pasar a escasos metros de mí. Hace añicos parte del jardín, lanzando por los aires la fuente central. Pero no vemos el siguiente, que impacta justo a nuestro lado, a los pies de Estévez, que nos ha empujado a todos hacia la salida del edificio.

Una fuerte detonación nos aturde.

El edificio estalla en mil pedazos.

Siento el impacto en todo el cuerpo.

La onda expansiva me lanza a varios metros.

Un fuerte pitido en los oídos.

Presión en el pecho.

*Dolor punzante en el muslo.
Intento moverme.
Unas sombras se mueven a mi lado.
Escucho palabras en árabe.
No puedo levantarme.
Me llevo la mano al pecho, busco con mis dedos la foto.
La imagen de Aura aparece en mi mente.
Su sonrisa.
Sus preciosos ojos.
Comienza a desvanecerse.
Su mano trata de alcanzar la mía.
Algo se la lleva de mi lado.
En un solo segundo la vida puede cambiar y la mía...
La mía cambió el día que conocí a Aura por primera vez.
Y, aparentemente, hoy por última.
Todo se vuelve negro.
Escucho unas voces.
Disparos.
Alguien tira de mi cuerpo.
Pierdo completamente la conciencia.*

Ojalá

El ascensor no funciona, subo las escaleras y me cuesta la propia vida hacerlo. Me tengo que parar en cada rellano para tratar de atrapar el aire que se me escapa y que me falta. Me tropiezo a dos escalones de llegar a mi piso y me arrodillo en el suelo sabiendo que algo no va bien. No sé explicar esa sensación que se pone en tu garganta, la que te impide respirar, que te marea y que te hace sentir en tus entrañas que las cosas se han torcido, tal vez por completo.

Cierro los ojos un par de segundos.

Tomo una gran bocanada de aire, una tan grande como para sentir un pinchazo en los pulmones que me avisa de que ya no entra más oxígeno. Me levanto, me dibujo una gran sonrisa en la cara por si los amantes de Teruel están despiertos y abro la puerta. Escucho una conversación en la televisión y las respiraciones de Juanjo y Raquel relajadas. Me asomo al salón y los veo tumbados en el sofá, abrazados y durmiendo. Les tapo con una manta y apago la televisión. Doy gracias en silencio por no tener que dar explicaciones en este momento.

Me encierro en la habitación tras pasar por el baño y busco mi móvil en el bolso. Respiro un par de veces antes de desbloquearlo. Cuento hasta cinco tratando de relajarme y pongo mi pulgar en la pantalla. No hay llamadas ni mensajes.

Son las dos y media de la madrugada. Mi primera intención es llamar a Leo. Sé que lo que estoy sintiendo me lo provoca él y me está matando no saber si es real o solo una mala pasada de mi insana imaginación.

Mi padre va a matarme si no tiene el móvil en silencio —sé perfectamente que no es así—, pero ahora mismo solo puedo hablar con él. No quiero asustar a Juanjo o a Bosco.

Escribo el mensaje y sopeso unos segundos antes de mandarlo, pero mi dedo hace más caso a mi corazón que a mi cerebro y lo envía.

Aura

No te asustes, papá, pero necesito que me hagas un favor. Sé que no son horas, lo sé bien, pero ha pasado algo, lo sé. Lo siento. Tengo que saber si es algo real o solo mi forma de echarle de menos.

Miro la pantalla mientras me desvisto y me meto en la cama. A los segundos recibo su respuesta.

AA Papá

¿Por qué no intentas descansar esta noche y mañana hablamos a primera hora? Sé que el miedo es irracional y sentirlo es normal en estos casos. Leo es muy bueno en su trabajo y sé que volver es su misión. Descansa y mañana voy con Zoe a desayunar a Madrid. Te quiero, cuca.

Aura

No puedes saber si está bien o no, papá. No te imaginas lo que es estar a este lado del teléfono, esperando la llamada...

Mejor me voy a dormir.

Mañana nos vemos. Te quiero.

Mi padre no tiene la culpa y sé que estoy a punto de perder los nervios, por lo que no continúo escribiendo lo que se me pasa por la cabeza. No quiero

pagar con él mi frustración y sé que puedo ser muy dañina si sigo con todo lo que tengo en la cabeza ahora mismo.

A las cinco y media de la mañana decido que no puedo estar más en la cama. Me pongo la ropa de deporte y camino hasta el gimnasio que está a unos minutos de mi piso, el que llevo pagando tres años y que casi no visito.

No hay más de cinco personas a estas horas y me coloco en la cinta de correr, aumento la inclinación, me pongo los cascos con una lista de *Spotify* e inicio la máquina. Subo la velocidad, tal vez demasiado y en unos segundos estaré vomitando lo que cené ayer, pero es la única manera que tengo de huir de mis miedos ahora mismo. A ritmo de [*Run Boy Run*](#) de Woodkid siento cómo mis pies golpean contra la cinta y mi respiración falla en diez minutos. Me quemaba la garganta, se me instala un dolor en un costado y siento ganas de vomitar, pero me obligo a seguir, a continuar con esta forma de machacarme que pagaré más tarde.

«Corre chico, corre, este mundo no está hecho para ti. Corre chico, corre, están intentando atraparte. (...) correr es una victoria».

Acabo vomitando en el baño media hora después. Mi forma física no es que sea la mejor del mundo. Me siento en un banco tras darme una ducha y me quedo con la vista fija en las taquillas que a esta hora están vacías. Siento cómo todo se escapa a mi comprensión. No entiendo por qué tengo esta maldita sensación en la boca del estómago, por qué me sigo sintiendo como una niña pequeña que no es realmente consciente del peligro. Odio sentirme tan perdida en este tema. Sobre todo porque no puedo hacer mucho más que imaginarme el peor de los escenarios.

AA Papá

Seguro que ya estás despierta y no has dormido nada esta noche. No voy a poder ir a desayunar con vosotras. Tengo una reunión a primera hora, pero sigo con las llamadas. Prometo decirte algo esta tarde comiendo en casa. Vente con Raquel. Te quiero.

Siento que me está ocultando algo, que está allanando el maldito camino para darme una mala noticia. La primera idea que tengo es llamarle, gritarle y pedirle que deje de tratarme como si tuviese cinco años, pero una arcada me lo impide y me hace salir disparada al baño de nuevo.

Cuatro horas después estoy entrando en la cocina donde mi madre prepara su famosa ensalada griega, con un *Sirtaki*^[14] de fondo que hace hasta que huela a Grecia la cocina. Mi hermana está atendiendo a una pareja que parece querer contratar algún servicio en la Finca.

—Hola, cariño. Ni me he dado cuenta de que has llegado.

—Normal. Solo te falta Anthony Quinn y montas aquí la escena de *Zorba el griego*. —Le doy un beso en la mejilla y me aparto rápidamente para que no vea mis ojos.

—Tu padre está arreglando el manzano. —Carraspea—. Eso dice él, pero lleva colgado al teléfono toda la mañana. ¿Hay algo que deba saber? —Me mira y es como si todo el cuerpo de la policía se me echase encima en un interrogatorio.

—En cuanto sepa algo más te lo cuento, pero no quiero que te preocupes antes de tiempo.

Se queda unos segundos observándome, entrecierra los ojos, ladea la cabeza en un gesto casi imperceptible y niega levemente.

—Raquel no es, he hablado con ella hace un rato. Tu hermana está bien y Leo... ¿Ha ocurrido algo, hija? —Me sujeta las manos.

—Eso es lo que quiero saber. Ya sabes cómo soy yo con las cosas del

querer. —Trato de sacarle una sonrisa a mi madre—. Espero que esta vez solamente sea por cenar nachos aceitosos ayer. Voy a buscar a papá.

—Llévale una cerveza. La que tiene en la mano tiene que estar recalentada.

Cojo dos de la nevera y salgo al jardín. Antes de llegar a su posición, respiro hondo, estiro la cabeza, me ordeno mantener el control internamente para liarla en un par de segundos.

—Me da igual. Consígueme toda la información de la que dispongas. Sí, lo sé, Antúnez. No, me avisas y me paso por ahí. Gracias.

Mi padre deja de hablar y respira hondo, demasiado hondo y a mí esto me parece el peor de los presagios, la verdad.

—Buenos días, Aura. —Ni siquiera se ha dado la vuelta—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Al darse la vuelta y ver mis ojos niega con la cabeza.

—¿Qué más mentiras vas a contarte, Aura?

—Supongo que todas las necesarias hasta que sepa que Leo está bien. — Con mi padre ni quiero ni puedo ocultar lo que siento. Es más, no creo ni que sea bueno para mí hacerlo en este momento. Me siento en una silla que está a su lado y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Baila conmigo.

Comienza a sonar *To Build a Home* de The Cinematic Orchestra y mi padre estira su mano delante de mi cara.

—Papá, ya no soy aquella niña que se subía a tus pies y volaba sobre ellos en el salón.

—Siempre serás esa niña que sonreía cada vez que lo hacíamos. — Mueve su mano pidiéndome que no le vuelva a decir que no.

No puedo hacerlo. Si me levanto de esta silla y me dejo llevar por lo que esta canción me transmite, me voy a derrumbar entre los brazos de mi padre y creo que no está preparado para enfrentarse a una hija que ahora mismo no encuentra consuelo.

—No le digas otra vez no a este viejo o le partirás el corazón.

Mi padre puede ser tan dramático como mi madre —o más en algún momento—. No digo nada, suelto la mochila en el suelo, me deshago de las zapatillas y dejo que mis pies rocen la hierba. Cierro los ojos y me aferro a la mano de mi padre, como si haciéndolo, nada malo pudiese sucederme; como si al hacerlo fuese aquella niña —ya no tan niña— de nuevo, que en Navidad se refugiaba en su regazo para leer *Mujercitas* de Louisa May Alcott.

Comenzamos a bailar en silencio y la letra de la canción me oprime el pecho, el desconocimiento del estado de Leo no me permite respirar y la angustia hace que mis lágrimas salgan sin ningún control.

—Llorar está bien, cariño. No debes hacerte la fuerte siempre. Es comprensible que te derrumbes, que odies muchas cosas y que tu frustración salga por cada poro de tu piel. Pero te conozco, pequeña —mientras habla sus manos me sujetan de las mejillas—, eres más fuerte que eso, mucho más de lo que te imaginas y podrás con esto y con todo lo que la vida te dé o te quite. Cuando el abuelo murió fuiste tú quien se hizo cargo de todo cuando ninguno podíamos pensar en nada más que en sus recuerdos. Tenías trece años y permitimos que una niña cargase con el dolor de toda la familia. No debimos hacerlo porque aquello dio lugar a lo que empezaste a hacer desde entonces. —Mi padre respira profundamente, mira al cielo y siento cómo le cuesta respirar—. Te refugiaste en nuestros problemas sin contarnos los tuyos, los superaste sola y eso me sigue matando.

Mi padre pone sus manos en mis hombros para apartarme de él, pero agacho la cabeza. Me siento tan perdida, tan jodidamente mal, que no quiero que se preocupe más de la cuenta por mí en este momento.

—Ahora soy yo quien va a tratar de que esto se quede en una experiencia más. Tu hermana me ha dicho que antes de que Leo se fuese a Siria os casasteis con un ritual muy tuyo. —Respira hondo y niega con la cabeza—. Si tú que has casi aborrecido el amor y los hombres, has hecho eso con él... —Veo cómo pone los ojos blancos sin querer—. Hija, siempre te ha gustado correr antes que andar. De ahí esa cicatriz que tienes en la ceja. Pero si es lo que sientes, sé que es real. —Mi padre respira hondo—. Será mejor que nos sentemos y comamos, cariño. No tendré noticias hasta esta tarde.

—¿Cómo puede ser posible que no me pueda comunicar con la base?

—Pues porque como sigas buscando Siria, yihadista, Al-Tanf y demás cosas que sé de sobra que estás buscando, el cuerpo va a ir a buscarte. —Me acaricia la cara—. No es tan sencillo comunicarse con una base americana. Hay unos protocolos y supongo que lo has intentado con el móvil de Leo y no hay respuesta. Vamos a comer, a ver una película, a pensar que el mundo está bien, que todo está donde debe estar y que nada malo ha sucedido.

—¿Cómo mentirme de esa manera?

—Como lo hacías cuando yo estaba fuera de casa.

—No me gusta.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

Y escuchar esta palabra saliendo de su boca... Sé que él no tiene ni idea, pero me hace sonreír. Es como si Leo estuviese hablando a través de mi padre.

Me despierto aturdido y sin saber dónde estoy.

Miro a mi alrededor.

Todo son restos del edificio que acaba de explotar y del que parece que nos alejamos.

—O nos movemos más rápido o añadimos más caídos a la misión. —Las voces suenan demasiado lejanas.

Me cuesta mantenerme despierto.

Giro la cabeza.

Trato de mantener los ojos abiertos.

Alguien yace a mi lado con la cara cubierta de sangre y desgarrada.

Cierro los ojos.

El estruendo de una bomba se escucha cerca.

—O salimos de aquí o todos correremos la misma suerte que ellos. No creo que los que han salido vivos del ataque lo consigan.

Hablan de mí, de nosotros, de los que vamos en la parte trasera de un camión que no tengo ni idea a dónde se dirige.

Cierro los ojos.

Subo mi mano por el pecho, pero no está la foto de Aura.

No está parte de mi chaleco ni mi uniforme.

—Ramírez, aquí está.

Dirk aparece a mi lado y me mete entre el pecho y mi mano la fotografía.

—Aférrate a ese recuerdo, a tu mujer y verás que pronto hemos salido de aquí.

—Nos van a atacar. —Escucho los gritos en inglés.

—No pienso morir aquí, joder. No pienso dejar que esos putos locos acaben con nosotros.

El camión da un giro y cae por una pendiente unos metros hasta que frena. Escucho las puertas, los disparos, los gritos en árabe y las respuestas de mis compañeros en inglés.

Trato de mantener los ojos abiertos.

Quiero incorporarme, pero no me puedo mover.

Mi cuerpo está totalmente rígido.

*No responde a las órdenes de mi cerebro.
Respiro con cierta dificultad.
Es como si mis pulmones se estuviesen encharcando.
Cada vez tengo menos fuerza para mantenerme despierto.
Un extraño sabor se apodera de mi boca.
Dejo de sentir por unos segundos.
Aprieto la foto contra mi pecho.
Abro la boca para decir las únicas palabras que soy capaz de
pronunciar.
—Te quiero, pequeña.*

Tu recuerdo

Ocho de la tarde.

Me he quedado dormida.

Escucho a mi padre hablando con mi madre en la cocina.

Están susurrando.

Levanto la cabeza del brazo del sofá y les observo.

—¿Seguro?

—Eso parece.

—Joder, Edu. ¿Cómo vas a decirle eso?

—¿Decirme el qué?

—Cariño, será mejor que nos sentemos.

Todo lo que sale de la boca de mi padre es como si fuese en un idioma que desconozco, que no comprendo y que no soy capaz de asimilar. Su cara es la que más me preocupa, su forma de intentar tranquilizarme, la manera en que mi madre me mira, con pena, con condescendencia y con tanto terror en sus ojos, que lo único que sale de mi boca son gritos y reproches, palabras muy malsonantes, insultos y...

—No, papá, no puede ser verdad.

Espero que reciba una llamada, que le digan que todo ha sido un error, que la vida no es tan hija de puta como me parece ahora mismo. Que mi vida no ha cambiado en un segundo y que la de Leo...

No permito que digan una palabra más y salgo corriendo descalza de la cocina, cruzo el jardín sin importarme clavarme las piedras en los pies. Abro la verja y recorro el camino de tierra sin pensar, sin mirar atrás y sin ninguna intención de parar hasta que mi cuerpo pida algún tipo de clemencia o me derrumbe cayéndome al suelo. Me da igual el dolor a cada zancada que doy. Lo que siento en mi interior es mucho más desgarrador y doloroso que cualquier pequeña piedra que se me clave.

No veo el trozo de madera que hay en medio del suelo y me caigo rodando por una pequeña cacera. Me quedo tendida en el suelo unos segundos sin sentir dolor, sin ni siquiera mirar cómo han terminado mis pies o rodillas.

Miro al cielo y las nubes corren rápidas, como si estuviesen escapando de algo que les acecha de cerca. Cierro los ojos y siento cómo mi cara se empapa con lágrimas.

No sé si son un par de segundos o demasiados minutos los que paso tumbada sin moverme. Desde que mi padre me ha informado de la situación he perdido el sentido del tiempo. Apoyo las manos para levantarme y siento dolor en las palmas. Me las miro y veo las pequeñas laceraciones que ha provocado la gravilla del camino en ellas. Al verme las rodillas cierro los ojos de nuevo. El vaquero está rasgado y con restos de sangre de la caída.

—Joder, Aura.

Cierro los ojos mientras niego con la cabeza y su imagen aparece delante de mí. Tengo a un Leo que casi no reconozco y no me quiero ni mover por si su imagen se desvanece.

Su uniforme está destrozado. Su cuerpo cubierto de sangre.

Escucho su voz. Es un susurro mientras su imagen comienza a desaparecer ante mis ojos.

«*Te quiero, pequeña*».

16

Volver

Hospital militar de Landstuhl

Suroeste de Alemania

Pisar este lugar no ha sido nada fácil. Y no lo digo por las horas de vuelo, ni otra noche sin dormir o estar en el aeropuerto a las dos de la madrugada cuando el primer vuelo salía a las siete y diez de la mañana. No han sido las dos horas para salir del aeropuerto y conseguir un vehículo para venir hasta aquí. Tampoco la hora y media que hemos estado Juanjo, Bosco y yo en silencio en ese pequeño coche. La verdadera dificultad de todo esto ha sido llegar a la entrada del hospital, tras una hora de casi interrogatorio con Bosco al frente mostrando todo lo necesario para que dos miembros de la UEI y una civil pongan los pies en una base americana.

—Lo más difícil ya está hecho. No sé cómo lo ha conseguido tu padre, pero tampoco lo voy a preguntar. —Bosco pone una mano en mi espalda dándome paso al ascensor—. Me extraña que no nos haya fletado un avión a la base aérea de Ramstein que está justo aquí al lado.

—No puedo enfrentarme a esto, no puedo.

Respiro con dificultad y creo que, tras varios ataques de pánico en estos días, reconozco a la perfección uno nuevo. Me apoyo contra la pared trasera del ascensor, pongo las manos en las rodillas y trato de recuperar una respiración normal.

—Aura, has hecho lo más difícil. Has sobrevivido sin volverte loca por no estar a su lado.

¿Qué no me he vuelto loca? Llevo con una canción en bucle en mi teléfono desde ayer que volví a casa con las rodillas echas mierda y sangre en las manos. Me encerré en el baño con *Leave a Light On* de Tom Walker creyendo que esa letra, que esa voz llegaría hasta Leo de alguna manera avisándole de que resistiese, de que yo dejaría una luz encendida para él mostrándole el camino de vuelta a casa.

«Si miras en la distancia, hay una casa encima de la colina, guiando como un

faro hacia un lugar donde estarás a salvo (...) Dejaré una luz encendida».

Pero no, no me he vuelto loca ni he pensado las mil millones de posibilidades de que esto no salga bien, de las bacterias, de las infecciones —y mejor no hablemos de amputaciones, pérdida de movilidad o de memoria—. No, que va, no me he vuelto loca en estas horas.

—Aura, sal del ascensor. —Juanjo me ofrece su mano desde fuera—. Prometo estar a tu lado.

Caminamos en silencio hasta la habitación de la que unos médicos salen anotando datos en una carpeta. Hablan en alemán y la verdad es que lo tengo bastante olvidado. Si estuviese aquí Raquel...

—Yo me encargo.

Bosco se acerca a los médicos y, en un perfecto alemán —o lo que me parece a mí que es más que correcto—, comienza una conversación con ellos. Yo no me entero de nada, pero Juanjo parece que sí lo hace porque sigue la conversación con la cabeza.

—No te preocupes.

—¿Les estás entendiendo?

—No, pero la cara de Bosco es tranquilizadora. Es de esas personas... Es como tú, Aura. —Juanjo pasa su brazo por mi hombro y me cobija en su pecho—. Se os nota todo en la cara y no podéis ocultar lo que os sucede.

—Juanjo, yo sé mentir muy bien. Desplumé al padre de Leo y a sus amigos cuando estuvimos allí. —Me quedo en silencio con una medio sonrisa en la cara al recordar ese fin de semana.

—Y ahora estás jodida. Mentirás muy bien en temas de póker o en juzgados, pero en la vida real no eres capaz de hacerlo.

Le sonrío ocultando mis temores, pero me veo reflejada en una cristalera y ni mis ojeras ni mi cara de muerta se pueden camuflar con una sonrisa.

—Podemos pasar. Ahora está despertando de la sedación.

Bosco me ofrece su mano para que pasemos dentro y comienzo a sentir cómo todo mi cuerpo tiembla.

—¿Y si no se acuerda de mí? ¿Y si ha olvidado estas semanas? Tras hechos traumáticos puede aparecer amnesia temporal o global o...

—Los médicos han dicho que se despierta con estímulos verbales o con movimientos suaves, pero se vuelve a dormir enseguida. Ha obedecido órdenes sencillas. Así que todo va bien.

—Aparentemente.

Me cuesta mantenerme despierto.

Me encuentro desubicado pero tranquilo.

No siento dolor.

No sé cuánto tiempo ha pasado.

Abro los ojos lentamente y veo un techo blanco, escucho el pitido de una maquina y el olor a hospital me termina por asegurar de que salí de aquel camión.

—No, aparentemente no. Debemos ser positivos. Si se despierta y obedece órdenes es que no se ha quedado idiota.

Juanjo entra en la habitación y nuestros ojos se encuentran antes de terminar la frase. Respiro —o trato de hacerlo— tranquilo. Si ellos están aquí conmigo es que estoy a salvo.

—Joder, tío, eres más imbécil estando enamorado. —Él es Bosco. Cierro los ojos y trato de emitir algún sonido, pero tengo la garganta muy seca.

Ahora mismo no necesito ni quiero que Aura me vea así. No sé aún cómo estoy, qué secuelas tengo, si he perdido alguna parte de mi cuerpo o si no voy a poder volver a caminar. No puedo ser un lastre para ella si esto es así.

—Joder.

Es Aura.

Siento el dolor en su voz.

Escucho cómo se asusta y siento su miedo como si fuese el mío.

Abro los ojos, saco las fuerzas que he mantenido guardadas hasta volver a verla y la busco en la habitación. Esta escondida detrás de Bosco con la mano en la boca.

—¿Tan mala pinta tengo?

Veo cómo comienza a respirar con dificultad mientras trata de sonreír, pero su mirada me transmite todo el miedo que tiene y lo mal que seguramente estoy.

—Te he visto mucho peor. —Juanjo trata de mantener también una cara neutral y sin expresar sus emociones, pero siempre ha sido muy malo jugando al póker—. Si tenías ganas de vernos, podías haber llamado o mandado una carta.

Miro a Aura esperando que haga algún comentario, pero sigue sin decir nada.

—Me alegro de verte vivo, hermano. —Bosco se acerca a la cama y me agarra de la mano en la que no tengo ninguna vía—. Gracias por mantenerte vivo.

—¿Cómo os habéis enterado de que estoy en...

Me quedo en silencio unos segundos. No sé dónde estoy. Asumo que en Alemania por el idioma de los médicos y enfermeros que han estado entrando y saliendo de mi habitación. Si es el país germano, comprendo que estoy en el hospital de la base de Ramstein. Trato de moverme en la camilla, pero estoy tan débil y me duele tanto todo el cuerpo, que emito un pequeño grito de dolor que alerta a Aura, que da un paso atrás alejándose de mí.

—No te muevas. Vamos a llamar a alguien.

Bosco y Juanjo salen de la habitación y Aura les sigue de cerca, pero comienza a discutir casi en silencio con Juanjo.

—Déjame salir, joder.

—No.

Juanjo agarra el pomo desde fuera impidiéndole salir.

—Gilipollas.

—Un poco, pero se hace querer.

Aura se mantiene de espaldas a mí durante un par de segundos más. Mueve la cabeza como si estuviese manteniendo una lucha interna.

—No sabes cómo me alegro de verte, pequeña. —Estiro la mano un poco esperando a que se dé la vuelta.

Respiro profundamente tratando de saber por qué estoy comportándome como una maldita niñata estúpida muerta de miedo. Detrás de mí está Leo, el hombre por el que me he metido en un avión sin dormir, en un coche enano con sus dos amigos y me he pasado una hora respondiendo preguntas en la entrada de una base americana. Pero me estoy comportando como una imbécil mientras él estira su mano. Lo veo a través del cristal que refleja a un Leo muy desmejorado, con heridas en la cara, en los brazos, en el pecho...

—¿Qué es lo que te da miedo, Aura? —Su voz está empezando a romperse.

—Que te haya pasado algo tan grave que no puedas superar, que estar aquí o allí haya sido un infierno y que me culpes por lo que te haya sucedido; solo que... —Me doy la vuelta y le miro a los ojos—. Que no me recuerdes.

—¿Cómo no te voy a recordar, canija? Tu imagen fue la que me hizo salir de allí, me sonreíste y te dije «Te quiero» antes de que te desvanecieses como el humo de aquellas bombas.

—Te escuché.

Me acerco más a la cama, pongo mi mano en la sábana y busco la suya.

Tiemblo ante la cercanía y ante la duda de no saber qué ha ocurrido y cuáles han sido las consecuencias.

—Yo te escuché, Leo. A miles de kilómetros, te escuché. —Cierro los ojos cuando su mano sujeta la mía, se la lleva a los labios y la besa. Su tacto me hace estremecer.

—Lo siento, Aura, siento habértelo hecho pasar tan mal. No era mi intención.

—Lo sé.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Me muero por besarle, por sentir su aliento y ese sabor tan característico de sus labios, pero no quiero apoyarme en algún sitio y hacerle daño.

—Deja de pensar que me vas a hacer daño y bésame.

Me hace sonreír con su comentario. Ni se ha olvidado de mí ni ha perdido esta conexión tan jodidamente especial que teníamos... que seguimos teniendo.

Se acerca con miedo, colocando sus manos a ambos lados de mi cuerpo sin rozarme, pero necesito sentirla, así que pongo mi mano en su espalda y la pego a mi cuerpo. Siento cómo las heridas arden ante su contacto y un calambre me recorre por dentro, pero el dolor merece la pena. Necesitaba sentirla, abrazarla y besarla antes de que el miedo acabe por consumirla y desaparezca de aquí por tener que cargar con un marido tullido.

—Leo, voy a hacerte daño.

—Si te apartas lo harás. —No permito que se levante—. No te vayas nunca, pase lo que pase, canija.

—Leo, voy a hacerte daño.

—¿Hablas de ahora mismo o tienes en mente hacérmelo a posta? —Permito que se aleje.

—Jamás te haría daño, Leo. No al menos a sabiendas. No soy ese tipo de personas. Mucho menos contigo.

Parece enfadada por su gesto.

—Perdón. Creo que estas cosas que me meten en vena me hacen ver fantasmas donde no los hay. —Al respirar se aqueja de dolores en el pecho y ve cómo se me desvían los ojos buscando todas sus extremidades—. No me han amputado ninguna pieza.

—No estaba... —¿Para qué mentir?—. Perdón.

—No te preocupes. Es lo primero que he buscado cuando he tenido un

poco de conciencia hace unas horas. Sigo teniendo dos piernas, algo magulladas, dos brazos —mientras me convence de que está entero, va moviendo sus extremidades— y...

Levanta una ceja, su sonrisa se ladea y por un instante todos mis miedos se esfuman con un sencillo gesto que esconde tanto. No quiero decir que no me alegre de que su tercera pierna esté perfectamente, pero el hecho de que bromea después de todo lo que ha pasado es una buena noticia, muy buena. Mi padre dio cuatro pinceladas sobre la emboscada, pero sé que se quedó muy corto contándomelo.

—Me alegro de que mantengas todas tus piezas en su sitio, Leo. —Me paso la lengua por los labios y respiro profundamente—. ¿Seguro que puedo acercarme y tocarte sin hacerte daño?

—Yo me hago responsable. —Afirma con la cabeza y sé que se está tragando el dolor que le causa sonreír con esa herida en la mejilla.

Son pocos centímetros los que nos separan, pero los recorro sin dejar de observar cada herida, cada punto y cada cicatriz que ha dejado ese país del que no quiero ni acordarme. Me siento en el pequeño hueco que queda al lado de la cama, pongo una mano al lado de su cabeza, cerciorándome de no aplastar ningún cable y me acerco lentamente a su boca. Por mi cabeza de repente se pasan aquellos segundos antes de nuestro primer beso, aquel momento en el portal antes de subir, en el pequeño hueco que quedaba entre nosotros en el ascensor, cuando se quedó en el marco de la puerta del piso, la cara que puso cuando le invité a pasar mientras yo me duchaba, nuestros cuerpos en el suelo de la habitación.

La lluvia.

Aquella canción.

Él.

Madrid.

Hogar.

Sus labios saben a hogar, a recuerdos, a promesas y a un futuro inmediato que no pienso pasar lejos de él. No quiero tener que echarle de menos.

Nuestros cuerpos responden y hasta que Leo no emite un pequeño gruñido de dolor, no me doy cuenta de que nos estamos dejando llevar por las ganas.

—Te quiero, Aura. Gracias por obligarme a seguir luchando en aquel edificio del que pensé que no saldría. —Me vuelve a besar.

—Gracias por luchar, Leo.

Pasa media hora hasta que unos médicos entran en la habitación y comienzan a hablarnos en alemán. Mi cara es un poema porque pillo muy pocas cosas, pero Leo comienza a hablar ese idioma y yo, no comprendo muy bien por qué, pero me siento muy pero que muy atraída —más si es posible— por Leo hablando un lenguaje como este.

Aura nos mira como si comprendiese todo, pero pone los ojos en blanco un par de veces. Uno de los médicos lo ve y comienza a hablar en inglés.

—Deberán pasar varios días hasta que se te pueda trasladar a España. Esas heridas en el costado cicatrizarán sin problema y en la operación tuvimos que quitarte uno de los riñones. Lo tenías destrozado.

—Me preocupan más las heridas psicológicas que puedas tener. ¿Recuerdas lo que sucedió en aquel intervalo de tiempo?

Por mi mente pasan las imágenes del edificio volando por los aires, la sangre, los cuerpos en el suelo, el silbido de las bombas y las balas impactando a nuestro lado.

—Tengo los recuerdos desordenados y no sé qué es real y qué se ha inventado mi mente.

—El psicólogo pasará en media hora y podrás hablar con él sobre la muerte de tus compañeros de equipo, de la misión y de...

—Mi primo ¿cómo está? —Parece que no saben a quién me refiero—. Estévez. Cayó herido en el ataque por sacarnos del edificio justo antes de impactar la bomba. Tengo un recuerdo de él a mi lado en el camión antes del otro ataque.

—Me temo que no somos las personas que deben darte esa información. La General de Brigada Atwater está pasando unas pruebas con su marido y vendrá en cuanto terminen. Ha estado pendiente del estado de salud de quienes sacasteis de allí a Chris.

Diez minutos después salen de la habitación tras darnos un parte detallado de mis heridas, de la operación, de lo que sí podré hacer y de lo que no; de los medicamentos que deberé tomar durante una temporada y de que mi baja será larga y que no me recomiendan por el momento volver a una misión.

—Estévez nos salvó de morir en aquel edificio.

—¿El mismo Estévez que yo conozco?

Descanse en paz

No sé qué decir cuando Leo me relata cuáles son sus últimos recuerdos. Se me eriza la piel de todo el cuerpo, me cuesta no temblar y romper a llorar mientras me imagino a Leo cubierto de sangre en el suelo rodeado de cuerpos mutilados.

—Escuché unos gritos, pero me desmayé. —Se intenta mover y veo cómo se le dibuja un gesto de dolor en la cara, mientras trata de ocultármelo.

—Déjame ayudarte.

—No. —Es tajante.

Me levanto de la cama y mis manos acaban en el aire pidiendo perdón por no hacer o por hacerle daño. Estas dos horas a solas no han hecho nada más que crearme una ansiedad que estoy tratando de controlar. Observo cómo no consigue lo que sea que quiere hacer y abro la puerta para pedirle ayuda a alguien.

—Mierda. —Escucho cómo se queja y suelta un pequeño grito lleno de frustración—. ¿Me echas una mano?

Me doy la vuelta tras respirar un par de segundos y ladeo la cabeza.

—¿Vas a volver a gruñirme?

—Joder, lo siento, no me siento bien siendo un inútil.

—Has tenido un... te han... —muevo las manos en el aire mientras encuentro qué decir—. No eres un inútil, Leo. —Me acerco despacio.

—Soy muy mal enfermo. —Apoya su cabeza en la almohada y cierra los ojos.

—Yo soy muy buena enfermera. —No pienso permitir que piense cosas raras en este momento—. Además —me contoneo mientras comienzo a susurrar—, me he hecho con un disfraz que te iba a enseñar esta semana y puedo reutilizarlo. Me queda justo por encima del muslo —mis dedos recorren mi cuerpo al hablar—, es ajustado y el escote llega casi hasta... —Señalo hacia abajo y compruebo cómo los ojos de Leo bajan por mi cuerpo.

—Aura. —Parece que me pide que deje de hablar con su mirada algo reprobatoria, pero sé que no es en serio. Me lo dice la sonrisa que se le dibuja

pero que trata de ocultar.

—De acuerdo. —Frunzo los labios y suelto un suspiro, bueno, un pequeño gemido hecho con premeditación y mucha alevosía.

Paso mis dedos por la sábana que está cubriendo el cuerpo de Leo, me lamo el labio inferior —más premeditación—, alzo una ceja y me suelto un botón de la camisa —alevosía, alevosía, alevosía—.

—Vale, siento haber sonado tan gilipollas, pero como sigas así comprobaremos que la sangre circula perfectamente por mi cuerpo, por todo mi cuerpo.

—No he terminado de explicarte cómo es el traje.

—Pero mi mente es muy insana y mi imaginación vuela cuando hablas.

—Pues menos mal que no te he dicho que para debajo del disfraz tengo el conjunto de ropa interior de tiras más sexy del mundo.

—Acércate. —Me invita con uno de sus dedos y yo accedo—. Vas a ser la mejor medicina para mí, canija. Pero eres mala. —Su boca se pega a la mía y muerde mi labio inferior tras besarme—. Joder, canija. —Su mano está en mi culo y lo aprieta.

—Leo, aparta esa mano que te queremos de vuelta en casa lo antes posible. —La voz de Bosco nos hace sonreír.

—No vaya a ser que revientes la sonda.

—No me han puesto ninguna sonda, JJ. Por ahí abajo está todo perfectamente.

En la visita de la tarde el médico le pide que se siente en la cama y trate de caminar sin excederse, para que los puntos de las heridas de las piernas no se salten. Juanjo le ayuda a levantarse y veo las suturas que recorren parte de sus muslos. Me encojo en el sillón que estoy sentada tratando de que no se me note, pero Bosco se da cuenta.

—Juanjo, ¿puedes con el muerto este?

—No necesito ayuda. —Leo trata de levantarse pero le flaquean las piernas. Los tres nos apresuramos a acercarnos—. Vale, a lo mejor un hombro de Juanjo me vendría bien.

—Vamos a menear esas caderas por el pasillo.

Juanjo y Leo salen de la habitación caminando despacio. No se van a alejar demasiado, pero siento la necesidad de vigilarles desde la puerta.

—Se recuperará, no te preocupes por esas heridas. Son feas, lo sé, pero se ha curado de cosas mucho peores.

—¿Y de la culpa de que su primo muriese por salvarles también?

Bosco me mira como si no me comprendiese. Así que mientras los dos vigilamos cómo caminan por el pasillo mientras Juanjo niega y reniega de que está enamorado de Raquel, le pongo al día con lo que sucedió noches atrás en algún lugar de Siria.

—De eso también se recuperará. Ha perdido a compañeros antes y es jodido, muy jodido, pero es Leo. —Bosco levanta los hombros y me mira con una gran sonrisa—. No se le va a quedar un trauma ni va a mandarte lejos por no saber gestionar su pérdida. No tengas miedo por eso.

—¿Y si esa muerte sí le cambia? Joder, es... era su primo.

—Y yo lamento mucho que haya muerto, al fin y al cabo, era un compañero. Pero, aunque suene a que soy mala persona, prefiero que haya sido él y no mi hermano.

Los dos volvemos la vista a Leo que está apoyado en la pared frente a la habitación y que sonrío cuando me mira. Pido que ese brillo tan especial no se le apague cuando volvamos a Madrid.

—Solo espero que esa sonrisa no la pierda cuando la realidad sea aplastante.

—De eso hablaremos cuando volvamos a casa, Aura. No nos vamos a preocupar por lo que no sabemos. Ahora solo debemos esperar a ver cuándo podemos hacer el traslado a Madrid y tenerle en casa. —Bosco suspira agotado—. Luna está muy preocupada. En un rato le diré a Leo que la llame para que compruebe por ella misma que está bien.

—¿Habéis hablado con Isaac y sus hermanos? Estarán que se suben por las paredes.

—Sí. Les he llamado para darles el parte médico. Les he tranquilizado un poco, pero no me extrañaría que Isaac apareciese mañana aquí.

Me cuesta caminar, pero el médico ha dicho que debía empezar a hacerlo si quiero salir de aquí esta semana. No pretendo paralizar el mundo de Aura, de Bosco o el de Juanjo. Todos tienen trabajo, familia y una vida a la que volver.

—¿Crees que lo llevará bien?

—¿El qué? —Juanjo me mira sin saber a qué me refiero.

—Tener que cuidar de un lisiado.

Juanjo se separa de mí y me mira fijamente. Sujeta mis dos manos y las levanta, toquetea mis piernas y hace un ademán de abrirme la bata.

—¿Qué cojones haces? —Le doy un golpe en la mano.

—Comprobar que como no te hayas lisiado el cerebro, no tienes derecho a llamarte así.

—No puedo caminar bien y me han dejado sin un riñón. Debo llevar una vida tranquila y contemplativa los próximos meses y ella...

—¿De verdad, Ramírez?

Cuando Juanjo nos llama por nuestros apellidos sin estar de servicio, es porque nos va a poner los puntos sobre las íes.

—Estás vivo. ¿Eso no te parece suficiente?

—Mierda, lo sé, pero no quiero que ella tenga que poner su vida en pausa solo por mí. Le prometí saltar desde una roca en la famosa cala de Almería y me temo que no podré hacerlo en un periodo corto de tiempo.

—Leo, joder, esa chica estaba muerta de miedo y verte vivo es el mejor regalo que ha tenido. —Juanjo me sujeta de los hombros—. No desperdicies el tiempo pensando en lo mal que estás. Se puede vivir sin un riñón, esas heridas cicatrizarán como siempre han hecho y tú saltarás desde ese acantilado con ella. La vida es muy corta, Leo, y no sabemos cuando nos quitará algo importante.

—¿Desde cuándo eres como un maldito libro de Paulo Coelho? Ah, claro, disculpa, que estás enamorado de Raquel y ella te ha hecho ver la vida de color rosa. —Mierda, estoy siendo un cínico con él.

—Nunca has ido de víctima por la vida. ¿Crees que es el mejor momento ahora?

No, por supuesto que no lo es, pero creo que no he asumido que mi primo haya muerto por salvarme. Creo que todo esto es una maldita pesadilla y que cuando me despierte estaré tumbado al lado de Aura en la furgoneta, mientras observamos el atardecer.

—Esa chica que tienes ahí te adora y no se merece que boicotees vuestra relación. Joder, que le pediste que se casase contigo y ella, como está tan mal de la cabeza, te dijo que sí con un tatuaje que no ha dejado de acariciar. —Niega con la cabeza y sonríe—. ¿Sabes lo que lleva en ese collar que se ve alrededor de su cuello? Son vuestros anillos. ¿Sabes que cada mañana los besaba antes de meterlos por dentro de las camisetas?

—No lo sabía.

—No te pierdas nada más por tus miedos. Ella no se lo merece, pero tú tampoco.

—¿Puedes traerme un poco de agua?

—Claro.

Necesito unos segundos a solas para poner en orden mis ideas. Sé que sobrevivir a un ataque así es un regalo, pero necesito tener más información de lo que sucedió allí. Tengo que hablar con Atwater y saber si, después de todo, las bajas sufridas son menos de las que me imagino.

Aura se acerca a mí con el vaso de agua.

—¿Estás bien?

—Sí, solo necesito beber un poco.

—De acuerdo.

Nos quedamos en silencio unos segundos y me fijo en el collar del que Juanjo me ha hablado. Lo atrapo entre mis dedos y lo saco de la camiseta. Los anillos de mis padres cuelgan de él y respiro profundamente.

—No te los has quitado.

—No hasta ahora. —Se lo quita y me lo coloca a mí—. Me han hecho tener fe y ahora eres tú quien tiene que tenerla. Leo, me da igual que te queden cicatrices en el cuerpo, pero no soportaría que te marcasen el alma. —Apoya su mano sobre los anillos en mi pecho—. No sé si querrás hablar conmigo sobre lo que allí sucedió, sobre la pérdida de Estévez o sobre el miedo a revivir aquella pesadilla cuando cierras los ojos. Solo necesito que creas que somos más fuertes que todo eso y que siempre seremos nosotros.

—Puede que no sea tan sencillo, Aura.

—Las cosas sencillas están sobrevaloradas. La vida es mucho más interesante si nos pone ciertas piedras desde las que saltar. —Su mano se aferra a la mía para llevársela a los labios.

—Las noches pueden ser muy oscuras. —No me gusta esta parte de mí, pero ahora mismo estoy jodido.

—Cuanto más oscuras sean las noches, más brillarán las estrellas. —Suelta mi mano para acariciarme la mejilla muy suavemente—. Da igual lo oscura que sea la noche, siempre están ahí sin perder su brillo. Seamos como ellas, no dejemos que nada nos apague.

Saco su anillo del collar y se lo muestro. Ella sonríe y estira la mano izquierda para que se lo coloque.

Consigo que vaya a darse una ducha a un hotel cercano que ha encontrado Bosco, pero no tarda más de dos horas en regresar.

No me doy cuenta de que entra en la habitación cuando Atwater me está poniendo al día con las bajas.

—Diez. Han sido diez bajas. Thomas sigue en estado crítico y le han amputado ambas piernas. Una de las bombas impactó demasiado cerca. Salvó a varios compañeros. —A Atwater le tiembla la voz al confirmarme las muertes.

—¿Dirk?

—Ese cabrón ha tenido mucha suerte. Una lesión en el hombro al cargar contigo hasta el camión y una pequeña cicatriz del disparo en el costado. ¿Recuerdas el segundo ataque?

—No.

—En el camión cuando tratábamos de escapar, los que quedaban en pie atacaron de nuevo. Pero Dirk condujo como si la vida de todos dependiese solamente de él, dejó el camión tras parte de un edificio a medio demoler y salió disparando y acabando con los cuatro terroristas que nos atacaban. —Alza los brazos y los deja caer con una sonrisa—. Sin él creo que ninguno hubiésemos sobrevivido.

—Es un kamikaze.

Me he quedado en silencio en el momento en que he escuchado como esta mujer relataba en inglés los momentos tensos en el ataque. Me he paralizado y creo que me he mimetizado con la pared. No respiro, no creo haberlo hecho en los últimos minutos.

—¿Preguntan por un kamikaze?

Un hombre mucho más alto que yo, detrás del que me podría esconder, entra en la habitación hablando en inglés. No se da cuenta de que estoy en la misma sala que ellos y camina hasta Leo para fundirse en un abrazo que termina con un gran suspiro.

—Menudo susto me diste, Ramírez.

Decido que es su momento así que trato de salir de la habitación sin hacer ruido, pero con tan mala suerte —y siendo un desastre de los míos— que me topo con el carro que trae una enfermera con todos, absolutamente todos los instrumentos médicos que más ruido hacen y que acabo tirando al suelo. No queda ni uno en la bandeja y ruedan, se esparcen o tintinean sin parar por el suelo, mientras yo me agacho tratando de hacer un agujero en el mármol para meterme y desaparecer.

—Joder.

Me levanto con un fonendoscopio enganchado en la mano.

—Aura. —Leo me mira extrañado con una sonrisa en la boca, como si me

viese cagándola por primera vez.

—Atwater, Dirk, ella es Aura.

Levanto la mano y trato de mantener un poco la compostura, pero cuando le enfermera comienza a gritarme en alemán cosas que no entiendo, me da un ataque de risa que contagio a todos menos a la enfermera germana con cara de pocos amigos.

—Es ella. —El tipo alto me señala y se acerca a mí lentamente. Se me congela el gesto—. Tu sonrisa es aún más bonita que en la foto de la que no se separó Leo ni un segundo.

—¿Mi foto?

—La que me regalaste antes de despedirnos en la puerta de la Academia. —Leo levanta ambas cejas—. Pensé que la había perdido, pero este loco la recuperó por mí. —Mete la mano debajo de la almohada y la saca casi destrozada.

—¿Cómo fuiste tan imbécil de dejar a esta mujer con la que te casaste unas horas antes, sola en Madrid para irte a una guerra?

—Yo le doy gracias por que lo hiciese. —La mujer se acerca a mí—. Tu marido liberó al mío y le protegió con su vida. Me alegro de que tú también le hayas recuperado sano y salvo. Soy Peyton Atwater.

Se queda delante de mí y me fijo en ella, en el gesto de cansancio y preocupación que se dibuja en su cara. Parece que la pérdida de parte de su equipo le está matando, aunque haya recuperado a su marido. No me imagino lo que ha debido sufrir durante su secuestro, las pesadillas que habrá tenido... No, no me lo puedo imaginar ni por un momento.

—Yo soy Aura. —Estiro la mano delante de ella, pero saltándose lo que parecen los protocolos militares, me abraza fuertemente.

—Sé que te lo imaginas, pero va a necesitarte mucho. Perdona los miedos y las pesadillas que le van a atormentar cuando volváis a casa. —Me lo susurra para que nadie más sea partícipe de este secreto—. Volverá a ser él, pero estas misiones que acaban así marcan mucho.

Al separarnos me sonrío y, dejando a un lado sus ojeras y la cara de cansancio —y lo que impone la tía—, me parece una de las sonrisas más dulces y sinceras que he visto en mucho tiempo.

—Tienes mucha suerte con ella, Leo.

—Lo sé. —Leo nos observa—. Lo sé, Atwater.

—Así que no la cagues.

—Si lo haces vendré a meterte la cabeza en el barro, Ramírez. —Dirk me

guiña un ojo y hace un gesto divertido con sus dedos—. Me llamas y le daré una paliza.

—¿No me dais una tregua ni ahora?

—No.

La verdad es que hablar con Dirk y Peyton hace que mis miedos vayan disipándose. Sobre las doce pasan a tomarle la tensión, comprobar que no tiene fiebre y a revisarle las heridas. Nos piden esperar en el pasillo y aprovecho para darles las gracias a los dos por hacer que Leo volviese a casa.

—Yo soy la que está agradecida. Estos dos son los que sacaron a mi marido de aquella habitación en la que estaba a punto de ser ejecutado. Si no llega a ser por ellos, no creo que ahora estuviese aquí. —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. En unos meses lo celebraremos con una comida en Madrid. —Mete su mano en el pantalón cargo que lleva y me entrega una tarjeta—. Sé por lo que vais a pasar en estos meses. Llámame sea la hora que sea y con lo que necesites. Está vivo, pero el recuerdo de lo que hemos vivido allí nos puede sorprender en cualquier momento.

—Ya puede pasar. —La enfermera me habla en inglés, parece que mi cara cuando nos han pedido salir en alemán le ha dado a entender que no comprendía ni una sola palabra.

Dirk y Peyton se despiden hasta mañana. Sé que ninguno de los dos va a estar más de un día sin visitar a Leo. Sé que estas experiencias unen mucho y más a estos tres militares que se han jugado la vida juntos y se deben tanto.

—Será mejor que descanse. —La enfermera pone su mano en mi brazo—. Todo está bien, pero necesita dormir y recuperarse si quiere irse el jueves a España.

—¿El jueves? —Me sorprende que sea tan pronto.

—Sí, los doctores han valorado que si las heridas cicatrizan bien y él responde como debe a los medicamentos, es mejor que esté en casa. Allí es donde se va a recuperar mejor.

—¿Así que está bien?

—Sí, es un tipo duro. —La enfermera también se salta un poco el protocolo militar de este hospital—. Las heridas parecen más feas de lo que realmente son. Tuvo mucha suerte y le trasladaron rápido. Sin un riñón se puede vivir perfectamente siguiendo unas pautas las primeras semanas y desde que tú has llegado, está mucho más despierto. Así que sí, está muy bien. Trata de descansar un poco tú también.

—¿Tan mala pinta tengo?

La enfermera no responde a mi pregunta con palabras, pero su cara lo dice todo.

—Ahora te traigo algo para cenar, unas mantas y una almohada para el sillón.

—No hace falta, de verdad.

—Si vas a pasar aquí la noche, estás a mi cargo. Así que se hace lo que yo digo. —Me guiña un ojo y me sonrío.

Al entrar en la habitación Leo está casi dormido. Parece que le han puesto un relajante para aliviar el dolor y le está dejando noqueado.

—Deberías haberte quedado en el hotel.

—¿Y aguantar a tus amigos hablando con Zoe y Raquel por vídeollamada? Que si uno está idiota perdido, al otro parece que le han cagado encima mil cupidos borrachos. —Acercó el sillón al lado de la cama—. Prefiero estar aquí.

—Y tenerme vigilado. —Gira la cabeza y respira hondo—. Siento habértelo hecho pasar tan mal.

—Es tu trabajo y asumo los riesgos que tiene. —Jugueteo con el anillo de mi anular—. No me gustan, pero es tu vida.

—Todo eso ha acabado por una larga temporada. —Se le van cerrando los ojos—. Quiero recuperarme y disfrutar de mi mujer. —Estira su mano para sujetar la mía—. ¿Por qué lo llevas en la izquierda? En España se lleva en la derecha por tradición.

Respira profundamente y sonrío mientras me mira.

—En Egipto se creía que había una arteria que comunicaba el dedo anular de la mano izquierda con el corazón, así que los enamorados llevaban este anillo como prueba de su amor. Los egipcios creían que mediante este anillo, el amor quedaba atado y no se podía escapar a través de la punta de los dedos. —Los mueve en el aire—. Fueron los romanos los que dieron nombre a esta vena que conectaba la mano con el corazón: la vena amoris o del amor.

—Hasta para algo tan tradicional eres especial. —Me besa la mano.

—Le dije que sí a un tío al que conozco desde hace menos de dos meses. Me he vuelto loca por él y me lo he tatuado en piel y alma. ¿Crees que iba a seguir las tradiciones?

—Por eso te quiero, canija. Eres una mujer muy especial y me alegro de

haberme cruzado contigo aquella noche, que me lo pusieses difícil, que me vacilases, que me permitieses acercarme tanto a ti... —se me van cerrando los ojos mientras hablo. Maldito relajante—. Te quiero, Aura.

Hogar eres tú

*T*ras demasiadas horas de viaje estamos entrando en Valverde. Han sido cuatro días ingresado en el hospital y ya me estaba volviendo loco, pero tener que lidiar con mi familia por teléfono ha sido la peor parte. Mis sobrinas están enfadadas, más aún que cuando me marché. Mi hermana me ha dicho diez veces —cada día— si realmente era necesario que yo salvase al mundo, mi hermano ni siquiera ha querido hablar conmigo y mi padre... Mi padre ha envejecido diez años de golpe y he tenido que pedirle a Ana que no le permitiese viajar a Alemania. Por eso hemos venido directamente a casa, quiero que me vean y comprueben que estoy bien. Todo lo bien que se puede estar tras un ataque como el que sufrimos.

—¿Listo?

Aura está a mi lado agotada pero con una gran sonrisa. Para ella tampoco han sido fáciles los días en el hospital y estar alejada de su familia. Bosco y Juanjo tuvieron que volver al trabajo el martes y hemos estado los dos solos. No ha querido salir de la habitación nada más que para ducharse y al final las enfermeras le permitieron hacerlo en su vestuario. Hoy le han dado ropa para poder venir con algo limpio.

—Te queda bien la ropa militar.

Lleva un pantalón vaquero y una camiseta que Peyton le ha dejado esta mañana en la habitación, con una chaqueta de camuflaje que Dirk le ha regalado.

—Lo que no te queda tan bien es esa cara de agotamiento. Necesitas descansar, cariño.

—¿Puedo hacerte una proposición indecente?

Sale del coche y da la vuelta hasta abrirme la puerta, mientras se muerde el labio inferior.

—No puedo hacer esfuerzos, Aura. Nos han dicho que debemos dejar el sexo aparcado unas semanas.

—Aunque en cualquier otro momento te aseguro que no te librabas de que te matase a polvos —me ayuda a bajar del coche mientras suelta frases

sin importarle nada—, ahora mismo solo quiero comer algo que no sean salchichas, puré, galletas con queso y uvas o café malo de máquina. Quiero darme una ducha, dejar de oler a hospital y dormir en una cama con sábanas. Solo quiero meterme en la cama y despertarme cuando acabe septiembre.

—¿Cómo en la canción de [Green Day](#)?

Me sorprende que Leo sepa a qué grupo estoy haciendo alusión. Me encanta que me sigan sorprendiendo pequeños detalles como este.

—O en la noche de las Lágrimas de San Lorenzo de agosto. Tú, yo, una manta, una botella de vino, una tarta de queso y las estrellas en el cielo.

—Sí, quiero.

—¿Una nueva boda a la que no invitáis a nadie?

Isaac aparece en lo alto de las escaleras y se apoya en la barandilla unos segundos antes de bajar. Camina despacio hasta ponerse al lado de su hijo y fundirse en un largo abrazo, que me permite sacar del maletero del coche de alquiler las pocas cosas que Leo tenía en el hospital.

—Me alegro mucho de que estés en casa, hijo.

—Y yo me alegro de volver.

Le paso una de las muletas que nos han dado en el hospital, pero Leo la rechaza.

—Me apoyo en mi padre para subir. Prefiero no tener que usarlas.

—Podéis descansar un poco. Las niñas están en clase y tu hermana ha ido a Yunquera a la fábrica de *Arriaca* a por cervezas. Tú no puedes beber, pero los demás queremos celebrar que estás vivo y en casa. —Isaac besa a Leo y me encanta ese gesto de complicidad—. Vamos, tenéis unas horas para descansar.

Subimos al cuarto de Leo y descubro que hay flores en varios jarrones, son lavandas y hacen que la habitación tenga un olor muy especial, uno que me hace cerrar los ojos y respirar hondo para disfrutar del aroma.

—Aura, acompáñame que te doy algo de ropa que ha dejado Olga.

—Ahora vengo. —Beso a Leo y salgo con Isaac que me lleva hasta su cuarto y vuelve un poco la puerta.

—¿Cómo está? De verdad, no lo que nos ha contado por teléfono.

—Necesita descansar, estar en casa y veremos cómo pasa la primera noche sin los relajantes. Lo peor será enfrentarse a Estévez padre. —Me recorre un escalofrío pensando en él.

—Cuando llegue el momento ya hablaremos de eso. Ahora lo único que quiero es que mi hijo siga siendo el que era cuando se fue, no en lo que te conviertes cuando vuelves y has visto la muerte tan de cerca. —Isaac cierra los ojos y se pasa la mano por la cara.

Está completamente agotado y estaba guardando las fuerzas para ver a Leo. Ahora que lo ha hecho, está a punto de desmoronarse y yo me lanzo contra su pecho y le abrazo. No me lo he pensado mucho y su cuerpo reacciona agradeciendo que lo haya hecho.

—Sigue siendo él, Isaac. Puede que un poco más gruñón cuando le duele, pero es el mismo Leo que llegó hace unas semanas a casa. —Le sujeto de las mejillas y le sonrío.

Aura y mi padre están hablando al otro lado del pasillo, pero no puedo escucharlos. Me deshago de la ropa al entrar en el baño y a los minutos de dejar que el agua corra, me meto en la ducha y dejo que el agua se lleve estos recuerdos que me dejan sin respiración cuando menos lo espero.

Cuando salgo de la ducha Aura entra en la habitación tarareando una canción.

—«Mi más sentido bésame, bésame, besayúname. Ayúdame a deshacer la cama. Te comería a versos pero me tragaría mis palabras».

A los segundos comienza a sonar [Matemática de la Carne](#) de Rayden en su móvil, se suelta la coleta, se masajea la cabeza mientras se quita las zapatillas, suelta un pequeño gemido de placer al dejar caer los pantalones al suelo y camina por mi habitación. Levanta la vista y se encuentra con mi mirada desde el baño. Observo cómo camina, cómo sus caderas se contonean hasta llegar a mi lado.

—Hola, guapo. ¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este? — Me da un beso que me sabe a poco.

—Nada, aquí desnudo pensando en la suerte que he tenido.

Sus ojos tratan de mantenerse fijos en los míos, pero las heridas que se dibujan en mi cuerpo en forma de puntos o moratones hacen que se le desvié. Intenta mantener la calma, lo hace durante varios segundos, pero sus ojos recorren las heridas del pecho, de los brazos, del abdomen y de mis piernas, mientras sus dedos se acercan con miedo a mi cuerpo. Las aparta sin dejar de temblar, las cierra y vuelve a empezar el mismo camino: pone sus manos a ambos lados de una de mis heridas. Mi piel la reconoce, se eriza bajo sus palmas y mi cuerpo, por fin sabe que está en casa, pero sigue

vibrando sin saber muy bien si es por ella o por el miedo que aún sigue dentro de mí.

—Ya estás en casa, aquí estás a salvo.

—A tu lado es el lugar más seguro del mundo. Hogar eres tú, canija.

Tiro de su mano y la abrazo a pesar de los dolores, a pesar de los miedos y a pesar de todos los pesares que ahora mismo nos acompañan en este cuarto de baño. Necesito sentir su piel, olerla, saber que es real y que después de muchos días alejados, volvemos a ser nosotros dos. Nos mantenemos así un par de minutos, hasta que Aura se separa y me convence para secar las heridas a las que no llego bien.

—No seas cabezota, Ramírez. —Se agacha y con sumo cuidado las seca para después cubrirlas con una pomada.

—No tienes que hacerlo, puedo solo.

Se levanta y se pone detrás de mí, me entrega el bote y me señala la columna.

—De acuerdo, cúrate esa. —Señala la que tengo en medio de la espalda.

Yo, que entre orgullo y cabezonería ando bien servido, lo intento durante un par de minutos mientras ella no dice nada, pero puedo leer su mente: me está llamando idiota en varios idiomas, yo creo que hasta lo ha aprendido en alemán.

—Es que tienes la espalda llena de músculos, que dirás que te sirven para mucho, pero un poco más y no te puedes limpiar casi ni el culo.

Me doy la vuelta y la miro con la boca abierta. Ni filtra ni tiene miedo a decir nada.

—Quiero decir... —Entrecierra los ojos, arquea una ceja y adelanta unos milímetros la cabeza ladeándola, pero no sabe con qué seguir esa frase.

—No, si clara eres un rato. —Le entrego la crema—. Gracias.

No dice nada mientras la extiende con cuidado y mucho cariño. Termina besándome en los moratones del pecho y susurrándome un te quiero que ha revoloteado en mi mente desde la noche del ataque.

—¿Puedes meterte en la cama? Creo que tenemos un par de horas para descansar. Me doy una ducha y me acuesto contigo. —Se le cierran lentamente los ojos—. No tardo.

Espero que las cremas se sequen y me tumbo en la cama agradeciendo las pastillas que me he tomado al bajar del avión. Cierro los ojos mientras

escucho la música del móvil de Aura. A los minutos siento su cuerpo tumbándose a mi lado. Me besa y me susurra «Te quiero» justo antes de quedarnos dormidos.

Siempre

Realmente no me quedo dormida. Si llevase una de esas pulseras de actividad que miden tu sueño, me hubiese pedido la baja por depresión hace varias semanas.

—¿Crees que están dormidos?

Esa creo que es Virginia. Abro los ojos y las observo con la puerta entreabierta. Las dos llevan dos moños altos y tienen restos de chocolate en las manos. Están merendando al parecer. ¿Cuánto llevamos durmiendo?

—Aura ha traído al tío a casa. Es como una de esas superheroínas de las películas que ve el tío Víctor. —Se hace el silencio y veo que las dos están pensando a quién me parezco, mientras me sigo haciendo la dormida—. A la que le gusta mucho al tío, la de pelo rojo.

—*Black Widow*^[15]. —Violeta lo dice en un perfecto inglés.

—Así que si ella es la preciosa Viuda Negra, yo debo ser el gigante verde Hulk o Bruce Banner. —Leo se mueve en la cama buscando a sus sobrinas—. Hace unas semanas era la Bestia, ahora un bicharraco verde. Voy a pensar que no me queréis nada de nada.

—Tío.

Las dos gritan y salen corriendo, pero las atrapo al vuelo antes de que se lancen sobre su tío reventándole todas las heridas.

—Chicas, con cuidado.

—Perdón. —Las dejo a las dos encima de la cama y se quedan quietas.

—Hay que tener un poco de cuidado con el tío. Se cree invencible, pero las balas atraviesan a los humanos. —Olga entra en la habitación con unas ojeras que denotan su preocupación y cansancio.

—Estoy bien. Solo tengo que descansar y en nada podremos ir de paseo, jugar y saltar a la piscina. —Leo trata de levantarse y hace una mueca de dolor cuando le rozan las sábanas.

Olga se adelanta corriendo para ayudarle mientras niega con la cabeza mientras ayuda a su hermano.

—¿Eres idiota? ¿Sabes lo que nos has hecho pasar a todos? ¿Crees que es

normal? —Se lo susurra para que las niñas no lo escuchen, pero estas terremotos lo pillan todo.

—Yo también me alegro de verte, Olga.

Los dos hermanos se quedan abrazados durante varios minutos y nos hacen a las niñas y a mí observarles con una gran sonrisa.

—Mamá ha llorado mucho por ti. —Virginia juguetea con mis pulseras mientras mira a Leo de reojo—. Nosotras pensábamos que no te volveríamos a ver. Y sé que la tía también ha llorado mucho.

Cuando de su boca sale la palabra tía, reconozco que yo me derrito. Que lo haga en un momento tan tenso como este, hace que la cosa se relaje un poco, hasta para Leo.

—¿Ya es de la familia?

—Claro, se casó con el tío.

Olga mira a sus hijas que sonríen traviesas. Me parece que estas dos han escuchado alguna conversación que no deberían. Y por la cara de su madre, ni ella lo sabía.

—No te han matado allí, pero estás a punto de morir en mis manos como me digas que eso es verdad. —A Olga se le comienza a cerrar el ojo derecho.

—Chicas, me ha entrado algo de hambre. —Me levanto de la cama y busco algo que ponerme.

—No me digas que te has casado sin avisarme. —Olga se pone delante de su hermano enfadada.

—Aura, vas sin pantalones. —Violeta me señala.

—Bueno, seguro que encuentro algo que ponerme fuera de esta habitación.

—¿Estás huyendo? —Leo se dirige a mí.

—Sí, yo lo siento, pero no me he tomado ni un triste café hoy. Son las...

—Ocho de la noche. —Virginia me agarra de la mano y sonrío.

—Muy tarde y no estoy dispuesta a interponerme en una riña familiar.

—Tú ya eres de la familia así que puedes quedarte. —Olga me señala con un dedo.

—Corred, niñas.

Las tres salimos disparadas de la habitación y bajamos las escaleras hasta la cocina donde está Víctor metiendo algo al horno.

—¿Es pizza? —Virginia comienza a trepar por el brazo de su tío cuando cierra la puerta.

—Es una *focaccia* de aceituna negra y...

Se da la vuelta y me ve en medio de la cocina. Deja a su sobrina sentada

en una silla y se acerca lentamente a mí para abrazarme. Por un instante cierro los ojos y dejo que lo haga. Me acaricia la cabeza, pasa sus manos por mi espalda y es muy reconfortante.

—¿Sabes que te estoy viendo el culo? —Víctor lo susurra divertido en mi oído.

—Ha habido una emergencia familiar arriba y he salido con lo puesto.

—Mi hermana le está echando la bronca a Leo, me la imagino gritándole por haberse dejado disparar, atacar o lo que sea que ha sucedido allí. —Me entrega la camisa de cuadros que lleva anudada a la cintura—. No quiero que provoques ningún infarto.

Me la pongo mientras observo una gran mesa montada en el jardín, a Ana distribuyendo flores en unos jarrones y a Isaac comenzando a hacer fuego.

—¿Qué ocurre ahí fuera?

—Hay una fiesta. —Violeta se está comiendo un trozo de una *focaccia* que ya está fría.

—¿Fiesta? —Me acerco a la cristalera.

—Mi hermano ha vuelto vivo de Siria. Eso hay que celebrarlo. Hace mucho aprendimos a dar gracias a la vida cuando nos devuelve a mi hermano de una misión de una pieza. Mi padre ha invitado a toda tu familia, así que será mejor que te vistas antes de que lleguen.

—¿Mi familia?

No pasan ni veinte minutos cuando aparecen mis padres, Raquel, Bosco, Juanjo, Zoe, Nico, Luna y Laura en la casa. Las niñas están sentadas en mis piernas y nos hemos zampado entre las tres media *focaccia* de parmesano, tiradas en una manta en el jardín. Observamos a todos cobijadas detrás de unos maceteros grandes.

—Esos son mis sobrinos, los que están al lado de Luna. Se llaman Nico y Laura. Mi hermana es la que va de la mano de vuestro tío Bosco, la que tiene una sonrisa preciosa. —Les voy señalando.

—¿Y la chica que está con el tío Jota?

—Es mi mejor amiga, mi otra hermana. Se llama Raquel y os va a caer muy bien. —Continuamos cobijadas tras las plantas.

—Chicas, ¿qué hacéis aquí?

—Joder.

Violeta y yo pegamos un grito, pero Virginia salta como una ninja atacando a su padre justo en su entrepierna. Menos mal que Rodrigo tiene

buenos reflejos y la para a tiempo.

—Uououuu, pequeña.

—Menudo susto, papá. Avísame que eres tú porque el tío me ha enseñado dos llaves que si no me pillas a tiempo, te hubiese tumbado. —Virginia da patadas al aire.

—Aura, cariño.

—¿Esos son tus padres? —Violeta se pega a mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Esa cara la pone mi madre cuando nos pilla con el dedo en el bote de *Nutella*.

—Aura, lo de ponerte ropa no lo llevas demasiado bien. —Mi padre niega con la cabeza—. No estás en casa.

—Claro que sí. —Isaac aparece al lado de mi padre—. Esta ya es su casa, Eduardo.

Mi padre y el de Leo se abrazan, se palmean la espalda con fuerza y se susurran algo que les hace sonreír a ambos.

Bajo las escaleras ayudado por mi hermana. En el jardín hemos empezado a escuchar voces y algunos gritos de las niñas. Mi padre ha organizado una fiesta para darme la bienvenida y ha invitado a toda la familia de Aura.

—¿No será mucho? —Mi hermana me está sobreprotegiendo.

—Es lo que necesito ahora mismo. A mi familia, a la de Aura, comida de papá y a las chicas.

Los dos observamos a Zoe y Raquel que se lanzan a los brazos de Aura. Revisan su cara, sé que le preguntan por mí y las tres se dan la vuelta cuando escuchan el sonido de la muleta.

Todos se quedan en silencio. Puedo ver en sus caras que sigo teniendo bastante mala pinta. Zoe se lleva la mano a la boca, Raquel se sujeta a Juanjo y Ana respira hondo antes de acercarse a mí.

—Leo, me alegro mucho de que hayas vuelto a casa. —Me besa en la mejilla y me abraza—. Gracias por volver vivo.

—Venga, venga, no le deis más importancia al estado de mi hermano o se va a querer quedar en esta casa durante meses y no podré coger la furgó para irme a festivales. —Víctor me guiña un ojo y ofrece focaccia en bandejas.

Raquel y Zoe miran a Aura y, sin mediar palabra, ella afirma con la

cabeza. Me acerco a ellas sabiendo lo que están pensando.

—¿Estás segura de que te has quedado con el hermano bueno? Yo te puedo diseñar un cover para ese tatuaje del brazo. —Raquel no deja de mirar a mi hermano—. Hola, yo soy la amiga más guapa e inteligente de Aura. Psicóloga, experta en cervezas, apasionada de la vida y con ganas de conocerte, pequeño.

—¿Tú eres esa Raquel? —Señala a Juanjo—. Encantadísimo. —Le da dos besos ante la atenta mirada de Juanjo.

—No, no me jodas, Víctor. —Le aparta.

—No seas maleducado. —Ella hace un gesto divertido.

—Mi hermano no va a dar abasto con tanta chica.

Me acerco a los padres de Aura y los dos me saludan con una gran sonrisa.

—Cómo me alegro de verte tan bien, cariño. —Lola me abraza y, aunque me aprieta fuerte, no siento dolor. Ella me reconforta—. No vuelvas a hacernos pasar por algo similar. No había visto a mi chica nunca así.

Observo que Aura rebusca en una maleta que ha traído su hermana y se pone unos pantalones, se ata un nudo en la camisa y se suelta el pelo.

Eduardo me mira, no dice nada. Extiendo mi mano delante de él para estrecharla, pero sin darme cuenta, me encuentro que me está abrazando con cuidado y a los segundos me aparta a un lado en el jardín. Parece que se está pensando qué decirme o me va a matar y está buscando alguna zanja.

—No vuelvas a hacerlo, por favor, Leo. Desde el más profundo respeto a nuestro trabajo y a sus consecuencias.

Se queda en silencio de nuevo. Sé que está pensando también en el dolor que él mismo ha provocado a su familia y estoy seguro de que no hubiese querido un hombre como yo para su hija, ni como Bosco. No por nosotros, pero sí por nuestros trabajos.

—Lo siento mucho, Eduardo. En ningún momento pensé que esto terminaría así.

—¿De verdad? ¿No pensaste en esto cuando te dijeron que te ibas a Siria?

—Allí sí y me he mantenido cuerdo por Aura. Hablar con ella cada noche, sentirla cerca. Sé que ha sido solamente ella la que ha conseguido que vuelva con vida. —La observo y está repartiendo cervezas a todos, tratando de integrar dos familias en una sola—. Si no la hubiese conocido,

sin su amor... Es muy probable que la muerte me hubiese encontrado en aquel camión.

Los dos nos quedamos en silencio mirando a Aura. Yo no quiero que sufra por nada de este mundo, ni por mi culpa ni por nada que yo pueda provocarle. Eduardo quiere proteger con su propia vida a sus hijas y hemos llegado nosotros, compañeros de peligros, para poner sus mundos en vilo cuando estamos trabajando.

—Me mataría tener que volver a darle una noticia así a mi hija.

—No tendrás que hacerlo, Eduardo. Por ahora se han acabado las misiones.

—Pero habrá otra llamada, saldrá una nueva y querrás ir.

—No en un periodo corto de tiempo. Estas heridas van a tardar en sanar y me preocupa que la muerte de mi primo sea la que no sane nunca. — Hablar de ello me deja casi sin aire.

—Lo lamento mucho, Leo, sé lo que es perder a compañeros y a hermanos. —Pone su mano en mi hombro y lo aprieta levemente—. Pero todos sabemos a lo que nos exponemos allí. Estévez te salvó, os salvó. Sé que la carga que vas a llevar en los hombros va a pesar mucho y habrá días en los que te oprimirá el pecho impidiéndote respirar. Antes de que llegue ese momento, busca ayuda. No permitas que su decisión, acabe con lo que tienes en tu vida. —Me mira de nuevo—. Sé lo que es perder la cabeza por lo que nos ocurre lejos de casa, los recuerdos, los muertos, la sangre y las bombas. Pero estás aquí, en tu casa, en el hogar que has empezado a formar con mi hija. Ahora mismo lo que importa sois vosotros: que tú te recuperes por completo y que ella vuelva a sonreír de verdad. Que se quite esa cuerda que le oprime el cuello y vuelva a respirar y a ser mi pequeña.

—Volverá, volveremos los dos. Solo necesitamos nuestra rutina, poder dormir y pasar todo esto. —Me mata saber que su padre también ve que Aura no está bien.

—Quiérela tanto como la quiero yo. Respétala tanto como lo hago yo y cuidala siempre. —Sonríe observando a sus hijas jugando con las niñas—. Que siempre sea para siempre. Aunque a veces solo se trate de días, semanas, meses o años. Disfrútalo mientras sea vuestro para siempre.

Víctor me ha dado una cerveza y cojo dos más del cubo para llevárselas a Leo y a mi padre. Creo que la conversación ha tomado un cariz demasiado intenso. Ambos están en silencio desde hace unos minutos y sus miradas se han

perdido en algún lugar del jardín.

—¿Por qué están mirando a Bosco ahora? —Zoe me quita una de las cervezas.

—Papá lleva quince minutos hablando con Leo y ¿te preocupa que mire a Bosco?

—Con Leo parece que ya es de la familia, pero me temo que Bosco no le gusta. —Zoe se bebe casi media cerveza de trago—. ¿Y si no le gusta para mí? ¿Y si ya sabe que lo nuestro no va a funcionar?

—¿Tú ya le has dicho que sales con el barbudo? ¿Ya lo has hecho oficial? ¿Los niños ya lo saben?

—El domingo cenamos los tres en Sansara, que Pedro me reservó una mesa y estuvimos solos. Hablamos de la situación de Nico en el instituto, de cómo se siente Laura con la expulsión de su hermano y les pregunté qué les parecía Bosco. —Sonríe y se pasa la mano por el cuello—. No me hizo falta explicarles nada más.

—Los chicos son muy listos y solo hay que mirarte a los ojos para saber lo feliz que eres ahora mismo, hermanita.

—Mientras seas feliz, a mí me vale. —Nico abraza a Zoe—. No quiero que se te quite esa sonrisa nunca. Prometo que no la volveré a cagar tanto con mi vida.

—Nico, eres muy joven aún. Compartes genes conmigo, así que la vas a cagar mil veces más. —Le abrazo—. Pero que sean tus cagadas, no las de nadie más.

—He hablado con ella. —Sé que decir su nombre aún le provoca escalofríos—. El lunes he quedado con ella y con sus padres. Sé que no puedo solucionar yo solo los problemas, pero quiero que sepa que siento mucho no haber puesto remedio antes y que no soy alguien despreciable, necesito que sepa que no está sola, que yo estaré a su lado, si me deja.

—Hijo, no sé si es la mejor manera de solucionar las cosas.

—Mamá, quiero ser valiente, voy a serlo por mí y por ella, por Laura y por todas las personas a las que el hijo del director ha tratado de quitar la voz. No pienso permitir que mi recuerdo del instituto sea la del cobarde que siguió a la manada por no ser el raro.

Escuchar a mi sobrino hablar así, sacando esa valentía y el coraje que sé que tiene, me hace sentirme orgullosa. Sé que no va a ser sencillo y no se lo van a poner fácil desde la jefatura de estudios, pero que él se haya dado cuenta y esté dando este paso, dice mucho del gran corazón que sé que tiene.

—Prefiero ser el raro a ser el que maltrata y hace que una chica preciosa haya estado a punto de hacerse daño. —Niega con la cabeza y le da un trago al refresco que lleva en la mano—. Quiero que os sintáis orgullosas de mí, no que sintáis vergüenza.

—Jamás, cariño. —Zoe le acaricia la cara a Nico y este me mira a mí.

—Pero a ella se lo hicieron pasar tan mal... Siento que mis actos te recordasen a los cabrones que te jodieron a ti.

—Te iba a echar la bronca por esa boca, pero no soy la más adecuada para hacerlo. —Le invito a acercarse a mí y le abrazo—. Eres mi chico, el que me robó el corazón cuando nació y le cogí entre mis brazos. El que me enseñó que se puede amar sin medida a alguien sin conocerle. —Me muerdo el labio inferior—. Antes de conocerte te aseguro que nunca me hubiese planteado ser capaz de cuidar de otro ser humano. No sé si algún día seré madre, pero lo mejor de esta vida ha sido ser tu tía.

—Claro, Nico la lía un poco y ya solo se le quiere a él, solo le damos las palmaditas a él... —Laura se acerca con una cerveza en la mano y a Zoe se le desenchaja la cara—. Es sin alcohol y con limón, mamá.

—Gracias. —Mi hermana se lleva una mano al estómago.

—Hombre, conocemos a la familia de Leo. Quedaría un poco mal que la sobrina de su nueva mujer bebiese cerveza con quince años así de primeras. Repetiréis la boda ¿verdad? Porque yo quiero hacerte una despedida y hacerme un vestidazo largo que le he visto a una en la gala del MET.

—¿Quién dio parte en radio Finca de la maldita no boda?

—Raquel. —Lo dicen los tres a la vez.

—Prepara los bocetos para nuestros vestidos, que antes se casa ella que yo. Le doy un año.

Nos giramos para ver a Raquel hablando con Olga, mientras tiene en brazos a Miguel y Juanjo juguetea con él. A decir verdad, es el reflejo de todo lo bueno que está por llegar a la vida de mi amiga. Aunque vayan a ser unos meses complicados, sé que la vida le tiene preparada la mayor de las sorpresas. Y ellos ni siquiera se lo han imaginado aún.

No sé cuándo mi padre ha reformado el jardín, pero encuentro una mesa enorme con varias butacas y un gran sofá alrededor. Encima hay cojines que mis sobrinas lanzan al suelo sobre una manta. Se sientan con Luna, Nico y Laura. Rodrigo habla con Zoe, Olga, Lola y Raquel, mientras Bosco y Juanjo preparan con mi padre y Eduardo la barbacoa. Mi hermano está

hablando con alguien por teléfono y Aura sale de la cocina observando todo.

—¿A ti te parece todo esto tan raro como a mí?

—Sí, por eso mismo estoy bebiéndome la segunda cerveza. —Me entrega una—. A ti te tocan sin alcohol. —Chocamos los cuellos de los botellines—. Creo que las puertas del infierno se están abriendo.

—Esto es lo que se supone que sucede cuando una pareja sale.

Los dos bebemos cuando acabamos cada frase. Creo que no nos habíamos dado cuenta de que estos dos mundos que tenemos delante se tenían que unir algún día.

—Ni en un millón de años os hubieseis imaginado esta noche. —Víctor aparece a nuestro lado con una gran sonrisa—. No tan pronto, ¿verdad?

Ninguno de los dos contestamos.

Es raro, pero no lo es.

Es extraño, pero no lo es.

No somos tan diferentes.

Todos los que estamos hoy aquí reunidos somos hogar, familia y somos siempre.

Dos vidas

~~Si hace un año...~~

~~Si hace medio año...~~

*S*i hace dos meses me hubiesen dicho que iba a estar con mi familia cenando y de invitados íbamos a tener a la familia de la mujer de la que me iba a enamorar a la velocidad de la luz, sencillamente no me lo hubiese creído. Esto solo pasa en novelas románticas y en las películas que tanto le gusta ver a Luna.

Hemos terminado de cenar hace más de dos horas e Isaac saca postres como si celebrásemos una boda. ¿Esta es nuestra fiesta de no boda?

—Vuestras habitaciones están justo pasando la calle. Esa casa a diez metros. No vais a conducir hasta Madrid. —Isaac parece tener todo muy bien atado—. Mañana nos vamos a comprar todo lo necesario para esa famosa paella de la que tanto alardea tu hija, Eduardo.

—Ya la probaste en...

Los dos se quedan en silencio. Le dan un trago a su copa de ron *Zacapa 23*, botella que ha traído mi padre y continúan sin decir nada.

—En una misión ultra secreta de la que jamás nos hablaréis y de la que jamás sabremos nada. —Zoe y yo lo decimos al unísono entre risas. Es lo que hacen las tres latas de cerveza *Session Ipa* de *Arriaca*.

—¿Cómo puede ser que nunca hayamos coincidido en el mismo espacio tiempo? —Raquel, a la que le jode bastante estar serena y no poder probar ni una gota del vino que Rodrigo sirve con una sonrisa, es la que pone un poco de cordura y busca respuestas a todas las preguntas que sé que todas nos hacemos.

—No lo sé. —Mi madre le agradece a Rodrigo su nueva copa de vino—. Yo creo que conocí a Isaac a principios de los ochenta, me parece que en aquella sala que desapareció en Malasaña.

—Claro. Ahora me dirás que fue un ligue una noche, pero que cuando conociste a papá lo dejaste todo por él.

Espero una carcajada por parte de mi madre, pero ella pierde la mirada en el fondo de la copa que está apurando y vaciando sin descanso.

—No me jodas, mamá. —Me incorporo en el sofá y me pongo de pie—. ¿Qué me estás queriendo decir? ¿Qué Leo y yo podríamos haber sido hermanos?

—Hermanos no, pero...

Isaac se une al cachondeo que tiene mi madre. Miro a mi padre muy seria y levanta la copa en el aire.

—Es lo que tiene la vida, hija, que nunca sabes dónde vas a encontrar a la persona que hace que tu mundo deje de girar por unos segundos, que cuando vuestros ojos se cruzan comienza a coger fuerza para no dejar de girar nunca. —Mi padre sujeta la mano de mi madre y se la lleva a los labios.

—Vuestro padre me levantó a la chica más guapa de aquella discoteca. — Isaac sonrío al observar a mis padres.

—Y años después conociste a Rosa en Italia. Recuerdo el día que nos la presentaste. —Entre mi padre y el de Leo hay una complicidad que ha resistido a los años sin verse—. Pero la vida hizo que nuestros caminos se separasen, hasta que mi hija le organizó a mi otra hija una despedida de casada y aquí estamos. Reencontrándonos con amigos e incorporando a nuevos integrantes a la familia. Como mi hija ha decidido casarse sin invitar a nadie...

Todos nos miran con cierta desaprobación. Leo se adelanta para hablar, pero le pongo la mano en la pierna para que no diga nada.

—Me encanta cuando papá trata de tirar balones fuera y quiere hacer que la atención se desvíe de él. Aquí el gran secreto es que él le robó la novia a Isaac y han tenido que pasar 40 años para enterarnos. —Sí, también soy experta en soltar bombas y alejar los ojos de mí.

—Hija. —Mi padre se levanta y me mira ladeando la cabeza.

—Padre. —Imito con exactitud su gesto.

—Vamos, que vas a pasarte... ¿cómo sueles decir?

—Tus galones por sus santos ovarios. —Raquel y Zoe lo dicen a la vez. Se están divirtiendo.

—Chicas, no me hagáis hablar de vosotras, del barbudo y el guaperas. — Mi padre ahora las ataca a ellas y yo me siento al lado de Leo.

—Eres buena, canija. —Leo me besa y aprovecha para hacerlo en el cuello, mientras todos están pendientes de otra cosa—. Tengo ganas de pasar un rato a solas contigo.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

—Soy un poco lento ahora mismo. —Dirige su mirada a la pierna.

—No tengo prisa, Leo. Tengo toda la vida.

Esta sonrisa es la que me acompañaba cada noche antes de dormir. Es la que tanto echaba de menos y la que aún no había visto. Parece que los dos podemos respirar tranquilos fuera del hospital.

—Vamos.

Aura me ofrece su mano y me agarra fuertemente, como si fuese una promesa hecha sin palabras. Todos están metidos de lleno en una conversación sobre Juanjo y Bosco de la que preferimos huir. Hemos desviado la atención a sus relaciones y la venganza puede ser jodida. Nos escaqueamos tratando de no llamar demasiado la atención por la parte de atrás y nos encontramos con Luna mirando el cielo.

—¿Todo bien, Luna?

Nos mira y veo que sus ojos brillan demasiado. No sé si el motivo es la llamada que acaba de colgar o verme en este estado.

—No vuelvas a hacerme esto, tío.

Se abraza a mi cintura con tanta fuerza que me da miedo que se me salte alguno de los puntos. Omito el quejido que casi se me escapa de la garganta ante la atenta mirada de Aura, que avanza un paso, pero se queda quieta al ver la cara de Luna.

—Jamás en la vida vuelvas a irte de esta manera a un país como ese, a una guerra que... —Levanta la cabeza y me mira—. No, por favor.

—Lo siento mucho, pequeña. —Le doy un beso en la cabeza y la aprieto contra mi pecho.

He sido un estúpido y un egoísta. He pensado que el que peor lo ha pasado he sido yo, pero no me ha dado tiempo a ponerme en la piel de mi padre, de mis hermanos o de mis sobrinas.

—No he pensado en el daño que os podía hacer a los demás. Nunca os he querido preocupar o hacer sentir mal.

—Sé que es tu trabajo, pero no me gusta cuando os vais fuera y no podemos hablar. Me preocupo y pienso que me voy a quedar sola. Que os va a pasar algo y...

—No, pequeña, no te vas a quedar sola. Sabes que eres parte de esta familia.

—Pero no es mi familia, Leo.

Siento un puñal atravesándome el pecho. Escuchar esas palabras de su boca me matan. Jamás había pensado que no se sentía parte de todo esto.

—No quiero que me malinterpretes, tío, de verdad. Puede que no haya usado las palabras más adecuadas. —Niega con la cabeza—. Cuando te vi irte con Aura en el coche sentí que una parte de mi vida se iba contigo. Al final, solo soy una adolescente que se va a meter en problemas y a la que no podréis controlar durante unos meses o años. ¿Crees que tus padres se merecen esto?

Creo que a Luna le atormenta algo más que las heridas con las que ha vuelto Leo, pero no sabe muy bien cómo gestionar esos problemas a los que debe enfrentarse.

—Luna, todos los que están ahí te quieren.

—¿Tu familia también? ¿Van a querer a una cría con problemas emocionales?

—De problemas emocionales van servidos conmigo. ¿Crees que no se van a enamorar de ti en cuanto te conozcan? —Sujeto a Luna de la barbilla—. Mi familia no es normal, nada normal. Todos tenemos alguna tara.

—A mí me parecéis una familia perfecta. —Luna ladea la cabeza y sonrío. Suelto una carcajada que hace que me vuelva a mirar.

—¿Te preocupa la relación de tu padre y Zoe? —Leo vuelve a la conversación.

—No por ellos. Zoe tiene dos hijos, no creo que quiera una niña más.

Escuchamos las carcajadas de mis sobrinos, que están jugando con las niñas en el suelo.

—No sé lo que es tener hermanos. ¿Y si no les caigo bien?

—Das por hecho que lo suyo va a funcionar.

—¿Has visto a mi padre, Aura? Si es que más enamorado no puede estar. Jamás le he visto así.

—¿Jamás?

Me doy la vuelta y observo a Bosco mientras mi hermana habla. La mira embelesado, como si ella estuviese contando la historia más interesante del mundo. Sonríe, se acaricia los labios, no deja de mirarla y cuando se da cuenta de que le estoy observando, me guiña un ojo y sonrío.

—Yo creo que mi padre no ha estado con ninguna mujer desde hace siglos.

—No exageres, Luna. —Leo niega con la cabeza.

—Muy bien tío, dime ¿con cuántas mujeres ha salido desde que yo nací?

Leo parece no saber muy bien qué contestar. No me creo que Bosco no se haya ~~fohad~~ enrollado con nadie en quince años, pero creo que no se había enamorado de nuevo hasta ahora. Por eso está poniendo todo en esta relación.

—No hace falta que pienses tanto, Leo. Te sobran dedos de una mano. La última fue aquella chica que salió huyendo de casa a media noche cuando me vio aparecer en casa de aquella fiesta de disfraces.

—Es que ibas de zombi. —Leo trata de reprimir una sonrisa.

—Ese no fue el problema. Yo fui la causa, no el disfraz.

—Pues si alguien no se dio cuenta de lo maravilloso que sería que formases parte de su vida, que se joda.

—Aura. —Leo me reprocha el taco.

—No, Leo, que se joda. Que se jodan todos los que no nos quieren en sus vidas, los que nos han echado, los que no nos quisieron lo suficiente y los que nos perdieron por ello. —Sujeto a Luna de los hombros—. Pequeña, eres muy joven y vas a pasar por mucho en esta vida. Te van a echar de vidas en las que te alegrarás no estar, te rechazarán por ser o por no ser, te van a joder y vas a llorar, pero... —Tomo aire y la empujo hasta que pueda ver a las personas que están en el jardín—. Cuando te sientas perdida, quieras gritarle al mundo o necesites que te escuchen o un silencio en buena compañía, esa es tu familia. Todos, absolutamente todos los que estamos aquí somos tan raros y excepcionales como tú.

Siento cómo el cuerpo de Luna tiembla bajo mis manos y Leo pone una de las suyas en mi espalda. Frota suavemente arriba y abajo. Creo que es su manera de agradecerme estas palabras para su sobrina.

—¿Aunque la cague? —Luna se da la vuelta y me agarra de las manos.

—En esta familia aceptamos todo tipo de cagadas.

Bosco levanta la vista y nos mira. Se le dibuja una sonrisa muy especial y le hago un gesto a Luna con la cabeza.

Luna se lanza a los brazos de Aura y le susurra algo que no puedo escuchar. Corre hasta sentarse entre su padre y Juanjo. Nos quedamos unos segundos observando todo y Luna le da las gracias a Aura con un guiño de ojo.

—¿Vamos a dar ese paseo?

Se da la vuelta como si no acabase de darle alas a mi sobrina para ser ella y no tratar de huir de todo.

—Necesito mi muleta. —Trato de acercarme un poco a la pared donde la he dejado, pero Aura se pone a mi lado.

—Apóyate en mí.

Mi cabeza piensa si este ofrecimiento es solo para este tiempo en el que necesite una ayuda extra o...

—Siempre podrás apoyarte en mí, Leo. Para caminar cuando te cueste, para respirar cuando no puedas o para gestionar las cosas que a ti se te escapen. —Me lee el pensamiento—. Somos un equipo, Leo.

No decimos nada más mientras caminamos lejos de casa. No hemos estado a solas ni un momento. Y cuando hemos tenido unos minutos, nos hemos quedado dormidos. Necesitamos mirarnos y no decir nada, poner una canción y disfrutar de la lluvia golpeando en los cristales; sentirnos la piel, deshacernos de las preocupaciones y de los días alejados, para dar paso a lo que nos merecemos. Pero esto me temo que va a tardar en llegar. Yo necesito recuperarme y Aura vuelve el lunes al trabajo. Este fin de semana la casa está sitiada y me temo que no nos van a dejar demasiado tiempo a solas.

Noche de San Juan

Mi idea para pasar el día y la noche de San Juan no se parecía en lo más mínimo a esta. No me imaginaba estar desayunando en una mesa formada por casi veinte personas, con comida para acabar con el hambre mundial y con estas sonrisas que me están acariciando el alma. Sí, las sonrisas, si son como las que estoy viendo y sintiendo ahora mismo, te acarician y hasta te arañan el alma.

—¿Todo bien, *cuca*?

Siento la mano de mi padre en mi hombro y acto seguido me besa en la cabeza. Esta pregunta hace que todos se queden en silencio y me observen con detenimiento. No digo nada, sonrío, cojo la copa que Rodrigo acaba de rellenar con zumo de naranja y me levanto. Me aclaro la garganta y afirmo con la cabeza.

—Tengo que reconocer que esto me ha despertado de golpe cuando he mirado por la ventana. Veros a todos aquí montando la mesa y hablando como si fuésemos familia... —Cierro los ojos y esbozo una sonrisa—. Ni en un millón de años esperaba pasar por tanto en tan poco tiempo. He ganado una familia, unos amigos raritos pero que se hacen querer. —Recibo un golpe en el brazo. Al mirar veo que es un trozo del *croissant* que se está comiendo Juanjo—. Gracias. —Me lo llevo a la boca—. He visto cómo Raquel sigue siendo aquella loca sin miedo que se enfrentó a aquel tipo que nos quería atracar en Alemania. En un año no nos acordaremos de nada de esto.

—Y lo celebraremos con un viaje especial.

—Tendrás que ampliar el espacio. Creo que a míster morritos le gustará México.

—Ya hablaremos de eso dentro de un año.

Raquel no se da cuenta, pero este comentario encierra muchos más sentimientos de los que se imagina. Para ella puede que sea una forma de decir «*Aún tenemos que superar mucho este año*»; para Juanjo puede significar «*Ya veremos si seguimos juntos tanto tiempo*».

—Sí, hablaremos en unos meses. —Le guiño un ojo a Juanjo tratando de

tranquilizarle y me responde con una leve sonrisa.

—Esta noche quemaremos lo malo del año y haremos una lista con nuestros deseos para los próximos trescientos sesenta y cinco días. Para que el año que viene esta noche la celebremos todos juntos de nuevo. —Levanto un poco más la copa, todos hacen lo mismo con lo que tienen en la mano y bebemos—. Joder... —El sabor del champán me sorprende.

—Zumos de fin de semana. —Rodrigo me guiña un ojo.

—Me encantan estos desayunos. —Mi madre no le quita ojo a mi nuevo cuñado.

—Mamá —Zoe quiere susurrar, pero nunca se le ha dado bien—, bastante que nos confesases que tuviste un triángulo amoroso con Isaac y papá, como para ahora echarle los trastos al marido de la cuñada de tu hija.

Mi madre la mira tratando de cuadrar un poco ese árbol genealógico que mi hermana acaba de montar y comienzan a reprocharse cosas que nadie más que ellas comprenden.

—Tía. —Una de las gemelas se me acerca—. ¿Crees que el tío puede venir con nosotras a dar de comer a los burros?

—Depende de lo lejos que esté.

—Hay que coger el coche y conducir hasta la granja de Pepa.

La otra sobrina me mira con esos ojos a los que yo no podría decir que no en la vida. Giro la cabeza para preguntarle a Leo cómo se encuentra y está comiendo como si acabase de pasar una guerra.

—No me juzgues. —En la mano tiene un bocadillo de pan con jamón—. Comer aquello ha sido peor que acabar con un solo riñón.

—¿Y puedo darte el mío? —Violeta juguetea con sus dedos sobre mi brazo.

—Cariño, no puedes darme el tuyo. Además, yo puedo vivir solo con uno.

—¿Para siempre? —Virginia me mira desde el regazo de Aura, en el que se acaba de sentar para robarle los trozos de la tostada.

—Nadie puede vivir para siempre.

Todos nos quedamos en silencio por este comentario. No sé si Leo se da cuenta de que se lo está diciendo a sus sobrinas o es que su mente no se ha desconectado de Siria y de la pérdida de su primo.

—¿Queda muy lejos la granja? —Trato de desviar la atención de las

niñas.

—Está aquí al lado. —Olga se une a mi pequeña cortina de humo—. Nosotros tenemos que ir a hacer unos recados, pero podéis ir con el tío Leo y la tía Aura.

—¿Podemos?

Las niñas me miran y las tres miramos a Leo. Sé que está preocupado, que tiene muchas cosas en la cabeza y que, tal vez, lo que más necesitaba era un fin de semana tranquilo y no esto.

Comienzo a recoger los platos de la mesa cuando terminamos de desayunar. Entro en la cocina y me quedo unos segundos apoyada en la pared, oculta de los demás.

—Deja de pensar tanto. Vamos a tener que pillar las sesiones de botox en cantidades industriales. —Raquel deja la taza que lleva en la mano en el fregadero—. ¿Preocupada por ese comentario de Leo?

—¿Crees que puede tener trastorno de estrés postraumático?

—Claro que puede tenerlo, pero como tú por tu pasado o yo por mi enfermedad. Todos podemos ser perfectos para un trastorno así, Aura. Él ha vivido la guerra antes. —Raquel me pone una mano en la espalda y salimos de casa, para sentarnos en las escaleras delanteras.

—Pero se siente responsable por la muerte de su primo. —Me froto la cara—. Y yo no sé qué decirle porque si estaban allí puede que haya sido por mi culpa. Al final, si no le hubiese conocido aquella noche, si nunca se hubiesen unido nuestros caminos, Estévez aún estaría vivo.

Raquel no dice nada. Respira hondo, suelta el aire por la nariz y emite un pequeño carraspeo.

—Y si la Tierra dejase de girar, saldríamos volando y moriríamos. Y si el Sol explotase, habría una tormenta de arena de proporciones épicas.

Miro a mi amiga que se acaba de convertir en una investigadora algo friki del fin del mundo.

—Juanjo y sus programas de ciencia. —Raquel me mira muy seria—. Con todo eso me refiero a que nunca en tu vida has jugado el papel del *y si*. ¿Por qué hacerlo ahora?

—Porque me da pánico que Leo no se recupere de esto.

—¿Quieres que hable con él?

—No, lo haré yo.

—¿Vamos?

Una de las gemelas está agitando unas llaves en la mano, la otra lleva una cesta de mimbre llena de verduras y Leo está detrás de ellas con cara de circunstancia.

No tardamos más de media hora en llegar. Media hora de preguntas infinitas de las gemelas, de resoplidos de Leo por no saber qué responder y de mis nervios. Sí, estoy nerviosa por ver qué sucede en el momento en que nos quedemos a solas y... *Aura, disfruta del momento y déjate de tantas comeduras de cabeza. Leo ha vuelto, está vivo y a tu lado. No pierdas el tiempo con esas películas de tu cabeza, coño. Que no eres de las que se regodean en la mierda.* Agito la cabeza quitándome este pensamiento cuando aparco delante de la “Granja Pepa”, así reza el cartel pintado a mano.

Ayudo a bajar a las niñas del coche y les pido que esperen al lado de la valla. Leo me mira desde su asiento y me pide ayuda a su manera: extendiendo una mano sin decir nada. Vuelvo a mandar a paseo a mi conciencia *boicoteadora* y le echo una mano para salir.

—¿Estás bien?

—Me has dejado preocupada con tu afirmación de que todos vamos a morir delante de tus sobrinas.

—Es la verdad.

Al oír su respuesta tiro inconscientemente –algo consciente– con fuerza de su brazo y escucho un quejido.

—Gracias por descubrirme uno de los secretos de la humanidad, Leo. — Niego con la cabeza y saco las muletas del maletero.

—Aura, Pepa está allí. ¿Podemos coger la cesta e ir con ella?

—Sí.

Las dos salen corriendo por un pequeño sendero que lleva a la que supongo que es Pepa, una señora de unos setenta años que está alimentando a un montón de gallinas. Saludan con una mano cuando llegan a su altura y le muestran la cesta.

—Sus padres ya les han hablado de lo que es la muerte. Su abuelo por parte de padre murió hace unos meses.

—Ya, pero seguramente era una persona mayor, no uno de sus tíos, el que se supone que tiene que vivir con ellas muchos años. No... —Le entrego las muletas sin decir nada más.

—No, ¿qué, Aura? —Caminamos por el sendero.

—Pues que si yo he pasado miedo contigo lejos, no me quiero imaginar lo

que ellas han sufrido. Son niñas, no entienden la guerra, no comprenden el motivo que puede haber para que niños como ellas mueran a diario en el mundo. —Respiro hondo y me pongo las gafas de sol—. Vamos a dejarlo por ahora, será lo mejor.

—¿Ahora no nos contamos las cosas? Tenemos un buen rato mientras ellas se ponen de mierda hasta las orejas. —Señala a las niñas que se han metido con las gallinas.

—Hola, Leo. Me alegro de verte. Ya me dijo tu hermana que habías tenido un accidente. —Pepa se acerca con un par de vasos con limonada en la mano—. Os podéis sentar aquí, yo me encargo de las niñas. —Me mira con una gran sonrisa y observo cómo el sol ha hecho mella en su cara—. Soy Pepa.

—Perdón. Pepa, esta es Aura, mi mujer.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, como si un rayo me entrase por la cabeza y me saliese por la punta de los dedos de los pies. Y ya cuando me sujeta de la cintura para pegarme a su cuerpo y su olor se mete dentro de mí... Menos mal que llevo las gafas de sol y Pepa no ve mi cara de gilipollas al completo.

—Encantada, Aura. —Me da dos besos y me acaricia suavemente la cara—. Esta chica necesita una cura con Lolo. ¿Te gustan los perros?

No me da tiempo a responder. Creo que mi sonrisa le ha dicho que sí. Pepa silba de una manera extraña y observa detrás de mí. No pasan ni diez segundos cuando noto algo frío y húmedo en mi tobillo. Al girarme observo un *teckel* marrón muy chiquitito, que parece venir a curarme lo que sea que ella ha sentido en mí.

—Diez minutos acariciándole y te quita las penas que te rondan, cariño. —Me invita a sentarme en un banco y le hace una señal a Lolo—. Haz lo que tú ya sabes.

En un salto Lolo está en mi regazo y se hace un pequeño ovillo mientras me mira fijamente.

—Vosotros descansad, parece que lo necesitáis.

Pepa agarra a las niñas de las manos y desaparecen por un camino que parece que lleva a la zona de los burros. Acaricio a Lolo y en menos de dos minutos ya estoy casi con la mente en blanco. *Eres bueno, Lolo.*

Aura no dice ni una sola palabra mientras acaricia al perro y observa a las niñas. Comenzamos a escuchar música que viene del interior de la casa. A los segundos siento cómo la pierna de Aura comienza a temblar cuando

reconoce la canción y sonríe nerviosa, emitiendo un pequeño gemido de decepción.

«Y ahora sé, que ya no contarás lunares en mi espalda, sé que ya no escribirás "te quiero" en mi ventana, y sé que todo se me fue y vuelvo a ser la rara^[16]».

Ninguno de los dos decimos nada. Ella seguramente porque esta música le recuerde tiempos peores o, tal vez, presienta que lo nuestro puede tener un fin por mi comportamiento, pero no puedo controlar el miedo y mucho menos la culpabilidad. Yo no lo he dicho en alto, pero ella es capaz de leerme entre líneas, de saber lo que siento sin soltar una sola palabra. Pero yo también sé descifrar sus gestos nerviosos, la forma en que sus labios se aprietan justo antes de que comience a llorar y ahora... Ahora mismo su boca es una delegada línea. Se muerde las mejillas por dentro tratando de nuevo de ser fuerte, de no desmoronarse delante de las niñas por mi culpa. Ha dejado de acariciar al pequeño teckel y él comienza a darle con su hocico en la mano, pero Aura parece no darse cuenta. Lolo apoya las patas delanteras en el pecho de Aura, apoya la cabeza en él y frota suavemente. Él también siente que algo pasa. A los segundos reacciona. Sujeta con suavidad a Lolo y lo deja en el suelo aprovechando para acariciarle.

—Vamos, pequeño.

Coge el vaso de limonada y se aleja por uno de los caminos que da la vuelta a la casa y desaparece de mi vista. Soy imbécil, mucho, mucho más de lo que era antes de conocerla. Antes no quería enamorarme, pero lo he hecho. No quería perderla estando en Siria y ahora estoy dando todos los pasos para hacerlo.

El camino se acaba en una pequeña playa de arena que parece estar preparada para una celebración. No me lo pienso, me quito las zapatillas, hundo mis pies en la arena, mientras observo cómo Lolo corretea por las tablas de madera que llevan hasta un pequeño embarcadero de un lago. De fondo sigo escuchando la música, pero parece que todas esas voces de mi cabeza se han calmado. Me siento en la orilla y Lolo hace lo mismo a mi lado. Le miro durante unos segundos y él me observa. Espero que suelte un par de palabras con voz grave en plan: «Pequeña, no le des tantas vueltas a la cabeza y disfruta del momento. La vida es tan complicada como tú dejes que sea». Pero gracias a Dios que no lo hace o no lo escucho. Si no la camisa de fuerza estaría esperando en una de esas sillas.

Suelto las muletas antes de pisar la arena. Aura está de espaldas y juguetea con la mano cerca de Lolo. Al acercarme compruebo que algo se ha posado sobre ella.

—Mira, Lolo, una mariposa blanca.

El perro la mira con curiosidad, acerca el hocico a su mano y la mariposa no se mueve.

—Desde que mi abuelo murió veo mariposas blancas. Justo el día en que falleció yo estaba en Londres en un congreso y fui a tomarme un café a una terraza y una mariposa como esta se posó en mi mano. —Sonríe ampliamente—. Dicen que cuando un familiar muere, reaparece en tu vida como una mariposa blanca. Desde entonces, suele visitarme cuando sabe que algo me preocupa.

—¿Y qué te preocupa?

Aura y Lolo me miran sorprendidos y veo cómo la mariposa vuela y se posa sobre mi brazo, recorre unos centímetros hasta mi hombro, un escalofrío recorre mi cuerpo y prosigue con su vuelo.

—¿Qué te preocupa, Aura?

—Que no volvamos a ser los mismos, que tus miedos y los míos nos acaben separando, que tú no te recuperes de esa pérdida; y yo vuelva a ser esa chica rara que buscaba enamorarse y el amor terminó huyendo de ella. —Lo dice con la sinceridad que la caracteriza. Esto me gusta mucho de ella. Ojalá yo tuviese un poco más de ese arrojo—. O tal vez me esté agobiando por nada, por un motivo que no existe y tú solo estés cansado y necesites un tiempo para recuperarte y volver a ser el Leo del que me enamoré, con el que bailé en aquella cabaña y el que me prometió volver. —Se levanta de la arena y se acerca a mí—. Pero no te reconozco, Leo. No me puedo imaginar por lo que has pasado allí, pero no te podré ayudar si tú no me lo permites.

Soy tan idiota que no digo nada.

Ella tiene tanto miedo que no insiste.

Nos miramos a los ojos.

Nuestros miedos se miran.

Tampoco dicen nada.

—Vamos, Lolo. Seguro que Pepa te está buscando.

Aura pasa a mi lado y se pone las gafas de sol.

—Me da miedo hacerte daño, que lo que sucedió en Siria me deje tan tocado como para acabar alejándote de mí para siempre. No te mereces

quien soy ahora, necesito arreglarme antes.

No lo pienso. Si permito que se aleje de mí, será un pequeño paso para que lo nuestro acabe tarde o temprano.

—Solo tienes que volver a ser tú. Recuperarte de las heridas es cuestión de tiempo. —Sus manos se acercan a mi pecho lentamente—. No estás roto, Leo, no tienes que arreglarte.

—¿Y si lo estoy?

—No lo estás, Leo. Pero tenemos todo el tiempo del mundo para que puedas recuperarte.

—No te mereces esto, Aura.

Mi parte más negativa y catastrófica se ha apoderado de mí. No suele sucederme, pero mi cerebro parece revivir cada segundo de aquella noche. He tomado un par de tranquilizantes esta mañana antes de bajar a desayunar. Sí, he dicho que no los necesitaba, pero no es verdad. Sin ellos, el chasquido de un encendedor de barbacoa me haría ponerme en alerta.

Ella me mira de esa forma tan sincera.

Yo termino por esquivar su mirada, no quiero decepcionarla.

El sonido de su teléfono nos saca de este momento que se vuelve algo incómodo.

No quiero cogerlo, pero decido poner fin a este momento tan extraño. Me estoy empezando a enfadar y siento como mi tic del ojo empieza a notarse.

—¿Sí?

—Aura, para la tarta de queso esa que se mueve, ¿qué necesitas?

—Ganas de hacerla.

No dice nada más y se aleja de mí con Lolo detrás. Creo que ambos me odian un poco ahora mismo. La mariposa blanca me sobrevuela de nuevo y también acompaña a Aura en su vuelta a la casa.

Nos mantenemos en silencio durante el camino de vuelta a casa. Las niñas salen corriendo al llegar cuando ven a mi hermano con Mulder y Scully. Aura da la vuelta al coche para ayudarme a salir, pero yo lo intento hacer por mi propio pie. Ella se aparta, se cruza de brazos y espera pacientemente a que me haga daño o me caiga por ser tan sumamente estúpido.

—Aura, tienes todo en la mesa. —Raquel grita desde lo alto de las escaleras—. ¿Qué haces ahí quieta?

—Esperando a que este cabezota me pida ayuda.

—No necesito que me ayudes. —No lo quiero decir de esta forma, pero mi cerebro lo suelta sin poder frenarlo.

—Que te den.

Da la vuelta al coche y sube las escaleras, le susurra algo a Raquel y entra en casa. A los segundos tengo su mirada fija en mí. Entrecierra los ojos, niega con la cabeza y, tras poner cara de pocos amigos, extiende su mano para ofrecermé su ayuda.

—Comprendo que no quieras sentirte como un inútil, pero no le hagas esto a Aura, por favor.

—No sabes lo que estoy pasando.

—No, para nada. No sé lo que es temer por tu vida y pensar que vas a perder a todos los que quieres en un abrir y cerrar de ojos. —Hace un gesto con la cabeza y comprendo lo que quiere decir.

—¿Esto es una guerra para ver quién está más jodido? Porque para ello necesito alcohol y ahora mismo ninguno de los dos puede beber. —Termino dándole la mano y saliendo del coche.

—Yo no sé por lo que tú estás pasando, pero puedo ser quien te escuche o seré la que te patee el culo como le hagas daño a Aura. Ella no se lo merece. ¿Sabes que todas las noches se dormía muerta de miedo aferrada a vuestra foto? Y lloraba cuando pensaba que nadie la veía. —Me pasa las muletas—. No quiero tener que ayudar a mi amiga a sobrevivirte. Por mucho que Mario fuese su primer amor, tú eres su gran amor. Así que no la cagues con ella, por favor.

El resto del día Aura me esquivo en la cocina, en el jardín, en la comida y hasta cuando subo a la habitación para prepararnos e ir a las hogueras por la noche.

—Aura. —Trato de sujetar su muñeca, pero se aparta.

—El baño es todo tuyo. Me termino de preparar donde las chicas.

Recoge un neceser y baja las escaleras sin mirar atrás. Por la ventana del baño veo cómo cruza la calle y entra en la casa en la que se hospeda su familia.

—Bravo, Leovigildo, eres un gilipollas con galones.

Una quimera

¿Quién dijo que enamorarse era una tarea sencilla? Vale, enamorarse hasta las trancas no es complicado. Nos dejamos llevar por una quimera que todos tenemos: encontrar a alguien perfecto a nuestros ojos. Pero muchas veces no es perfecto o nuestros ojos nos fallan más que una escopeta de feria.

—¿En qué estás pensando, tía?

—En que vuestro tío está siendo un poco bobo con ella. —Raquel contesta por mí. Me están haciendo una trenza entremezclada con unas flores que han traído las niñas.

—Está raro. Pero mamá dice que con el tiempo será el mismo que antes de irse. —Violeta continúa colocándome flores. Ahora se han peinado diferente para que mi familia las distinga.

—Esta semana tenemos vacaciones, así que estaremos con él. Somos muy buenas haciendo que sonría. Y a lo mejor podemos ir a Madrid a verte, tía.

Ambas se ponen ante mí y me miran con una gran sonrisa.

—Ya estás perdida con ellas, Aura. —Víctor aparece en el salón con unas cervezas—. Esa forma de llamarte tía hace que te sonría hasta el alma. —Me lo susurra cuando me deja el botellín y este gesto, su voz, me recuerda a aquel desayuno con Leo en Gran Vía, que me parece que ha sido hace muchos años—. Niñas, os llama vuestro padre. Están fuera ya para bajar a la zona de hogueras y a la cena.

—Tú y yo somos más que amigas, pero podríamos haber llegado a ser cuñadas de las de verdad. —Raquel le da un repaso a Víctor que casi lo deja sin ropa.

—Raquel. —Zoe se lo reprocha con una sonrisa—. Vamos, anda, que Juanjo te espera en la calle.

—Sí, sí.

Veo cómo Víctor observa sonriendo a mis amigas que salen con las niñas por la puerta. A los segundos me mira a través del espejo.

—Mi hermano no está bien y hasta las niñas lo han notado en un solo día.

Me hago un pequeño moño bajo con las trenzas y lo deshago un poco para

que se vean integradas las flores que me han puesto las niñas.

—¿Eres de las que se callan cuando no quieren dar la razón, Aura? — Víctor se sienta en la ventana que está abierta.

—Para qué hacerlo si es la verdad.

Me meto en el baño para cambiarme de ropa. Hace calor, bastante, y me decido por un vestido de tirantes blanco. Es la tradición de esta noche que llevamos haciendo muchos años en mi familia. Las gemelas han hecho lo mismo al oírnos hablar en la comida.

—Si mi hermano se sigue comportando como un imbécil contigo... —No dice nada más cuando salgo del baño—. Espero que ese Leo desaparezca o se perderá disfrutar de ti.

Víctor sonríe y veo a Leo en él.

Se acerca a mí lentamente.

Me coloca un mechón de pelo que se ha soltado detrás de la oreja y me besa en la frente.

—El idiota de mi hermano ha tenido mucha suerte contigo. Solo espero que no entre en una espiral de autodestrucción por motivos equivocados. Sé que se siente muy culpable de la muerte de Estévez, pero él no le mató. — Cierra los ojos unos segundos y el dolor se dibuja en su cara—. Mi primo ha sido un capullo toda su vida, nos ha odiado, nos ha hecho muchas putadas y a mi hermano le ha intentado destrozar en la Academia con ayuda de su padre.

Salimos de la casa y caminamos por una de las calles hasta llegar a la zona que han preparado para las hogueras. Son las nueve de la noche y parece que comienza todo. Nos situamos alrededor y observo a las niñas con Luna y Laura, a las chicas con Bosco y Juanjo, pero no veo a Leo.

—El fuego de las hogueras ahuyenta los malos augurios quemando lo malo para dar paso a los buenos deseos. —Una chica de mi edad vestida de blanco y con una corona de flores, habla con una pequeña antorcha en la mano—. El fuego purifica el alma. Así que esta noche saltaremos esta hoguera, quemaremos las malas energías y todo lo malo que este año nos haya ocurrido y bailaremos alrededor del fuego. Agua, aire y fuego, sed bienvenidos a la noche más especial del año. Feliz noche de San Juan.

La chica enciende la hoguera que suelta unas chispas en lo alto, todo preparado y con los bomberos cerca por si algo se descontrola. Víctor pasa su brazo por mi hombro y me pega a él.

—Todo irá bien, es Leo. —Me da un beso en la mejilla y nos quedamos en silencio mientras la madera chisporrotea—. Ha salido de peores infiernos.

—Lo sé.

Hay mesas creadas con piedras y tablones de madera encima con comida, esparcidas por una campa grande, con cojines y tumbonas de tela de rayas que miran a la hoguera. Mi familia se ha hecho fuerte en la mesa más grande. Quiero decir, la mía y la de Leo. Sigue sin haber rastro de él.

—Vamos, cuñada, esas alimañas te van a dejar sin nada y no podrás probar el hornazo. —Me acompaña hasta la mesa.

—Voy a buscar algo de beber. —Necesito escabullirme un poco de todo esto.

He sido el último en salir de casa. Cuando mi hermana ha venido a la habitación le he pedido que se adelantasen todos, que necesitaba descansar un poco. Sus palabras han sido claras y directas: «Deja de comportarte como un capullo».

Caminar por estas calles me trae muchos recuerdos. Seguramente en la cena, la familia de mi padre se una a nosotros. Es una tradición juntarnos la noche de San Juan. Aunque yo este año no planeaba pasarla aquí, debo enfrentarme a esto y hablar con Aura. No, no se merece que me comporte así con ella. Escucho la algarabía de la hoguera y doy un rodeo para llegar. Me cruzo con algunos vecinos a los que hace muchos años que no veo y que me paran para preguntarme por el trabajo, por mi vida y cotillear si ya me he casado, si tengo hijos o he decidido morir solo.

—Cuánto tiempo, hijo. Cada vez te pareces más a tu padre. —La señora Avelina, una mujer de noventa años, me acaricia la cara cuando me agacho para darle dos besos—. ¿Todo bien?

—Sí, un accidente en el trabajo.

—Benditos trabajos. —Me golpea un par de veces en el pecho suavemente—. Pero es algo más, se te nota en la mirada. Esos ojos no se merecen estar tan tristes.

—¿No va a la hoguera?

—Vengo de allí. He visto a tu familia. Este año sois muchos más. ¿Amigos?

La señora Avelina comienza a andar y acabo acompañándola hasta su casa. Parecemos un chiste ella con la cachava y yo con una de las muletas.

Antes de contestar a su última pregunta, Aura aparece por una de las callejuelas y camina sin percatarse de nuestra presencia.

—*Es su familia. —La señalo con la cabeza y con una sonrisa.*

—*¿Y qué haces aquí hablando con esta vieja? Ve con ella y disfruta de esta noche tan bonita. —Me acaricia el brazo y la acompaño hasta la puerta —. Aprovecha la vida, Leo, no acabes como yo viviendo solo en una casa tan grande.*

Se despide de mí haciéndome prometer que mañana pasaré a por una caja de sus dulces.

Me acabo de perder. He girado a la derecha en una de las casas de piedra y no he vuelto a la calle que quería. *Mierda*. Vuelvo sobre mis pasos y estoy en un callejón sin salida.

—¿Necesitas ayuda?

—Joder. —Me llevo una mano al pecho asustada—. Mierda, Leo.

—No pretendía asustarte. —Se acerca a mí lentamente.

—¿Has perdido la otra muleta? —*Controla el nervio, Aura, que se te nota el enfado.*

—He salido solo con esta para comprobar si... Vale, pillada la ironía.

Estamos en un callejón sin salida y no, no hablo de nuestra relación. Por primera vez desde que hemos llegado a España estamos completamente a solas y mi cuerpo comienza a temblar. Es como si le volviese a reconocer por primera vez, sin tanto artificio ni miedos. Cierro los ojos y visualizo el momento en que subimos por primera vez a casa, cuando le abrí las puertas de mi vida; y que ya en aquel momento sabía que por muy grande que esta historia pudiese ser, jamás me llegué a imaginar que se convirtiese en esa historia de amor que siempre había deseado vivir y protagonizar.

«No soy capaz de seguir tu ritmo, corro detrás. Pero no es lo mismo. Quiero empezar y acabar contigo».

Realmente nuestra historia parece una comedia romántica americana. En cada momento suena una canción que parece escrita para nosotros. [*Conmigo o sin mí*](#) de Sidecars es la elegida por quien escribe nuestra historia, para que nos acompañe en este momento de nostalgia renovada, de ganas encontradas y de promesas pendientes de cumplir.

—¿En qué piensas?

Al abrir los ojos compruebo que Leo está justo ante mí con esa mirada de niño perdido.

—En el momento que te invité a subir a mi casa.

—Y me abriste las puertas del paraíso.

Lo dice entre susurros.

Mi cuerpo tiembla más fuerte.

Mis piernas parecen haberse convertido en gelatina y me tengo que apoyar para no caerme. La mano que Leo tiene libre se sitúa en la pared de piedra que está a mi espalda y apoya su frente en la mía.

—Si sales corriendo, ayúdame a seguirte. —Leo hace alusión a una parte de la canción.

—No soy de las que huyen. Yo soy de las que afrontan los problemas y se llevan unas buenas hostias. Deberías saberlo. —Intento mantener la compostura, pero mi cuerpo comienza a acercarse al de Leo sin remedio.

—Lo sé, canija, lo sé. Y de las que dicen lo que piensan.

—Sí, yo y mi puta costumbre de ser sincera.

Este sencillo comentario hace que nos quedemos los dos mirándonos a los ojos y comencemos ese previo al beso, a ese beso que puede arreglar todo. Como si fuese el primero. Desde que entré en la habitación de aquel hospital alemán no nos hemos dado un beso de verdad. El primero que le di allí fue de necesidad, de reconocimiento, para saber que era él y que estaba vivo. Allí nos besamos a diario, pero he vivido con el recuerdo de aquel último beso de verdad en aquel descampado.

Siento cómo mis pulsaciones comienzan a aumentar, mi corazón late mucho más rápido, mis manos tiemblan mientras las subo para entrelazarlas detrás de la nuca de Leo; paso la lengua por mis labios y pego mi pecho al suyo.

—Tú y tu puta costumbre de volverme loco. —A cada palabra, Leo se acerca y aleja de mi boca. Creo que él necesita lo mismo en este mismo instante.

Nuestros cuerpos, ahora mismo, están a punto de fundirse.

Es tan grande este sencillo gesto, este momento en que mi boca encuentra la suya, en que la suya explora la mía, mientras sus manos suben por mi cintura y nuestros cuerpos se funden contra la pared. Noto incluso algo de dolor que me producen las piedras que conforman la fachada de esta casa, pero no me molesta. Incluso diría que me está dando algo de placer. Puede que sea el momento, puede que no sea nada más que una válvula de escape a lo que hemos tenido en la granja hoy, pero nos necesitamos, mucho, en muchos aspectos.

Me separo de sus labios, no sin antes tirar del inferior con mis dientes, cosa que sé perfectamente que a Leo le encanta. Siempre emite un pequeño

gemido cuando lo hago. Y ahí está, se mantiene unos segundos con los ojos cerrados y gruñendo.

—Te echo de menos, canija. —Abre los ojos y observo que brillan tal y como me gusta—. Toda tú, tus manos, tus labios, la forma en que tu cuerpo deja un hueco en las sábanas cuando te levantas de la cama. Echo de menos sentirte desnuda sobre mí, que tu cuerpo me abrace por las noches, que la lluvia golpee el suelo de tu pequeña terraza. —Sus manos se han metido debajo de mi vestido y me acaricia el interior de las piernas—. Echo de menos que me eches de menos cuando dejo de pasar mi lengua por aquí y quiero ver ese gesto que haces cuando tu cuerpo me permite hacer. —Sus dedos juegan con mi ropa interior, la aparta y comienza un ataque lento pero muy certero en el interior de mis piernas—. Este mismo, el momento en que arqueas la espalda y me enseñas el camino que me muerdo por besar. —Sus labios se posan sobre la piel que queda al descubierto del escote.

Me tengo que obligar a no perder la cabeza y a cerrar las piernas, pero la de Leo no me lo permite; ha metido una de las suyas entre las mías, a sabiendas de lo que iba a hacer y de cómo iba a responder mi cuerpo. *Traidor*. Cierro la boca para no gemir y que quienes siguen escuchando el disco de Sidecars lo escuchen, pero es que no puedo evitarlo. Leo me echa una mano con ello.

—No me permiten hacer esfuerzos, pero esto no cuenta.

Ataca mi boca sin ninguna piedad, tal y como lo está haciendo con mi cuerpo. Ahí llega, está a punto de arrasarme y siento cómo ese momento previo al orgasmo que hace que se te abran hasta las entrañas llega. Pego mi boca contra la de Leo y él se traga mis gemidos beso tras beso.

Pasan unos segundos hasta que me recompongo. Cuando abro los ojos tengo a Leo delante de mí con una puñetera sonrisa de ganador en la cara, que se la quitaba yo de una sola manera, pero por prescripción médica no puedo.

—¿Sabes que te quiero?

—A esto se le llama pillar a traición y pienso cobrármelo un día. Cuando menos te lo esperes, cuando vuelvas a trabajar o estés en una comida importante, ten cuidado con lo que suceda debajo de la mesa. —Me recoloco el bajo del vestido, pongo los tirantes en su sitio, me miro en el móvil para comprobar que el luminoso que llevo en la cara de “*Recién orgasmada*” se note lo menos posible.

—¿Es una amenaza?

—Yo no amenazo. Solo te pongo en preaviso.

—Siento haberme comportado así. Creo que las pastillas tienen un efecto secundario que no me gusta.

Abro la boca para... Mejor que no, no hoy. Vamos a dejar los temas importantes para quemar en la hoguera.

—Esta noche sin pastillas. Yo velaré por tus sueños. —Le ofrezco mi mano a Leo, él me la da y la beso—. Jamás me moveré de tu lado.

Quémalo todo

No sé cómo he sido tan imbécil de casi cagarla a lo bestia. Tengo delante lo que siempre he deseado: a mi familia y a la de mi mujer juntos en una misma mesa. Es como si fuésemos esas dos últimas piezas de un puzzle que necesitas para terminarlo: hicimos el clic exacto.

—¿Estás bien? —Juanjo, que está sentado a mi lado, me mira queriendo saber qué ha pasado para que hayamos vuelto juntos.

—Sí.

Aura y yo compartimos un plato que mis sobrinas nos han guardado. Tiene hornazo, cabrito, pan de aceite, un cuenco con caldereta de cordero y unas aceitunas. Ella coge un poco de pan, lo mete en el cuenco, atrapa con sus dedos un trozo de carne, gira el pan y se lo lleva a la boca. Emite un gemido de gusto que me tensa.

—¿Está bueno, cuñada?

Toda la mesa está mirando fijamente a Aura que se pasa la lengua por los labios y acto seguido se chupa los dedos.

—¿Ahora os sorprendéis? Este culo no es de pasar hambre. Ya sabéis que tengo una relación con la comida perfecta: ella me gusta y yo le gusto.

—Ladea la cabeza y me mira.

—Hija mía. —Eduardo mira a Aura y niega con la cabeza—. ¿Las clases aquellas de protocolo de eventos no sirvieron de nada?

—Mejor no te cuento lo que pasó con el profesor, papá o te subirá la tensión.

—Aura. —Zoe se une a la bronca—. Fue un fin de semana en París en una de las mejores escuelas. Tuve que pedir favores para que fueses tú en mi lugar.

—París es precioso en otoño. —Aura está jugando con toda la mesa.

—Qué peligro tienes, canija. —Lo digo solo para que me escuche ella mientras carraspeo en su espalda a modo de falsa tos.

—Era en Londres. —Zoe me mira con un trozo de pan en la mano.

—Bueno, en dos horas y poco llegas de Londres a la estación de París.

Hay como trece trenes al día.

—Por eso aquel invierno viajaste seis veces a París. —Zoe le lanza el trozo de pan, con tan mala suerte que cae dentro de la caldereta y me mancha la camiseta—. Perdón, cuñado. Daños colaterales de la bomba Aura Miguel.

—Zoe. —Ahora Eduardo regaña a su otra hija por sus palabras.

—No te preocupes, Eduardo. No lo tengo en cuenta.

Veo en la cara de Zoe que se dibuja una gran interrogación y que mira a Aura, mientras esta comienza a hacer gestos con las manos dándole a entender a su hermana el por qué de la bronca de su padre.

—Madre mía, Zoe, tu inocencia a veces me mata.

Raquel niega con la cabeza, levanta un trozo de pan lo lanza haciendo canasta en una copa de vino que mancha la mesa.

—Joder. Lo siento, Leo. No me he dado cuenta. Qué idiota puedo llegar a ser. —Zoe se tapa la cara.

—No te preocupes, cuñada. Te sigo queriendo. Y a mí tu inocencia me parece preciosa.

Zoe levanta la cabeza y se quita unas lágrimas.

—No, no —trato de levantarme, pero no puedo—, no pasa nada, Zoe.

—No es por eso, que tú me llames cuñada, que estemos alrededor de esta mesa con tu familia y me incluyas a mí y a mis hijos en ella, para mí es mucho, Leo. —Abre la boca y la cierra.

—Eres la hermana de mi mujer, mi amiga y la mujer de la que uno de mis hermanos está enamorado. Si no es por Aura, hubiese sido por Bosco. Esta también es tu familia.

Zoe se levanta y se acerca a nuestro lado. Se agacha entre su hermana y yo, pasa sus brazos por nuestros hombros y nos susurra algo solo a nosotros.

—Gracias por daros la oportunidad de conoceros y traernos a todos los de esta mesa tanta dicha y felicidad. —Nos besa a los dos—. Y pase lo que pase, pese a quien le pese, sois perfectos el uno para el otro. Recordadlo siempre. Os quiero.

Son las once, la hoguera ha bajado su intensidad y esta parte del pueblo se ha llenado de personas que traen viejas tradiciones a esta noche. Cerca del fuego hay un puesto en el que las personas que saltan un número impar de veces la hoguera, pasan por una pequeña piscina de agua salada, tradición

que siguen para tener salud. Queman los malos momentos del año anterior mientras gritan al saltar las pequeñas llamas; hay música, las familias charlan, ríen, comparten secretos y celebran la noche más corta del año.

—Nos toca. —Bosco y Juanjo están de pie a nuestro lado.

—¿Perdón? —Estoy tumbado con la cabeza apoyada en las piernas de Aura y ella también me mira extrañada.

—Nos toca saltar las hogueras.

—Espera que de un salto me levanto y voy corriendo.

—No hace falta. Nosotros estamos aquí y haremos lo necesario para que pases por la hoguera.

Juanjo sale corriendo y habla con un par de personas mientras nosotros nos levantamos del suelo.

—¿Qué hace?

Entre Juanjo, Víctor y Rodrigo, a los que acaba de pedir ayuda, montan una pequeña hoguera cerca de la grande, en la zona acotada para ellas.

—Nadie se va a quedar esta noche sin cumplir con los rituales. —Bosco me quita la muleta—. Tú apóyate en mí, Leo, siempre, pase lo que pase.

Sé que estas palabras de Bosco van más allá de ayudarme a saltar esta noche. No hemos tenido tampoco ningún momento a solas para poder ponernos al día y también lo necesitamos. Saber cómo va su relación con Zoe y los niños. Pero ¿qué digo? Si salta a la vista que parece que han empastado a la perfección. Están jugando a la rana los tres juntos.

—No hagas trampas, Nico. No pretendas quedar bien cuando no tienes ni idea de jugar. —Luna niega con la chulería de su padre—. Yo soy la campeona de rana de la villa Maravilla.

—¿Villa qué? —Laura la mira con la cara que pone Aura cuando algo le parece extraño pero divertido.

—Maravilla. Nuestra casa.

—Menos lobos, Luna.

Esta le quita uno de los discos a Nico de la mano y lo lanza mirando de reojo.

—Va por ti, guapo.

Y Luna mete el disco en la rana, haciendo que Laura aplauda y le eche en cara a su hermano que con esa chulería no va a ningún sitio.

—Pues no parece que vaya mal, ¿no?

La sonrisa que se dibuja en la cara de Bosco no tiene precio. Siempre ha tenido miedo a no encajar con nadie, a que su mochila fuese demasiado

pesada para cualquier mujer, pero Zoe no es como las demás. Los dos han superado tantos malos momentos, tantos obstáculos, que han conseguido encontrarse en un mundo lleno de mentiras y falsas apariencias.

—De hermanos a cuñados.

—Buen título para película de fin de semana. —Juanjo se acerca a nosotros.

—La tercera pata. —Bosco lo dice sin pensar en el pie que le da a nuestro amigo.

—Y ese es un buen título de película de viernes por la noche.

Juanjo comienza a reírse de esa forma tan exagerada que tiene cuando algo le hace mucha gracia y que, una vez pasados los primeros segundos de ruidos raros, se te contagia.

—No sé cómo Raquel te aguanta.

—Porque soy un ángel bajado del cielo que ha venido a alegrar su triste vida.

Raquel camina con Aura y Zoe de la mano, que pasan por nuestro lado sonriendo.

—Y sin abuela que va por la vida. —Niego con la cabeza.

Los tres nos quedamos mirando a las tres mujeres que nos han enseñado tanto en tan poco tiempo. Caminan al lado de mi hermana, que parece ser una más de ese círculo tan especial que forman las tres amigas.

—¿Puedo estar tranquilo? —Rodrigo aparece con Miguel dormido en brazos.

—¿De que haya tenido la suerte de conocerlas? —Juanjo le da una palmada a mi cuñado en la espalda—. Es el mejor sitio donde puede estar.

Saltamos siete veces la hoguera grande y lanzamos todos nuestros papeles para quemar todo lo malo. Raquel dice que con tres vale, pero cada vez que tratamos de parar, alguna se adelanta y según Olga: *"O es impar o vamos a tener tan mala suerte como hasta ahora y no lo pienso permitir"*; así que volvemos a saltar hasta que siento el calor de las llamas de la séptima vez casi quemándonos. A nuestro lado veo a Bosco y Juanjo ayudando a Leo a hacer lo mismo. Se cagan en Olga y en Raquel cuando oyen que son siete veces, pero parece que ellos tampoco quieren seguir con esta racha de mala suerte.

Saltamos dentro de la pequeña piscina de agua con sal para purificarnos, bailamos alrededor de la hoguera como si fuésemos hechiceras en un ritual

ancestral y bebemos algo que Olga nos ofrece. Antes de hacerlo pienso que no es buena idea. Al quinto trago sé que no ha sido buena idea.

—No, no quiero más. —Zoe trata de mantener los ojos abiertos.

—Es que la has dejado seca. Menos mal que vuestros padres se han llevado a los niños. —Raquel ayuda a mi hermana a levantarse de una hamaca—. ¿Dónde están los chicos?

Buscamos en la explanada en la que casi estamos solos con las ascuas de la hoguera que está a punto de apagarse. Están apoyados en un muro de piedra hablando y riendo. Eso también es la medicina que ahora mismo necesita Leo: buena compañía para que se olvide de todo.

Al volver a casa nos quedamos en la terraza cubierta y cierro las puertas para no molestar a los que ya están durmiendo. Víctor saca de la nevera la tarta de queso que al parecer ha hecho alguien esta tarde y la deja en la mesa. Juanjo se ha encargado de sacar el orujo de café de mi padre y la botella de whiskey.

—¿No habéis bebido ya lo suficiente? —Raquel trata de quitarle la botella a Aura.

—No eres tú, es tu yo abstemio por obligación.

—Sí. —Raquel se deja caer en el sofá a mi lado—. Es una mierda no poder celebrar que estamos vivos.

—Lo haremos. —Le doy un pequeño golpe con mi hombro.

—¿De quién es? —Mi hermano ya ha metido la cuchara en la tarta.

—Mía. —Aura levanta la mano—. No me suelen salir demasiado bien los postres cuando estoy algo mosqueada. Así que puede que esté poco dulce. —Me mira con la ceja levantada mientras se sirve una copa.

—Pues te dejo que te enfades conmigo cada día, si me prometes una de estas todos los fines de semana. —Víctor sigue comiendo.

—¿Y por qué estabas enfadada? —Creo que no debería haber hecho esta pregunta. Sé la respuesta: yo era el culpable.

—Porque te estabas comportando como un maldito idiota.

—Si a sincera no te gana nadie, no. —Me paso los dedos por la mejilla y los labios.

—Ni a ti a pillarme desprevenida y bajarme las bragas.

Se crea un silencio algo incómodo para mi hermano y muy divertido para mi hermana, Zoe y Raquel.

—Con todas esas experiencias en Adopta, seguro que has tenido alguno

mejor que mi hermano. Si es cuadriculado, un sabelotodo y siempre siempre quiere llevar la razón. —Olga me mira divertida.

—Leo sería el que debería haberse apuntado a una de esas páginas. —Tras unos segundos en los que mi hermano ha devorado media tarta, se une al divertido ataque contra mí.

—No habría sobrevivido. —Aura se recuesta en el sofá justo ante mí, con las piernas levemente abiertas.

—¿Perdona?

—Sí, Leo, serás un tipo muy duro en el trabajo y en las misiones, pero a la hora de la verdad, eres muy blandito.

Todos nos observan y sé que se están divirtiendo a nuestra costa, pero no puedo parar. Esta guerra verbal entre Aura y yo me pone tanto o más que bajarle las bragas en un callejón y tenerla a mi merced.

—¿Cuál de tus citas no habría aguantado? Deslúmbrame con tu sabiduría de Adopta, Aura.

—Pues seguramente tendrías bastantes hechizos al día. Una noche de enajenación mental transitoria decidirías tras un examen exhaustivo y, seguramente alguna investigación ilegal, quedar con una rubia de melena larga y piernas interminables adicta a las redes sociales, que le haría más caso a su perfil de Instagram y tú quedarías perfecto semidesnudo en su perfecto feed^[17]. —Mientras habla, sus piernas se abren y cierran lentamente.

—Tampoco sería tan mala cita. —Bosco aviva el fuego.

—Tú estarías pensando durante toda la cita en la chica que está en la barra bebiéndose una cerveza, comiendo unos nachos y trabajando en un caso. —Sus dedos juegan con el bajo del vestido, que lo sube y baja. Nadie más parece percatarse de ello.

—Iría a hablar con esa chica.

—Recuerda que vives a base de citas y tú no te sales de tu zona de confort.

—Tú has sobrevivido a todos tus desastres. —Mi hermano parece muy interesado en el tema.

—Tu hermano no podría. Se agobiaría con los rechazos por sus manías, por su forma intensa de mirar a los ojos nada más conocerte, por invadir tu espacio personal en el desayuno cuando casi no te conoce, por saber exactamente lo que necesitas sin decirlo y por esa forma que tiene de observarte sin decir nada mientras se acaricia la barba. —Sé que está

describiendo nuestros encuentros, la primera vez que me fijé en ella en el bar y que no pude apartar los ojos de los suyos. Suele ser una forma con la que siempre he alejado a las mujeres al intimidarlas, pero esto no ocurrió con ella y doy gracias a que sea tan irreverente, tan especial y tan ella.

—No soy de los que se rinden fácilmente. Fui a buscarte hasta tu casa la noche del concierto.

—No todas te van a mandar un mensaje con su dirección. Esto solo lo hacemos las que estamos mal de la cabeza. —Apoya las manos en sus rodillas.

—Podría haberla descubierto con una llamada.

—Y por eso no te iría nada bien en las citas. Las demandas por acoso te lloverían en cada encuentro. Aunque bueno, yo tendría más clientas para el bufete. —Levanta la ceja.

—Bueno, lo vamos a descubrir todo.

Raquel lleva un buen rato pendiente del móvil y siendo cómplice de algo malo con Juanjo, porque se susurraban y se reían mientras nosotros hablábamos.

—Os he apuntado a una sesión de citas rápidas en *Haciendas* de Lagasca en dos semanas. —Raquel no levanta la cabeza del móvil y Juanjo nos mira sonriendo.

—¿Disculpa? —Leo y yo lo decimos a la vez. Me pongo de pie y me acerco a ella.

—A ver, yo quiero ver a Leo tratando de no poner cara de «*Tengo todo bajo control y no se me mueve un pelo del flequillo si yo no se lo ordeno*», lidiando con las mujeres que se apuntan a ese tipo de citas rápidas que... —Raquel se empieza a dar cuenta de esta última frase cuando la miro fijamente —. No, Aura, te aseguro que no eres como ellas.

—Si son como Aura, no tendré ningún problema.

—Será divertido verte allí, Leo. No tienes ni idea de lo que te puedes encontrar. —Me sitúo delante de él y niego con la cabeza.

—No tengo miedo.

—Pues deberías. Tu mujer estará en otra mesa conociendo a más desastres. Que desde que os habéis conocido se han jodido los domingos *tinderianos*. —Raquel me lee la mente y sabe que la quiero matar—. Así se te quitarán esas ideas que te rondan por la cabeza sobre si Aura y tú debéis estar juntos, que si la pierna, que si me han quitado un riñón... Leo, no me valen las

excusas. Somos guerreros, somos luchadores y saldremos de todo esto.

Joder, si es que la cabrona con estos discursos consigue que se me pase el minuto de enfado por liarnos y hace que la quiera más. Dicen que hay que ponerles diversión a las relaciones, pues aquí parece que nuestros amigos se van a divertir porque me da que no se lo van a perder.

—¿Un hueco para mí en las citas rápidas no habrá? —Víctor ojea el móvil de Raquel.

—Tú no necesitas esto, hermanito. Con que dejes de ser tan picaflor y te centres en esa chica francesa que te vuelve loco del edificio de enfrente, le echas huevos y la invites a cenar, no tendrás que estar en citas de dos minutos. —Leo conoce bien a su hermano al parecer.

—Nadine. —A Víctor se le dibuja una sonrisa en la cara preciosa—. Esa chica se merece un buen tío.

—¿Y tú no lo eres? —Leo no va a permitir que su hermano crea lo que no es.

—No sé si soy el chico que se merece. Ella es la chica más guapa del planeta, me sonrío cada vez que nos encontramos para desayunar, ella en su terraza llena de pequeñas flores y yo en la mía, que la monté para poder compartir esos momentos con ella en la distancia. —Sonríe y se pasa la mano por la cara—. Lo sé, soy patético.

—¿Patético? —Olga le mira sorprendida—. Cariño, no te había tomado yo por un romántico.

—Sí, lo soy. Hay mañanas que me siento y se me queda el café frío esperando a que ella termine de regar las plantas, me salude con una preciosa sonrisa, levanto la taza en el aire y brindemos para tomar el primer sorbo de café. El de ella recién hecho y el mío, la mayoría de los días, frío. —Suelta un suspiro encubierto en un carraspeo.

Joder con los hermanos Ramírez. Luego dicen que son de los que no saben ligar.

—Para nada es patético, Víctor. ¿Tú sabes lo especial que es eso?

—Nadine conocerá a un hombre perfecto para ella y yo observaré desde mi terraza cómo es feliz.

Parece que Víctor esconde mucho más detrás de sus comentarios ácidos y su sonrisa burlona. Este chico ha sufrido y tiene miedo de apostar por él y perder.

—Voy a irme a dormir. Buenas noches, chicos.

—Sí, nosotros también. —Olga y Rodrigo se despiden de todos y

desaparecen en el salón.

Me siento al lado de Leo y ninguno decimos nada. Parece que estos dos días y la noche de hoy nos han dejado con las pilas cargadas y el saquito de buenos recuerdos a rebosar.

—El lunes comienzo con las sesiones. —Raquel sujeta con fuerza la mano de Juanjo—. No he querido decirlo antes para no desbaratar vuestras vidas y agendas, porque sé que ibais a tratar de reorganizar todo para venir.

—Yo me he cogido unos días que me debían. —Juanjo besa la mano de mi amiga, que sé que se enfada—. Me da igual lo que me digas, Raquel. Te prometí estar a tu lado, así que es lo que te toca por besarme.

—Pues devuélveme mis besos. —Raquel se lanza sobre Juanjo.

—No, nena, los tengo todos a buen recaudo. —La besa una vez.

—No volverás a hacerlo. —Recibe un beso de nuevo.

—No te puedes resistir a mí, Raquel. Vas de dura por la vida, de autosuficiente y eres como todos los seres humanos: te gusta sentir piel con piel. —Juanjo comienza a acariciar su espalda—. Te encanta la sensación que deja un buen beso y las cosquillas que provocan una nueva ilusión.

Raquel no dice nada, le mira negando con la cabeza y claudica ante la cara más de verdad de JJ.

—Y yo que pensaba que eras un capullo integral y tenemos al Romeo de Villaconejos. —Debería haber parado a mitad de frase, pero no he sido capaz. No me cachondeo de Juanjo, pero me hace mucha gracia cómo los hombres —y las mujeres, todo hay que decirlo— cambiamos cuando nos enamoramos. Porque estos dos, digan lo que digan, están enamorados. *Nada más que añadir, Señoría.*

Joie de vivre

Me da tanta pena tener que despedirme de este fin de semana, que aprovecho para quedarme a dormir con Leo una noche más. Mi familia al completo ha puesto rumbo a Cubas a las siete de la tarde del domingo. Este fin de semana sin planear me ha dejado claro lo que los franceses llaman *joie de vivre*: la **alegría de vivir**. Gracias Lucía Be por enseñármelo. Tengo a supervivientes entre las personas que más quiero y de los que quiero disfrutar los próximos mil años.

Son casi las doce de la noche y por fin nos metemos en la habitación. Ha habido una pequeña pelea entre Miguel y un diente que le está saliendo del que casi no salimos vivos ninguno, pero Olga tiene la mejor mano con bebés que he visto en mi vida.

—¿Mañana vuelves a trabajar? —Leo se tumba en la cama.

—Sí. A la mañana pasaré por casa para coger los documentos y hacer una pequeña maleta. A la tarde me paso por el despacho y después me vengo para aquí. —Me tumbo en la cama y siento cómo todos mis músculos me piden clemencia.

—Aura, me encanta tenerte aquí, pero no es viable que te hagas todos los días las dos horas de trayecto, más el atasco madrileño de rigor, para ir y más de lo mismo para volver.

—Ya. —Me estoy aplicando una crema en las manos y sé cuál es la solución perfecta a todo esto—. ¿Y si vives conmigo?

Lo digo con toda la tranquilidad que el bombeo incesante de mi corazón me permite. Ha sido soltar la última palabra y subirme la tensión junto con las palpitaciones.

Pienso que se ha dormido.

Espero que lo haya hecho.

Ladeo muy levemente la cabeza, casi es imperceptible.

Está apoyado en el cabecero y mirándome asombrado.

—Sé que no puedes estar a más de diez, doce o quince kilómetros de la Academia estando de servicio. También sé que las heridas y la recuperación te

llevará más allá de septiembre. —Comienzo a soltar palabras tratando de buscarme una salida—. Así que no es un *forever and ever* y será mejor que digas algo, porque estoy a punto de recitarte el mejor once del Atleti que ha visto el Calderón.

Cierro la boca, aprieto mis labios y suelto el aire por la nariz.

—Contigo todo es por los siglos de los siglos.

—Amén. —No, ni en un momento así soy capaz de mantener el cerebro controlado—. Colegio de monjas. El lavado de cerebro me dura.

—Claro que me iría a vivir contigo, pero no quiero ser una...

—No. —No le permito terminar de hablar—. Como esa frase acabe en «*Una carga para ti*», te meto un pie en la boca.

—No es una de mis fantasías. —Enarca una ceja y niega con cara divertida.

—Y bastante que he dicho boca. —Suelto todo el aire muy despacio—. Olvídalo. No se me dan bien las proposiciones indecentes. Eso te lo dejo a ti.

—¿Estás *desofertándome* vivir contigo?

No dice nada y creo que, o se está arrepintiendo o está tratando de ponerme nervioso. Juguetea con el anillo, sonríe, sigue dándole vueltas y suspira.

—Una pena que la oferta no siga en pie. Iba a decir que sí mientras durase mi convalecencia y después ya veríamos.

Me mira en silencio apretando los labios.

Se levanta de la cama y pasea por la habitación semidesnuda. Lleva una camiseta bastante corta y unas minúsculas e indecentes bragas de encaje negras. Camina de puntillas, como cuando se pone nerviosa o cuando tiene que coger en su cocina el café de la última balda. Es un gesto que me encanta y al que me podría acostumbrar cada día.

—¿Sigue en pie la oferta? —Pregunto con una sonrisa.

Se queda quieta, pasa las yemas de los dedos por los labios, agacha la cabeza escondiendo una sonrisa y afirma.

—Por supuesto, canija. Tu piso, mi furgoneta o el mundo. Cualquier lugar será mi hogar si tú estás a mi lado.

Camina hasta la cama, se arrodilla y comienza a gatear sobre mi cuerpo, hasta quedarse sentada sobre mí.

—Lo que te haces de rogar, Leo. —Pega sus labios a los míos—. Y si no estuvieses convaleciente ni una de tus sobrinas estuviese al otro lado de la

puerta a punto de entrar, te aseguro que no dejaría un resquicio de cuerpo que comerme. —Sus dedos juguetean sobre mi piel—. Es que no veas lo bueno que estás.

Se sienta y me observa mientras se muerde el labio inferior negando con la cabeza.

—Prométeme que volveremos a ser los mismos que bailamos en la cabaña, que lo haremos de nuevo y que todo esto, absolutamente todo, se va a quedar atrás como un mal recuerdo. —Entrecierra los ojos y se dibuja un gesto en la cara que sé lo que significa.

—Te he entendido, no te preocupes. —Le sujeto de las mejillas y pego mi boca a la suya—. La suerte que hemos tenido al encontrarnos. Te quiero, canija.

Y un solo beso me parece a poco, por lo que más de media noche me dedico a besarla y a acariciarla, sin poder ir más allá. Tengo la sensación de que con las ganas que nos tenemos, todos mis puntos acabarían saltando de la presión. Señor, qué larga se me va a hacer la espera.

Al día siguiente me levanto tan caliente, que ni una ducha de agua fría me calma, ni siquiera un trabajo manual rápido. Leo se ha pasado toda la noche que, si beso por aquí, caricia por allá y yo, la estúpida más grande del mundo entero, le he dicho que no habrá más orgasmos hasta que pase su revisión con el médico.

—¿De verdad, Aura? Eres tu peor enemiga.

Me echo la bronca mientras me seco el pelo. Son las ocho de la mañana y en esta casa ya están todos de pie. Las niñas se están preparando para una excursión a Guadalajara. Lo sé porque llevan cantando una canción como media hora. Leo ha bajado a preparar los desayunos y yo bajo a los minutos con la maleta hecha, una maleta que ya parece que va a cobrar vida y salir en dirección a la lavadora.

—¿Cuándo vuelves? —Las niñas se acercan a mí corriendo.

—Esta noche espero poder venir.

—Aura, hemos hablado de que no puedes meterte tantos kilómetros hoy.

—También hemos hablado de otras cosas y es imposible hacerlo hoy, ¿no crees?

Hablamos en clave, no quiero que las niñas se enteren de que su tío se va de casa en pocos días.

—Ya, pero no voy a dejar que estés seis horas en la carretera. Además,

¿cómo te vas a ir a Madrid si no tienes tu coche?

—Pero tengo el de alquiler que cogimos en el aeropuerto. Lo devuelvo hoy y me cojo un taxi para llegar a casa.

—Así podrías llevarme a mí. —Víctor aparece también con su maleta lista—. Me encantaría quedarme, pero tengo una conferencia en Oxford esta semana.

—¿De Jurisprudencia?

—Sí. —Víctor me mira extrañado.

—Qué envidia me das ahora mismo. —Me sirvo un café y me siento en la encimera. Las niñas me miran extrañadas.

—Hay que sentarse en las sillas. —Violeta me aparta una y golpea el asiento.

—Las normas de la casa hay que cumplirlas. Y ya te has saltado unas cuantas, Aura. —Víctor me guiña un ojo y no sé muy bien a qué se refiere—. Sentarse en la encimera y que mis sobrinas te quieran ya más a ti que a mí. Eso no te lo voy a perdonar.

—Puedo usar mi tráfico de influencias y que te inviten a la cena de Leanne Withford del viernes. —Me bajo de la encimera y le sonrío—. ¿Así me perdonarías?

—¿La de la profesora Withford? —Me sujeta de la muñeca, me mira y mira a su hermano—. Se está tirando un farol, ¿verdad?

—Creo que no. Aura no es de las que mienten ni engañan. Así que supongo que si puede meterte en esa cena que parece tan importante, lo hará. —Leo se sienta a desayunar con las niñas.

—Mira, jamás usaría un enchufe, pero eso son palabras mayores. Eso es generar contactos en Londres, poder optar a cursar allí el Máster para el que solo hay cuarenta y cinco plazas al año.

Mi hermano está embelesado por las palabras de Aura. Ella está hablando de abrirle las puertas por las que mi hermano lleva luchando años, pero lo hace con una tranquilidad y una sonrisa tan sincera, que hace que todo parezca sencillo.

—Dime que no es una broma.

—No bromeo con esto, Víctor. Yo hice allí el Máster y Leanne fue mi compañera. Nos hicimos muy amigas y hace unos meses estuvo en casa unos días en una escala corta para ir a Harvard.

Víctor está babeando, literalmente, por todo lo que empieza a contarle

Aura de su estancia en Londres, de las clases, de la vida londinense, de los amigos que hizo allí, de todo lo que vivió y a mí me da envidia de esa vida que tiene en los ojos.

—¿Te daba tiempo a todo?

—Sí, soy bastante lista. Me lo curré mucho, pero lo que viví allí, no lo cambio por nada. —Sonríe y parece que siente nostalgia de aquella época.

—Seguro que tenías mil ofertas para quedarte allí. ¿Por qué volviste a España?

Aura le da un sorbo al café, aprieta los labios, se los humedece levemente y llena sus pulmones de aire. Le cuesta tanto hablar de su hermana, que duele.

—Tenía una oferta increíble de DLA Piper, pero mi familia me necesitaba y yo a ellos, que no se me malinterprete.

—¿Y dejaste aquella vida?

—Sí, por mi gente dejo lo que sea. —Sonríe y me mira. Ladea la cabeza y me lanza un beso.

—Vale, yo quiero eso, esa decisión, tu forma de ver la vida. ¿Cómo puedes hacerlo después de haber vivido tantos malos momentos? ¿Cómo sigues teniendo esas ganas de luchar por cosas o personas que no sabes cómo van a salir?

—Porque hace muchos años perdí el miedo al miedo.

—¿Y eso cómo se hace?

Tanto Víctor como yo estamos atentos a Aura. Las niñas están desayunando y no nos están haciendo caso.

—Cagándola muchas veces, otras sintiendo dolor y decidiendo que el miedo no será lo que me frene cuando tenga que tomar una decisión. Vivir es una aventura, peligrosa y muy divertida. —Se muerde el labio inferior—. Todos tenemos dudas de lo que sucede cuando perdemos a alguien y no sabemos si podremos sobrevivir a ello, pero se puede, es totalmente posible. Se sale de los infiernos si tienes una buena mano amiga a tu lado, se vive sin miedo si tienes en la cabeza la mejor premisa: mi vida es mía, yo decido y si la cago, lo vuelvo a intentar. —Le sujeta la cara a mi hermano—. ¿Quieres ir a Londres a estudiar? Curra mucho este curso y podrás irte. ¿Quieres que los desayunos con esa chica dejen de ser a distancia? Échale huevos y llama a su puerta, llévale una bandeja con café, zumo, tortitas recién hechas, fruta cortada y chocolate. —Aura niega con la cabeza y suspira—. Si un tío como tú aparece así en mi casa, te aseguro que no le dejo escapar.

—Cuando sea mayor quiero vivir como tú, sin miedo.

—Empieza a disfrutar desde ya y verás cómo la vida te devuelve todo lo que te mereces. Sé que te espera una gran aventura, Víctor. Eres buena gente, quieres a tu familia, me has aguantado y te has ganado a los míos. No te imaginas el camino que vas a empezar a recorrer en cuanto pises Londres.
—Le besa—. Seré feliz si puedo poner una piedrecita, por muy pequeña que sea.

Nos despedimos de mi hermano y de Aura en la puerta. A él le hago prometerme que nos vendrá a visitar más, a ella que esta noche cenamos los dos a solas y hablamos de todo lo que tenemos pendiente de solucionar. Perdón, de planear. Porque como no estoy roto no tengo que arreglarme, por lo tanto, como no hay problemas, no tenemos nada que solucionar. Aura y su especial manera de vivir la vida.

Déjà-vu

Me despido de Víctor en la T4 y busco un taxi. Son más de las once de la mañana, así que llegar a mi piso ahora mismo va a ser una tarea larga y ardua. Como dice un amigo mío «*Los mejores atascos están en Madrid*». Doy fe de ello cuando salgo del taxi casi a la una. Menos mal que he avisado al jefe que hasta esta tarde no me pasaría por el despacho. Sé que va a haber muchas preguntas, respuestas que le daré y otras que me guardaré para mí. Cuanto menos sepan ciertas personas de la oficina de mi vida privada, mucho mejor. Que alguno de los becarios se las trae.

Cuando a las tres de la tarde entro en mi despacho tengo a Carlos, el becario más listillo, pegado a mi puerta diciéndome que las horas facturables de este mes me salen a pagar, que un tío como él se merece mi despacho, que el caso Benlliure no va nada bien y que la próxima vez que me tome días de descanso por motivos de mujeres, que desvíe las llamadas a mi móvil, que él no es mi secretario.

—Carlos, tu contrato de becario acaba esta semana ¿no? Pues ve mirando un piso más barato, porque después de ese comentario hacia Aura, no vas a volver a pisar un despacho de abogados en esta ciudad. —Richard le da una palmada en la espalda.

—Pero... —Me mira con la boca abierta.

—Espero que no sigas hablando o vas a tener un despido mucho más mediático, universitariamente hablando.

Richard le enseña a Carlos el camino hasta la entrada. Lo último que escucho son dos frases que ponen la puntilla a la situación: «*Eso es porque te la chupa muy bien*» y «*No vales una mierda como hombre si te dejas someter por esa feminazi*». Me despido de él con una mano en el aire, que convierto en una peineta recta y perfecta. Puede leer perfectamente en mis labios la frase que más me gustaba decir en Londres «*Fuck you*». Que él va de bilingüe, así que me habrá entendido a la perfección.

—Gracias, Aura. Estaba esperando el golpe de gracia, pero se lo ha dado

él con su estupidez. ¿Cómo puedo seguir equivocándome con los becarios?

—Porque lo dejas en manos de Mateo y sabemos lo que le gusta cobrar después favores al enchufar a hijos de amigos. —No, no tengo problema en decírselo a Richard. Él lo sabe, pero Mateo es muy bueno en su trabajo, a pesar de su soberana estupidez y el asco que le tengo.

—Cambiemos de tema. ¿Un café y me lo cuentas todo? Porque me has dejado muy preocupado.

Nos tomamos un café en la sala de reuniones que está vacía y le pongo al día de absolutamente todo. Él conoce a Raquel, así que le cuento un poco por encima la situación. Sé que la va a llamar y a preguntarle por qué no se lo ha contado ella misma. Y sobre Leo, sonrío, me sujeta de la mano con fuerza y vuelve a sonreír.

—No le conozco, pero es un tío con mucha suerte. Si hace que te brillen así los ojos al hablar de él, a pesar de Siria, las heridas y el miedo, es tu destino. —Levanta una ceja—. Espero que venga contigo a la comida del mes que viene en la casa de la Sierra.

—Por supuesto, pero ahora me tienes que dejar trabajar, porque este caso no se va a ganar solo y tengo que leerme los informes que me ha pasado mi investigador. —Richard me acompaña hasta el despacho.

—¿Algún día me vas a decir quién es el que siempre aparece en una moto negra abajo?

—Ella te gustaría. —Entro en mi despacho y me quedo mirando la pila de papeles que tengo acumulados.

—No dejarás de sorprenderme nunca, Aura. Y eso me encanta. —Desaparece y a los segundos le escucho desde su despacho—. Y no te quedes aquí hasta las doce. Tómatelo con calma.

A las siete de la tarde mi teléfono comienza a vibrar.

Al mirar la pantalla veo que es un mensaje de Leo.

Vuelve a conseguirlo: se me dibuja una sonrisa muy estúpida en la cara.

Leo

Buenas tardes, canija.

Espero que la vuelta al trabajo esté siendo tranquila y fructífera. Antes de que vengas a casa esta noche, necesito que me hagas un favor. Me dejé en tu piso una carpeta de documentos. Creo que la dejé en el salón, encima de la estantería de los libros. Se la tengo que dar a Bosco mañana. Si te digo que no vengas, no vas a hacerme caso, así que te digo que tengo ganas de verte y que te quiero mucho y que esta noche cenamos solos.

Te quiero.

Aura

No he visto ninguna carpeta en casa, pero le echo un vistazo. Había pensado en quedarme en Madrid, pero si me dices que cenamos solos, en media hora voy a casa, busco tu carpeta y voy para allá.

Te quiero.

No me suena haber visto una carpeta en casa, pero tampoco es que haya pasado demasiado tiempo en ella desde que se fue. Decido dejarlo todo por hoy. Recojo las carpetas y me las llevo para no revisarlas ni esta noche ni mañana, pero para un atasco de los mañaneros, me vendrán bien.

Aprovecho que hace una tarde perfecta, para caminar hasta casa y llamar a Mario. Le debo más de una dos explicaciones. Me da tono, pero no contesta, supongo que está ocupado o ha decidido pasar de esa amiga que le dejó tirado

en el Sky44. Joder, tengo que pasar a pagar. *Nota mental: que no se me olvide ir esta semana.*

—Hola, desaparecida.

—Pensaba que no me querías coger o que me habías desterrado de tus contactos.

—¿Debería?

—Deberías. Me he comportado como una capulla y lo siento, pero es que las cosas se descontrolaron. Primero operaron de urgencia a Raquel de un bulto del pecho, luego Leo sufrió un ataque en Siria. —Camino rápido para llegar a casa—. Ir a Alemania no fue sencillo y verle así tampoco.

—Aura, frena un poco.

Escucho cómo suelta aire por la nariz y emite un ruido extraño.

—¿Bulto? ¿Ataque? —Sí, está tan asombrado como aparentemente asustado—. ¿Te puedo llamar en un rato? Entro ahora mismo a una reunión y esta conversación no puede quedar así.

—Claro, perdona. Ve, que no quiero retrasarte.

No tardo más de media hora en llegar a casa. Abro el buzón, que está lleno de propaganda, facturas que pagar y un par de sobres, seguramente de más publicidad encubierta. Espero pacientemente y me meto en él ascensor agotada. Me masajeo con la mano que tengo libre un poco la parte trasera del cuello. En cuanto tenga un momento llamaré a mi fisio para que me haga un hueco y me de un buen repaso. La tensión de estos días me ha dejado más tiesa que el palo de una escoba. Sigo con la música sonando en los cascos y al salir en mi rellano, un olor lo inunda por completo. Me imagino que es mi vecina preparando una de sus comidas y que ha subido el olor hasta aquí. Me quito los cascos y reconozco una canción que suena en casa. Al principio me quedo pensando si me dejé algo encendido, pero no lo recuerdo.

Es una versión del famoso [Creep](#) de Radiohead que siempre consigue ponerme los pelos de punta. Kina Grannis hace magia en cada versión.

Al abrir la puerta veo a Leo pendiente del horno, de una sartén y peleándose con algo entre las manos, mientras tararea la canción.

—“*I'm a weirdo. What the hell am I doing here? I don't belong here*”^[18]”.

No le había oído cantar, pero tiene una voz muy bonita.

No se ha dado cuenta de que he llegado.

Dejo las cosas encima de la mesa con mucho cuidado.

Me acerco a él y veo cómo la piel de su cuello se eriza.

—Tú perteneces a este lugar. —Meto mis manos por el interior de su camiseta y me aferro a su pecho.

—Llegas pronto. —Se da la vuelta, me sujeta de las mejillas y con sus pulgares me acaricia los labios.

—¿Qué haces aquí? —Cierro los ojos y me apoyo en su mano, me gusta sentir su piel sobre la mía.

—Hemos pasado muchos años separados. ¿Para qué esperar más? — Siento su aliento acercándose a mí—. Qué mejor momento para empezar a vivir juntos que hoy.

Su lengua comienza un recorrido por mis labios, que deja a un lado por unos segundos para recorrer con ella mi cuello, hasta llegar al lóbulo de la oreja y aprovecha para susurrarme.

—Ponte cómoda. Sírvete una copa. Camina descalza. Pon algo de música y desconecta de estas semanas. Esta noche cocino yo.

Repito palabra por palabra esa nota que sigue pegada en la nevera. Como cada vez que hace algo así de inesperado, se me ilumina la cara.

—¿Vas a recibirme así todos los días?

Afirma con la cabeza y me besa de nuevo.

—Y a veces con mucha menos ropa.

Estas cosas, estos comentarios que Leo suelta sin pensar, son los que me demuestran que, aunque esté jodido y sea algo complicado salir de este momento, vamos por el buen camino. No va a ser cosa de una semana o un mes. La muerte de Estévez nos pesa a ambos y no quiero saber cómo va a ser el encuentro con su padre el día que se tropiecen en la Academia. Aunque puede que a él ni le importe que su hijo haya muerto, teniendo en cuenta que él fue quien mandó a los dos a un país en guerra. *Valiente hijo de puta.*

Escucho el timbre desde la ducha, pero asumo que Leo se hará cargo. Seguro que es algún repartidor que llama porque el portero de algún vecino no funciona. No escucho nada más en los siguientes minutos, así que termino de aclararme el pelo.

Diez minutos más tarde salgo del baño y voy a la habitación para ponerme una camiseta y recoger lo que he dejado tirado para poner una lavadora. Voy cargada con todo entre mis manos y al llegar al salón, y girar para entrar en la cocina, me encuentro una escena tan surrealista, que se me cae todo al suelo.

—¿Mario?

Acabo de tener un *déjà-vu*. ¿Vosotras también?

—He traído cervezas.

Está sentado en una silla, levanta en el aire una que ya ha abierto y veo que Leo tiene otra sin alcohol. Abro y cierro la boca un par de segundos sin saber muy bien qué decir. La cara de Mario es un poema, pero la de Leo es divertida. Está detrás de él apoyado de pie en la encimera, mordiéndose el labio inferior, con una ceja levantada y cachondeándose de la situación. No sé si por verla tan surrealista como yo o por mi cara.

«Si me acuesto aquí, si simplemente me acuesto aquí, ¿te acostarías conmigo y te olvidarías del mundo?^[19]».

Que suene esta canción en este preciso instante, me parece una bromita del destino o del karma o de alguna mierda cósmica.

—Mario, él es Leo. Leo, él es Mario.

Mi soberana y máxima estupidez ha hablado. ¿Crees que no se conocen ya? ¿Qué Leo le ha dejado entrar en casa sin saber que era Mario? Joder, Aura, cuantos más años cumples, más tonta te vuelves.

—Nos hemos presentado. —Leo entrecierra los ojos y se cachondea de mí. Vale, no se ha mosqueado, pero tampoco sé cómo está.

—Sí. —Mario afirma con la cabeza.

—Vale, entonces, voy a recoger mis bragas que están en el suelo y... y...

—La cena estará lista en diez minutos. Mario, quédate.

—Gracias.

Ahora mismo no comprendo lo que está pasando. Meto todo el gurrño de ropa en la lavadora y abro la nevera para coger una cerveza. Llamo a Leo con un dedo y los dos nos parapetamos tras la puerta abierta.

—¿Seguro que esto te parece bien? —Lo susurro.

—No te preocupes, no me lo voy a cargar entre plato y plato, esperaré al postre.

Me besa y vuelve para terminar la cena. A mí esa respuesta no me tranquiliza. Que este seguro que conoce formas de matar a alguien sin dejar marcas.

—¿Va todo bien?

Mario aparece a mi lado en la nevera.

—*Ssss... eeemmm...*

No soy capaz de decir una puñetera palabra completa. Mi cerebro se ha quedado frito con esta imagen.

Media hora después estamos los tres sentados en la cocina, con un disco de Sidecars en acústico de fondo, exactamente con la canción [Contra las Cuerdas](#) con Leiva. Lo ha puesto Leo, lo sé, quiere ponerme nerviosa y que recuerde el encuentro en el callejón de hace un par de días.

En la mesa hay un cuenco de ensalada de queso de cabra a la plancha, patatas con salsa de trufa, una bandeja con carne recién sacada del horno y silencio. Uno que, tras pasados unos minutos, comienza a hacerme mucha gracia. La situación, nuestras caras... Ni que fuésemos a montar un trío esta noche y nos estuviésemos tanteando.

—Ya está. —Leo me mira sonriendo.

—Sí, ya le ha dado. —Mario me observa.

Con sus caras mis carcajadas salen disparadas de mi boca y soy muy escandalosa cuando mi risa es nerviosa como esta. Me tapo la cara con las manos y sigo riéndome mientras los escucho hablar de mí entre ellos como si yo no estuviese.

—Joder, es que no me jodáis. Que esto es raro hasta para mí.

—¿El qué? ¿Qué tu exnovio aparezca en casa preocupado, conozca a tu chico y se quede a cenar porque él le invita?

Aparto las manos y veo a Mario comiendo patatas como si esta fuese la forma más natural de acabar un lunes.

—Vale. ¿Estáis bien los dos con esto? —Veo cómo los dos confirman con la cabeza y yo respiro algo aliviada—. De acuerdo. Entonces, que aproveche.

Que sí, que me digan lo que quieran los dos, pero esto es raro. Por mucho que se estén haciendo los dos los tipos más liberales del planeta.

Comenzamos a cenar y hablamos de tonterías, del tiempo, de la contaminación de la ciudad... Conversación de ascensor de las malas.

—¿Cómo ha sido la vuelta a casa? —Mario le pregunta directamente a Leo.

—Dura y algo complicada. Las heridas hacen que recuerde lo que pasó allí, pero poco a poco saldremos de esta. —Leo me sujeta la mano y me sonrío—. No hay nada como estar en casa para curarse el alma.

—Eso es verdad.

Soy una mera espectadora entre la conversación que estos dos están manteniendo. Hablan tan tranquilos de Siria, de la situación política, de los miles de muertos, de las injusticias humanitarias, de los niños, de las bombas y del terror de un país que está siendo consumido por la destrucción. Leo le

explica el trabajo que realizan allí los equipos como el suyo. Mario le expone sus ideas para que ese país pueda ser lo que fue y Leo parece comprender y compartir ciertas formas de pensar. Dos hombres tan completamente opuestos en cuanto a algunos pensamientos e ideales, que están sentados alrededor de una mesa comportándose como dos seres de lo más civilizados. Yo no sé si sería capaz de lidiar con una encerrona del destino como esta.

—Y tú, Mario, ¿has encontrado trabajo en la ciudad? —Leo nos sirve una copa de vino a cada uno, mientras él sigue con agua.

—He tenido varias entrevistas, pero está complicado. No me lo están poniendo fácil desde Canadá. —Niega con la cabeza y suspira—. Es lo que tiene divorciarte de la hija de uno de los tíos más influyentes en el sector de la abogacía de ese país.

—¿Y en el despacho de Aura?

Se me atraganta una patata, la salsa de trufa y la vida con este comentario. Los dos me ponen la mano en la espalda para comprobar que estoy bien y pido unos segundos con una mano en el aire, mientras apuro el poco vino que me queda en la copa.

—Perdón. Una patata traicionera. —Debo tener cara de lémur con los ojos tan abiertos.

—Mi idea era montar algo por mi cuenta, pero sin una buena cartera de clientes en la ciudad, es muy complicado empezar. Le he ofrecido a Aura que seamos socios, pero comprendo que ella con Richard está muy bien. —Mario me mira y me sonrío—. Que conste en acta que esto no es meterte presión.

—Mira, acabamos de despedir al becario por gilipollas. No es lo que buscas y el sueldo no es lo que te mereces, pero puedo hablar con Richard y ver si te podemos hacer algún contrato o que seas *free lance*^[20] y nos eches una mano en los casos. —Se me acaba de ocurrir y creo que podría ser una buena opción para que él tome contacto con nuevos clientes.

—¿Qué te ha hecho el becario? —Mario niega con la cabeza.

—Tratarme como si fuese una estúpida y emplear palabras y términos que no permitimos en la empresa. Se ha pasado de listo conmigo por ser mujer y su superior. Pensaba que se merecía mi despacho más que yo y ha sacado su misoginia a pasear. —Sonrío.

Los dos me miran sorprendidos.

—Sí, que por mucho que queramos ir de avanzados y liberales, en temas de abogacía aún cuesta bastante que a las mujeres se nos trate igual que a los hombres. —Niego con la cabeza—. Tenemos pocos, pero aún hay un par de

clientes mayores que si no hablan con Richard, no quieren tratar los temas con nadie más. A esas reuniones siempre acudo con él. Creo que Richard es más feminista que yo. —Sonrío al recordar la entrevista que me hizo para entrar a trabajar allí como becaria—. Ha sido el único que, al hacerme la entrevista, no me preguntó si tenía pareja, si vivía sola o si entraba en mis planes tener hijos. Por eso le elegí.

El postre llega y seguimos hablando del trabajo de Leo, de las entrevistas fallidas de Mario, se cachondean de mí los dos al quemarme con el chocolate del *coulant* recién hecho. Voy al baño a limpiarme bien y ver si me he hecho alguna avería peor. Escucho el timbre y una carcajada de Leo. A los minutos escucho las voces de Raquel y Juanjo en casa.

—Hola, Mario. —Escucho a Raquel dándole un par de besos y presentándose a Juanjo.

—Hola.

Llego a la cocina y pienso que esto es una cámara oculta, que alguien se está riendo detrás de una pantalla de toda esta situación y de mis caras.

—¿Cómo estás? —Mario acaricia el brazo de Raquel.

—Bien, el primer ciclo ha empezado hoy y ha sido menos malo de lo que me esperaba. Me han tratado súper bien y después me he comido un helado.

—Un helado metido en un gofre hecho cono, con barras de chocolate y tanto confeti de colores por encima, que sonrojaría a un unicornio. —Juanjo niega con la cabeza mientras pone los ojos en blanco.

—No me puedes juzgar. —Raquel le hace burla.

—Jamás lo haría, pero me podías haber dejado probar un poco más.

—Te he dado. —Raquel abre la boca indignada.

—Una lametada. —Juanjo también se indigna.

—Eso es probar. Si quieres más, te pides tú uno.

—¿Cuánto lleváis saliendo? —Hasta Mario ve esa tensión tan divertida y atrayente que tienen.

—Demasiado.

—Semana y media.

Contestan los dos a la vez y a mí me provocan ternura. Raquel lo hace para molestar a Juanjo y para decirse a ella misma que se lo tome con tranquilidad, que no caiga derechita a los pies de Juanjo. Pero mi amiga no quiere entender que ya lo ha hecho.

Lo que se suponía que iba a ser una cena para dos y a solas, se convierte en

una reunión inesperada de amigos en la que todos hablamos y reímos como si ninguno tuviésemos cosas en la cabeza, como si no nos preocupasen ciclos, heridas, traumas o trabajos. Pero no sé de qué me sorprende. Esto solo lo consiguen los amigos, los de verdad. Y yo en eso he tenido mucha suerte en la vida, estoy rodeada de los mejores.

Las carga el diablo

Han sido un par de semanas con muchísimo trabajo. Hace dos sábados tuvimos la primera boda del año y fue todo un éxito. Mi hermana ha vuelto a ser ella en la cocina, creando y preparando platos que hace años que había desterrado por culpa de David. Recetas de nuestras abuelas que él se había apropiado y que hasta ahora Zoe no había querido retomar y hacer suyas. Ella está tan feliz y tan contenta con su relación con Bosco, que se refleja en cada cosa que hace. Mis padres me han puesto al día de las cosas que mi hermana se sigue callando, pero que ellos ven y sienten.

Las sesiones de Raquel van muy bien. Le han tomado muestras para realizar más pruebas. Lleva dos semanas y en principio tan solo iba a darle un ciclo de cinco semanas, pero con su fuerza y las ganas de acabar con todo esto que tiene, no me extrañaría que la vida le esté a punto de recompensar.

Leo ha tenido dos visitas al nefrólogo^[21] para ver la evolución de las heridas y comprobar su función renal, la presión arterial, los niveles de proteína en la orina y la filtración de desechos. En la primera el médico se sorprendió por los buenos resultados de las pruebas. Le pidió que volviese en una semana para ver que no había sido un error en el laboratorio. La segunda visita ha sido esta mañana. Bueno, pues el tío está perfectamente. Tres semanas después de la nefrectomía radical –tras decirlo varias veces mal, me lo he terminado aprendiendo–, Leo tiene los resultados tan perfectos como alguien con dos riñones. Hasta el médico se ha sorprendido. Le ha dado el alta y la siguiente visita la tiene en seis meses. Leo puede empezar a hacer vida medianamente normal, ejercicio diario, dieta equilibrada, tratar de evitar el alcohol y nos ha dado el alta en cuanto a relaciones físicas prolongadas. El momento en la consulta fue bastante divertido por las caras de ambos cuando me quise cerciorar que con esos términos se refería al sexo. La carcajada del médico y la ceja levantada de Leo me confirmó que no estaba equivocada. Salí de la consulta dándole las gracias seis veces seguidas. Las ganas que nos tenemos van a acabarse esta noche.

Ha llegado el día D, la hora H o como se diga en jerga militar. Esta tarde-noche son las citas rápidas en Haciendas y me he cerciorado varias veces de que esto a Leo no le va a incomodar.

—¿Seguro? —Lo digo desde el baño donde me estoy terminando de peinar.

—Podré tener citas rápidas hasta medianoche, pero volveré contigo a casa. —Aparece a mi lado y me besa.

—¿Puedes explicarme por qué esperamos a volver a casa?

—Porque pretendo darte tanto placer, que luego no vas a poder andar de lo que te van a temblar las piernas. —Su mano se ha metido dentro de la toalla y juguetea a sus anchas—. Voy a convertir la noche en madrugada, la madrugada en desayuno y el desayuno en merienda.

—Vaaa... leeee. —Cierro las piernas y le doy un manotazo en el brazo—. Voy a terminar de prepararme.

Abro el armario y no tengo ni idea de qué ponerme, así que me lo tomo como una cita real en la que mi premio será Leo. Me decido por un traje de pantalón rojo y debajo no sé si un *bustier* negro de encaje o una camiseta lencera. Tengo serias dudas, así que salgo al baño donde Leo se está duchando para que me dé su opinión.

—Cariño, ¿esto les gustará a mis citas?

Me contoneo en ropa interior ante él y sonrío al recibir su respuesta en forma de gruñido.

—Eso pensaba. ¿Vamos juntos o nos vemos allí para que no nos echen antes de empezar?

—¿Me estás haciendo pagar lo de esta noche?

—Sí.

—Nos vemos allí. Así te volveré a descubrir entre tanta gente.

—Perfecto. —Le lanzo un beso y me termino de preparar.

Me doy los últimos retoques en el taxi que me lleva hasta el restaurante. Al llegar me encuentro a Raquel, Juanjo, Zoe y Bosco en una de las mesas altas del jardín.

—Hola. ¿Vienes a las citas rápidas? —Una rubia menuda aparece delante de mí.

—¿Llevo algún tipo de cartel en la cara?

—Tienes la misma cara de expectación que las demás. Ven conmigo. — Me lleva hasta una zona de mesas altas, justo en la otra esquina de los cotillas

—. Ahora vendrá un camarero y puedes pedirle lo que quieras. ¿Has venido a alguna de las otras citas?

—No, soy nueva en todo esto. —Trato de parecer normal, pero sé que esta chica tiene que estar pensando que soy imbécil.

—Pues fuera nervios, esto es para pasarlo bien y conocer gente. Vamos cambiando cada cierto tiempo las normas. —Mueve mucho las manos para ayudarse con la explicación—. Primero estarás tú sentada y tus citas vendrán a la mesa; al cabo de un rato serás tú la que cambie de mesa y luego ya lo liamos del todo. —Se le ilumina la cara. Parece que disfruta mucho organizando estos eventos—. Os podéis mover todos con todos. La única regla es que solo podéis ser dos en la cita. —Tiene una sonrisa tan auténtica y preciosa, que consigue tranquilizarme.

—Muchas gracias.

—Sobre todo, diviértete, es para eso. Y ya si ligas o te ligan, eso que te llevas para el cuerpo, guapa. —Me guiña un ojo.

Observo a mi alrededor y trato de evitar el contacto visual con estos, porque sé que me están mirando. También decido no sacar el móvil y no parecer una *millennial* del montón, pero mi bolso comienza a vibrar en exceso. O se ha quemado mi piso o... Al encender la pantalla lo veo, la madre que me parió.



Sexo, drogas & Rock 'n' Roll

Bosco, JJ, Leo, Raquel, Zoe, Tú

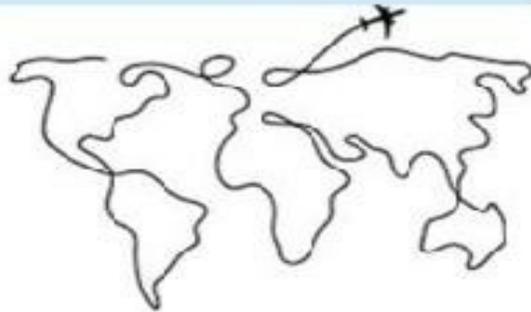


Hoy

🔒 Los mensajes en este grupo ahora están protegidos con cifrado de extremo a extremo. Pulsa para más info.

JJ creo el grupo "Sexo, drogas & Rock 'n' Roll"

JJ te añadió



Levanto la vista y los veo a todos riéndose, pero evito entrar. No va a ser fácil. Silencio el móvil, pero da igual. Esto no deja de vibrar.

Aura

Dejadlo ya, cabrones. Porque no pienso leer ninguno de vuestros mensajes. Y si no paráis de descojonaros, pienso irme del grupo y os voy a pasar la cuenta de mis copas de hoy.

Le doy la vuelta al teléfono en la mesa y al levantar la vista le veo. Leo acaba de entrar en la terraza y está hablando con la organizadora, que le regala una sonrisa más grande que a cualquier otro participante. Le observo con detenimiento y no puede estar más guapo. Lleva unos vaqueros negros, camiseta blanca y la chupa de cuero, con unas gafas de sol que se vuelve a poner cuando la organizadora le acompaña hasta la barra.

Aura

Pero ¿le habéis visto cómo ha venido vestido? Joder, si es que ya se lo están rifando.
Leo, estás haciendo trampas. Mira que me empieza a sobrar la americana.

Dejo de nuevo el móvil en la mesa, pero vuelve a vibrar y compruebo que aún quedan unos minutos, así que leo los nuevos mensajes.

JJ

Esto va a ser muy divertido...

"Que den comienzo Los juegos del hambre".

A él le van a mirar, pero a ti ya hay más de un tío comiéndote con los ojos.

Si alguno se propasa, llámame.

Rachel

Tú no le hagas ni caso a  fantasma. Quítate esa americana, que ya sé lo que llevas debajo y pónsela dura, digo, pónselo duro a Leo.

Leo

Esta no te la perdono, Raquel. Yo ni ligo ni soy capaz de mantener conversaciones inteligentes con mujeres que buscan algo más. Yo creo que esto no ha sido buena idea.

¿Largarme quedaría muy feo?

Zoe

Tú piensa que esto es como una intervención y necesitas conocer al enemigo para llegar a la mesa en la que está Aura. Habla como si esas mujeres fuesen Aura.

Leo

Imposible. Sé que con ninguna otra puedo ser como soy con ella. Jamás le había hecho una propuesta como la que le hice a ella en el desayuno. Yo no soy así si no es con ella.

Bosco

Me parece que ya no podéis. Os han encerrado como si fueseis ovejas de competición y estuviereis a punto de ser elegidos para el triunfo.

Todos levantamos la vista de las pantallas y miramos a Bosco. Está de pie con los brazos abiertos y andando alrededor de Zoe, Juanjo y Raquel. Este tío está muy mal de la cabeza y nos lo ha estado ocultando.

Aura

Esta me la vais a pagar, señores.

Leo

Y a mí.

—Buenas noches, chicos y chicas. Bienvenidos a esta sesión de citas que va a ser muy especial. En todas las mesas tenéis un *código QR*, los chicos lo tenéis en el posavasos de vuestra consumición, que tenéis que escanear. —La organizadora va caminando entre todas las personas que hemos venido—. Cada uno sois una constelación, sin nombres reales, sin nada más que lo que se ve a primera vista. En cada mesa, os escaneáis cuerpo y tarjeta —nos guiña un ojo divertida mientras habla—. Antes de las citas tenéis que responder a un pequeño y divertido test. Disponéis de diez segundos para responder cada pregunta. No, no os asustéis. Son sencillas, algunas especiales, pero todas nos dirán alguno de vuestros rasgos y tras vuestras puntuaciones, un programa os emparejará con vuestra constelación ideal.

Al mirar a la mesa de las chicas, las veo muy atentas y daría todo lo que llevo encima para que ellas también recibiesen un *código QR*. Cojo el móvil haciendo que escaneo lo que nos ha dicho y les mando un mensaje a nuestro grupo de tres.

Aura

Sois unas pedazo de cabronas.

Rachel

Vamos, Antlia, tú puedes con esto. Muéstranos cómo eran esas citas tan terribles. Y piensa en el premio que te espera al final. Te mira desde la esquina.

Miro a Raquel y me sonrío. Me alegro de que esto le esté sacando una sonrisa y se esté olvidando un poco de lo mal que han ido las sesiones de esta semana. Me fijo un poco en el ambiente y veo muchos nervios, retoques de labial, flequillos a la última moda, músculos excesivos y camisetas demasiado ajustadas; trajes italianos y tacones de vértigo, sonrisas nerviosas y otras sobradas. Sí, va a ser una noche muy interesante.

No sé cómo Aura podía soportar este tipo de citas cada noche. Me siento observado, juzgado y en algún caso, condenado. Ella sigue sentada con una sonrisa mientras alguna mujer la observa y niega con la cabeza, pilló a algún hombre mirándola con descaro mientras se pasa la mano por la boca saboreándola en la distancia. No, no debo estar aquí, no debemos hacer esto. Seguirle el juego a Raquel al final nos va a pasar factura.

Aura

Quita esa cara, pequeño. Piensa que esto es algo para conocernos un poco mejor. Ve pensando qué quieres preguntarme para sacarle todo el jugo a nuestra cita de siete minutos. Te quiero.

Me está mirando a través de su melena y me lanza un beso. No puedo responderle al mensaje porque comienza a sonar la música que nos acompañará hasta que tengamos que cambiar de mesa. «Que comiencen los Juegos del hambre». En mi cabeza suena con la voz de JJ.

*Me acerco a la primera mesa y la chica me recibe con una gran sonrisa.
—Hola.*

—Hola. —Ella juguetea con su pelo y yo siento cómo me quedo sin nada que decir.

—No podemos darnos nombres, pero serás el chico de la cara perfecta. ¿A qué te dedicas?

—Soy funcionario.

—Así que tienes un trabajo estable y un sueldo fijo. Interesante. —Deja caer las largas pestañas.

—¿Tú en qué trabajas?

—Soy influencer. Estoy empezando a hacer publicidad en Instagram sobre marcas que me contratan. —Juguetea con su pelo y me pone nervioso la forma en que me mira—. Ahora solo vivo de una paga que me pasan mis padres todos los meses para pagar la universidad a la que no voy.

Todo lo siguiente que escucho es bla bla bla y más bla.

—¿Cuántos años tienes? —La caricia de su mano en mi brazo me

despierta.

—*Treinta y dos.*

—*¡Qué viejo! No, no, lo siento, pero no. Imposible.*

(...)

—*¿A qué te dedicas?*

—*Soy funcionario.*

—*¿Plaza fija?*

Vale, me parece que volvemos a la misma conversación de la mesa anterior, así que decido ser una persona nueva en cada mesa, dependiendo de cómo me trate la chica en cuestión por mi aspecto o por mi trabajo.

(...)

—*¿En qué trabajas?*

—*Soy lavaplatos en una franquicia.*

(...)

—*Sexador de pollos.*

(...)

—*Apicultor en la montaña asturiana.*

(...)

—*Cazador de gamusinos.*

Estoy tan pendiente de Leo y de sus caras, que creo que estoy respondiendo con monosílabos a unos cuantos chicos. No, ni tengo que ser amable ni les tengo que gustar. Solo debemos pasar el rato y esperar que nuestras respuestas unan nuestras constelaciones. ¿Y si él es más compatible con una de esas chicas y tú con uno de estos chicos?

(...)

—No, ni de coña.

—¿Perdón?

—¿Sí?

—Paso de esta mesa, será mejor que no hablemos. Total, no eres mi tipo, no me gustan las morenas como tú. —El tío del que he pasado me mira con

cara de asco—. Y menos con esa boca tan grande.

(...)

—Pues no tienes pinta de picapleitos. Con esa cara y ese cuerpo, deberías ser modelo de ropa interior. Me da igual lo que diga una estúpida aplicación: yo soy tu hombre.

Le miro con la cabeza un poco echada hacia atrás y me recuesto en el taburete.

—Mira, que yo no sé si esa táctica funcionará a las tres de la madrugada, pero si es tu mejor forma de ligar, lo llevas claro.

—¿Tú me vas a enseñar a ligar?

—No, Dios me libre de ello.

—¿Eres cristiana? —Me mira asustado.

—De ir todos los domingos a misa y los jueves a rezar el Rosario.

(...)

—“Eo....eo... hummmm... hummmm. Eo... eo... hummmm hummmm”.

Esta vez tengo a un aprendiz de McConaughey en *El Lobo de Wall Street* pegándose golpes en el pecho y a mí me recuerda a la famosa escena de DiCaprio y los *Lemmons* —la de la escalera exactamente— y me entra tal ataque de risa que hace que varias personas se giren, entre ellas Leo.

(...)

Este parece que se hace desear y decido darme la vuelta para mirar a Raquel. Me pongo dos dedos en la sien y hago que me pego un tiro, esparcimiento de sesos por el suelo incluido. Raquel se pasa una mano por la cara como si se limpiase la sangre y pide perdón en la distancia.

—Pensé que no volveríamos a coincidir en un sitio de estos, Aura.

Esa voz, ese carraspeo en sus cuerdas vocales, esa forma de pronunciar mi nombre... Me doy la vuelta y tengo a Diego negando con la cabeza, mientras se muerde el labio inferior. Diego, uno de mis desastres no desastres de *Adopta*. Diego, el chico del Mercado de San Antón, con el que encajaba en todos los sitios menos en la cama. Sí, el del cuarto y mitad.

Salto de la silla y le abrazo. Hace mucho que no nos veíamos.

—Estás preciosa, Aura.

—Tú estás guapísimo. ¿Qué haces aquí?

—Pues ahora mismo dando las gracias a un momento de locura en el que

me apunte a esto. No me puedo creer que te encuentre aquí. —Me aparta el pelo de la cara—. Pensé que estarías saliendo con alguien.

—Es una historia larga.

—Tengo siete minutos solo para ti.

Le hago un resumen del motivo por el que estoy aquí, le señalo discretamente a mis amigos y a Leo, que sigue resoplando con su cita.

—Eres rara, Aura. —Suspira y me agarra de la mano—. Algo loca y muy especial. Ese tío tiene mucha suerte.

—Yo también la tengo. —Leo me mira y le guiño un ojo.

—Esa sonrisa tan jodidamente especial que tanto echo de menos. Ojalá lo nuestro hubiese funcionado.

—No te voy a decir que aquí vayas a encontrar a alguien hoy, ojalá fuese así, pero visto lo visto... —Niego con la cabeza al echar un vistazo alrededor—. Pero, y aunque suene a *topicazo*, cuando menos te lo esperes va a aparecer una chica que sí esté preparada para ti, para conocerte y para sonreírte e iluminarte la vida.

—Madre mía.

—Lo sé, a veces me pongo en plan Nicholas Sparks y doy un poco de asco. —Levanto los hombros pidiéndole perdón—. Pero sé que esta vida, muy puta a veces, te regala personas y momentos que te hacen saber que estás en el camino correcto y en el lugar adecuado. Aunque no lo parezca en un principio, aunque las cosas se pongan feas, la vida puede ser muy bonita.

Me dan igual los protocolos de estas citas rápidas, pero me bajo de la silla y abrazo de nuevo a Diego. Sé que es como una despedida a esa parte de mi vida, de citas y desastres, de decepciones y pequeñas alegrías. Aprovecho para susurrarle justo cuando la música deja de sonar y nos tenemos que despedir.

—Eres especial y sé que pronto nos volveremos a cruzar y te veré más feliz que nunca. —Le doy un beso.

—Eso espero, porque ya no me quedan demasiadas ganas de seguir haciendo esto. Me estoy haciendo mayor para estas cosas, Aura. —Sonríe y se le dibujan unas pequeñas arrugas bajo sus impresionantes ojos azules.

—Tal vez tu próxima mesa no sea un desastre.

—¿Me lo prometes?

Me despido amablemente de esta última chica. Yo no sé cómo Aura seguía teniendo ganas de cada noche meterse en citas tan terribles y salir

ilesa de todas ellas. Porque a mí estas me están dejando claro que hoy en día no se busca una pareja, queremos alguien para que nos satisfaga y nos de una estabilidad económica, ya ni siquiera se busca lo emocional. No sé cómo ella sigue creyendo en el amor después de sus experiencias.

Me acerco a su mesa, por fin me toca y mi cuerpo lo sabe. Se emociona, vibra, tiembla y baila por dentro. Se está despidiendo de un chico que yo creo que conoce por la forma en que se abrazan.

Espero pacientemente a que se quede sola y me pongo detrás para que ningún otro hombre se acerque a la mesa. Uno lo intenta, pero le niego el paso. Creo que hasta le he gruñido.

—Adiós, Diego. —Se despide y se sienta de nuevo en la silla.

—Hola. —Me sitúo enfrente—. Solo tenemos siete minutos y me parece muy poco tiempo para compartir contigo, así que vamos directos a las preguntas.

—De acuerdo. —Le da un trago a su copa y me mira ocultando una sonrisa.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer en un día de lluvia?

—Caminar desnuda, perderme entre las sábanas y escuchar cómo las gotas golpean en el suelo, ver cómo esas pequeñas partículas de agua se deslizan por las ventanas; cerrar los ojos y desear tener a mi lado a mi chico. —No aparta sus ojos de los míos ni un solo segundo—. ¿Cuál es tu momento favorito del año?

—Cualquier comida familiar en la que disfrutemos de una gran mesa llena de la gente a la que quiero, con buena comida, música, hogueras, luciérnagas... —Jugueteo con mis dedos en las manos de Aura—. ¿Cómo sabes que te has enamorado?

—Soy de las que se enamoran rápido y con todas las ganas del mundo. Me enamoro de una mirada perdida en un bar, de una proposición en medio de Gran Vía, de la promesa de un viaje a una cala de Almería, de la forma en que un hombre no sabe ligar; de la manera en que me miras siempre, aun cuando me despierto con pintas de loca, de cómo quieres mis miedos y los anulas por completo. Me enamoras cuando aceptas estas locuras de Raquel, cuando te preocupas por ella, por Zoe, por sus vidas y por la mía. —Respira y siento cómo se le atragantan los sentimientos—. ¿Cómo vences al miedo?

—Una chica muy especial me ha ayudado mucho con eso. ¿Sabes? Soy —miro a ambos lados antes de seguir hablando y me acerco más a ella para susurrar— agente de la UEI y en mi trabajo nunca he tenido miedo, siempre

he controlado ese sentimiento, porque no es una palabra válida en mi mundo. Tan solo es una excusa cuando no tenemos los suficientes huevos para vivir de verdad. —Cierro los ojos y sonrío—. Pero llegó la chica neón con la sonrisa más bonita del planeta, para hacerme temblar y el miedo tomó otra forma. Cuanto más la conocía, más ganas tenía de seguir haciéndolo. Entonces supe que estaría perdido si no conseguía que me quisiera. —Nuestras manos se entrelazan en un lateral de la mesa—. ¿Cómo ves tu futuro?

—Ufff. —Se muerde el labio inferior y después frunce los labios—. Es complicado saber qué va a pasar con tu vida. Pero a corto plazo me veo celebrando una victoria enorme dentro de mi familia con un gran viaje, celebrando la boda de una de mis hermanas, viendo a mis sobrinos creciendo y siendo felices. —Se le dibuja una sonrisa tímida—. Viviendo con el hombre que más quiero de este mundo y despertando cada día a su lado, disfrutando como si los minutos y segundos se nos acabasen al final del día, viendo a nuestras familias algunos sábados en la barbacoa de Valverde y otros domingos en la Finca. ¿Tú cómo ves el tuyo?

Antes de que pueda contestar deja de sonar la música. No me jodas, esto no han sido siete minutos, ni mucho menos. Aprovecho para escanear el código de la mesa y me acerco a ella para darle dos besos, que me saben a poco.

—El mío va del tuyo de la mano.

Le doy otro beso en la comisura de los labios y veo cómo se agarra fuertemente a la silla.

—Yo no sé si esta noche no calcinaremos el infierno, canijo.

—No tenemos que salir de casa hasta el domingo. ¿Qué mejor plan que cerrar con llave, desconectar todo y encerrarnos en la habitación para recuperarnos poco a poco y lentamente?

Escuchamos el carraspeo de un tío que nos mira raro y Aura pone los ojos en blanco.

—Encantada. Luego nos vemos, guapo.

Jodido Leo.

Jodida boca.

Jodido cerebro.

Una hora y media después las mesas han desaparecido, todos hemos hablado

con todos y estamos a expensas de que la aplicación nos diga cuál es la constelación favorita, la más votada y las afortunadas de llevarse un viaje con todos los gastos pagados a Roma.

Leo y yo estamos muy cerca y nuestras manos se rozan mientras todos están pendientes de la organizadora y de las copas que están sirviendo.

—Las constelaciones más votadas son Casiopea y Orión.

Esperamos a que las constelaciones suban a la tarima y cuando lo hacen, Leo y yo nos sorprendemos. Son dos de nuestras citas: la rubia que a Leo parece que no le interesaba más allá de su cuerpo y el lobo de *Wall Street*.

—No sé ella, pero él es un bróker fantasma.

—Pues le va a encantar a mi *influencer*.

Ellos se miran, nosotros aplaudimos y los demás se miran entre ellos queriendo saber por qué no han sido votados. Pobrecitos de los dos que ganen el premio, se van a llevar el odio de todo este público tan complicado.

—Andrómeda y Perseo, no podían ser otros. La mitología griega os unió y en esta fiesta lo habéis vuelto a conseguir. Ellos son los ganadores del premio a la pareja con más porcentaje de compatibilidad por las preguntas. Y eso que sus respuestas son extrañas y muy interesantes.

Los dos esperamos que la pareja suba al pequeño escenario, pero nadie se anima a ello.

—Perdón, que la aplicación no ha mandado la información a las constelaciones.

De repente siento cómo mi móvil comienza a vibrar y espero que sea el grupo que está reventando a mensajes. Leo me mira, me sujeta de la mano y me enseña su móvil. Los dos desbloqueamos las pantallas y vemos el dibujo de nuestras constelaciones y los nombres que la organizadora acaba de decir. Yo no sé los demás, pero nosotros no habíamos mirado quiénes éramos hasta ahora.

Caminamos entre la gente y todos nos miran raro excepto Diego que, apoyado en la barra con una cerveza, nos felicita con ella en alto.

—Enhorabuena, chicos. —La organizadora nos entrega un sobre con unas pequeñas láminas con las constelaciones—. Sois un 98 % perfectos el uno para el otro. Creo que ya lo habréis averiguado en vuestra cita. —Nos mira fijamente—. La atracción es palpable y hasta se siente. Desprendéis ese magnetismo que me encanta sentir en estos eventos. Espero que disfrutéis mucho del viaje y de vuestra gran aventura. Enhorabuena.

Miro a Leo y, sin esperarme nada, me sujeta de la cintura, ladea mi cuerpo

y me besa. No, pero no un beso de *muac* y ya, no. Mete su mano por dentro de mi americana y sus dedos se clavan en mi piel, su lengua busca la mía y cuando me levanta, sin dejar de besarme, me pega a su cuerpo.

Lo siguiente que escucho son los silbidos de Raquel, Zoe, Juanjo y Bosco que están aplaudiendo como si les hubiese tocado a ellos el viaje.

Suelen decir que las armas y las citas a ciegas las carga el diablo. Las armas las controlo bastante bien, el tema citas he visto que soy un desastre y que todo lo que dijo Aura hace un par de noches, estas mujeres me lo han hecho ver. Que no soy lo suficientemente listo, guapo, alto o que no tengo el suficiente dinero.

—Para mí eres imperfecto, real y humano, por eso te quiero.

Como siempre, Aura consigue decir las palabras perfectas en cada momento, sin yo tener que decir cómo me siento. Es capaz de leerme sin tener que abrir la boca.

Ella, la que ha conseguido que me enamore sin esperarlo.

Ella, la que cada día me demuestra la suerte que he tenido.

Ella, la única, la más especial y la definitiva.

¿Quién dijo que el amor no se encuentra en un bar a las tres de la mañana? No, no os atreváis a decir que fui yo.

Pasado, no vuelvas

*T*erminamos la noche cenando en la parte baja del Lateral de Santa Ana. Nos sentamos en la mesa de los sofás y dejamos que Raquel pida. Parece que tiene hambre o pretende cebarnos para vendernos al peso.

—No, no me miréis que tengo tanta hambre que me comería ahora mismo a cualquier bicho de más de dos kilos.

Juanjo abre la boca, pero la cierra al sentir un pellizco en el brazo.

—No estoy hablando de tu miembro, cariño. Prefiero tenerlo entero.

—Camarero.

Bosco, Zoe, Aura y yo lo decimos a la vez, lo cuál nos provoca una carcajada, que casi mantenemos hasta el final de la cena. Yo no sé cómo podíamos vivir sin ellas hace unos meses. La forma que tienen de transformar los momentos, cómo consiguen que lo malo se torne bueno, que las malas experiencias sean solamente experiencias que no repetirán. Esta forma tan intensa de vivir es la que deberíamos seguir todos.

Caminamos por la plaza Santa Ana sin rumbo hasta que Juanjo decide que una copa es buena idea para terminar la noche.

—Podemos ir a Enbabia que está aquí al lado.

—Hay que reservar para entrar. —Raquel le sujeta de la mano.

—No si en la puerta está Aitor.

—¿Tu compañero de clase? —Le recuerdo de alguna visita a la Academia.

—Sí, lleva meses diciéndome que me pase. Hoy es un buen día.

No estamos a más de un minuto y observo que Aura se queda esperando a su hermana que está hablando por teléfono con Nico y Laura.

Le doy un poco de espacio a mi hermana cuando escucho que le está diciendo a Laura que no, que no puede salir de fiesta hoy, que mañana se van a comprar el vestido para la graduación. Bajo la mirada a mi móvil y alguien pasa a mi lado, siento cómo toda la piel de mi cuerpo se eriza, un nudo se me

pone en la boca del estómago, cierro los ojos y me cuesta respirar. Siento un dolor en el costado, a la altura de... No, no puede ser. Levanto la vista y a mi lado no hay nadie. Miro hacia atrás y veo a Raquel, Bosco, Leo y Juanjo hablando a unos metros.

Parpadeo y parece que todo comienza a ocurrir a cámara lenta.

Parpadeo y busco a mi hermana.

Está quieta en la entrada de la calle.

Siento cómo tiembla y el teléfono se le escapa de la mano, resbala por su cuerpo y cae al suelo.

Escucho la música que sale de un local cercano cuando abren la puerta y un grupo de adolescentes borrachos se sitúan a mi lado gritando. Trato de empujarles, de abrirme paso, la música se escucha cada vez más alta y mis nervios están a punto de descontrolarse. Grito, intento atravesar a estos chavales que me impiden ir a ayudar a mi hermana. Algo no va bien. Les pido que me dejen pasar, no me dejan, se ríen, alguno lleva una máscara que, entre la música y las luces estroboscópicas del garito que sigue con la puerta abierta, hacen que esto parezca una escena de *La Purga*. Empujo a un par de chavales y acabo saliendo con algún grito al que no hago caso. Delante de mi hermana hay un hombre. Le reconocería en cualquier lugar.

—Hola, Zoe.

Esa voz, esa puta voz de la que tanto hemos huido. David está delante de mi hermana y veo cómo levanta la mano y se la acerca a Zoe a la cara. Doy dos pasos, salgo corriendo y me pongo entre los dos.

—Vete de aquí. Tienes una orden de alejamiento.

—Hombre, mi cuñada la zorra. Veo que el tiempo te ha tratado muy bien. —Se muerde el labio y mira hacia abajo. Se me ha soltado la americana y tengo el pecho al descubierto—. Pero que muy bien.

Me paralizó durante un par de segundos, siento que la cabeza me da vueltas y noto cómo su mano va directa a la herida que él mismo me provocó. La aprieta con fuerza y me pega a él.

—Pienso matar a tu hermana y me da igual si tú te pones por medio. Aquel día no acabé con las dos, pero hoy te juro que lo haré.

Todo, absolutamente todo es como si se hubiese parado a nuestro alrededor.

—¿Las chicas?

Miro hacia la entrada de la calle y no las veo. Un grupo de jóvenes se

mueve al son de música que sale de uno de los bares y acto seguido se meten en otro.

—¿Las ves? —Bosco se pone a mi lado.

—Veo a Aura y Zoe está detrás de ella. ¿Qué coño...

Lo siguiente que veo es que el hombre que está delante de ellas se lleva la mano a la espalda y la mete por debajo de una cazadora que lleva. Estamos a más de veinte grados y va con una chaqueta de invierno.

—No me jodas.

Golpeo el pecho de Bosco y con una mirada me entiende. Los dos salimos corriendo y solo son un par de fracciones de segundo, pero veo que ese tío saca una Beretta 92, que empuña con fuerza y apunta a las hermanas que se han quedado heladas. No me lo pienso, actúo por instinto, miro a Bosco y, mientras yo observo que tiene el seguro puesto —error de novato—, Bosco se adelanta para apartar a las chicas. Sujeto al individuo por el brazo, lo levanto en el aire, le obligo a soltar el arma y le tiro al suelo boca abajo, me arrodillo sobre él y pongo mi mano contra su cabeza.

—Ni se te ocurra moverte.

—Suéltame, hijo de puta. Las voy a matar. ¡Os voy a matar, zorras de mierda!

—¿Estáis bien? —Veo cómo Bosco inspecciona a Zoe y a Aura. Las dos afirman con la cabeza—. ¿Os ha hecho algo?

—No, David no ha tenido tiempo de...

—¿Es tu exmarido?

—Sí.

Mientras Bosco abraza a Zoe, Aura está mirando a David que sigue gritando en el suelo, no responde, parece que el valor que ha tenido para ponerse delante de su hermana se acaba de esfumar. Su mirada está fija en la pistola.

Veo el arma en el suelo y por un instante, por un segundo pienso en qué hubiese sucedido si llega a pillar a Zoe sola en algún otro sitio o si Leo y Bosco no se hubiesen dado cuenta.

Cierro los ojos.

Dejo de escuchar lo que sucede a nuestro alrededor.

Los abro.

Veo las sombras de unas luces azules que iluminan una pared.

Parpadeo y esas luces se fijan ante mí.

Alguien me habla.

No contesto.

Busco a mi hermana.

Está con Bosco.

Esposan a David.

Trata de escabullirse de la policía.

Me grita, pero no escucho nada.

Parpadeo.

Estoy sentada en una silla.

Alguien se aleja de mí.

¿Cómo hubiese sido esta escena si no los hubiésemos conocido, si nuestra vida fuese otra?

Te conozco

Lo de soñar cosas raras lo achacaré a la panzada que me pegué ayer en la Finca. Mi hermana preparó un plato para ofrecer en una de las bodas y me zampé casi hasta la bandeja.

—Venga, Aura, no desperdicies tu primer día de vacaciones en la cama.

Me obligo a salir de casa, porque por mí, hoy me tiraba el día entero enganchada a alguna serie de *Netflix*, pedía comida a domicilio y no saldría de la cama el resto del día.

Dos horas después estoy paseando por el Retiro y buscando un lugar fresquito para tumbarme en la hierba, sacar el libro y devorarlo hasta que me entre hambre. No tardo mucho en encontrar un sitio poco concurrido, aunque es normal. Un lunes a estas horas pocos madrileños hay por aquí. Busco el cobijo de las ramas de un árbol, extiendo el pañuelo que llevo en la mochila y me tumbo para disfrutar con *Matar a un ruiseñor*. Me lo he leído varias veces, pero esta vez he elegido su lectura en inglés. En dos semanas me voy a vivir a Londres y quiero refrescar el idioma.

Antes de llegar a la página veinte, escucho el sonido de mi móvil. Al mirar la pantalla veo que es Raquel, una amiga a la que hace un par de años perdí la pista.

—Hola, Raquel, vaya sorpresa.

—Sí, no tengo perdón, pero esto de casarse, ser madre y trabajar no es nada fácil. Todo eso de la conciliación es una engañifa. La que nos han colado a las mujeres con ese tema.

Raquel se casó con su novio de toda la vida y ha tenido dos hijos: Nico y Laura. Viven en Barcelona pero parece que van a volver a Madrid porque destinan a su marido a las oficinas de la capital en su empresa.

—No quiero parecer una aprovechada o que creas que solo te llamo por el interés, pero no sabrás si hay alguna casa en alquiler cerca de la de tus padres.

Hablamos durante más de media hora. Le prometo que investigaré un poco y nos veremos antes de que yo me vaya a Londres. David, su marido, le pide que cuelgue para que siga preparando la comida.

—Nos vemos, Aura.

—Adiós, Raquel.

Me quedo observando el móvil un par de segundos y lo dejo sobre la mochila. Me meto de nuevo en el libro y por fin puedo desconectar entre sus páginas. Devoro más de cien del tirón y decido parar para estirarme un poco. Me pongo de pie y hago un par de posturas de yoga, cuando siento un golpe en la espalda y acto seguido acabo por los suelos.

—¿Qué leches ha pasado? —Veo unos pies que corren hasta mí.

—Perdona, ¿estás bien?

—Sí, creo que sí. —Me levanto del suelo gracias a la ayuda de la mano de este chico.

—Scully, mira lo que has hecho.

El chico está de espaldas y se agacha en el suelo para llamar a una pequeña Dóberman negra. Esta acude con una pelota en la boca que deja a los pies del chico.

—Pídele perdón a esta chica.

La perra se acerca a mí y me da suavemente con el hocico en la pierna. Me agacho a su lado y me pone una pata en la rodilla como si realmente hubiese entendido a su humano y estuviese excusándose por haberme tirado al suelo.

—Es pequeña aún y estamos tratando de que no sea una loca.

Levanto la vista y me encuentro con un chico muy guapo. Yo que pensaba que esto solo ocurría en las novelas románticas o en las películas de Ryan Gosling, pero no. Estoy delante de uno de los chicos más guapos que he visto en mi vida. Y yo con estas pintas de *hippie* venida a menos.

—No te preocupes. Con esa caída de ojos se me ha pasado el golpetazo. Me llamo Aura.

—Yo soy Leo.

—Encantada.

Durante una fracción de segundo nuestros ojos se miran y siento una electricidad recorriendo mi cuerpo. Leo sonrío y yo agacho la cabeza pensando que debería haberme rizado aunque fuese las pestañas. Tengo cara de chirimoya hoy.

—Leo. ¿Has visto a Scully?

Una chica con un bebé en brazos y otro perro a su lado, camina hacia nosotros.

—Sí, acaba de atropellar a Aura.

—Madre mía. —La mujer en cuestión se acerca a nosotros con una gran sonrisa—. Perdona, pero estamos tratando de que deje de hacer el loco en el parque.

—Aura, ella es María y el peque es Miguel, nuestro precioso hijo.

Demasiado bonito para ser cierto. *Por supuesto, Aura, dime tú ¿cómo vas a conocer a un tío así en un parque por casualidad, que su perro te arroye y esté soltero? Sigue creyendo ciegamente en el amor, cariño.*

—¿Te has hecho algo? —María, tan amable como preciosa, me acaricia el brazo.

—No, no te preocupes, soy arrollada más veces de las que me gustaría al día.

Los dos me miran entrecerrando los ojos como si les estuviese hablando en *élfico*.

—Cosas mías. —Sonrío y Leo me mira extrañado con una ceja elevada.

María se aleja de nosotros jugando con el otro perro al que llama Mulder. ¿Mulder & Scully? Esto me suena y no de *Expediente X*.

—Siento mucho que te haya tirado. —Leo recoge el libro que ha acabado un poco lejos—. Me gusta mucho este libro, es el favorito de mi madre. Siempre leemos algo de este y algo de *Orgullo y prejuicio* todos los años en Navidad.

—Dos grandes libros. Tu madre tiene muy buen gusto.

—Sí.

Sigue mirándome como si buscase algún gesto o algo en mi cara. ¿Tendré un moco pegado?

Mulder viene corriendo y comienza a dar vueltas alrededor de los dos, obligándonos a pegarnos. Lo que a este perro le parece divertido a mí me hace sentir incómoda. Leo le pide que pare, pero a Mulder se le une Scully. Al mirarme hace que me tiemblen hasta las pestañas, sus manos presionan mi cintura contra su cuerpo y aspiro su aroma.

Me es familiar.

Demasiado familiar.

—¿Nos conocemos? —Leo pasa la lengua por sus labios.

—Tal vez en otra vida.

No decimos nada más y a los minutos los perros se cansan y salen

corriendo en otra dirección. Mi teléfono comienza a sonar y nos saca de este momento tan bizarro. A Leo le reclama su preciosa mujer y a mí esa llamada incesante.

—Encantado, Aura. —Comienza a caminar de espaldas—. Siento el atropello.

—No te preocupes. Los cachorros son así.

Al mirar para abajo Scully se sienta a mi lado y me agacho para acariciarla.

—Encantada, preciosa. Tienes suerte, parece que has caído en una buena familia. —La perra me devuelve un lametón en la mano—. Sí. Ahora ve con tu humano que te espera. Encantada, Leo.

—Nos vemos en esa otra vida que tan interesante parece.

Se pone las gafas de sol y sonrío.

Si alguna vez perdiese la cabeza y me enamorase de una sonrisa, esa sería una perfecta para hacerlo.

Vida

*A*ura no ha dicho ni una sola palabra desde que la policía ha metido a David en el coche. Está sentada en una silla con la mirada perdida en el suelo. Me acerco a ella tras explicarle a uno de los agentes todo lo acontecido.

—Tendréis que pasar por comisaría a firmar un par de papeles cuando tengamos terminado el atestado. Para que luego no haya problemas y no tenga de dónde tirar el abogado que se busque ese desgraciado. —Me estrecha la mano y me mira la camiseta—. ¿Te ha herido? Tienes sangre.

Me miro y compruebo que es alguna pequeña herida que se ha abierto en el pecho.

—No, no te preocupes. No nos ha hecho daño a ninguno. Gracias por todo. —Le doy una palmada en el hombro y me acerco a Zoe—. ¿Estás bien?

—Sí, ha sido todo tan raro, tan de película, que creo que no he reaccionado. El momento en que lo haga a lo mejor me pongo a llorar del ataque de pánico. —Zoe no se despega de los brazos de Bosco.

—Voy a ver cómo está Aura. Lleva un rato en shock.

Camino entre las atentas miradas de algunos transeúntes que se han amontonado para ver la escena. Nunca comprenderé el motivo de las personas para hacer esto.

—Cariño, ¿estás bien?

Me arrodillo a su lado, pongo una mano en una de sus piernas y con la otra le sujeto de la barbilla.

—Aura, dime algo, por favor.

—Me ha sucedido algo muy raro. Todo se ha distorsionado y he tenido un sueño despierta. Era otra vida en la que nos conocíamos tarde. Tú estabas casado con María y con un bebé, yo me iba a vivir a Londres. —Me mira y siento la pena que tiene—. Me he puesto a pensar qué hubiese pasado si hubiese pillado a mi hermana a solas o si no os hubiésemos conocido. Y mi maldita imaginación me ha mostrado otra vida en la que tú y yo no éramos nosotros.

—*Aura, en esta y en las próximas diez vidas, siempre seremos nosotros.*

—*Dame cinco minutos.*

Se levanta y se abre paso hasta llegar a Zoe. Hablan durante unos minutos, Raquel se acerca a ellas, se acarician, se unen en un pequeño círculo, se abrazan y sé que rompen a llorar. Aura abraza a Juanjo, le susurra algo. Hace lo mismo con Bosco y se despide de los cuatro. En sus ojos hay lágrimas, que se aparta al caminar hacia mí.

—*Llévame a casa, Leo.*

No tardamos más de media hora en llegar al piso callejeando para evitar las aglomeraciones de un viernes por la noche. Aura no ha dicho nada en todo el trayecto y yo he venido abrazándola, protegiéndola y observando cada rincón, cada mirada que se cruzaba con la nuestra. Todos me parecen sospechosos de tratar de hacer daño a Aura y eso no se lo voy a permitir a nadie en este mundo.

Abro la puerta de casa y dejo las llaves en el cuenco de la entrada.

—*Voy a darme una ducha. —Desaparece pensativa por el pasillo.*

Tengo el susto metido en el cuerpo. Me tiemblan las manos mientras me desabrocho los botones de la americana. Dejo caer la ropa al suelo del baño y me meto a la ducha sin pensar en el maquillaje. Me quedo unos minutos debajo del agua caliente, pensando que se va a llevar parte de esta noche, deseando que lo haga.

Tardo más de quince minutos en salir del baño. He intentado reprimir las lágrimas, mantenerlas a raya y no permitirles salir por ese hijo de puta que ha querido jodernos la vida de nuevo. Pero ya no puedo con ellas y me dejo, las permito rodar por mis mejillas mientras me oculto a Leo. Pero al llegar a la cocina le veo preparando café.

—*Te iba a preparar un té, pero no eres de esas. —Me entrega una taza—. Odio cuando lloras. Odio cuando no puedo hacer nada para consolarte.*

—*Lo has hecho, nos has salvado.*

—*Ojalá no hubiese tenido que hacerlo, porque eso significaría que él nunca habría formado parte de vuestra vida y que jamás os habría herido. — Besa mis lágrimas una a una tratando de hacerlas desaparecer—. No volverá, Aura. De eso nos vamos a encargar nosotros.*

—*¿Seguro?*

—Te lo prometo. —Me abraza tan fuerte que siento cómo mi cuerpo se rinde.

Seguimos así unos minutos más. Abrazados, sin decir nada.

—Voy a darme una ducha. —Me besa y va hacia el baño acariciándose la nuca.

Apago las luces, pongo algo de música, enciendo varias velas grandes que tengo distribuidas por el salón, abro la ventana y descorro las cortinas. Me apoyo en el marco y espero a que el aire y la noche se lleven lejos este miedo tan atroz que acabo de sentir. No me gusta cuando me sucede, me siento débil y vulnerable. Odio este puto sentimiento porque me hace cagarla, no me permite ser yo y me asusta que vuelva a ocurrirme lo mismo que cuando era adolescente.

No sé cuánto tiempo pasa Leo en el baño, pero me parece que es el suficiente para que al menos yo deje de llorar.

—Gracias por el café, Leo.

Sé que acaba de entrar en el salón. El olor que desprende es inconfundible. Es capaz de hacerme cerrar los ojos, aspirar profundo y recordar cada vez que le he olido. Me doy la vuelta y le veo sentado en el sofá vestido solamente con un pantalón corto de algodón. Tiene el pelo algo mojado y se lo peina para atrás con los dedos. La luna, envidiosa de las vistas, parece que se ha acercado a la ventana y ha decidido iluminarle.

«Sabe que la noche ha traído el frío, para hacer que los amantes no se cansen y no dejen de tirar. Vuelve a pensar en él».

El disco *Contra las cuerdas* de Sidecars sigue sonando en el piso desde hace varios días y esta canción, [Los amantes](#), siempre me ha gustado mucho.

Leo me mira y es como si me viese por primera vez. Siento que se le ilumina la mirada, que me regala una sonrisa a medias que quiero que sea completa. Camino hacia él despacio, sin prisa, me arrodillo en el sofá, pongo una pierna a cada lado de su cuerpo y me siento sobre él. Le sujeto de las mejillas, reviso que sea él, que esto sea de verdad, que no sea otro maldito mal sueño en un mundo en el que no nos conocemos.

—Prométeme que siempre seremos nosotros, Leo. No creo que pudiera sobrevivirte.

—No vas a tener que hacerlo, pequeña.

Dibujo con la yema de mis dedos su mandíbula, sus labios y bajo por el cuello hasta su pecho. Veo una herida reciente.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo un arañazo.

Acaricio cerca de las heridas que ya están cicatrizando, tratando en vano de que mis dedos las curen y desaparezcan para no recordarnos nada de estas últimas semanas.

—Te quiero, Leo.

—Te quiero desde antes de conocerte, Aura.

Me hace sonreír con sus frases con las que él no liga y no rompe corazones.

Sujeto sus mejillas y me acerco lentamente a sus labios. Dejo muy poco espacio entre nuestras bocas, pero no le beso. Quiero verme en sus ojos, quiero verme tal y como él siempre me ve. Acaricia con su nariz la mía y me hace sonreír. Susurra un «*Te quiero*» que me hace cosquillas justo antes de que nuestras bocas se encuentren. Es un beso lento, explorador, que quiere hacer sentir, que trata de recuperar lo que no hemos podido ser estas semanas, lo que no somos desde que se fue a Siria. Volvemos a ser los dos chicos aterrados de la cabaña que se estaban despidiendo. Pego mi cuerpo al suyo y sus manos se meten por dentro de mi camiseta, me separo de él y me deshago del trozo de tela que no me permite sentir su piel.

—Cómo te he echado de menos, joder.

Su voz susurrada y excitada hace que mi cuerpo vuelva a pegarse a él, que mi boca busque la suya, que mis manos recorran su espalda y mis uñas suban y bajen por ella.

Se levanta del sofá conmigo en brazos sin dejar de besarme, apaga las velas y camina hasta dejarme en la cama con tanta delicadeza, que siento que cree que me voy a romper.

—Voy a cerrar la ventana.

Sé que va a asegurarse de que todas las ventanas están cerradas, que la puerta tiene la llave echada y los dos cerrojos de seguridad están puestos y que no hay nada raro en el piso. Sé que lo ha hecho cuando yo estaba en la ducha, pero asegurarse de las cosas dos veces forma parte de su trabajo. Vuelve a la habitación y le espero arrodillada negando con la cabeza.

—¿Has encontrado los cadáveres de mi armario?

—Siento decírtelo así, pero tú no tienes ya secretos para mí.

Se queda de pie delante de la cama y aprovecho para soltarle el cordón de pantalón y deshacerme de él. Le pillo desprevenido y le empujo suavemente en la cama.

—Y tú, Leo, ¿tienes algún secreto inconfesable? —Me tumbo sobre él.
—Que eres mi debilidad, canija.

Vuelven sus ganas y las mías, las caricias en la nuca que sé que le hacen retorcerse, los besos en los que perdemos el sentido del tiempo, su lengua recorriendo el interior de mis piernas, mis labios bajando por su abdomen, su sexo, el mío...

Estamos sentados en la cama, yo sobre él y mirándonos a la cara, besándonos, susurrándonos secretos, cosas que siempre quedarán en estas cuatro paredes, en este piso que ya es su hogar y que a mí me encanta compartir con él.

—Te quiero, Leo.

Comienzo a moverme sobre su cuerpo y las yemas de sus dedos se clavan en mi espalda.

Sus caderas se balancean.

La mía es la que marca el ritmo.

Le miro a los ojos, no me aparta la mirada, no los cierra y esto me excita más si cabe.

Le beso, estiro de su labio inferior.

Gruñe, me agarra con fuerza del culo.

Me pide que no siga con la cabeza, pero no pienso dejar esto aquí. Pego mi boca a la suya y atrapo su orgasmo entre mis labios, para comenzar a moverme más rápido, arqueo la espalda y la habitación se llena de orgasmos, caricias y más placer. El que no nos hemos dado en más de un mes. Nuestros cuerpos tal vez mañana no sean los mismos, pero se reconocen, se acoplan y se dan el placer que tanto necesitan para curarse. Porque sí, esta noche nos han roto un poco, pero nos curaremos.

Estamos tumbados en el suelo de la habitación. No sé cómo lo hacemos, pero siempre terminamos con los cojines y una manta en la tarima.

—El lunes tengo que pasarme por la Academia a llevar los informes del médico.

—¿Estás preparado para ver a Estévez?

—No, no lo estoy. Pero sé que tarde o temprano me tendré que enfrentar a él. Bosco y Juanjo me han dicho que ha pedido unos meses por la muerte de...

—Toma aire—. No saben nada de él.

—¿Y el resto de tu familia?

—Nadie se habla con ellos. Bueno, ellos no hablan con nadie. En Siria

conseguí saber el motivo de este odio hacia mi familia. Fue demasiado tarde y no tuvimos tiempo de hablar las cosas con tranquilidad, pero te juro que cuando entró allí para ayudarnos sentí que volvía a ser mi primo. —Sonríe un par de segundos—. No sé si él buscaba su muerte. Siempre ha sido un puto kamikaze, pero cuando más fea estaba la cosa, entró para sacarnos de allí y cuando la bomba estaba a punto de estallarme encima, me empujó lejos.

—Siento tanto que tuvieses que vivir eso, Leo. Si hubiese algo que yo pudiese hacer...

Realmente no sé si esto vale con hablarlo sin tapujos o sería mejor que Raquel lo hablase con él en una terapia.

—Estoy bien, Aura. No es la primera vez que pierdo a un compañero.

—Pero era tu primo.

—Me jode mucho decir esto porque allí sentí por un segundo que volvíamos a ser aquellos niños que jugaban de pequeños a polis y cacos, pero dejó de ser mi primo hace demasiados años. —Apoya el codo en el suelo, se sostiene la cabeza y me mira, mientras su otra mano acaricia mi estómago—. Claro que me duele más que un compañero al que conocí allí durante dos semanas, pero he perdido a personas mucho más cercanas. De esto se sale, Aura.

—Siento que hayas perdido a tanta gente.

—Son gajes de este oficio. Nunca te acostumbras y siempre les recuerdas, pero luchas por no permitir que quienes acabaron con sus vidas, lo sigan intentando impunemente. —Me mira y noto su dolor.

—Sé que no os gusta que os llamen así, lo sé por mi padre, pero para mí sois unos putos héroes. Ponéis vuestra vida por delante de la de los demás, de personas que ni siquiera conocéis.

—Y tú les proteges ante injusticias.

—Hacemos un buen equipo. —Me muerdo el labio.

—Sí. —Se tumba sobre mí—. No estamos nada mal, canija, pero nada nada mal.

La noche se convierte en día.

El sábado transcurre entre sábanas revueltas, besos en la ducha, un maratón de sexo en la cocina, en el salón y hasta en medio del pasillo.

Lo de recuperar el tiempo se nos está dando bastante bien.

El más cobarde

Cuando llegamos a la Finca, lo primero que hace mi padre es venir a echarme la bronca de mi vida, que a ver dónde tengo la cabeza, que a ver cómo me enfrento a David teniendo un arma...

—Papá, no lo sabía. Solo le vi y me interpuse entre él y Zoe.

—De nuevo.

—Sí, de nuevo. Y lo haría mil veces más.

—No sé qué hubiese pasado si no se llega a dar cuenta. —Zoe aparece a nuestro lado con una *focaccia* de tomatitos. Parece que Víctor le ha dado su receta.

—Él ya no volverá a molestarnos. Removeré cielo, tierra e infierno para que Richard lleve el caso de acusación y no salga de la cárcel. Ya le he mandado un mensaje para...

—No os tenéis que preocupar por eso. —Bosco aparece a nuestro lado con un papel en la mano y se lo entrega a Zoe—. Ese hijo de puta no va a salir de la cárcel en una larga temporada.

Zoe abre la carta y comienza a leer, pero por su cara sé que no está comprendiendo nada. Me la entrega para que yo traduzca estas líneas.

—«*Los hechos probados son también constitutivos de un delito de atentado, en la modalidad de resistencia intimidatoria grave a agentes de la autoridad en el ejercicio de sus cargos, delito previsto en el artículo 550.1 y 2 del Código Penal...*» —Leo por encima las siguientes líneas para poder hacer un resumen. Cuando levanto la vista Raquel, Juanjo, Leo y mi madre se han unido a nosotros.

—Vale. Lo que quiere decir es que va a haber un juicio en el que David se enfrenta al cargo de quebrantamiento de la orden de alejamiento, delito de lesiones, alteración del orden público, doble intento de homicidio, delito de lesiones a agentes de la autoridad... —Doblo la carta y se le entrego a Zoe—. Tendremos que ir a testificar al juicio, pero acabaremos con él. La otra vez no pudimos encarcelarlo, esta vez no se quedará así.

Mi padre se aparta un segundo de nosotras cuando recibe una llamada.

Mientras nosotros hablamos de lo injusta que suele ser la justicia en estos casos –valga la redundancia de la frase–, veo cómo mi padre camina nervioso y se pasa la mano por la cara al colgar. No trae buenas noticias.

—Creo que deberíamos sentarnos un segundo. —Mi padre acaricia la espalda de mi hermana.

—Papá, ¿qué pasa?

—Ayer David trato de escapar en la comisaría. Se deshizo de dos policías golpeándoles con mucha fuerza. Uno de ellos está con un traumatismo en el hospital y el otro tiene una herida en la pierna. —Mi padre respira y echa la cabeza hacia atrás—. Se topó con otro policía en las escaleras y le tiró por ellas. Al llegar a la entrada dos compañeros le redujeron y en el forcejeo un arma le impactó en la parte derecha de la cabeza.

Sujeto a mi hermana que comienza a tambalearse, para sentarla en una de las sillas. Su cuerpo tiembla entre mis manos y me agarra con fuerza el brazo. No sé qué se pasa por su cabeza, pero en la mía solo hay un escenario posible. Y no pienso pedir perdón por lo que estoy pensando ahora mismo. No le deseo la muerte a nadie, pero él ha tratado de acabar con mis sobrinos y ayer casi nos mata. No pienso pedir perdón por desear que no haya personas como él en el mundo.

—Está ingresado en el *12 de octubre* en la planta de neurología. —Mi padre se agacha al lado de Zoe y nos sujeta a las dos de las manos—. No creen que pase de esta noche.

Durante los siguientes minutos nadie dice nada. Todos estamos pensando en el desenlace de esta situación y yo no siento pena. Bueno, no es así. Siento lástima de que aquel chico agradable que conocimos hace tantos años, guardase dentro de él un monstruo. Tengo la fuerte convicción de que las personas no cambian de un día para otro. Para bien o para mal. Eso es así. El problema es que David mantuvo a su bestia bien atada durante lo que duró la parte del noviazgo, que se encargó con esmero en ser el mejor yerno, cuñado y novio del mundo. Por eso cuando comenzamos a ver lo que estaba sucediendo no nos lo queríamos creer. Mi hermana lo achacó al estrés, a los niños, al cambio de vida, pero no fue así. Durante demasiados años esa bestia estuvo conviviendo con nosotros, esperando agazapada para atacar y destrozarnos nuestra familia.

—Tengo que hablar con los chicos. —Zoe tiene el semblante más serio que he visto en su vida.

—Lo hemos oído, mamá.

No nos hemos dado cuenta y los chicos, junto con Luna, están detrás.

—Mierda. —Mi madre niega con la mano en la boca y trata de mantener a raya sus lágrimas. Creo que todos lo estamos haciendo en este mismo instante.

—Mamá, ¿tú estás bien?

Laura se agacha al lado de Zoe y yo les dejo espacio, pero Nico me intercepta y me sujeta de la mano.

—¿Estáis las dos bien? —Mi sobrino me mira con los ojos rojos. Él también está intentando mantener la compostura y no romperse en mil pedazos.

—Cariño, no tendríais que haberlo escuchado. Vuestro padre no...

—No, mamá, ese hombre no es mi padre. Dejó de serlo cuando nos hizo daño, cuando intentó acabar contigo, cuando hirió a la tía por salvarnos y encima ahora os intenta matar. ¿Qué mierda de padre hace eso? —La rabia de Laura sale por todos sus poros—. Nunca he dicho nada porque se supone que soy la pequeña, que todos me veis aún como a una niña, pero ese señor no es nada mío. Te tenemos a ti, mamá. La mejor madre del mundo. No le hemos necesitado nunca y ahora menos. —Se limpia unas lágrimas que se le escapan—. Solo lamento que hayas tenido que pasar en silencio por todo, solo por no vernos a nosotros sufrir.

—Mamá, no llores. —Nico se agacha también al lado de su madre y hermana. Le limpia las lágrimas a Zoe—. No se merece ni una de estas. Salió de nuestra vida hace muchos años y jamás volverá. Me da igual si sobrevive o no, no es nuestro padre. Lo siento, mamá, siento haberte decepcionado y haberte recordado a lo que sufriste con él. —Nico se echa en la espalda la carga de su expulsión y la compara a lo que hizo su padre.

—No, hijo, no. Tú no eres él, jamás serás como él.

—¿Seguro?

—Todos cometemos errores por estúpidos, por miedo o por querer proteger a quienes queremos. Tú te metiste en el grupo de esos imbéciles en el colegio por proteger a tu hermana. —Zoe sujeta la cara de su hijo—. Sí, lo sé. Y no es la idea más inteligente que has podido tener, pero has puesto remedio a tiempo. Han echado al director y a su hijo, le han abierto un expediente en la Consejería de Educación por encubrir actos de *bullying* en el colegio y proteger a su hijo.

—¿Cuándo? —Todos nos sorprendemos.

—Hemos estado peleando por ello. —Bosco se acerca a los chicos y yo me hago a un lado—. Había muchas cosas allí que no cuadraban y nos pusimos

a investigar. Fondos del AMPA que han desaparecido y más detalles que son secreto de sumario por ahora.

Nico se levanta y mira a Bosco sorprendido.

—¿Has hecho todo eso por nosotros?

—Haría lo que fuese por vosotros. Sé que toda esta situación es rara, pero quiero mucho a vuestra madre. Por ella, por vosotros, por Luna y por nuestra familia, haré todo lo que esté en mi mano para protegeros durante el resto de mi vida. —Bosco está tan nervioso que le tiemblan las manos cuando las pone sobre los hombros de Nico.

—Gracias.

Ninguno nos los esperamos, pero Nico se lanza a los brazos de Bosco y a los segundos le siguen Laura y Luna. Zoe se levanta de la silla y los mira mientras llora. Esta vez de alegría, de orgullo y de emoción.

—Joder, qué bonitos sois, coño.

Raquel lo suelta también entre lágrimas.

No es la única.

Todos nos unimos a esta forma de soltar lastre, de dejar salir las emociones y de hacernos ver que estamos formando una familia fuerte y bastante llorona.

Mi madre y mi padre se han abrazado mirando a Zoe.

Raquel y Juanjo se sujetan de la mano.

Zoe se une al abrazo de Bosco y los niños.

Leo me abraza y me besa.

Yo niego con la cabeza mientras sonrío, me limpio las lágrimas y lo siento al mirar a mi alrededor.

Lo hemos conseguido. A pesar de los problemas y de los desastres, lo hemos conseguido.

Por tantas razones

Sé que este momento al que estoy a punto de enfrentarme va a ser el más duro de mi vida por tantas razones, que estoy segura de que necesitaré varios días para asimilarlo. Me tiemblan las manos en el momento en que el policía que está custodiando la puerta de la habitación de David me permite pasar.

—Te esperamos aquí fuera. —Bosco me acaricia la cara antes de besarme—. Te quiero, Zoe.

Le miro, observo su gesto, la forma en que se le ha escapado ese «*Te quiero*» entre los labios, cómo me mira sin esperar que diga nada más. Solo espero que decírmelo no sea efecto de todo lo que ha sucedido entre ayer y hoy. No podría con la pena de saber que es un te quiero compasivo.

—No tardo.

Fuera dejo a Bosco con Aura, Raquel, Juanjo y Leo. Les he preguntado a los niños si querían venir, quería que fuese su decisión y que nunca pudiesen echarnos en cara que no les permitimos despedirse de su padre. Los dos se han negado y han preferido quedarse en casa con Luna y nuestros padres.

Lo único que escucho en la habitación es el pitido de las máquinas y el ruido que hace el respirador artificial al que está conectado David. Está tendido en la cama con un tubo en la boca y varias vías en los brazos. Tiene restos de alguna herida en los brazos y un gran moratón en la cara.

Vamos, Zoe, tú puedes con esto.

Me acerco a la cama y me quedo a los pies de ella, aferrándome a la barrera que tiene en la parte inferior. Sigo observándole, no sé si con algo de miedo por si se despierta y me ataca. Aunque tumbado en la cama y viéndole así, ya no me provoca ningún miedo.

—Es una pena que lo que fuiste se haya convertido en lo que eres ahora mismo. Podría matarte con un poco de aire en la vía o desconectándote de lo único que te ata a la vida, pero no soy como tú. Jamás le he deseado la muerte a nadie y sigo sin comprender como tú, el hombre que me ha dado lo mejor que tengo en la vida, ha terminado siendo este monstruo al que hace años dejé de reconocer. —Camino alrededor de la cama y le observo más de cerca—.

David, nunca fuiste de grandes demostraciones de amor y tal vez debí darme cuenta antes, ya que lo nuestro no iba bien. No te digo que haya sido un error, porque gracias a ti tengo los mejores hijos del mundo. No creo que te preguntes por ellos, pero han decidido no venir a verte y lo prefiero. —Sonríó con tristeza y pienso en lo duro que tiene que ser todo esto para Nico y Laura—. Nunca has sido el padre que se merecen. Laura es la niña más dulce y especial del mundo, hace lo que le dicta su corazón y no deja que nadie le diga lo que debe hacer o no. Nico está encontrando su camino en la vida, aprendiendo de sus errores y demostrándonos a todos que tenemos mucha suerte de tenerle cerca.

Trato de sujetarle de la mano, pero soy incapaz de hacerlo. Mi piel recuerda. Recuerda sus puñetazos, los golpes con el cinturón y los cortes con el cuchillo. Y mi alma también lo recuerda y me pide que me aparte de él. Que no se merece ni un gesto de bondad.

—Podrías haber sido feliz. Lo nuestro estaba predestinado al fracaso desde el momento en que me pusiste los cuernos por primera vez, bueno, y por enésima. Nosotros no íbamos a terminar juntos, pero tú podrías haber sido feliz. Eres uno de los mejores chefs que conozco y tu trabajo estaba lejos de España. París, Nueva York o Milán. Pero decidiste acabar con tu vida, llevándote por delante a mi hermana y a mí.

Aprieto tan fuerte los puños, que me clavo las uñas en la palma de mis manos haciéndome daño.

—Podría decirte que estoy llena de rabia, pero al verte aquí tendido, respirando gracias a una máquina y viviendo tus últimos minutos... No soy mala persona y jamás te deseé la muerte, ni yo ni ninguna persona de mi familia. Tampoco esperes que te lloremos. Ya lo hicimos durante demasiados años. Solo quédate con que yo he venido aquí a despedirme. —Siento una vibración en el móvil, pero decido no hacerle caso—. Tengo que darte las gracias. Gracias a que tú no me quisiste he encontrado al amor de mi vida. Durante un tiempo pensé que eras tú. Después sentí que no me merecía un amor de esos de película, de los de verdad, porque me anulaste, pero me lo merezco. Me merecía un amor tan grande como la ilusión que tuve cuando le conocí. —Sonríó recordando el momento en que Bosco me besó por primera vez, cómo me hizo el amor cuando supo mi pasado con David—. ¿Sabes? Con él sé lo que es que me amen, que me respeten y que me hagan sentir mujer, deseada y, me da la vida. Esa que tú intentaste quitarme.

Me doy la vuelta y observo por la ventana. Veo a más personas en

habitaciones con sus familiares o amigos, alegres por recibir buenas noticias o llorando por no tenerlas. En esta habitación nadie va a llorarle. Su familia dejó de hablarle hace muchos años, cuando a ellos también les metió en deudas de miles de euros. Él siempre me dijo que no me habían aceptado, que decían que les había robado a su hijo. La verdad la conocí años después. Les contó una historia tan rebuscada, que estuvo pidiéndoles dinero muchos años después y cobró su parte de la herencia cuando murió su padre, aun estando su madre viva. Le exigió vender la casa dónde ella vivía para tener su parte de herencia y gastársela en cosas que yo ni siquiera sabía.

—Qué tonta fui contigo, David.

Miro por la puerta y veo a mi familia.

Pendientes de mí.

Pendientes de él.

Sé que, si por un momento David se levanta, no tendría ni una sola oportunidad de hacerme daño. Sé que todos los que están fuera darían su vida por mí. Por suerte jamás tendremos que comprobarlo.

—Adiós, David.

Estiro mi mano y la pongo sobre su pecho. Es una prueba que me he pedido hacer. Si mi cuerpo ya no tiembla de miedo con este roce, sé que en unas semanas o meses podré decir adiós para siempre. Puede parecer que soy alguien carente de sentimientos, cosa que no es verdad. Todas las personas, ya sean mujeres u hombres, que hayan vivido esta puta pesadilla, sabrán que cuando te pones cara a cara con tu maltratador o maltratadora, es volver a revivir la historia de nuevo. Este paso para mí es muy importante.

—Espero que allá donde vayas encuentres la paz que no tuviste aquí.

Le miro por última vez y camino ya sin miedo hacia la puerta. No vuelvo la vista atrás. Una vez cerrada esta puerta se cerrará esa parte de mi vida que ya casi ni la recuerdo como mía. He luchado, lo hemos hecho para que mis hijos y yo pudiésemos vivir lo que ahora vamos a empezar a disfrutar.

—¿Todo bien?

Antes de cerrar la puerta me encuentro con las miradas preocupadas de los chicos. Mi hermana no ha soltado la mano de Leo y Bosco en ningún momento. Raquel frunce los labios mientras Juanjo le acaricia la espalda.

—Sí, esta historia se acaba aquí. —Cierro la puerta y les sonrío—. Un paso más para que podamos vivir como nos merecemos. Si os invito a unas copas, ¿sonaría demasiado frívolo?

—Para nada. —Raquel me abraza—. Es una terapia de lo más extendida

en Rusia.

—Entonces seamos rusos por un día.

Salimos del hospital y acabamos en la terraza del mirador de Café del Río. Desde aquí las vistas del Palacio Real y de la Almudena al atardecer son impresionantes.

—Brindemos. —Cojo una de las copas que nos acaban de servir y me levanto—. Por nosotros, por los que fuimos y por los que seremos. El camino que emprendimos todos por separado nos ha traído hasta esta terraza. No soy de discursos grandilocuentes. Así que solo quiero daros las gracias por querernos con todas nuestras taras, nuestras cicatrices y nuestras almas. Porque somos lo mejor que nos podía pasar y sé que, aunque nuestros caminos se separen en cierto modo algún día o en algún momento, siempre podremos llamarnos, vernos y juntarnos en la Finca para volver a ser lo que somos ahora mismo: la familia y los amores que nos hemos merecido siempre.

—Por tu fuerza, hermana. —Aura se levanta con su copa.

—Por nosotras. —Raquel se une a nosotras.

—Por la vida.

—Por la familia.

—Por el amor.

Leo, Juanjo y Bosco se unen con sus copas a las nuestras.

—Feliz vida.

Y a mi yo de ayer: quiérete, que vas a salir de ese momento, que, aunque veas todo tan negro, el final del camino va a ser la mejor aventura de tu vida. Te van a querer mucho y muy bien.

Y por las que no salieron, a las que anularon y mataron, ojalá llegue el día en que no se abra un telediario con una muerte más.

A las que no saben cómo salir, solo les pido que busquen ayuda, que encuentren apoyo en sus amigas, en su familia; que no se callen, que no les dejen sin voz. El miedo es real y es muy jodido. Pero que nadie os diga lo que debéis hacer o no, que nadie os impida ser vosotras mismas y que nadie, jamás en la vida, os ponga una mano encima.

Luchad por vivir, es la única manera.

Bienvenido y adiós

El caso Benlliure ha sido lo más sencillo de ganar de toda mi carrera. Aún no me lo puedo creer. Acabamos de salir de la reunión con su ya exmarido. Yo venía en pie de guerra, con tantos delitos anotados en mi agenda, que este hombre nos iba a dar todo lo que le pidiésemos. Pero es que no hemos tenido que hacerlo, ni siquiera he abierto la agenda. La reunión ha durado media hora. Y solo ha sido porque el abogado ha llegado veinte minutos tarde. Ha entrado en la sala, le ha susurrado algo a su cliente y este ha dicho, palabras textuales: «*Dale todo lo que pida*».

Aquí estoy celebrándolo con Richard y con la señora Benlliure a las diez de la mañana.

—No sé qué es lo que habéis descubierto sobre él, pero ha tenido que ser gordo. —Me da su beneplácito con un movimiento de cabeza.

—Bueno, puede que, dentro de unos años, cuando nada te vincule a él ni a ninguna de sus sociedades fantasmas y la investigadora sepa que tu nombre jamás ha estado en ninguno de esos papeles, la Comisión de Valores reciba un buen alijo de documentos para que inicien una línea de investigación nueva. — Sujeto la mano de la señora Benlliure—. Todo ha acabado ya. ¿Puedo confiar en que tú no sabías nada? No es que caigas tú sola, me arrastrarás a mí y a mi despacho.

—Aura, cariño, si yo tuviese algo que ver con esas empresas fraudulentas, esos cursos inexistentes por los que se cobraban subvenciones, no me habría separado de él. Seguiría viviendo una mentira. —Me sonrío—. Solo quiero empezar de cero, que mi vida no se mida al milímetro en la prensa, en los corrillos de esta Alta Sociedad tan venida a menos. Quiero irme a Mónaco, a vivir en ese pequeño piso que heredé de mi madre, irme de compras, beber vino y pasear por la playa al atardecer. —Le hace un gesto al *maitre* para que anote todo a su cuenta—. Cariño, voy a vivir y a disfrutar. Nunca es tarde para empezar a hacerlo.

—En eso tienes razón. Es hora de que vivas tu vida. —Sonrío.

—Richard, sería una pena que la perdieses, pero si alguna vez quieres

cambiar de país o trabajar por libre —mientras habla busca en su pequeño bolso de *Ferragamo*— esta será mi nueva dirección. Si alguna vez pasas por Montecarlo, allí tienes tu casa. —Se levanta y hago lo mismo para despedirme—. Aura, muchísimas gracias por este mes y medio. Pensaba que tendría que estar litigando durante años, pero habéis conseguido algo que no pensaba que era posible. —Me abraza con fuerza y delicadeza a la vez—. Ahora tómate unas vacaciones muy merecidas. Tus horas facturables de este caso van a ser muy beneficiosas para tu cuenta.

—Gracias. —Miro a Richard extrañada y él me sonrío.

—Disfrutad de la botella. —La señora Benlliure desaparece del salón con una gran sonrisa.

Un camarero nos deja una botella de *Taittinger brut reserve*.

—Nos vendrá muy bien para la reunión que tenemos ahora. —Richard le indica al camarero que nos traiga una copa más.

—¿Con quién? —Me froto un poco los tobillos. Estos tacones y el calor que hace me están matando.

—Con Mario. He leído su currículum, he preguntado e investigado y me gusta. No tenemos a nadie en plantilla que tenga tanta experiencia en ese tipo de derecho. —Sabe que no quiero que entre en el despacho por enchufe—. Aura, si no fuese bueno no me plantearía hacerle un hueco con nosotros. Si él quiere, tiene un puesto. Si quiere trabajar durante unos meses en pequeños casos o coger antiguos o incluso buscar nuevos, será libre para hacerlo.

—Hola.

Mario aparece a nuestro lado nervioso. Lo noto porque tiene el pelo completamente alborotado de las veces que se ha pasado los dedos, lleva un jersey en la mano a pesar de los más de treinta grados y enseña el diastema más de la cuenta. Sí, aprendió a sonreír a medias, pero a mí me gusta cuando sonrío por completo.

—Madre mía, Mario, relaja el culo, que de lo apretado que lo llevas te va a reventar el vaquero.

—Aura. —Me reprocha esta frase. No le gusta que hable así con gente delante que no sabe de qué rollo van.

—¿Lo dices por Richard? Creo que me ha oído con frases mucho peores. —Aparto una silla y le invito a sentarse.

—¿Una copa?

—No, mejor agua.

Richard y yo le miramos extrañados.

—Mario, relájate. El trabajo es tuyo. Si quieres en oficina o facturando las horas como autónomo, es tuyo. Así que relájate, deja de apretar el culo y tómate una copa con nosotros.

—¿En serio?

—Esto no es una prueba que si te la bebes no te contrata. —Animo un poco a Mario—. Podría decirte que somos un despacho muy serio y que ganamos el 100 % de los casos para convencerte, pero no es cierto. Eso sí, luchamos al 200 % por nuestros clientes y tenemos la tasa más alta de casos ganados en la Comunidad. —Le sirvo una copa a Mario—. Y somos el despacho que mejores fiestas de verano organiza.

Comienza a sonar [*Whiskey In The Jar*](#) de Metallica a todo volumen. Y mi mala, insana e inoportuna mente, me lleva a aquel día en el que salimos quemando rueda de la gasolinera y follamos como bestias en el coche. *Gracias, Leo, por cambiarme el tono de llamada y hacerme vibrar al escucharla.*

—¿Sí?

—¿Por qué no estás en el despacho?

—Estamos celebrando que hemos ganado el caso Benlliure. Ven a la terraza del Heritage. —Dejo el teléfono en la mesa—. Nella trae unos documentos de tu caso de evasión de impuestos.

—Supuesto. —Richard me replica divertido.

—Si Nella me trae una carpeta negra, dejará de ser supuesto.

—Me apuesto la siguiente botella a que no.

—Me apuesto tu botella y subo unos *Cohiba* a que sí.

Nella llega a los quince minutos con el casco de la moto en la mano y meneando su larga melena negra, mientras contonea sus caderas y comienza a sonar una canción que acompaña sus pasos. Esta tía es inteligente, sexy a rabiar y con un sentido del humor perfecto. Si no me fuesen tanto los rabos...

—Joder, cómo nos cuidamos. —Coge mi copa y se la bebe—. Nena, tenías razón con tu intuición. —Deja una carpeta negra encima de la mesa.

—Mierda.

—Te dije que no cogieses el caso, Richard.

—¿Qué hacéis en estos casos? —Mario no deja de mirar a Richard buscando una excusa para decir que no a la oferta.

—Una llamada y amablemente nos retiramos del caso.

—¿Y si te ofrecen dinero?

Richard suelta una carcajada de las suyas, profunda y con acabado de carraspeo.

—No me dedico a esto por el dinero. Si quisiera, podría vender el bufete y vivir de las rentas de mi familia. Pero me gusta lo que hacemos. Somos buenos, cojones. —Mira a Aura—. Y desde que trabajo con ella, más malhablado y pierdo más apuestas que nunca.

—¿Quién es el nuevo? Me está poniendo nerviosa con esa mirada de cachorro perdido.

—Nella, él es Mario, nueva incorporación al despacho. Mario, ella es Nella. —Siento la mirada de Nella en mi cara—. La mejor investigadora de España y parte del extranjero.

—Así sí. Encantada.

Veo en la cara de Mario ese tic nervioso que llevaba demasiados años sin ver. La observo a ella mientras hablan y compruebo que Nella ladea la cadera hacia Mario cuando le cuenta que comienza a trabajar con nosotros. Pues no hacen mala pareja.

—Chicos, yo lo siento mucho, pero me tengo que marchar. Salimos de viaje en dos horas y tengo que ir hasta la Academia de Valdemoro. —Me despido de todos con un beso.

He recibido el alta médica hace un par de horas y estoy entregando todos los papeles para cogerme todas las vacaciones que tengo acumuladas de los últimos años. Han cubierto mi puesto mientras he estado de baja con un compañero, así que es el momento de decir adiós a Madrid por una temporada. Quiero viajar al lado de Aura, recuperarme por completo y olvidarme de esos pequeños fantasmas que me atormentan a veces.

—¿Estás seguro, Ramírez? —Mi superior, que está ojeando que todos los papeles estén debidamente firmados, no comprende que me tome estas semanas.

—Sí, completamente. He estado trabajando durante demasiados años encadenando misiones. Es el momento de parar un poco. Solo van a ser un par de meses.

—¿Tiene algo que ver la baja de Estévez?

Entiendo entre líneas lo que me está queriendo decir. No pregunta por la muerte de mi primo, está tratando de contar algo de mi tío.

—¿Qué ha ocurrido?

Me hace un gesto con la cabeza para salir del despacho y caminamos

por la Academia. Me cuenta una historia tan rocambolesca, que de primeras pienso que es mentira, pero conociendo a mi tío y las tramas y todo lo que ha estado tapando estos años, supongo que será verdad.

—Decir baja es ser benevolente. Le están investigando y está en dependencias judiciales. Entre otros cargos hay tráfico de drogas, de influencias, sobornos... —Mi compañero resopla—. No sé cómo no ha caído antes. Al menos si alguien le hubiese detenido hace unos meses ni tú ni Estévez hubieseis caído en aquella emboscada.

En parte le doy la razón y en parte se la quito. No somos dueños de nuestro destino y lo que sucede, tarde o temprano tiene que ocurrir. La vida que llevaba mi primo le hubiese llevado a la autodestrucción tarde o temprano. Puede que tal vez en unos años, pero le llegó salvando la vida a sus compañeros. Un gesto heroico y desinteresado que hizo que, en cierta parte, se le reconozca como un héroe caído en combate.

—Lo que no comprendo es qué hace aquí.

Levanto la vista y la cruzo con Estévez que viene directo a nosotros.

—Tú, hijo de puta, tú has conseguido lo que siempre has querido. —Camina apartando a varios compañeros con los que se choca y corre hasta llegar a mí—. Por tu puta culpa mi hijo está muerto. Tú debiste morir allí solo y no mi hijo. ¡Mi hijo!

Su grito resuena por el patio de la Academia y llama la atención de varios superiores y compañeros que acuden por el tono elevado y amenazante de su voz.

—Estévez, será mejor que te calmes. —Intento que se tranquilice y no se meta en más problemas.

—¿Quién te crees que eres para mandarme callar, pedazo de mierda? —Pone sus manos en mi pecho y me empuja con fuerza. No me lo espero y acabo en el suelo—. Levántate y pelea, no seas tan cobarde como tu padre. A él le tenía que haber dejado desangrarse en aquella misión en El Líbano. De la misma forma que él dejó morir a mi hermana.

—Mi padre luchó por salvarla. —Me levanto intentando controlar mis ganas de partirle la cara. Aún me queda un poco de respeto por ser parte de mi familia.

—Mentira.

—Mira, Estévez, será mejor que no te metas en más líos. Bastante tienes con todos los cargos por los que se te imputan, no añadas agresión a un compañero. —Le intento poner la mano en el hombro, pero me pega un

manotazo bastante fuerte.

—Tú no eres ningún compañero. Eres un mierda que debería morir un día de un tiro en la nuca.

—Añadamos amenazas a tu precioso currículum, Estévez.

El Teniente Coronel Álvarez aparece a nuestro lado. Todos nos cuadrarnos menos el imbécil de mi tío.

—Eres esa manzana podrida que da mala prensa al cuerpo. Un cuerpo que deberías venerar y por el que hacer sentir orgulloso a tus compañeros de formar parte, pero no, tú no. Has cometido tantos delitos, que podría encarcelarte durante tantos años que tu puto culo acabaría siendo objetivo perfecto de presos de diferente calaña hasta tu vejez.

Creo que ninguno de los que estamos aquí presentes hemos oído a Álvarez hablar así jamás. Nunca sale de su despacho con mala cara, su talante es conciliador y siempre hace lo que está en su mano para facilitarnos el trabajo, pero esta versión es brutal.

—Cómeme el rabo, Antonio. No eres más que un imbécil con ínfulas de superioridad que me robó el puesto que era mío.

—Y una mierda. —No pienso permitir que siga diciendo tantas gilipolleces, aunque me gane un puñetazo, dos semanas de expulsión o un mes sin sueldo—. Si te llegamos a tener a ti al mando, lo más seguro es que la Academia se hubiese visto imputada en más delitos de los que se te acusan. He tenido respeto por ser quien eres, pero me niego a seguir creyendo que tú y yo compartamos algo más allá de un apellido.

—No vengas de digno, Leo, no lo intentes conmigo. Puedo destapar trapos sucios de tus intervenciones. ¿Cuánta droga de la decomisada en Algeciras te quedaste? —Se enfrenta directamente a mí.

—No vayas por ahí, será mejor que no lo hagas.

—¿Tienes miedo a que se descubra todo? —Mi tío se enfrenta a mí.

—No, lo que Ramírez no quiere es hablar mal de los muertos.

Bosco aparece a nuestro lado y niega con la cabeza.

—No te atrevas, imbécil. Mi hijo...

—¡Cállate, Estévez! —Álvarez grita y todos nos quedamos en silencio—. Él está siendo bastante más educado que tú. En esta Academia todos sabemos que fue tu hijo el que robó más de cincuenta kilos de heroína del puerto, que él fue el único culpable de que en la operación de hace dos años muriese un compañero por ir drogado hasta las cejas. —El Teniente Coronel alza la mano en el aire y llama a dos compañeros—. Estaba teniendo respeto

y educación por que llevas ese escudo, pero después del juicio estarás suspendido y se te expulsará del cuerpo. En la cárcel no necesitarás tus galones.

—¿Crees que voy a acabar en la cárcel? —Su risa me hace temblar—. Contrataré al mejor abogado para que no me caiga ni una multa de cien euros. Hoy en día todo se puede comprar. Los abogados también la saben chupar muy bien.

Me mira desafiante. Sé lo que está intentando hacer, pero no se lo voy a permitir. No le voy a dar el gusto.

—Sobre todo las abogadas sin talento que a base de mamadas son capaces de ascender y ganar casos. ¿Conoces tú a alguna así, Leo?

Doy un paso adelante, pero una mano en mi pecho me lo impide.

—Permíteme. —Aura me mira sonriendo y afirma con la cabeza. Respira profundamente y, sin dejar de sonreír, mira a Estévez—. Desgraciadamente tendrás un abogado sin escrúpulos esperando para defenderte. Es muy probable y posible que la pena y la multa que se te imponga sea mucho menor de lo que te mereces.

Carraspea y da un paso adelante ante la atenta mirada de todos mis compañeros y superiores que se han acercado al ver lo que estaba pasando.

—Tal vez tengas suerte y salgas con... ¿Setenta años? Se habrá pasado la mayor parte de tu vida entre rejas, sin visitas, sin nadie que se preocupe por ti porque has conseguido apartar a las pocas personas que algún día te quisieron y mandaste a tu hijo a una muerte segura.

—¡Él mató a mi hijo! ¡Por su culpa está muerto! Eso pesará en su conciencia el resto de su vida. —Señala a Leo por encima de mi hombro mientras se acerca a mí y me enfrenta.

—No. —Siento que Leo adelanta un paso y le freno. Lo último que quiero es que él tenga problemas. A mí como mucho me cae una multa—. Siento decírtelo así, pero tú eres el responsable de que tu hijo haya muerto. Pero mira, él al menos tuvo valor antes de morir y salvó a sus compañeros y a su primo. Trató de enmendar las cagadas de su vida con un acto heroico.

—Los héroes no existen. Son imbéciles que deciden que su vida tiene menos valor que la de los demás. Mi hijo siempre fue tan estúpido como su madre. Las mujeres siempre lo complicáis todo. Si no te hubiesen conocido en aquella discoteca, si no hubieses cruzado tu puta cara con ellos, él estaría vivo. Eres una zorra. —Levanta la mano en el aire y antes de que nadie le

frene, sujeto su muñeca y le doy un golpe en los huevos, que le desestabiliza y cae al suelo de rodillas.

—Jamás se te ocurra levantarle la mano a una mujer, jamás. ¿Me has oído? —Le tuerzo el brazo sin importarme quién nos esté observando—. Porque entonces caeré sobre ti con todo lo que tengas, con todo lo que el cuerpo trate de evitar que salga en el juicio y acabaré con tu mierda de vida. —Me acerco a su oído—. La vida pone a todos en su lugar y el tuyo está en una celda rodeado de delincuentes. Ojalá te pudras allí.

Me aparto de él y siento cómo me tiemblan las piernas, cómo se me tensa cada músculo de mi cuerpo y tengo que cerrar los ojos al darle la espalda tratando de controlar las lágrimas nerviosas que pugnan por salir.

—Lo habéis visto. Ha agredido a un agente de la autoridad.

Estévez se levanta del suelo con cara de dolor y señala a Aura. No se oye ni una sola palabra. Aura se da la vuelta, junta las muñecas y las pone delante de su cuerpo. Sin palabras está diciendo que, si alguien quiere detenerla, está dispuesta a que le pongan unas esposas.

—Yo solo he visto tu abuso de autoridad sobre ella.

—No la he tocado un pelo.

—Porque no te ha dejado. La intención también es un delito. López, Ruiz, lleváoslo a dependencias y veremos lo que hacemos con él.

Esta probablemente será la última vez que vea a mi tío. Se lo llevan entre gritos, insultos y palabras que nos hacen ver que ha perdido la cabeza. No sé qué será de él, pero tampoco me importa. No, no soy mala persona por ello. Hace mucho tiempo que dejó de ser de mi familia y me ha demostrado que, si tuviese ocasión, acabaría con Aura. Y por ahí no le voy a dejar pasar.

—¿Estás bien? —El Teniente Coronel se acerca a ella.

—Sí y lamento profundamente lo que... —Pone los ojos en blanco y sonrío—. No, no lo lamento para nada. Lo siento. Si tengo que pagar la multa por atacar a un agente, la pagaré encantada.

—No te preocupes. —La mira con detenimiento y sonrío—. Digna hija de tu padre. —Afirma con la cabeza—. Ramírez, disfrute de estos meses de vacaciones y recupérese. Un nuevo puesto le está esperando a su vuelta.

—¿Perdón? —No sé a qué se refiere.

—A su vuelta, Ramírez. Váyanse de vacaciones y disfruten. —Se aleja de nosotros para llamar por teléfono.

—¿Me quieres explicar qué acaba de pasar? —Aura me besa y

caminamos hacia la salida.

—No tengo la más mínima idea. —Paso mi brazo por sus hombros—. Parece que en estas semanas hemos ido cerrando los temas que nos tenían preocupados. Como si la vida nos lo estuviese poniendo un poco más...

—No. —Aura me tapa la boca con la mano y niega con la cabeza—. No llames al diablo que aparece.

Cuando salimos de la Academia me encuentro a Juanjo y Bosco al lado de mi furgoneta, la que estaba en Valverde.

—¿Y esto? —Miro a Aura sorprendido.

—Me debes una cala en Almería y creo que es el mejor momento para ir. Tú —comienza a susurrar cerca de mi boca—, yo, una cala sin ropa y mucho tiempo para nosotros.

—Sí, quiero. —La beso y siento que sí, que todo va por buen camino, que hemos cerrado etapas, dado carpetazo a asuntos pendientes y que estamos a punto de empezar a vivir de verdad sin tanto que pensar—. ¿Y a qué esperamos?

—A que Juanjo decida devolvernos las llaves. Ha ido a por ella a Valverde y dice que se la quiere quedar.

—No puedes, no tenéis vacaciones y a Raquel le queda una semana de... —Veo cómo Juanjo niega con la cabeza.

—Hoy era su última sesión. Han decidido parar con este ciclo. Le han tomado muestras y las van a analizar. —Juanjo tiene una expresión de alegría mezclada con dudas y miedo.

—Es Raquel. —Aura le abraza y se dicen algo muy bajito

—Lo sé. —Juanjo sonríe.

Nos despedimos de ellos y al montarnos en la furgoneta y ver como los dos entran de nuevo en la Academia, ambos respiramos hondo.

Tardamos casi siete horas en llegar a esta pequeña cala que tengo delante. Al bajarme de la furgoneta veo el atardecer más bonito del mundo o el que ahora mismo me parece el más espectacular. Naranja, amarillo y hasta tonos rojos se dispersan por el cielo y el sonido de las olas rompiendo en la orilla me obligan a cerrar los ojos y querer grabarlo en mi mente. Sería capaz de dejar Madrid para acostarme cada noche con este sonido y estos colores.

No me he dado cuenta, pero me he quedado embobada con el paisaje. Escucho

la voz de Leo muy lejos hasta que siento su mano en mi hombro.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Ven conmigo.

Me ofrece su mano y al darme la vuelta compruebo que ha preparado todo. La parte de atrás de la furgoneta está convertida en una cama enorme y del techo cuelgan pequeñas lucecitas que parecen luciérnagas.

—No he encontrado mucho en el pueblo que hemos parado, pero creo que cenar un poco de sushi con estas vistas, puede que sea lo mejor de todo el día. —Tira de mi mano y nos sentamos en el suelo, en una manta que ha extendido con la comida ya preparada para ser abierta y devorada—. Mañana prometo que te haré algo más currado.

—Leo, ahora mismo me da igual la cena. ¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con este sitio? Desde el cinco de mayo a las siete y diez de la mañana. Cuando me dijiste que me traerías aquí.

—Y parece que llevamos toda una vida juntos. —Suspiro hondo—. La verdad es que no sé cómo se alinearon los planetas para que nos conociésemos aquella noche, pero desde entonces creo que el destino nos pone en el camino a las personas que necesitamos en el momento exacto. Ni antes ni después.

—Al fin y al cabo, no ha sido tan malo con nosotros.

—Si la vida se tuerce y te pone trabas, cuando consigues ser feliz es mucho más satisfactorio.

—Agente Ramírez, ¿desde cuándo piensa de esa manera? Usted era de hechos y no de especulaciones con el destino y la magia oculta de la vida. —Sonrío sorprendida.

—Desde que tú apareciste en mi vida con tu sonrisa, con esos ojos que me miran con tanto amor, que a veces me cago de miedo por si no soy suficiente para ti.

Me levanto del suelo y le ofrezco mi mano para que haga lo mismo. Le llevo hasta la trasera de la furgoneta.

—Esto te puede parecer un detalle tonto que crees que no tiene ningún significado. —Paso las yemas de los dedos por las luces.

—Hablaste de las luciérnagas cuando volvíamos por el camino a la Finca.

—Eso fue en la Fiesta de las flores. —Hace mucho tiempo, si hablamos en nuestro espacio de tiempo.

—No me he olvidado de nada de lo que me has dicho en estos meses,

Aura. Sé que sigues siendo una soñadora y adicta a las sonrisas que tratas de sacarnos a todos. Sigues sin tener ni idea de fútbol, tampoco le has puesto frenos a tu boca ni a tu cuerpo y mucho menos a tu corazón. —Esta repitiendo palabra por palabra aquella presentación que hice en la barbacoa—. Querías saber qué se sentía al ganar y que estabas libre para la mayor aventura de tu vida. Creo que ha sido muy divertido conocerte, algo traumático que tú me conozcas —arruga la nariz al decirlo— y quiero seguir descubriendo lo divertido que será este camino a tu lado. —Me agarra de la cintura y se pone frente a mí.

—Cómo me engañaste, joder. —Le doy un suave golpe en el pecho mientras niego con la cabeza.

—¿Yo? —Me mira sin saber a qué me refiero.

—Me dijiste que no ligabas porque no sabías. Que no empleabas tácticas para enamorar a las mujeres. ¿Qué has hecho conmigo, Leo?

—Lo mismo que tú conmigo, Aura.

Mientras en un pequeño altavoz suena algo de música, nuestros cuerpos de pegan cada vez más mientras bailamos. Puede que no sea lo que mejor se nos da en el mundo, pero besarnos sí se nos da de maravilla. Dejarnos sin aliento, robarnos las ganas y esperar para que exploten juntas. Eso sí que se nos da bien.

Leo me agarra de la cintura y me ayuda a subir a la cama, él hace lo mismo y cierra las puertas de la furgoneta. Ante todo, seguridad. Se queda unos segundos mirando las luces y sé que está pensando.

—Comprueba que todo está cerrado, anda.

Le observo mientras gatea por la furgoneta y se mueve por el espacio mínimo que tiene. Puerta del conductor cerrada, la del copiloto también, la lateral también. Corre una cortina que ni siquiera había visto justo detrás de los asientos para darnos un poco de privacidad. No es que vaya a venir nadie a las diez de la noche a vernos a nosotros, pero no tengo muy claro que aquí se pueda acampar.

—¿Todo correcto, agente? —Sigo tumbada atrás.

—No te rías de mí, Aura.

—Nunca.

—Lo estás haciendo, estás sonriendo.

—Es que me pareces jodidamente adorable cuando te da el ataque. —Me apoyo en los codos.

—No hablemos de trastornos. —Se sitúa delante de mí.

—Que golpe tan bajo. —Abro la boca haciéndome la ofendida—. Aunque yo te avisé de que venía con taras. Haber elegido bien.

—No podría haber elegido mejor, Aura. Ya te lo dije: te elegiré a ti en las próximas cien vidas. —No dice nada, se sube en la cama y gatea hasta situarse encima.

Me muerdo el labio, trato de mantener a buen recaudo las ganas de llorar de alegría y niego con la cabeza.

—Yo te querré en todas ellas. —Le beso.

—¿En todas? —Su voz comienza a ser más grave. Me besa.

—Y en las cien siguientes. —La mía ya es casi un susurro.

Dejamos las palabras a un lado, las apartamos para acariciarnos, lamernos, redescubrirnos. Volvemos a ser nosotros, a ser manos, piel, labios, rincones y placer, mucho placer. Somos los mismos que hace unos meses y a la vez diferentes.

En cada beso encontramos nuevas ganas, en cada roce localizamos nuevos puntos de placer.

Acompasamos nuestros cuerpos, nuestras bocas se buscan y nos olvidamos de dónde estamos, de todo lo que hemos vivido y del momento en el que estamos.

Solo somos nosotros: Aura y Leo, Leo y Aura, la pareja que no estaba preparada para encontrarse, pero que ha conseguido hacer de una noche loca, la mayor aventura de sus vidas y que van a seguir viviendo **la historia de amor más bonita jamás contada**.

«Llevas en mi tiempo poco tiempo. Y aun así dominas mi reloj. Llegas por derecho y por decreto. (...) Todo lo que vamos a inventar, mi amor, mi amor, no te lo esperes con otro»^[22].

Raquel & Juanjo

Canción de autoayuda

Y o que jamás me había imaginado estar así hoy, tengo que darle a mi yo del pasado una puntadita en la boca. Quién nos iba a decir a alguna de las tres que aquella noche, en la que casi nos detienen por culpa de Aura y su llave *rascanucas*, iba a terminar de esta manera. Claro que una parte de mí siempre ha querido creer en los finales felices, pero mi parte clínica y analítica trataba de silenciarla. Pobre. Me la imagino en un rincón de mi cerebro amordazada y pidiendo ayuda a alguna neurona perdida que pase por delante.

—¿Estás lista?

A mi lado está ella, Aura, mi amiga, mi hermana, la que no se ha separado de mí nunca, ni cuando era una auténtica zorra y traté de echar a todos de mi vida. No sé si estoy preparada para enfrentarme de nuevo a esta palabra que tanto me asusta.

—Olvida ese miedo, Raquel. Todo va a salir bien.

Mi otra mano la sujeta Zoe, mi otra hermana.

Joder, qué suerte he tenido en la vida con ellas.

No me puedo creer que haya pasado ya un año de aquel día y estemos aquí las tres de nuevo.

Aún no tengo demasiado claro que haya sido buena idea venir a joderles estas vacaciones a Aura y Leo, pero venderme Cabo de Gata de la forma en que lo ha hecho Juanjo, pues no me he podido resistir. Bosco se ha encargado de alquilar una casa para darle una sorpresa a Leo por su cumpleaños. Estamos preparando todo para la fiesta. Esta vez tanto la familia de Leo como la de Aura nos han dicho que disfrutemos solos, que ya habrá tiempo de celebrar su cumpleaños a la vuelta.

—Ya vienen. —Juanjo está mirando por la ventana.

Las luces de toda la casa están apagadas y escuchamos la conversación que mantienen. Yo es que me los como a los dos un día de estos.

—Aura, yo creo que aquí no hay ningún restaurante.

—Que sí, que me ha dicho ese señor del pueblo que aquí es donde mejor se comía en la zona.

—Me temo que te has equivocado.

—¿De verdad me estás diciendo eso, Leo?

—Con el tema derecha e izquierda tenemos un problema, cariño.

—¿Eso crees? Pues a ver esta noche cuál de las dos te hace una...

—Sorpresa. —Grito en cuanto entran en la casa.

—*Presa...* —Los demás me miran extrañados uniéndose en las últimas sílabas de la palabra.

—Joder. —La cara de Leo no tiene precio.

Lo primero que hace es ponerse delante de Aura para protegerla. No, no se esperaba nada de esto.

—Os he dicho que no era buena idea sorprender a Leo. Dad gracias a que el arma no la tiene encima.

—¿Tú sabías esto? —Leo se da la vuelta y mira a Aura.

—No, en vez de girar a la derecha he girado a la izquierda. *Mimimimimi*. —Aura, con sus santos ovarios, le hace burla.

—Sorpresa. —Vuelvo a decirlo a ver si a Leo se le quita la cara de pocos amigos que tiene ahora mismo.

—¿Te estás burlando de un agente de la autoridad? —Leo la acorralla contra la pared.

—Sí, si me vas a hacer lo que tengo en mente, sí.

Escucho a la perfección el gruñido que suelta Leo y comprendo por qué mi amiga está tan sumamente enamorada de este espécimen de hombre en extinción. Me acerco a ellos y meto la cabeza casi entre los dos.

—Que yo os vería encantada, pero a los demás creo que la idea no les pone tanto. Vamos a celebrar tu cumpleaños, campeón.

Agarro a Leo del brazo y le saco a la parte de la piscina.

La casa se divide en tres plantas: una baja con el salón, la cocina y una enorme piscina con barbacoa y una barra de bar; la primera con las tres habitaciones; y la parte de arriba que es una terraza completa con unos sofás.

—¿Cómo te encuentras? —Veo a Leo diferente. Vale que está más moreno y más guapo si cabe, pero le noto algo raro.

—Muy bien. Solo necesitábamos salir de Madrid y alejarnos del drama. —Me mira negando con la cabeza—. No va por ti.

—Lo he entendido. ¿Todo bien por aquí? —Saco dos cervezas sin alcohol de la nevera del bar—. ¿Te trata bien mi amiga?

Los dos miramos en el interior de la casa y Aura está bromeando con Juanjo sobre el tamaño de las salchichas que vamos a cenar.

—Como nadie ha hecho antes. Sé que estos meses de luna de miel pasarán y llegará el momento de convivir a diario, de conocer nuestras manías, pero ¿sabes una cosa? —Mira a mi amiga y se le hincha el pecho de aire—. Con ella no tengo miedo. Si hemos sobrevivido a lo peor que nos podía pasar ¿cómo seremos de felices cuando la vida nos regale los mejores momentos?

—No nos ha puesto fáciles los inicios de nuestras relaciones. Zoe venía con un miedo a los hombres que Bosco ha despejado por completo. A ti te mandaron a la guerra, te quitaron un riñón y aún te estás recuperando de las heridas internas y externas. —Le acaricio el brazo—. A mí me regaló un precioso cáncer, del que por suerte he salido y ya nos podemos olvidar de él.

—¿Cómo?

Juanjo se queda paralizado cuando lo escucha y me mira sin saber si estoy mintiendo o no.

—Ayer martes recibí los resultados de las pruebas. No quería decir nada hasta que no me mandasen los del otro laboratorio. No es que no me fie, pero si nos remitimos a los hechos...

—¿Y? —Todos lo dicen a la vez y se acercan a nosotros.

—Podemos decir que la pesadilla ha terminado. Que no se ha reproducido, que no han visto nada, absolutamente nada en ninguna de mis amigas ni en el resto del cuerpo. Les pedí un escáner completo para quedarme tranquila. —Levanto la cerveza—. Estoy limpia. Dentro de seis meses tengo otra prueba, pero se acabó.

El grito de Juanjo se ha tenido que escuchar hasta en Mazarrón. Me agarra de la cintura y me sube por los aires mientras me besa.

—Joder, Raquel, te quiero.

—Y yo a ti, Juanjo.

Me da igual pecar de ñoña delante de mis amigos. Ellos jamás me van a juzgar y tampoco están en plan de hacerlo, porque son peores que yo. Zoe y Aura están llorando abrazadas.

A los cuatro días de nuestra llegada y nuestra desconexión completa de la realidad, decidimos ponernos en marcha para Madrid. Pero a los siete kilómetros, se nos pincha la rueda y la furgoneta de Leo comienza a sacar humo.

La situación: Aura está con un pañuelo en la cabeza muerta de calor y quintándose la ropa en el arcén de una carretera terciaria por la que parece que no pasan ya ni las ovejas; Zoe está pidiéndole a los chicos que tengan cuidado con las neveras de comida de la zona que se lleva a Madrid; y yo estoy riéndome de esta situación tan absurda y busco en mi móvil una lista de reproducción para hacer más amena la espera de la grúa. El azar, destino o como queramos llamarlo, hace que suene [*Canción De Autoayuda*](#) de Marwan. Él ha tenido mucho que ver en todas nuestras historias. Desde aquí, gracias, Marwan.

Las tres tarareamos casi en silencio la letra de la canción, pero cuando llega el estribillo no podemos evitarlo y nos ponemos a cantar como si estuviésemos en aquel concierto de la sala But.

—«*Hoy voy a disparar contra la realidad, pienso buscarle un chico a las solteras de este bar. Hoy voy a mejorar y pienso divorciar a todas las mujeres tristes que hay en mi ciudad*».

Ahora mismo mi mente está reproduciendo aquel momento. Cada vez que tengo un momento de estrés o de preocupación o que no sé lo que debo hacer, mi cerebro reproduce casi a la perfección los buenos momentos de mi vida.

—¿Preparada?

Parece que me he ido de viaje un rato. Zoe y Aura me miran y vuelven a preguntarme algo que supongo que no ha tenido respuesta. Me miro al espejo y me coloco un mechón de

pelo que se me ha escapado. Paso mis manos por el pecho y las bajo por las caderas estirando bien el vestido. Respiro hondo y me pinto los labios con mi labial rojo favorito, con el que Juanjo me conoció y al que siempre recorro en los momentos difíciles.

—Ha llegado el momento.

Tomo aire, cierro los ojos, me pongo una mano en el pecho tratando de tranquilizarme y agarro a Aura y Zoe. Abro los ojos, lo observo, detenidamente. Me acerco, lo muevo, niego con la cabeza.

—Joder.

Me llevo la mano a la boca mientras Aura trata de mantener contenida su risa.

—Puedes reírte.

—No me estoy riendo, son los nervios. Que vais a ser padres, Raquel. Vais a ser padres y se lo tienes que decir a Juanjo en el altar.

Me llamo Raquel Araoz.

Mi edad solo es un número más que el año pasado.

He sobrevivido a un cáncer del que ya me han dado el alta definitiva.

Me he enamorado como una maldita adolescente de Juanjo.

Estoy embarazada.

Hace dos meses una gran editorial publicó mi primer libro “*Viaje por la vida de un naufrago emocional*”. Sí, el título fue una coña entre nosotras, pero me lo compraron sin dudarlo. No sé si estoy yo peor de la cabeza o mi editor al decir que iba a ser un bombazo. Aunque no se ha equivocado.

Soy más malhablada que nunca.

Mucho más feliz de lo que he sido en toda mi vida.

Ah, y estoy a punto de casarme con el hombre más especial de este jodido mundo.

La boda no podría ser en otro lugar. Aura y Zoe han preparado la Finca de una forma tan bonita, tan especial, que me emociono al verlo todo iluminado. Son las nueve de la noche del veintitrés de junio de dos mil diecinueve. Hace exactamente un año saltamos la hoguera de Valverde siete veces para buscarnos un buen destino. Parece que Olga tenía razón: siete es el número perfecto para encontrar lo bueno.

—Chicas, esto es increíble. Y estáis preciosas.

Como es la noche de las hogueras de nuevo, he pedido que todos viniesen vestidos de blanco, descalzos y sin más artificios que su felicidad. A mis chicas no les hace falta nada más.

Zoe mantiene una relación tan bonita con Bosco, que me emociono cada vez que los veo y observo a mi hermana, la que ha conseguido sobrevivir a un infierno y salir adelante sin perder su preciosa sonrisa. Olga se ha unido a nuestro trío para traernos sus locuras, su corazón y esa forma que tiene de ver la vida nos ha dado muchas alegrías. Creo que nos necesitábamos mucho todas. Aura, sigue siendo la protagonista de la historia de amor más bonita jamás contada. Ella nos convenció para celebrar la despedida de casada y si no hubiese sido por eso, no estaríamos ninguna hoy aquí. Ha conseguido conciliar su trabajo en el despacho y abandonar su piso de Madrid. Lo que le costaba salir de su ciudad, del lugar en el que se refugiaba de sus desastres. Aunque ninguna de las tres teníamos muchas opciones de mantener nuestras antiguas residencias. Esa ley de no vivir más lejos de doce kilómetros

por si nos ataca algún tío loco con peluca... Todas hemos tenido que abandonar nuestro rincón más privado para vivir con los hombres que amamos. Que tampoco estamos nada mal. En la misma urbanización en la que Juanjo estaba restaurando la casa, se vendían dos más y si sumamos dos más dos, nos da cuatro, ¿no? Pues ya sabéis dónde estamos viviendo las tres.

No me doy cuenta, pero ya estoy delante de Juanjo. El chico de la eterna sonrisa, el que no se enfada nunca, el que me mantiene a salvo de mis propios demonios y el que aguanta mis cambios de humor.

—¿Podemos hablar un segundito antes de officiar esto?

Siento cómo le tiemblan las manos cuando se las sujeto.

—No es un buen momento, Raquel.

—Sé que no es el mejor momento para decírtelo, pero no quiero mantener el secreto. Acabo de enterarme y quiero que seas parte de esto ya. —Tomo aire por la nariz y lo suelto por la boca—. Si yo te parezco difícil de llevar a veces, espero que con las hormonas del embarazo me sigas queriendo.

—Cuando llegue el momento, cariño. No te preocupes por eso ahora. —Me besa y me sonrío.

—Ya ha llegado el momento, Juanjo.

—¿Cómo que ya ha llegado el momento? —Ladea la cabeza y su cerebro reacciona. Arruga el ceño, dibuja una o perfecta con su boca sorprendido, me mira a los ojos y pone sus manos en la tripa—. ¿Sí? —Se muerde el labio tratando de no emocionarse antes de tiempo.

—Sí, cariño, vamos a ser padres.

Me abraza y da vueltas conmigo en el aire. Si tenía alguna duda de que a Juanjo esto le iba a venir grande, acaba de disipármelas por completo. Me colma de besos y al dejarme en el suelo lo grita tan alto que creo que en Madrid se han enterado todos.

—Vamos a ser padres. ¡Sí!

Ni en mis sueños me hubiese imaginado un final así de mi historia con Juanjo. La verdad es que se lo puse muy difícil al principio, pero todo tenía una razón. Al conocernos ya sabía que podría enamorarme de él de esta manera tan bestial. Pero no pensaba que él se fijaría en mí y mucho menos me acompañase en todo el proceso. Pero, oye, que el chico tiene los huevos muy bien puestos, no demuestra su miedo, aunque lo tenga y me quiere como jamás nadie me ha querido.

Y es que a veces en esta vida hay que hacer lo que más miedo nos da para encontrar las cosas que nos merecemos. Saltad, coged una mochila si queréis y volad lejos. Si la vida te pone a prueba, tú enfréntala y dile: puedo contigo y con veinte como tú. Rodeaos de buenas amigas y nunca os olvidéis que decir adiós a veces es muy necesario.

Ah, y comprad mi libro, que tengo que preparar un pequeño viaje a México para ir a ver el santuario de las luciérnagas con las chicas. ¿Puedo viajar aún no? Que yo esto de los embarazos no sé cómo funciona.

Deseadme suerte.

—Sí, claro, se acaba esto y ¿yo no voy a tener mi minuto de oro?

—Tus quince minutos de fama, JJ. —Raquel me mira negando con la cabeza con el bebé en los brazos.

—Lo que sea. Aquí parece que todos han dado opiniones, han demostrado lo mucho que se aman y yo no puedo decir nada.

—¿Con quién hablas de todas formas? —Raquel busca alguien en el jardín, supongo que esperando ver a alguno de nuestros amigos, pero no hay nadie—. Creo que tienes que dormir algo más.

Observo a mi mujer que está intentando dormir a Kai. El niño nació hace exactamente un año. Aún recuerdo el terror, el pánico y la impotencia que sentí aquel día. Fue una mezcla muy rara de sentimientos que jamás había sentido. La fuerza que demostró Raquel en aquella sala para que Kai, que nos dio un pequeño susto horas antes de nacer, llegase a este mundo sano y salvo, fue lo más impresionante que he vivido. Se negó a ponerse la epidural, porque quería sentir a nuestro hijo en toda su plenitud. Se arrepintió cuando las contracciones fueron muy fuertes, pero ya era tarde. No había tiempo y entre gritos desgarradores, cuando Raquel parecía ya no poder más, escuchamos el llanto de Kai que nos enmudeció. Juro que jamás en mi vida he sentido nada tan grande.

—Déjamelos y tú vete a prepararte.

—No te preocupes.

Hoy celebramos su cumpleaños en casa. Raquel se ha encargado de decorar todo, Aura ha sido la encargada de los detalles de diseño y Zoe está preparando toda la comida. Solo vendrá la familia. Y a familia no me refiero a primos, tíos y demás, no. Creo que no he hablado nunca de ellos. Mis padres vendrán para ver a su primer nieto cómo sopla las velas o al menos lo intenta. La familia de Leo y la de Aura acudirán al completo. No sé cómo lo hacen, pero las dos se han unido en una sola y nos han acogido a todos como si fuésemos un hijo más. Bosco y yo no hemos sabido nunca lo que era una comida familiar un domingo o una barbacoa los sábados, hasta que conocimos a Leo y a Aura. Gracias a ellos estamos hoy aquí y con una familia que ni en mis mejores sueños me imaginé.

—Venga, ve a darte un baño. Todavía tienes tiempo.

—¿Sí?

—Sí. —Le quito a Kai de los brazos y la beso.

—Te quiero, J.

—Y yo a ti, pequeña.

Me besa de nuevo y entra en el salón tarareando una canción. Antes de subir las escaleras se gira para mirarnos y le agarro la mano a Kai y le digo adiós.

—¿Cómo estás, pequeñajo? ¿No te quieres dormir?

—Ajo... ajo... prrrrrrrr. —Kai hace pedorretas desde que la mamona de Aura se las enseñó.

—Muy bien, así me gusta, que no le tengas respeto a tu padre. —Aura aparece con unas cajas en las manos llenas de cosas.

—Le enseñas lo peor. —Aprovecho que tiene las manos ocupadas para besarla.

—Cuando sea mayor le enseñaré a...

—No, cuando sea mayor no quiero que te acerques a él, que lo detienen.

—No soy tan mala influencia, Jotita. —Deja la caja y me arranca al niño de los brazos—. Si es que mi sobrino es el más guapo del mundo. Un morenazo al que me como. —Comienza a hacerle pedorretas en la tripa y Kai no puede dejar de reír. Siente pasión por su tía Aura—. ¿Cómo está la madre de la criatura?

—Pues un poco agobiada.

—¿Su madre sigue sin contestar el teléfono?

—La última vez lo dejó claro. Su hija no se ha preocupado por ella y ella ahora mismo ni tiene tiempo ni ganas de volar hasta aquí. —Me da una pena terrible que haya perdido de esa manera el contacto con su hija.

—Es que no comprendo cómo no fue a la boda y cómo no es capaz de venir a conocer a esta preciosidad y morirse de amor por él. Ella se lo pierde. —Kai comienza a jugar con el collar de Aura y parece que se empieza a quedar dormido.

—Joder, qué mano tienes con él.

—Es el olor y mi voz. Me pasé todo el embarazo hablando con él y llegamos a un trato: si él nacía bien, yo iba a cuidarle toda la vida.

El embarazo de Raquel fue un poco complicado. Parecía que Kai no cogía el peso suficiente durante los meses en los que se debían formar sus órganos y Raquel estuvo ingresada un par de veces. Aura no se separó de nosotros en ningún momento. Cuando yo trabajaba o teníamos alguna operación fuera, Aura dormía en casa y no se despegaba de Raquel.

Al final Kai se queda dormido y podemos terminar de colocar la decoración

que Aura ha creado para la ocasión. Poco a poco van llegando todos y celebramos como se merece el cumpleaños. Puede que no lo recuerde, que esta fiesta no sea para él importante, pero para nosotros fue una sorpresa saber que venía en camino y queremos hacer que su vida sea tan buena como se merece.

—¿Os acordáis cómo le pidió que se casasen? —Bosco está sirviendo copas de vino.

—Esa no nos la sabemos. —Mi madre le pide a Bosco más vino.

—En este caso fue Raquel la que, copa en mano, le gritó a Juanjo si se casaban.

—¿Lo hiciste así? —Mi padre, que está embelesado con Raquel, la mira sonriendo—. Así me gusta, que las chicas rompáis los moldes.

—Fue culpa de Aura.

—Claro, toda la culpa de todo siempre es mía. —Oculto una peineta detrás de su copa para que las gemelas, Miguel y Kai no la vean.

—Estábamos en aquel restaurante de la cala de Almería, las tres sentadas en aquella especie de muelle con las escaleras que bajaban a la playa. —Sonríe al recordarlo—. Vosotros estabais en la otra terraza más abajo. Aura dijo que nuestras historias se merecían el mejor de los finales, ese “Y fueron felices” contra el que algunas tanto habíamos luchado y por el que otras tanto habían peleado. Te miré, me miraste como siempre haces: con tanto cariño, respeto y con ese brillito en los ojos, que no me pude resistir.

—Y le gritó a pleno pulmón «Juanjo, ¿quieres casarte conmigo?». —Zoe le da un trago a la copa de vino—. Fuimos testigos de una petición de matrimonio tan impulsiva como la de Leo.

—Oye, que yo no he hecho nada. —Mi amigo agarra a Zoe de la cintura y la besa en la cabeza. Esos dos tienen también magia en su relación.

—Brindemos. —Raquel levanta la copa y toma una gran bocanada de aire—. Gracias de verdad por estar aquí con nosotros. Ya no solo hoy, en el primer cumpleaños de Kai. Quiero agradecerlos cada palabra, cada beso y cada abrazo. Dicen que la familia es la que te toca, pero vosotros me habéis elegido como una más, como una hija o una hermana. No sabéis lo afortunada que me siento al formar parte de esta gran familia. —Cierra los ojos y hace un gesto con la boca—. Los de mi sangre ni siquiera han querido...

—Lo siento, pero si tu madre no quiere ser parte de tu vida, de todo

esto... Que la den. —Mi madre agarra a Raquel de la mano—. Se está perdiendo la oportunidad de verte cada día, de conocer a su nieto y se arrepentirá, pero será tarde. El tiempo pasa y los momentos no se pueden recuperar. Para mí eres una hija, la que quiero al lado de mi hijo. Sé que no es lo mismo, pero me tendrás siempre.

—Es mucho mejor, te lo aseguro. Gracias, Carmen. —Se abrazan y Lola se acerca a ellas—. Os tengo a vosotras dos y no podría tener mejores mujeres a mi lado.

La vida es esto. Es la unión de personas que jamás creyeron que se iban a encontrar en un mismo camino. Es crecer, equivocarse, caer y tener cerca a personas que siempre van a estar para levantarte, hacerte creer que todo es posible y hasta hacerte volar.

Esta es mi familia.

No somos normales, pero tampoco pretendemos serlo.

Cuando nos hacemos fotos salimos con la lengua fuera o con los ojos bizcos.

Cuando lloramos, lo hacemos juntos.

Cuando reímos, también lo hacemos juntos.

Somos un equipo y puedo decir que es el mejor en el que puedo estar.

Por los que daría mi vida.

Mi familia es especial, esa es la mejor forma de definirla.

Gracias por formar parte de ella.

Zoe & Bosco

Conviene saber

Quién nos iba a decir que hoy estaríamos celebrando el cumpleaños del pequeño Kai. Si me hubiesen dicho que Raquel se iba a casar y a tener un hijo con Juanjo la noche de la Fiesta de las Flores, le hubiese pedido un poco de lo que se estuviese fumando, ya que eso me sonaba como algo imposible. Aunque, también juré no volver a enamorarme ni confiar en un hombre y tengo a Bosco a mi lado con Kai en brazos. Y estoy enamorada hasta los higadillos como diría Raquel.

—¿Nos imaginabas así? —La pregunta se escapa de mis labios.

—¿Con un bebé en los brazos? —Bosco me mira sonriendo.

—En parte.

—La verdad es que no me imaginaba hace unos años que iba a vivir en la misma urbanización que mis mejores amigos, que íbamos a conocer a las chicas más interesantes de Madrid y que estaríamos celebrando tantas alegrías juntos. —Se acerca más a mí y me sujeta por la barbilla—. No, ni en mis mejores sueños.

—Las vueltas que da la vida. Yo no me quería fiar de más hombres, casi la cago con aquel imbécil, pero apareciste tú con esa mirada que me sigue haciendo temblar, con tu forma de hacer que me sintiese tan segura como para dar el paso de dejarte conocerme y... —Respiro hondo mientras recuerdo nuestro primer beso—. Bosco, gracias por no dejarte llevar por la primera apariencia de loca descarriada.

—Gracias a ti por no pensar que era un imbécil la primera vez que hablamos. Me dejaste sin habla. Hay días que me quitas aún hasta el aire. —Me besa y mi cuerpo sigue respondiendo como la primera vez.

—Somos afortunados.

Sí, lo somos.

Yo he cerrado uno de los capítulos más complicados de toda mi vida. Cuando David murió derramé unas lágrimas. Según Raquel fue por los momentos buenos vividos, de los que mi cerebro atesoró para no volverme loca al despedirme de él. Fue complicado, pero fuera de aquella habitación estaba Bosco. Aquello me dio mucha más fuerza y su primer *Te quiero...* Lo saboreo cada vez que lo recuerdo.

Hemos avanzado mucho en nuestra relación. Quisimos ir despacio por los niños, queríamos que se sintiesen cómodos, que no sintiesen que estaban obligados a llevarse bien o a empastar como una familia. Que idiotas fuimos. Ellos fueron los primeros que nos dijeron que era una estupidez vivir tan lejos si cada día nos moríamos al separarnos. Aquella noche en la que Luna y Laura, tras vacilar durante diez minutos a Nico con Claudia... Claudia, la chica a la que le estaban haciendo la vida imposible en el instituto, pasó a ser una

de las mejores amigas de Nico. Pensaba que él lo hacía para redimirse por su comportamiento, pero nada más lejos de la realidad. Entre esos dos hay algo más, pero seguimos esperando a que sea Nico quien nos lo cuente.

Ya me he liado. ¿Por dónde iba? Sí, vivir juntos.

Luna y Laura, dos terroristas emocionales que están haciendo las delicias de todos ahora mismo con sus vivencias de verano, nos sentaron en el salón de la Finca un domingo cualquiera y nos dijeron que a ver si dábamos ya el paso, que estaban cansados de tener que andar con bolsas para arriba y para abajo todos los fines de semana. Así que nos enseñaron una casa en venta justo al lado de la que Juanjo estaba renovando.

Un beso de Bosco me devuelve a la realidad y comienzo a escuchar a Marwan. Este hombre ha estado presente en muchas partes de esta aventura y es como si su música y sus poemas encajasen perfectamente en cada una de nuestras vidas.

«Conviene saber que en este mundo hay demasiados gilipollas, amigos que es mejor no conservar^[23]».

Hemos dicho adiós a muchas personas.

Por supuesto que echamos de menos a Susana y a Elisa. Pero no nos hemos ido, ellas nos han dejado escapar. No volvimos a saber nada de ellas. El invierno pasado, cuando salíamos de un restaurante en Malasaña, nos encontramos con ellas de frente. Susana pasó de largo con los niños y su ahora mismo exmarido. A su lado iba Elisa con la niña. Ninguna de las dos nos dijo nada, incluso no les permitieron a los niños ni saludarnos.

Hemos dado paso a otras personas, a otras amistades que han llegado para llenarnos de vida. La única pena que me queda es que ellas no han sabido valorar lo que tengo a mi lado. Así que, si tienes a tu lado algo o alguien que te hace daño, que no te valora o que no te permite ser tú: suéltalo. No tengas miedo. Decir adiós es parte de la enseñanza y del camino.

En definitiva, esto es la vida: decir adiós, soltar, decir hola y abrazar.

Quiérete, vive, ama y encuentra tu propia felicidad.

Podría decir que todo ha sido fácil, que llegar hasta aquí ha sido un camino de rosas, pero la vida nunca es sencilla. Ni siquiera suele ser como la planeamos. Delante tengo a Luna hablando con Zoe sobre el inicio de su carrera en París. Joder, me aterra perder a mi niña y que le suceda algo allí. Pero es ley de vida, los padres tenemos que dejar volar a nuestros hijos tarde o temprano y retenerles a nuestro lado no es bueno ni para ellos ni para nosotros mismos.

Cuando conocí a Zoe, algo que no planeé y ni siquiera estaba buscando, sentí que la vida me estaba dando una segunda oportunidad. Me había centrado en Luna, en darle la mejor vida posible, pero estaba más tiempo fuera de casa que con ella. Menos mal que María nos echó una mano y que Juanjo y Leo formaron parte de ese grupo tan especial que formamos con ella. Ellos también lo están pasando muy mal al saber que la pequeña se va lejos de casa.

Veo que Luna se acerca a Leo, le quita la hamburguesa que se acaba de hacer y se la come descaradamente delante de él. Es incorregible y ese es su encanto.

No es que sea mi hija, pero es la chica más especial que conozco. Ha formado una gran piña con los hijos de Zoe y eso a los dos nos ha dado muchísimas alegrías.

Aunque Luna y Laura se unan troleando a Nico cada día, eso a él le ha hecho despertar en muchos aspectos.

Él ha terminado el primer curso este año del doble Grado de Psicología, Criminología y Seguridad. Creo que Zoe y yo alucinamos cuando nos dijo lo que quería estudiar y le dio la vuelta a sus estudios los dos últimos años de instituto.

—¿Quieres? —Nico se acerca con dos cervezas.

—Gracias. —Brindo con él y veo cómo mira a su madre.

—Vosotros, lo de casaros y eso, ¿no lo contempláis? Porque hemos estado hablando y creo que lo más lógico es que ya deis el paso. —Nico saca un sobre del pantalón y me lo entrega—. Aunque antes queremos que leáis esto. Es de parte de los tres.

Nico sonrío y se acerca a Luna y Laura que le miran como si le preguntasen si ya lo ha hecho.

Él afirma con la cabeza y me acerco a Zoe, que está hablando con Aura, Leo, Juanjo y Raquel.

Me tiemblan las manos.

Esto creo que es muy importante.

—Nico me ha dado esto. Que es de los tres.

—Léelo y saldrás de dudas. —Aura sonrío.

—Vale. —Nervioso abro el sobre y saco el papel.

—Espero que no sea una petición de ir a ningún festival porque la respuesta va a ser no. Me da igual que estemos de paso por Almería. —Zoe lo dice bien alto para que a ninguno de los tres se les ocurra de nuevo pedirnos irse unas semanas a Málaga a un festival o a la Feria o a los mil lugares a los que se quieren ir cada verano.

Hola, familia.

Bueno, es lo que somos, una familia. Reconocemos que al principio nos resultó extraño pasar de ser hija única o dos hijos, a ser familia numerosa. Pero oye, que las sentajas son buenas. Tenemos descuentos en un montón de sitios y ahora somos tres ejerciendo presión.

Sabemos que vosotros el paso no lo vais a dar porque aún tenéis ese pequeño miedo en vuestro interior de si esto saldrá bien o no, pero tenéis que olvidaros de eso.

Mamá, no te imaginas lo feliz que nos haces cada día. Tu sonrisa no ha dejado de brillar ni un solo día desde que conoces a Bosco.

Papá, la tuya compite en brillo con la de Zoe.

A ver, sabemos que a veces somos difíciles de llevar, que tenemos días para matarnos, pero también sabemos que no queremos estar en otro sitio. Somos una familia, tenemos un vínculo que va más allá de la sangre. Es como dice la tía Aura: ser diferentes es lo que nos hace tan especiales.

No sabemos si vosotros os casareis algún día o si necesitáis formalizar nuestra relación delante de un juez o de un concejal o de quien se dedique a casar, pero a nosotros nos gustaría ser una familia en papeles. Así que, si no tenéis ninguna objeción, la semana que viene tenemos una cita para empezar a tramitar los papeles de adopción.

No os queremos presionar y comprenderemos que vuestra respuesta sea un no. Nosotros ya somos hermanos por elección propia y por el destino, pero queremos que vosotros seáis nuestros padres siempre.

Os queremos.

Laura, Luna y Nico.

P.D. La cita es el jueves a las diez y media de la mañana, pero sin presiones.

No sé ni cómo soy capaz de mantener la compostura. Acabar la carta ha sido complicado. No me puedo creer lo que los chicos nos están pidiendo. Miro a Zoe que está con la boca abierta y llorando emocionada. Nuestros hijos, de diecisiete y dieciocho años, nos han demostrado que, para ser feliz en esta vida, hay que echarle huevos. A ellos no les faltan ni huevos ni ovarios. Es la única manera en que sabemos hacer las cosas.

Tampoco nos ha ido nada mal, ¿no?

Aura & Leo

La vuelta al mundo contigo

Estoy sentada en la playa observando el horizonte. Está amaneciendo y he salido de la furgoneta para poder disfrutar de este espectacular cielo. Como cada año para el cumpleaños de Leo volvemos a Cabo de Gata, pasamos unos días en la furgo y después nos vamos todos a la casa que aquel año reservó Juanjo. La familia va creciendo y la casa va un poco ajustada, pero es nuestro lugar fuera del mundo para relajarnos, disfrutar y recuperar algunos momentos que, por el estrés, la vida y los trabajos, a veces perdemos.

Tengo un café en las manos y cierro los ojos al saborearlo. No es el mejor café del mundo, pero aquí y ahora mismo, para mí es delicioso.

—Feliz y precioso amanecer, canija. —Leo se sienta a mi lado—. Ava acaba de despertarse.

En sus brazos tiene a la pequeña Ava, una sorpresa que nos trajo el 2021. Acaba de cumplir un año y nos tiene locos. Es una niña que nos enamoró aquella madrugada del veintitrés de junio de hace un año. Llegó sin hacer mucho ruido, sin casi avisar y haciéndome saber que ella sería nuestra mayor aventura, mucho más que la nuestra propia. Y es que no la esperábamos. Llevábamos ya unos años intentando quedarnos embarazados, pero no lo conseguíamos. Así que nos relajamos, viajamos a México, vimos a las luciérnagas, las pirámides, los cenotes y bebimos tequila, en cantidades bastante ingentes. La verdad es que haberla llamado Agave hubiese sido mucho más realista, pero no nos pareció buena idea.

—Hola, preciosa. ¿Cómo has dormido?

—Pegada a mi pecho. —Leo levanta los brazos en el aire para estirarse.

—Yo también dormiría ahí, pero esta bichilla me ha robado mi espacio.

—Ladeo la cabeza observándole. Joder, sigue siendo el hombre más guapo del mundo.

—¿Tú cómo estás? —Me mira de reojo sonriendo—. A parte de más preciosa que nunca.

—No, no, no empieces así, que la última vez que empezamos así un día, esta señorita llegó diez meses después.

Ava sonríe. Esta niña es muy lista y sabe a la perfección cuándo hablamos de ella.

—Por cierto, me ha mandado un mensaje Víctor. Se unen esta tarde en la casa. Llegan de Londres al mediodía y se cogen un coche.

Hice una llamada y la cena a la que tantas ganas tenía Víctor de ir fue la entrada a su año de Máster en Londres, a su nueva vida y a una nueva aventura. Nadine no se movió de Pamplona.  l tampoco le dijo nada a la chica de la que estaba enamorado, pero un día, paseando por el Soho, vio a una chica de espaldas y reconoció la sonrisa que se reflejaba en el escaparate. Se acercó y la tapó con el paraguas que llevaba, porque en aquel instante comenzó a llover. Ella le abrazó al ver una cara amiga en la ciudad.  l se dio cuenta de que seguía enamorado de la chica de la terraza de enfrente. No se han vuelto a separar desde aquel día y a mí me parece que son la pareja más bonita del mundo. Así es el amor, te sorprende cuando crees que lo has perdido.

— En qué piensas? —Leo sabe que me he ido a mi mundo.

—En que hemos tenido suerte, mucha suerte.

—Lo hemos trabajado mucho y nos lo merecemos.

La verdad es que no han sido unos años sencillos.

Cuando volvimos de aquellos días que estuvimos aquí por primera vez, hicimos un viaje a la India, del que volvimos con una mentalidad nueva en muchos aspectos. A Leo le ascendieron y pasó a ser jefe del equipo de operaciones. Lo que significó muchas horas de trabajo, muchas noches fuera de casa, reuniones, visitas y semanas en las que casi no nos veíamos. Fueron meses muy complicados.  l tuvo que volver a la casa de Valdemoro y yo tenía tanto trabajo en el despacho, que no encontraba el momento para mudarme. Pero tampoco podíamos irnos a aquella casa, así que el día que fui a ver los avances de la casa de Juanjo y vi el cartel de *Se vende*, no lo dude. Llam , pregunt  precio, le pedí a Nella que investigase ciertas cosas, busqué las cargas que tenía el inmueble y aquella misma semana le pedí a Leo que vivi semos juntos, que empez semos de cero en nuestra casa.

—Aura,  podemos permitirnoslo?

—Tendremos que apretarnos un poco al principio y a lo mejor tenemos que hacer las cosas despacio, pero  no ser  bonito empezar a construir nuestro hogar de cero los dos? —Sujeto su mano y siento que tiene algo en la cabeza

—. ¿Te han ofrecido salir de España?

—Sí, una misión de un mes en Irak.

Dejo de escucharle en cuanto en mi cabeza aparecen las imágenes del hospital, sus heridas y la muerte de su primo. Trato de hacerme la fuerte, de no demostrar que me muero de miedo cada vez que escucho la palabra *misión*. Parece ser algo que se repite en mi vida. Primero fue mi padre, ahora es Leo.

—Aura, he dicho que no. —Sujeta mi mano con fuerza.

—No, no quiero que lo nuestro frene tu trabajo.

—Cariño, no quiero volver a hacerte tanto daño. No me perdonaría no volver a casa, a ese hogar que vamos a empezar a crear desde cero. Además, con mi puesto actual puedo delegar en otras personas.

—No quiero que esas personas sean Juanjo o Bosco.

—Ellos no han querido nunca salir fuera. No te preocupes. No se separarán de las chicas.

Vale, me alegro de que me diga que no va a ir, pero siento que soy yo la que le está frenando.

Sé que lo nota durante el resto de la cena. Caminamos de vuelta al piso sin hablar. Supongo que él preocupado por el trabajo y yo sintiéndome culpable. Me deshago de los tacones al entrar en casa y suelto las llaves y el bolso sobre el sofá.

—Aura, ¿qué te pasa?

Niego con la cabeza de espaldas y pongo algo de música. Ahora mismo si digo algo, seguro que la cago. *Bravo, Aura, buena lista de reproducción. No eres más pardilla porque no te entrenas.*

«Dime algo, nena. ¿Eres feliz en este mundo moderno? ¿O acaso necesitas más? ¿Hay algo más que estés buscando?».

Shallow de la película *Ha nacido una estrella* suena casi a todo volumen en el piso. No lo bajo, no la quito, nos quedamos los dos uno frente al otro sin decir nada. No sé si ambos estamos buscando una salida o las palabras exactas que menos daño hagan.

«Dime algo, chico. ¿No estás cansado de intentar llenar ese vacío? ¿O acaso necesitas más? ¿No es difícil mantenerse tan intenso?».

—Aura, no te voy a dejar, no te voy a apartar de mi vida. Joder, me ha costado mucho tiempo encontrarte y no pienso joderlo. Sé que han sido meses muy complicados, que ha habido semanas que solo nos hemos visto en la barbacoa de los sábados o en la Finca algún domingo. —Su mano temblorosa

busca la mía—. Pero jamás haré nada que pueda poner lo nuestro en peligro. Eres lo más importante de mi vida y por nada del mundo quiero perderte, Aura.

—Me da miedo ser yo la que haga algo o la que te obligue a apartarte, Leo. Empezamos tan rápido, que no quiero que nos convirtamos en estrellas fugaces. —Jugueteo con el anillo que nunca me he quitado.

—Aura, no lo hagas. No seas tan dura contigo misma. Si llega el día en que esto no funcione, no será culpa solo de uno de los dos. A veces, los amores más grandes son los que más sacrificios y esfuerzo merecen.

—Pero el amor no debe ser así.

—¿Me lo está diciendo la chica que ha perseguido al amor por cada rincón de Madrid y alrededores? —Leo sonrío y me sujeta fuertemente de las dos manos.

Sé que no me lo dice con mala intención, pero me hace pensar en ello: tanto buscar el amor y al encontrarlo no sé gestionarlo.

—Olvídate de todo, Aura. Por supuesto que vamos a tener malos momentos, la vida ya sabes que nunca lo pone fácil, canija. Pero somos nosotros, somos Aura y Leo, los que no se detienen por nada. Habrá algún momento como este, en el que yo seré quien te muestre que somos capaces. —Me besa las manos—. Llegará el día en que tú tengas que agarrarme de las orejas para demostrarme que podemos. —Sus dedos comienzan a soltar la cremallera de mi vestido hasta dejarlo caer a mis pies.

Intento hablar, pero no quiero interrumpir esta declaración que en este momento necesito escuchar de sus labios.

—Eres mi mujer, yo soy tu marido. No me hace falta que lo diga ningún papel, con que nosotros lo sepamos, para mí es suficiente. —Se deshace de mi sujetador—. Pero un día caminaremos por un precioso altar y me dirás «*Sí, quiero*» delante de nuestros hijos.

—¿Hijos? —La palabra que tanto me aterra y a la vez ilusiona.

—Me encantaría tener a una pequeña Aura entre mis brazos y que haga conmigo lo que quiera con una de sus miradas, como ha hecho su madre desde el día que nos conocimos.

—¿Una niña?

—O dos. O un niño. —Me besa el cuello y, sin darme cuenta, los dos estamos desnudos en medio del salón—. Lo que sea, pero contigo. Todo lo de este mundo, pero juntos. Siempre nosotros.

Con la canción en bucle y nuestros miedos escapándose por la ventana,

volvemos a ser nosotros, los que se dejan llevar por el amor tan grande que sentimos. Leo siempre encuentra la forma de tranquilizarme, de calmar los nervios que a veces me comen. Yo soy la que no para de idear, pensar en nuevos proyectos y en organizar viajes. Él es la calma, quien por las noches me acaricia la cabeza para que me duerma sobre su pecho, aunque al día siguiente se levante con ganas de amputarse un brazo.

—Tenemos que ir a desayunar. Kai me ha mandado un mensaje con su lengua de trapo. Raquel exige que la princesa vaya a casa ya.

Los dos miramos a Ava. Desde que Raquel se ha quedado de nuevo embarazada, se pasa el día oliendo a la pequeña.

Al llegar nos encontramos ya todo montado. Hay una fiesta en la piscina. Luna, Laura y Nico están tratando de ahogar a Bosco, mientras Zoe les observa desde fuera riéndose. Me fijo en mi hermana y hay algo en ella diferente. Su gesto, su manera de mirar a Bosco, su forma de... Abro la boca y me la tapo antes de que mi lengua salga a pasear.

—¿Puedes ponerle a Ava el bañador? —Trato de deshacerme de Leo.

—La metemos sin pañal.

—Si se mea vale, pero como se cague, coges tú el regalo.

Leo se ríe y busca en la bolsa el pañal bañador para meter a la enana en el agua. Va hablando con ella y la niña le responde, en su idioma extraño, pero mantienen cada día unas conversaciones increíbles. Me mando cerrar la boca y dejar de babear por él.

—Zoe, no te parecen suficientes tres hijos, ¿qué ya habéis encargado el cuarto? —Me pongo delante de ella ocultando una sonrisa.

—Pero... ¿Cómo te has enterado?

—Viví los dos embarazos contigo. Ese gesto de la manita en la tripa, me lo conozco.

Se lleva la mano a la cara y niega con la cabeza.

—No queríamos robarle el día a Leo, pero... —Llama a Bosco con la cabeza y todos salen del agua—. Chicos, el año que viene habrá que buscar casa nueva. Hay chica nueva en la oficina.

Salgo con Ava en brazos y me encuentro con la sorpresa de que Zoe y

Bosco van a ser padres de su cuarto hijo. Los chicos los miran incrédulos, pero en un segundo se lanzan sobre ellos para felicitarles. Aura camina a mi lado y me besa.

—Maya llegará en enero.

—¿En esta familia nadie va a tener un nombre medio normal? —Juanjo, falsamente indignado, se lleva la mano al pecho.

—No, Juanjo. A este pequeño no le vamos a llamar Jose Andrés, lo siento, pero parecería un señor viejo en el cuerpo de un bebé.

Tal vez suene a típico tópico, pero esto es lo que siempre me había imaginado al pensar en mi familia. Todos los que estamos sentados alrededor de esta mesa somos tan diferentes, que creo que nadie hubiese apostado por nosotros ni por nuestras relaciones. Seguro que ya lo han dicho los demás, pero ni nosotros mismos teníamos tanta fe.

Es más de media noche, mi cumpleaños ha pasado y si hago recuento de los que he disfrutado con ellos, no sé cuál ha sido más especial. El primero organizaron la fiesta que nos hizo familia y el de este año ya me parece algo insuperable. Aura pone algo de música para que Kai y Ava se duerman. Él cae el primero, es igual de ceporrillo que su padre con el tema sueño, pero Ava ha salido como su madre: es un angelito, pero no duerme a la hora que debería hacerlo.

—Déjamela. —Aura se la pone en el pecho y observo cómo la niña respira profundamente y se relaja.

—Es el olor. No sé qué tiene la cabrona, pero con Kai pasa lo mismo. —Raquel se sienta a mi lado—. ¿Cómo va la vida de padre buenorro?

—La de padre bien, la de buenorro... —Hago que saco barriga y Raquel me mira mostrándome la suya.

—Estás hablando con una embarazada a punto de explotar. —No le caigo bien en este momento, pero sé cómo ganármela.

—Raquel, tú estás preciosa siempre. Los embarazos te sientan como a nadie. —Le doy un beso.

—Tú que me miras con buenos ojos.

—Siempre con los mejores.

—Quién nos lo iba a decir, Leovigildo. —Raquel es la única que me llama así de vez en cuando y no me molesta viniendo de ella—. Tú casado con mi mejor amiga, a la que haces sonreír a pesar de tus chistes malos de

cojones.

—Y tú casada y dándole a mi mejor amigo dos hijos, a pesar de la poca intención que tenías de permitirle entrar en tu vida.

Raquel me sujeta de la mano y aprieta fuerte.

—La vida nos ha dado lo que nos merecemos, Raquel. Ahora sí que estamos en nuestro lugar en el mundo.

Aura está en la parte de arriba tratando de dormir a la pequeña, pero ni las canciones de Marwan hacen que cierre los ojos. Cuando subo me las encuentro tumbadas en una de las hamacas y Aura le está mostrando las constelaciones.

—Y esa de ahí arriba es Andrómeda, seguida de cerca de Perseo.

La niña emite ruidos, parece que con Aura también mantiene largas charlas.

—¿Le estás ensañando nuestros nicks de citas a ciegas? Creo que es un poco pequeña. —Me tumbo a su lado en la misma hamaca.

—Papá.

Ava lo dice alto y claro, sus brazos se levantan en el aire en mi dirección. No, no es un balbuceo o el intento de decir otra palabra: me acaba de llamar papá.

—¿Lo ha dicho?

—Esta cría es una vendida. —Aura entrecierra los ojos y comienza a hacerle cosquillas a la pequeña. Las dos se ríen y es el mejor sonido del mundo para mí. No me cansaré de levantarme todos los días y escucharlas reír en la cama—. Es un pequeño demonio que no quiere a su madre.

—Mamá.

Los dos nos quedamos en silencio. Ava nos mira, sonrío y creo que hasta nos vacila cuando se empieza a reír de nuevo con balbuceos ininteligibles.

—Gracias por esta vida, Aura.

—Gracias a ti por darme a esta pequeña. Pensaba que no quería tener niños, me había consolado con ser la tía guay y algo borracha. —Las dos se recuestan sobre mi pecho y Ava juguetea con el collar de chapas que llevo puesto—. Pero tener a esta niña es el mejor regalo que jamás pensé recibir.

—El mundo contigo es mucho más divertido, bonito y lleno de vida. Te quiero, canija.

—Te quiero, canijo.

«Me da igual un día, un año, un siglo, no sé si me entiendes. Yo no busco calma, busco que tu alma de saltos al verme. Y hoy lo que quiero es decirte

que el mundo contigo se enciende, que cuando me miras de frente me pesa en los ojos la suerte».

Con [La Vuelta al Mundo Contigo](#) de Marwan de fondo –no, no podría ser otro– nos besamos, mientras Ava mira al cielo y señala la lluvia de estrellas de Perseidas de esta noche. Cierro los ojos, pido un deseo, aprieto la mano de Aura y los abro. Deseo concedido: por fin mi vida es la que tenía que ser.

Y vosotras, ¿qué es lo que le pedís a las estrellas?

No es un adiós

Nico

Creo que solo faltamos nosotros. Me parece que tomar el relevo de las historias de nuestros padres, de nuestras tías y de los tíos, es la mejor manera de que esta historia que comenzó a contar mi tía tenga ese punto y seguido para seguir soñando, viviendo y, sobre todo, disfrutando de la vida. Porque esto no es un fin de película, no, nosotros seguiremos disfrutando de esta gran familia que hemos formado. Cuando digo *gran* me refiero a grande de verdad. Han pasado cinco años desde que pasamos de ser una familia medianamente pequeña a una enorme y ruidosa, llena de hermanas que me vuelven loco, primas y primos que su única misión en la vida es... Vale, iba a decir que tratar de fastidiarme, pero creo que ya no me imagino otra vida sin ellos.

Es julio y, como todos los años, estamos celebrando la noche de San Juan juntos, pero esta vez estamos en Cabo de Gata. Hace un año, después de establecer esta base como una perfecta zona de vacaciones familiares, los abuelos decidieron comprar una casa y reformarla para que todos tuviésemos un lugar donde venir a descansar. Que esto fuese otra Finca donde refugiarnos.

Los abuelos lo han pensado todo. Estamos situados en lo alto de un pequeño acantilado, con unas escaleras que llevan a una pequeña cala por un lado y en el otro hay una pequeña plataforma donde han montado una terraza para poder ver los atardeceres. Todos tenemos un lugar especial aquí. La tía Aura nos montó una sala multimedia para ver todos películas, jugar y poder leer. Esto último es una tradición que se instauró hace unos años. Los sábados antes de empezar a preparar la cena, todos disfrutamos de nuestras lecturas en papel y sin móviles. Hay una caja en la entrada donde debemos dejarlos todos. El problema es tratar de mantener la concentración con los pequeños de la familia. Al final acabamos leyendo sus libros, mientras los abuelos leen en la piscina.

Tenemos tantas tradiciones que estamos tejiendo unos recuerdos increíbles. Mi madre se había centrado en nosotros tanto, que no había empezado a vivir después del divorcio. Pero llegó él, Bosco, el tío con la cara de póker más acojonante del mundo. Tengo que reconocer que cuando le conocí no me gustó. Tenía miedo de que le hiciese daño a mi madre, que ella

sufriese tanto de nuevo que no se recuperase jamás. Pero Bosco es un tío especial. Ha luchado por ella, contra sus miedos y ha sacado a la luz partes que ni siquiera mi madre conocía de sí misma. Hace tres años se fueron de viaje a Japón un mes. Un sueño de mi madre que Bosco se encargó de cumplir. Siempre había querido visitar el país y disfrutar de la cultura, la gastronomía y los rincones escondidos. No quería dejarnos solos, así que vivimos durante ese mes con la tía Aura y con el tío Leo. Aquel verano fue el que comencé a salir con Claudia, hoy hace justo tres años. Qué estúpido fui al no denunciar antes lo que se le estaba haciendo en el instituto. Reconozco que me centré en que dejasen en paz a Laura, pero no debí hacerlo, no debí jamás formar parte de aquel grupo. Me costó mucho que Claudia confiase en mí, pero gracias a la tía Aura y a algún consejo de la tía Raquel, le di su espacio y le escribí una carta cada semana haciéndole ver lo que yo veía en ella.

Fueron muchos meses sin respuesta, supongo que también porque las cartas las interceptaron sus padres, a los que pedí perdón personalmente un día que Bosco me llevó a su casa. Ellos también se merecían que les dijese que sentía todo el daño que había hecho. Tras aquella tarde, le entregaron las cartas y a las dos semanas aparecieron en la Finca un domingo a la hora de la paella. Creo que fue uno de los momentos más complicados de mi vida. Ya sé que no he empezado a vivir de verdad, pero para mí, aquel momento en que su padre apareció en casa, hablaron con mamá y Bosco, luego con los abuelos, con Aura y Leo... Pensé que estaban firmando los papeles para enrolarme en el ejército. Recuerdo las palabras de Claudia, las que me avisaron de que ella no me culpaba por los actos de los otros chicos, pero aún no me podía perdonar haberme callado. Se despidió con un beso y con una promesa: *«Si el destino quiere que un día estemos juntos, da igual si antes hay otras personas, si pasan diez años o unos meses, nos volveremos a encontrar, Nico»*. Pasé unos meses en Londres estudiando inglés aquel verano y le escribí varias cartas que no envié. A la vuelta, mis hermanas las encontraron, y decidieron que era buena idea mandarlas.

No sé si esto que tenemos es ese amor del que mi tía tanto habla y el que con tantas ganas perseguía, pero sé que me gusta cuando me sonrío, me encanta que cuando no estamos juntos me mande fotos desde Barcelona. Está estudiando allí Educación Social.

Luna

Parece que estamos puestos para una foto familiar bastante friki. En una manta enorme justo delante de la terraza de madera estamos sentados Nico, Laura, Violeta, Virginia, Miguel, Kai, Ava, Maya, Jon y yo. Esta familia ha crecido en unos años una barbaridad. Creo que hasta podríamos salir de gira como los circos rusos. Entre las gemelas, los enanos de la casa y las locuras de los adultos (que estos en tema cabeza están mucho peor que nosotros), creo que en una inspección de esas que hacen Asuntos Sociales nos separarían por problemas mentales.

Margot y Claudia se sientan a nuestro lado cuando han terminado de colocar unas flores en la mesa. Miro a mi hermano y le veo la cara de panoli que pone siempre que Claudia está en casa. Hoy es su aniversario y parece que Nico tiene una sorpresa en forma de carta que le entrega a Claudia. Los dos son muy monos, pero tontos como ellos solos cuando hablan por teléfono.

A mi lado está Margot. Es una más de la familia. Yo tenía más miedo que ella de que los chicos no lo entendiesen, pero los pequeños son los que más la quieren. Las gemelas la tienen en un pedestal porque siempre les hace trenzas de espiga y les cuenta las historias de las chicas valientes y luchadoras que la historia del colegio no cuenta. Ellas se siguen quedando prendadas cuando coge la guitarra y canta alguna canción que a ellas les flipa.

Hace un par de horas que les he contado a papá y Zoe que me han ofrecido trabajo en París. Mientras termino la carrera de Arquitectura, empezaré a trabajar como becaria en un estudio en el que podré ir aprendiendo. Hemos encontrado una pequeña buhardilla, algo cara y que necesita reforma, pero con el buen gusto de Margot y mi carrera, algo conseguiremos hacer. Mi padre creo que aún no lo ha asimilado. Pensaba que volvería a trabajar a Madrid y que nuestra casa estaría cerca de la suya. Que sí, que es la opción que más valorábamos una vez que acabásemos los seis años de carrera, pero esta oportunidad no la vamos a desperdiciar ninguna de las dos. Margot está a punto de terminar el tercer año de Bellas Artes, mientras expone sus trabajos en pequeñas galerías de la ciudad.

—¿Crees que les parece bien? —Margot está realmente preocupada—. No quiero que piensen que pretendo retenerte en París.

—Cariño, te conocen bien y ya sabemos cómo es mi padre.

—Y cómo es Zoe. Ella conseguirá que él dejé sus miedos fuera. Es la

única que lo consigue. —La pequeña Maya se sienta encima de Margot—. Ellos son a los que más echo de menos. Me da pena no verlos crecer.

—Pero si hacemos todas las semanas una vídeollamada, Margot. —No lo admito de primeras, pero se me cae la baba cuando la veo con los niños.

—Ya lo sé, pero tu familia es tan especial y me hacen sentir parte de algo que yo no he tenido. La familia de mi madre vive lejos y casi no los vemos, la de mi padre, ya sabes su historia. Creo que tuve suerte conociéndote en clase.

—Margot me besa y escuchamos a los pequeños haciendo un gesto de asco. Le ha dado por hacerlo gracias a la terrorista de Ava, que tiene tan buenas ideas como las de su madre, cada vez que alguien se besa.

—¿Seguro que quieres seguir formando parte de esto?

—No podía haber encontrado una familia mejor ni aunque hubiese elegido. Gracias, Luna.

—Te quiero, Margot.

—Y yo a ti, Luna, a pesar de los miedos.

—Ya sabes que esa palabra en esta familia no tiene cabida.

No, no la tiene. Hemos sobrevivido al cáncer, a las misiones, a las heridas, a operaciones, a ataques y a todos los miedos que nos aterran. Somos una familia, una grande, ruidosa y algo complicada, pero es mi familia y soy feliz de formar parte de algo tan excepcional.

Laura

¿Sólo quedo yo? Yo creo que me han dejado la parte más complicada, la de decir hasta luego. Como bien dice mi hermano, que es algo de lo poco que dice con coherencia, es que esto no es un punto final. Es un continuará. Continúan las historia de los tíos, de los abuelos, de las nuevas incorporaciones a la familia, seguramente las de los que nos dijeron adiós y de las nuestras. Nosotros estamos entrando en la edad adulta y, joder, qué complicado es todo.

Ya han contado todo lo que ha sucedido en estos años, pero no os han explicado qué hacemos sentados en el jardín todos mientras la tía Raquel está de pie bajo un arco de flores al anochecer. Lleva unos papeles en las manos. Lo primero que han pensado todos es que alguien más está embarazado. Lo de esta familia es una misión clara: poblar el mundo con niños y niñas preciosos –de esto no me cabe ninguna duda– con una clara intención de dominar a la humanidad. El cachondeo está asegurado si es el tío Jota el que empieza a hacer bromas. Pero la tía Raquel le mira levantando una ceja y su sonrisa se convierte en un gesto de terror, que nos hace reír al resto.

Observo a cada pareja.

Los abuelos se siguen queriendo tanto y nos lo demuestran cada día. Son el pilar de la familia y a los que todos admiramos por cómo se han sacrificado y luchado. Están apoyados en la barandilla mientras nos miran y sonrían. Hablan con Isaac y Ana. Al abuelo se le hincha el pecho y cuando me ve, me guiña un ojo.

Jota se ha acercado a Raquel para intentar averiguar de qué va todo esto, pero ella haciendo un gesto de doble cruz en el pecho, le besa y le empuja para que se siente. Antes de irse le susurra algo a la tía y ella sonrío. Tiene una sonrisa tan bonita y tan de verdad, que brilla.

Olga y Rodrigo están hablando con Víctor y Nadine. Ellos mismos no pensaban que encajarían tan bien en la familia. Yo creo, y es algo que la tía Aura siempre dice, que éramos piezas de un puzzle muy grande y que nos había separado el destino, que nos ponía a prueba para encontrarnos y al final formar esta familia. Una a la que adoro y a la que jamás quiero tener que decir adiós.

Mamá y papá... ¿Qué decir de ellos que no hayan dicho mis hermanos? Su preciosa historia de amor es la que yo quiero vivir un día. Encontrar a esa

persona que lucha contra tus demonios, que los controla y que los vence uno a uno por ti. La que te ayuda a ver que la vida es bonita, que no es perfecta, pero que se puede salir de todo.

—Ahora vengo, voy al baño. —Me levanto, pero Luna me tira de la mano.

—Nos han dicho que no entremos en casa. ¿Tú sabes lo que pasa? Claro que sí, pones la misma cara que cuando te pillé morreándote con el de tu residencia. —Luna tira de mi mano—. ¿Quieres que papá y mamá lo sepan?

—Mamá ya lo sabe.

—Pero no papá. Y él puede mandar a un pelotón de reconocimiento y ese chaval se caga.

—¿Te acuerdas de aquel viaje que hiciste a un campamento de refugiados en Turquía? —Si ella amenaza, yo también sé hacerlo—. A papá no creo que le haga gracia saber que fuiste sin avisar.

Luna me mira, extiende su mano delante de mí, se la estrecho y tira de ella para besarme.

—Los secretos de hermanas siempre serán solo nuestros. Aunque me hagas rabiñar, te quiero, hermanita.

—Y yo a ti, Luna. Por muy cascarrabias que llegues a ser.

Siempre quise tener una hermana para tener esa conexión que sentía que la tía y mamá tienen. Vale que Maya sea nuestra hermana, pero le quedan muchos años para poder mantener los secretos y disfrutarlos.

Entro en casa, con la excusa de que me meo y voy al salón donde Leo está terminando de atarle el vestido a Aura. Les observo también a ellos. La tía lleva un vestido largo blanco con una pequeña cola, el pelo ondulado y recogido en un lateral. Mamá entra corriendo para ayudarles.

—Van a empezar ya a hacer apuestas de si es embarazo, misión o enfermedad. A papá le va a dar un ataque y el sol ya se está poniendo casi. —Besa a Aura y a Leo—. Salid ya.

—Estos botones son enanos. —El tío levanta las manos en el aire.

—Tus manos son enormes. —La tía abre mucho los ojos y niega con la cabeza sonriendo.

—No te oigo quejarte del tamaño de mis manos cuando...

—Menor en el salón. —Corro a su lado y abrazo a mi tía—. Te quiero mucho. Gracias.

—¿Por qué, cariño?

—Por todo. Gracias por demostrarme que en el amor no hay imposibles. —Abrazo a mi tía y acaricio el tatuaje que nos hicimos Raquel, Luna, Olga,

Margot, mi tía y mamá: « **Ojalá siempre nosotras** ». Nuestro mantra, solo nuestro.

—Te quiero, Lau. —Me besa.

—Gracias a ti también. —Abrazo a Leo—. Por ser tan especial con mi tía y por los primos.

—¿Primos? —Leo me mira extrañado y mira a Aura con una gran sonrisa en los ojos. Porque ellos se sonríen hasta con la mirada.

—Sorpresa.

Leo niega con la cabeza y se le iluminan los ojos.

Aura afirma y le besa. Les da igual quién está delante. Ellos se dejan llevar por cada sentimiento y les admiro por ello. Mis tíos jamás dejarán de sentir ese amor loco con el que comenzaron su historia. La historia de amor más bonita jamás contada. Ojalá algún día yo tenga esa misma sonrisa con la que salen de la casa y comienzan a caminar al son de [*I Was Born To Love You*](#) de Queen.

«Así que dame una oportunidad, déjame fantasear contigo. Estoy atrapado en un sueño y mis sueños se hacen realidad. Es tan difícil de creer que esto me esté pasando. Un sentimiento asombroso que llega. Nací para amarte con cada latido de mi corazón».

La canción suena mientras Aura y Leo caminan descalzos de la mano hacia el altar en el que Raquel les espera, ante la atenta y sorprendida mirada de toda la familia. Comienzan a escucharse silbidos, aplausos y algún grito. Es el broche perfecto a una historia que dio comienzo hace años.

Creo recordar que mi tía comenzó esto de una manera especial. Y me gustaría, en su honor, continuarla de la misma forma.

Si esto fuese una película romántica americana de gran presupuesto, mientras suena esta canción de fondo cada vez más alto, un dron se alejaría grabándonos y mostrando cómo comienzan a iluminarse todas las luces que se han colocado en la casa y nosotros comenzamos a vivir una aventura que no acaba aquí, porque en estas historias, nunca encontrarás un punto final.

Bienvenidos a nuestro felices para siempre.

Gracias

Una vez más llega el final, ese momento en que toca despedirse de personajes principales, secundarios, ciudades, escondites y lugares mágicos que se encuentran en esta historia. Creo que esta es una de las novelas que más buenos momentos me ha traído escribiéndola y la que más a costado salir, en la que más esencia he dejado y la que está desbancando a amores literarios.

Vuelvo a daros las gracias a vosotros, Aura y Leo, sin vosotros, sin vuestra magia, nada de esto sería posible. Seguiríais siendo esas las voces que llevan tanto tiempo sonando en mi cabeza. Sois especiales y hoy comenzáis vuestro propio camino. Esto no es un adiós, es un hasta pronto. Sé que os recordaré en cada rincón de Madrid por el que habéis paseado vuestro amor, en cada canción que suene y en cada poema de Marwan. Gracias por permitirme contar vuestra historia: **la historia de amor más bonita jamás contada.**

Gracias Zoe, Raquel, Juanjo, Bosco, Luna, Laura, Nico, Víctor, Isaac, Lola, Eduardo, Ana, Olga, Rodrigo y todos los pequeños que conforman esta gran familia que ha unido esta historia. Gracias por permitirme observar por un agujerito esas vacaciones en Almería todos juntos mientras parece que rodáis un anuncio de una gran superficie. Lo que es el destino.

A ellas, a Eva, María, Pat y Say. Esta novela es muy vuestra. La habéis sufrido como yo y dentro de estas páginas se esconden historias muy nuestras. Y como dice Aura, en esta y en otras vidas, espero poder encontrarnos en el mismo camino. **Ojalá siempre nosotras.**

Al señor Lobo, el que sufre cada inicio y final de novela, mis miedos, mis errores, mis tropiezos y mis victorias. Te quiero, Dani. Lo nuestro fue cosa del destino. Algún día contaré nuestra historia para que todos sepan la suerte que tenemos.

A mi familia que espera cada noticia, cada novela y cada alegría con el mismo cariño siempre.

A Yas. Muchísimas gracias por seguir dándole una oportunidad a mis chicos y

esperar pacientemente su final.

A Marta. Ha ido a contrarreloj todo, pero creo que al final hemos conseguido hacerlo.

A las blogueras que siempre me apoyan y tratan a mis chicos con tanto cariño como yo. Gracias por darles alas a estos personajes que tanto se lo merecen.

A los que se fueron, a los que me perdieron y a los que nunca debieron ser. Gracias a ellos el camino se ha llenado de gente muy bonita. Gracias por dar paso a lo bueno que tenía que llegar.

A ti, que me lees desde hace seis años, que has devorado mis diez novelas; a ti que acabas de descubrir mis historias y tratas bonito a mis chicos. Gracias por continuar esta aventura a mi lado y gracias por darles una oportunidad.

A los musos, a los que lo saben y a los que no. Gracias por no salir de mi cabeza en este año y medio. Habéis sido muy pacientes.

Y me quiero dar las gracias a mí misma. A veces nos olvidamos lo importantes que somos en estos procesos de creación. Nos sometemos a jornadas maratónicas, dormimos menos de lo que deberíamos, bebemos más café del recomendado y nos llevamos al límite para crear historias que lleguen al corazón. Así que Marta, no seas tan dura contigo misma, permítete caer –pero sin acostumbrarse con la misma piedra, que mira que te pones pesada cuando quieres con esas piedras que no valen para mucho–, levántate, sonríe y disfruta de este camino que tantas alegrías ha dado, te da y te seguirá dando en el futuro. Esto es una carrera de fondo. Todo llega, canija. Te quiero.

-
- [1] [In My Veins](#) de Andrew Belle.
 - [2] [Ángeles](#) de Marwan.
 - [3] [23 de Junio](#) de Vestusta Morla.
 - [4] Productos eróticos de la marca sueca *Lelo*.
 - [5] [Kamikazes enamorados](#) de Quique González.
 - [6] Golpe recto al oponente con la mano proyectada a la altura del mentón.
 - [7] Videojuego.
 - [8] Vehículo militar 4×4 empleado por el ejercito americano.
 - [9] Palabras extraídas de la *Iliada* de Homero.
 - [10] «Siempre fiel». Lema de los marines estadounidenses.
 - [11] Fusil de asalto con cargador de 30 cartuchos.
 - [12] «Dios es el más grande».
 - [13] Fusil de asalto *Heckler & Koch*.
 - [14] Danza de origen griego.
 - [15] Personaje de Marvel.
 - [16] [Vuelvo a ser la Rara](#), versión de Bely Basarte.
 - [17] Contenido de un perfil de una red social.
 - [18] “Soy un bicho raro, ¿qué demonios estoy haciendo aquí? No pertenezco a este lugar”.
 - [19] [Chasing Cars](#) de Snowpatrol, versión de Sleeping At Last.
 - [20] Autónomo, que trabaja para una empresa, pero por su cuenta.
 - [21] Rama de la medicina interna que se ocupa del estudio de la estructura y la función renal, tanto en la salud como en la enfermedad.
 - [22] [Apenas](#) de Fredi Leis.
 - [23] [Conviene Saber](#) de Marwan.